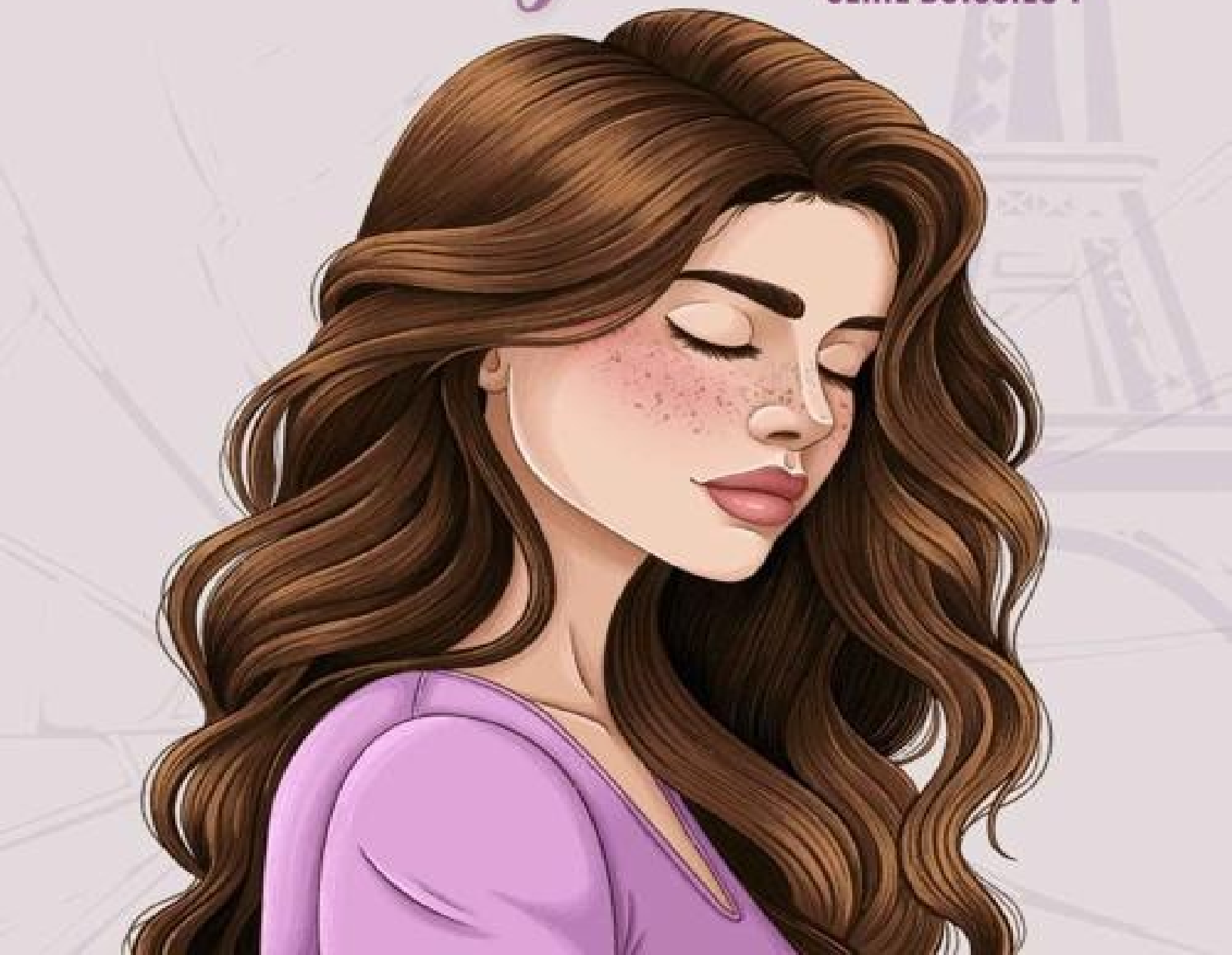
ANDREA CANNELLE

La chica que amaba con el corazón roto

SERIE BOISSIEU 1



LA CHICA QUE AMABA CON EL CORAZÓN ROTO

© Andrea Cannelle, 2025
Maquetación hecha por: Andrea Canela
Corrección hecha por: Andrea Canela
Ilustración de la portada hecha por: Ana Espí
ISBN: 9798306704906
Todos los derechos reservados. No se permite la reproduc ción parcial o total de esta obra ni la transmisión en cual quier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro) sin el permiso previo del autor.

A mis padres, por creer en mí
incluso cuando ni yo misma lo hacía.
Y a ti, mi vida, por hacerme amar a pesar de
tener el corazón roto.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es el primero de una serie. Cada libro es au toconclusivo y se puede leer de forma independiente, pero recomiendo leer los tres y hacerlo según el orden de publicación, ya que aunque son historias indepen dientes, están relacionadas entre sí y al leerlas todas (y en orden), se comprende mucho mejor ciertas escenas o comportamientos de los personajes. Además, a lo largo de los otros dos libros, continuará la historia de estos dos protagonistas, pero como personajes se cundarios.

A pesar de estar inspirada en la realidad, esta novela es una obra de ficción, por lo que me he tomado muchas libertades a la hora de hablar sobre la ciudad, las cos tumbres del sitio, etc.

Advertencia: Esta novela menciona (aunque de for ma muy superficial y solo en un algunos capítulos), te mas delicados, como el maltrato. Espero que disfrutes de la lectura.

PREFACIO

Janelle observó por última vez el candado que tenía grabado sus nombres, y que ambos cerraron juntos entre la gran multitud, sellando de aquella forma su amor. Miró por última vez al resto de personas que cruzaban por el *Pont des Arts,* y finalmente decidió abrir la caja que tenía justo en sus pies, frente al candado.

Suspiró cuando la tuvo entre sus manos, y comenzó a romper el papel de regalo con el que estaba envuelta. Cuando terminó de hacer aquello, la abrió, encontrándose con un libro, que agarró entre sus manos, dejando caer la caja al suelo.

Era un libro de tamaño mediano, pero bastante grueso, pues estaba compuesto por muchísimas hojas. Su portada estaba impresa en tonos pastel, con una foto de una chica de espaldas con el pelo al viento, completamente alborotado. Se dejaba entrever por el fondo, que la historia estaba relacionada con Francia.

En el centro, había un gran letrero con el título **La chica que amaba con el corazón roto**. Y justo debajo, su nombre: Eric Brown.

Las lágrimas comenzaron a caer por sus mejillas. No supo reaccionar de otra forma hasta que abrió el libro, pasó unas cuantas páginas, y se encontró con el prefacio de la historia.

Ella no era como las demás. Oh, realmente no lo era. La forma en la que echaba su cabello hacia atrás cuando los mechones empezaban a estorbar por su cara. La manera que tenía de caminar, meciendo las caderas ligeramente hacia los lados, sin ser consciente de que se convertía en el centro de atención por esto. El modo en que cruzaba sus brazos cada vez que cogía algún berrinche por alguna tontería. La manera en que hacía un pequeño puchero con su labio inferior cada vez que quería conseguir algo.

Sus ojos te hipnotizaban, hasta el punto de atraparte con aquella mirada color café, que llegaba a hacerte sentir tantas cosas que

nunca antes habías experimentado. Sus labios se movían con delicadeza al hablar, dejándole pronunciar cada palabra correctamente, pero a la vez moviéndose de una forma irresistible para mí.

La fuerte melodía de su risa era capaz de trasladarte a otro planeta, y sus besos te hacían sentir que tocabas el cielo con la punta de los dedos.

Ella era capaz de sacar el lado bueno de las personas, de hacerte sentir bien, de hacerte sentir libre.

Ella era inocente y juvenil como la primavera, cálida como el verano, entrañable como el otoño, pero también fría como el invierno.

Su apariencia era seria, introvertida, insegura de sí misma, callada y dura. Pero su interior era débil, tan débil que los pedazos rotos de su interior podían romperse aún más en cualquier momento. Era frágil, tan frágil como un vaso de cristal cayendo al suelo. Era dulce, tanto como el gusto de un caramelo al saborearlo.

Y era fuerte. Tan fuerte, que amaba con el corazón roto.

Agarró el libro con una de sus manos y, con la otra, se secó todas las lágrimas que pudo. Lo volvió a sujetar bien y al moverlo, una nota cayó del interior.

Esta copia de mi libro es para ti. Quiero que lo leas una y otra vez, reviviendo nuestra historia y sintiendo cada una de las cosas que yo sentí por ti y no siempre pude demostrarte.

Y te preguntarás... ¿No podías encontrar un mejor sitio para dejar mi regalo, que frente al candado que dejamos en el Pont des Arts? No.

¿Y sabes por qué? Porque en aquel candado grabamos nuestros nombres, pero en el puente se quedó grabada nuestra historia. Felices veintidós, petite.

CAPÍTULO 1

Eric

Me encuentro esquivando a la gran multitud de personas que hay, cruzando de una dirección a otra, el aeropuerto de Charles de Gaulle.

Freno durante algunos segundos, el tiempo justo para poder agarrar mejor mi gran maleta y darle un pequeño impulso a la caja de cartón, para justo después dejarla de nuevo entre mi brazo libre y mi pecho.

Me empiezo a agobiar un poco cuando tengo que soportar una ola de franceses que me empujan como si el avión fuese a despegar sin ellos. Pero sigo caminando, esquivando algún que otro choque, y observando a cada una de las personas con las que me cruzo, mientras camino lo más rápido posible.

Algunos están simplemente sentados con sus respectivas familias o amigos, esperando a que salga su vuelo o llegue el que están a punto de coger.

En mi cabeza todo es puro silencio, sin contar con el gran barullo de personas que murmuran a mi alrededor o hablan por megafonía.

Por fin consigo atravesar todo el aeropuerto. Me ha costado un buen rato y más de un empujón, pero se podría decir que estoy a punto de comenzar mi aventura.

Sonrío al ver a una familia recibir a un muchacho en la puerta del aeropuerto. Supongo que la pareja más mayor que lo abraza con fuerza serán sus padres, y la verdad es que no puedo evitar sentir añoranza y tristeza ante tal escena. Sería capaz de dar cualquier cosa por vivir un momento así con los míos. Pero eso es imposible. Nunca hemos tenido una relación cercana y, mucho menos, después de lo que pasó.

Intento alejar de mí cualquier pensamiento relacionado con mi familia y sigo el camino, intentando no distraerme más, para poder llegar lo antes posible a la estación de autobuses más cercana.

No quiero que se me haga demasiado tarde antes de llegar a la que pronto será mi nueva casa durante los próximos meses.

Después de un rato caminando, llego a la estación de autobuses y pido un pasaje para Chartres. Cuando lo tengo entre mis manos, doy media vuelta y comienzo a caminar hacia la salida, con la esperanza de encontrar algún banco libre en el que sentarme mientras espero a que llegue el autobús.

Entro en un pequeño autoservicio que hay en la propia estación. Tan solo quiero comprar una botella de agua. Pero en cuanto mi mirada se desvía a la comida, mi estómago comienza a quejarse por la falta de alimento, así que acabo comprando algo para picar en el camino.

Al salir, todos los asientos de los bancos están ocupados, por lo que me toca esperar de pie hasta que el autobús llega. Genial, todo parece irme sobre ruedas hoy.

Espero a que el resto de las personas que estaban antes que yo, dejen sus maletas y se suban con toda la tranquilidad del mundo. Cuando llega mi turno, hago lo mismo con la mía, y me dirijo hacia la puerta del autobús. Estoy a punto de subir el primer escalón, cuando quedo encajado en la puerta con otro cuerpo que también lucha por conseguir lo mismo.

Dirijo mi mirada hacia la pequeña figura, y me encuentro con una chica que me mira con cara de pocos amigos. *Que se fastidie*, es lo único que pienso antes de terminar de subir los últimos dos escalones que me quedan hasta por f in estar dentro del autobús, dejándola atrás y seguramente con algo de molestia en el brazo por el roce. Estoy demasiado cansado y lo único que quiero es llegar ya a mi nueva casa y descansar, pues sé que mañana me espera un día muy largo.

Pago el dinero suficiente por mi pasaje, y echo un vistazo al interior del autobús, buscando algún sitio libre con la mirada.

Sonrío al encontrar uno al fondo, ya era hora de que me tocara tener algo de suerte hoy.

Pero no, obviamente no iba a tener esa dicha.

Prácticamente se me borra la sonrisa de la cara cuando veo a la estúpida niña de antes mirando hacia el mismo sitio.

Es el único que queda libre, y no voy a quedarme de nuevo de pie, así que lo único que me queda es llegar antes que ella. No puede ser tan difícil, ¿no?

Así que prácticamente corro lo más rápido que puedo hasta el sitio y me siento con una gran sonrisa satisfactoria en mi rostro.

El sitio es mío. Por fin algo de suerte hoy.

—Hein! J'avais vu ce site tout d'abord. —Se lleva ambas manos a las caderas, y frunce el entrecejo, tanto, que se le arruga casi toda la cara, mientras me mira fijamente. Es muy pequeñita y graciosa, y a mí me sale una carcajada.

—¿Acaso me ves cara de chino? —pregunto en tono burlón alzando una ceja—. No te entiendo.

—Encima británico. —La chica suspira y niega con la cabeza—. ¿En serio no sabes hablar francés? —Niego con la cabeza sonriente. El trayecto parece largo y yo estoy un poco aburrido, así que vamos a entretenernos—. ¿A quién se le ocurre venir a Francia sin saber hablar francés?

—Ah, ¿es que eso era francés? Si parecía que estabas hablando alemán.

—Voy a ignorar la estupidez que acabas de soltar para decirte muy amablemente que este sitio era mío. Sonrío ampliamente, y luego miro a ambos lados de mi sitio, levanto un poco el culo y sigo buscando por todas partes, haciéndola bufar y a mí sonreír más.

—¿Qué haces? —me pregunta ahora de brazos cruzados y con una ceja alzada, clavándome sus penetrantes ojos color marrón en los míos.

—Buscar tu nombre por alguna parte, pero no lo encuentro —respondo encogiéndome de hombros, y vuelvo a sonreír. No puedo evitarlo, de verdad. Y no sé por qué, pero verla tan enfadada, solo me hace querer molestarla más.

—Venga ya... ¡Si has visto desde que hemos entrado que había fichado este asiento desde lejos!

—Una lástima que te pese tanto el culo y yo me haya sentado antes que tú.

—Pero soy una chica…

—No estamos en el siglo XX. Soy un tío, me he sentado primero y mi culo necesita descansar. Búscate otro sitio y déjame en paz.

Pienso que me va a dejar por fin tranquilo, pero no, no lo hace.

Echa un vistazo rápido al resto del autobús, y comprueba que todos los sitios están ocupados, e incluso hay algunas personas de pie que se han sumado al trayecto mientras ambos discutíamos.

—Pero no hay ningún otro sitio libre. —Hace un pequeño puchero y me quedo durante algunos segundos mirando fijamente su labio inferior. Carnoso, rosado y apetecible.

—Este es un claro ejemplo de lo dura que es la vida —me limito a contestar.

—Eres un imbécil.

—La que no sabía hablar.

—Eres tú el que no sabe hablar ¡Ni siquiera sé qué hago hablando contigo!

—Estábamos hablando de por qué eres tan molesta que quieres quedarte con el sitio que yo vi primero.

—Técnicamente lo vimos a la vez.

—Pero yo llegué antes. Y si no me equivoco, quien está sentado ahora mismo soy yo, y así va a ser hasta que me baje de este maldito autobús. Ahora, si no te importa… —Abro mi mochila ante su mirada expectante, y saco el libro que empecé en el avión—. Déjame en paz, me gusta leer en silencio.

—Tranquilo, no quiero compartir ni un segundo más de mi preciado tiempo contigo. ¡Imbécil!

Me quedo embobado mirando cómo su pequeña figura se cuela entre las personas que están de pie por falta de asiento, y de nuevo, me vuelvo a sorprender al encontrarme sonriendo.

Me adentro demasiado en el thriller que estoy leyendo, tanto, que pierdo la noción del tiempo e incluso estoy a punto de pasar mi

parada. Por suerte, antes de que ocurra, guardo el libro y me levanto rápidamente del asiento.

Esquivo a las pocas personas que quedan todavía en el autobús y que están esperando para salir, y de nuevo mi mirada se cruza con unos ojos de color marrón, enmarcados por unas cejas grandes, que de nuevo se fruncen al verme a su lado. Los dos estamos esperando para salir del autobús.

Una vez que las puertas están abiertas, ambos salimos, esta vez sin pelearnos por quién lo consigue primero.

Saco la caja de cartón en la que llevo algunas de mis cosas y, cuando ya estoy cerca de agarrar mi maleta, mis manos hacen contacto con otras más pequeñas y suaves, provocándome un pequeño y extraño escalofrío por todo el cuerpo, así que intento apartarlas enseguida de mí.

—¿Es que no te cansas de seguirme?

—El que debería estar cansado eres tú, pero de ser un imbécil.

—Eres demasiado pequeña para decir palabras feas.

—Lo dices como si tuviera doce años. —Se cruza de brazos y vuelve a fruncir el ceño. La verdad es que está muy mona cuando lo hace.

—Ah, perdona. ¿Cuántos tienes? ¿Trece?

—¿Podéis discutir en otra parte? Tenemos prisa en coger nuestras cosas antes de que el autobús se vaya —se queja una de las personas que nos había acompañado durante el trayecto. Lo cierto es que estamos impidiendo el paso. Así que, terminamos de coger nuestras cosas en silencio, y nos apartamos del resto.

—No tengo trece años y no soy ninguna niña. Sonrío al ver que tengo una acompañante siguiéndome en el camino.

—Perdona, me despistó que tengas una tabla de planchar por cuerpo —le digo en tono de burla.

Quizás me he pasado un poco, ¿no? Suelo hacer comentarios ridículos cada vez que abro la boca y la acabo cagando, justo como ahora. Pero no me gusta meterme con el físico de los demás, y menos con el de ninguna chica. Pero no sé por qué, esta chica tiene un magnetismo que me provoca enfadarla.

Me giro al ver que ha dado un par de pasos hacia adelante y que se ha quedado quieta en el mismo sitio, con la boca abierta, y los brazos cruzados contra el pecho.

—Eso ha sido un golpe bajo —me dice ya algo frustrada—. Deberías cortarte el pelo antes de meterte conmigo. —Empieza a mover muy rápido las manos en el aire señalando mi larga melena. La miro con la boca abierta y luego sonrío. Esa no me la esperaba.

Me ha costado mucho dejarme crecer tanto el pelo, y ahora lo tengo por los hombros, con algunos rizos y con la suavidad que la mascarilla que me regaló hace un tiempo Liam, mi mejor amigo, le proporciona a mi preciosa cabellera. ¿Quién dice que los hombres no utilizan mascarillas para el pelo?

—En serio, no es mi culpa que seas una tabla de planchar. ¿Has pensado en ponerte pecho? O subirte el culo, lo tienes un poco caído.

—Tú, sin embargo, tienes el pelo tan feo y largo que pareces una chica. ¿Has pensado en cortártelo? —pregunta sonriendo, antes de agarrar su maleta y comenzar a caminar—. Espero no tener que volver a verte jamás.

—Lo mismo digo —contesto, lo suficientemente alto para que me oiga a pesar de que ya se ha alejado bastante—. Un placer conocerte.

***

Definitivamente los franceses son muy raros.

Nada más llegar a un país y una ciudad que hasta ahora desconocía, me encuentro con una niña loca que no me ha dejado en paz. Intentó quitarme mi sitio, subir antes que yo, coger a la vez que yo la maleta, molestarme, meterse con mi pelo, volver a molestarme...

Solo espero que mi estancia aquí no sea así de abrumadora siempre.

Lo único que busco es algo de tranquilidad y de inspiración, solo quiero huir de mi mundo unos meses, lo necesito. Y qué mejor forma de hacerlo que empezando de cero en un lugar que no conozco.

Pensaba que quizás, al estar viajando de un lado a otro, o simplemente alejado de todo el estrés que tengo en mi vida, sería capaz de encontrar algo que me inspirase a escribir una nueva historia.

Después del casi fracaso que tuvo mi último libro, estaba decidido a escribir una historia que fascinase a la editorial que, a pesar de todo, había vuelto a confiar en mí y me había dado una nueva oportunidad que, esta vez, no puedo desperdiciar.

He estado viajando por varias ciudades de Europa, pero, aunque tengo algunos escritos nuevos en el ordenador y, alguna que otra idea rondándome por la cabeza, nada llega a ser tan bueno como para escribir una historia que pueda enganchar al lector, o al menos, que a mí me guste lo suficiente como para presentarla.

Francia es mi último destino antes de volver a Londres y darme por vencido. Liam, mi mejor amigo, me dijo que era el destino perfecto para escribir una historia de amor, algo nuevo y diferente a lo que tenía acostumbrados a mis lectores a recibir por mi parte…

París, la ciudad del amor, chicas guapas, unos meses de relax y desconexión, ¿qué podría salirme mal? Según él, es el destino perfecto.

Y ahora, por su culpa, me encuentro desde hace ya un buen rato dando vueltas sobre un mismo sitio, intentando encontrar la maldita casa en la que me quedaré todo este tiempo.

Al parecer, hay un grupo de personas que ofrecen su casa a algunos estudiantes o gente que necesita quedarse en la ciudad durante un periodo corto de tiempo. Liam se ha encargado de todo y yo, como un tonto, he confiado en él y en sus contactos para poder conseguir una casa aquí.

Me pareció raro en su momento tener que pagarles por adelantado todo el dinero y que durante el día de hoy no me hayan contestado ningún mensaje, pero aun así, aquí sigo, buscando la maldita casa. Liam no contesta mis llamadas, me he pasado toda la tarde en busca de la casa, y he tenido que recorrer la ciudad de Chartres

prácticamente de una esquina a otra. Pero la casa de las narices no aparece por ningún lado.

Vuelvo a agarrar mis cosas y sigo caminando, entrando en una pequeña urbanización. Según me indica Google Maps, voy por buen camino.

Cruzo algunas calles hasta que llego a una que está más o menos por el centro. En esta zona, todas son casas rurales de madera bastante grandes, cada una con un pequeño porche, un garaje y, un pequeño aparcamiento al aire libre.

Sonrío mientras me detengo a admirar lo preciosas que están las casas cubiertas por una ligera y fina capa de nieve. Gracias a Dios, voy lo suficientemente abrigado como para perderme por décima vez durante la tarde, pero aun así, sigue haciendo el frío propio de enero en la zona.

Pero justo cuando la fría brisa vuelve a hacer contacto con mi cara, empiezo a pensar que, o soy demasiado torpe y no encuentro la casa, o me han estafado. Y Eric vota por la segunda opción.

Mi querido Google Maps me saca de mis pensamientos en cuanto estoy parado frente a una de las casas, avisándome que por fin he llegado a mi destino. Guardo mi teléfono en uno de mis bolsillos y abro con cuidado la puerta del porche.

Entro, cierro la pequeña puerta, y me dirijo hacia la casa.

Dejo la caja de cartón en el suelo, justo al lado de mi maleta, me froto las manos para calentarlas un poco, y toco el timbre. Nadie responde, pero las luces están encendidas, por lo que decido tocar de nuevo, esta vez, dejando mi dedo pulsado sobre el timbre.

Seguramente, el sonido dentro debe ser bastante desagradable. Pero la verdad es que me da igual quedar mal con ellos. Han estado pasando de mí durante todo el día, casi dejándome solo en la calle y tocándome de una forma bas tante seria las narices.

Tengo hambre y frío, así que ahora se las voy a tocar yo a ellos.

—¡Que ya va! —Una voz chillona grita desde el interior de la casa.

Dejo de pulsar el timbre y me aclaro la garganta. Esperaba encontrarme con una pareja de ancianos, pero al parecer me espera

un bomboncito en casa.

Segundos después la puerta se abre, dejándome ver a la chica molesta con cuerpo de tabla, que me mira prácticamente igual de sorprendida que yo a ella, y de nuevo, está frunciendo el ceño. ¿Será un tic que tiene?

Sonrío al echarle un pequeño vistazo de arriba abajo, y comprobar que lleva puesto una sudadera que le queda enorme, y que su pelo está mojado y suelto. Seguramente estaba en la ducha y por eso tardaba tanto en abrirme. Solo por las vistas que me está regalando en estos momentos, se lo perdono.

Y mirándola bien… Quizás la niña molesta no esté tan mal después de todo.

CAPÍTULO 2

Eric

Está a punto de cerrarme la puerta en las narices, pero soy más rápido y mi mano se lo impide, abriendo del todo la puerta.

—¿Se puede saber qué haces en la puerta de mi casa, psicópata asqueroso? —Me mira de arriba abajo, con las manos en el filo de la puerta, y observo que las aprieta con fuerza.

—Tranquila, no he venido a verte a ti, ¿están tus padres?

—Pues no, fíjate que no.

—Tengo que hablar cosas de mayores con ellos.

—Pues no va a ser posible, porque están muertos, pero si quieres puedo llamar a mi tío. Seguro que estará encantado de salir a saludarte con su escopeta.

Fuerza una sonrisa falsa, y se estira la sudadera intentando tapar un poco más sus delgadas piernas. Y sin poder evitarlo, les doy de nuevo un pequeño vistazo. Me deja algo sorprendido oír lo de sus padres, pero evito hablar del tema y acudo a mi enorme sentido del humor.

—Vaya, veo que la agresividad es algo característico en vuestra familia. —Bufa y pone los ojos en blanco—. Tengo frío y llevo horas congelándome mientras daba vueltas como un inútil sobre una misma calle, ¿serías tan amable de llamar a tu tío o a alguien mayor, por favor?

—Pues no, fíjate que no. Me habías dado pena con eso de que tenías frío, aquí la verdad es que se está bastante calentito con la chimenea —sonríe irónica—, pero ahora por imbécil te quedas fuera. —Intenta cerrar la puerta de nuevo, pero esta vez no soy yo quien se lo impide, sino una voz que proviene del interior de la casa.

—¿Quién es? —Escucho la voz de una mujer, que segundos después abre por completo la puerta, y me mira con el ceño fruncido de arriba abajo. ¿Hacer eso será cosa de familia?

—Es un pesado que no deja de seguirme —le contesta la muy pícara, provocando que la mujer me mire fatal como es normal. Pero intento ser rápido, pongo mi mejor cara, y niego con la cabeza.

—No me van las niñas pequeñas, tranquila. A lo que iba —sigo diciendo, mirando en esta ocasión a la mujer—. No sé qué es esto, pero he pagado por quedarme en esta casa.

—¿Qué? —pregunta atónita. Antes de poder contestar, mis dientes castañean, un molesto ruido que hago porque estoy tiritando, y que no pasa desapercibido para la mujer—. ¿Tienes frío?

—La verdad es que sí. Llevo horas dando vueltas por todo el pueblo en busca de esta casa.

—Anda pasa —me contesta, y asiento en modo de respuesta, sintiéndome observado por la pequeña figura que todavía sujeta la puerta. Cojo mis cosas y en cuanto entro en la casa, siento un calor recorrer todo mi cuerpo. La sensación es tan agradable que podría acostumbrarme a ella sin ningún problema.

Escucho a la mujer decir que pase al salón y eso hago, mientras oigo detrás de mí a la chica molesta, que se está quejando porque la mujer me ha dejado entrar.

—¿Quieres una tacita de chocolate caliente? —pregunta con una sonrisa en su rostro cuando vuelve al salón.

—Gracias, pero no quiero molestar.

—No es molestia, chico. Anda, siéntate mientras te pongo una taza. —Señala uno de los sofás con la mirada. Me siento en uno de ellos, justo al lado de la chimenea y observo un poco la sala.

La decoración sigue siendo rural, y predominan los tonos marrones y neutros. Me echo hacia atrás, apoyando mi espalda en el respaldo del sofá, poniéndome cómodo mientras disfruto después de tantas horas, de algo de calidez.

Varios minutos después, vuelve a aparecer la mujer que me ha dejado pasar.

Tendrá aproximadamente cincuenta años, es algo rellenita, tiene la cara ancha y los ojos grises. Su mirada es dulce. Y su cabello, corto y rubio.

—Aquí tienes. —Me tiende la taza y la acepto con una sonrisa. Supongo que si es la amable de la familia, no querrá envenenarme ahora—. Y ahora, cuéntame qué te trae por aquí.

—Verá… Yo vivo en Londres —le empiezo a contar y la mujer asiente con la cabeza como respuesta a cada cosa que voy diciendo, mientras me inspecciona atentamente. Parece que me está haciendo un buen chequeo—. Soy escritor y quería crear una buena historia, pero estaba escaso de inspiración… —Doy un largo suspiro y me vuelvo a adentrar en contar el resto de la historia. Tengo sus ojos grises bien clavados, mirándome con atención—. Me dijeron que aquí podría encontrar grandes cosas que me inspirarían para escribir una buena historia, y después de haber estado deambulando por Europa, y no haber encontrado nada bueno que enviar a mi editorial, decidí dejarlo todo y venir a vivir esta pequeña aventura.

—Eso está bien y es bonito —sonríe y me pasa una mano por el brazo. La verdad es que la mujer es muy amable, y parece muy dulce —. Pero… —sigue diciendo— ¿Qué pintamos nosotros en todo esto?

—Bueno, no sé si lo sabe, pero hay personas que ceden sus casas a estudiantes o gente que lo necesite unos días, y algunos hasta por meses. Mi amigo buscó por internet ofertas, y encontró esta casa —le cuento bajo su atenta mirada—. Es mi mejor amigo y lo dejé todo en sus manos. Hasta hablé con los dueños y me hicieron pagar mi dinero por adelantado. Hoy les estuve llamando, porque no encontraba la casa, pero no me cogieron el teléfono. Supongo que hablé con su marido, la verdad es que ya no lo sé.

Me doy cuenta de que me estoy rascando la nuca y revolviendo el pelo que me cae por detrás, algo que hago mucho cuando estoy nervioso.

—Mmm…Creo que te estás equivocando, cariño. Mi marido y yo no hemos prestado esta casa para estudiantes ni nada por el estilo.

—Pero yo hablé con los dueños de la casa. ¡Puedo enseñarle los mensajes! No puede echarse atrás ahora, ¡ya he pagado mi estancia! No tengo a dónde ir.

No es del todo cierto, podría ir a cualquier sitio con tan solo una llamada, y tengo el dinero suficiente como para ir a algún hotel, pero ese es justo el estilo de vida del que estoy huyendo, por lo que esa opción queda descartada.

Además, he pagado para algo, y no me gusta que me tomen por imbécil.

—Te estoy diciendo que no somos nosotros los propietarios con los que has hablado.

Su voz es muy pausada y parece que está midiendo muy bien sus palabras.

—Pero…

—¿No has pensado que pueda tratarse de una estafa? —pregunta con calma, interrumpiéndome.

—Lo cierto es que hasta ahora no —contesto encogiéndome de hombros—, siempre le confío a Liam estas cosas y hasta ahora nunca había tenido problema en ninguna de las ciudades en las que he estado. Aunque…, ¿cómo sé que la que me está estafando no es usted?

—¡Oye! —Por primera vez desde que he entrado a la casa, sube el tono de voz y vuelve a fruncir el ceño con algo de frustración—. Deberías ser algo más agradecido. Acabo de dejarte pasar a mi casa, y te he servido un chocolate caliente. No quieras hacerte el listo ahora cuando has quedado como un tonto.

Vaya, a esta familia le gusta dejarme sin respuestas.

Lo cierto es que la mujer tiene razón, pero en estos momentos es lo que menos me importa. Estoy solo. En Francia. Y no quiero irme a un hotel. Quiero quedarme en esta maldita casa.

—Lleva razón. Lo siento —murmuro cabizbajo.

—¿Qué vas a hacer ahora? ¿Tienes algún lugar dónde ir?

—Pues no. Supongo que buscaré un hotel, no puedo dormir en la calle.

—Puedes quedarte aquí si quieres, pero sólo por esta noche. —Me apunta con el dedo al decir esto último.

—¿De verdad?

—Lo consultaré antes con mi marido, pero no creo que tenga problema en que te quedes después de saber que te han engañado. Quizás hasta pueda ayudarte, tiene contactos en la policía —me explica y asiento. Yo también tengo contactos: una sola llamada a mi padre, y estaría todo arreglado, pero no quiero tener que recurrir a eso—. Voy a subir a decirle que esta noche tenemos un invitado.

—¡Dime que no es verdad que este imbécil se queda en casa! —grita la chica molesta como loca, entrando en el salón nuevamente, con los brazos cruzados contra su pecho.

—Deja de meterte con el chico, que no te ha hecho nada. No me seas maleducada, Janelle.

Así que la chica molesta se llama Janelle. Me gusta.

—¿Qué no me ha hecho nada? Me hizo quedarme de pie en el autobús durante todo el trayecto, y... ¡Me dijo que mi cuerpo era una tabla de planchar! ¡Y que tenía el culo caído! —suelta de golpe mirándome atentamente con esos grandes ojos café, todavía de brazos cruzados. Genial, ahora solo falta que por culpa de la mocosa, no me dejen pasar la noche en la casa.

La mujer me mira sorprendida y veo que con la mirada me está pidiendo una respuesta ante aquello.

—Sí, tiene razón —informo, dirigiéndome a la mujer—. Me comporté como un imbécil antes. —Me levanto del sofá y camino hasta Janelle—. Lo siento, no se debe tratar así a las personas. Y menos si son señoritas... Espero que puedas aceptar mis disculpas, preciosa.

—No coquetees conmigo —murmura fulminándome con la mirada. La mujer se levanta también del sofá, y camina hasta nosotros.

—El chico te acaba de pedir disculpas. No seas maleducada, Janelle, por favor.

—Pues vale, disculpas oídas.

—¿No será aceptadas? —Alzo una ceja.

—No. Porque las he oído, pero no las he aceptado.

—¡Janelle! Pídele disculpas ahora mismo al chico si no quieres tener problemas con tu tío y conmigo.

—¡No voy a pedirle disculpas! Que me las pida él.

—Él ya lo ha hecho. Compórtate como una señorita, y no como una niña, por favor.

—No quiero pedirle disculpas.

—Vale. Entonces estás castigada sin salir a echar fotos durante una semana. Y sin tocar la cámara también.

—No me puedes castigar con eso… No soy una niña.

—Cuando te dejes de comportar como tal, te quitaré el castigo —le replica—. Perdón por tener que aguantar esta escena —se dirige ahora a mí, y yo asiento con mi mejor cara de niño bueno. Tengo que seguir cayéndole bien a esta señora—. Por cierto, ¿cómo te llamas?

—Eric, ¿y usted?

—Lilianne. Y puedes tutearme. —Sonríe de nuevo. Parece una mujer encantadora—. Iré a hablar con mi marido. Espérame aquí, tardaré tan solo unos minutos.

—Claro —respondo, mientras ella sale del salón.

—Mi tío no va a dejar que te quedes aquí.

—¿Se puede saber de qué vas? Pareces una niña de diez años. No entiendo por qué tanto odio hacia mi persona, no te conozco de nada. Me pasé antes. Sí, lo sé. Pero ya te he pedido disculpas, no puedo hacer nada más. —Me encojo de hombros, y ella vuelve a gruñir como respuesta.

—Me vas a seguir cayendo mal, aunque me pidas disculpa mil veces. Detesto a los tíos como tú.

—Me da igual si te caigo mal o no, lo único que quiero es pasar la noche aquí, ya que no tengo a dónde ir. Mañana por la mañana me iré y no nos volveremos a ver.

—Te repito que mi tío no va a dejar que te quedes aquí, es bastante estricto, y aún más con traer a chicos a casa. —Se cruza de brazos—. ¿Sabes? No me creo la historia que le acabas de contar a mi tía.

—¿Qué historia?

—Esa de que estás aquí porque te han estafado. Con todas las casas que hay en Francia…, ¿tienen que mandarte justo a esta? Yo creo que aquí hay algo raro.

—¿Qué intentas decir?

—Seguro que has venido aquí a acercarte a mi tío porque sabes que es un hombre importante.

—Estoy aquí por la razón que le he explicado a tu tía. Si no me crees, la verdad es que me da igual. No sé cuáles serían tus expectativas al conocerme, pero como ya te he dado a entender, ni me interesas, ni me gustas.

—Eres un arrogante. ¿Así es como tratas tú a las mujeres?

—¿Es que eres una mujer? —pregunto en tono de burla con una ceja alzada. Su boca cae en sorpresa y vuelvo a sonreír al ser el causante de sus enfados. Sé que está mal lo que estoy haciendo, y siempre trato con caballerosidad a las mujeres. Pero por algún motivo, me llama la atención molestar a Janelle y hacerla enfadar—. Cierra la boca, que te entran moscas.

—Te la voy a cerrar a ti de un tirón como no dejes de decir estupideces. Escúchame bien una cosa… —Me apunta amenazante con su dedo índice y alzo una ceja al ver que intenta intimidarme—, no quiero que me vuelvas a faltar el respeto ni una sola vez más, o no responderé de mis actos.

Quizás ya me estoy pasando con la broma.

La chica no está tan mal, y tampoco se merece que nadie le hable así, aunque sea un idiota encantador como yo.

—Está bien —suelto un largo suspiro. No me gusta tener que reconocer mis errores tan rápido, pero es cierto que me he pasado—. Perdona por haber sido un idiota —recapacito sabiendo que, si no me llevo bien con la molesta, difícilmente su tío me dejaría pasar la noche en su casa.

—Vale.

En ese momento, Lilianne entra de nuevo en la sala, esta vez acompañada por un hombre de gesto serio. Es algo más alto que ella, con el pelo canoso y un gran bigote que resalta a simple vista. No está gordo, pero tiene una barriga prominente.

—Hola, soy Henri Boissieu. —Me tiende la mano en forma de saludo, pero sin dejar de mirarme desafiante. Recuerdo las palabras

de la niña molesta, y que tiene una escopeta, así que decido ser amable.

—Hola, yo soy Eric Brown. —-Me acerco al hombre y respondo al saludo tendiéndole la mano. Me da un apretón, dejándomela un poco dolorida—. Supongo que su mujer ya le habrá hablado de mí —le digo todo lo sereno que puedo, intentando fingir que no me flaquean las piernas, y que los nervios no me están comiendo por dentro. Este miembro de la familia no parece especialmente amigable.

—Sí. Para dejar las cosas claras, y para posibles conflictos que podamos tener en un futuro, ¿por qué no me enseñas los mensajes en los que hablas con los supuestos propietarios de la casa? Así dejaremos claro que en ningún momento hemos hablado contigo, ni tampoco nos hemos quedado con tu dinero.

—Claro, no tengo problema en enseñárselo. ¿Podría coger mi tablet? Está en mi mochila.

—Sin problema —responde, sin dejar de mirarme con cara de querer asesinarme con su escopeta. Trago fuerte, le doy una mirada rápida a Lilianne, y sonrío con nerviosismo mirando hacia la puerta, intentando que me acompañe ella para no tener que hacerlo yo solo.

—¿Puedo…?

—Oh, claro —contesta la mujer, interrumpiéndome antes de que pueda continuar hablando—. Te acompaño si quieres.

Salimos del salón y me acompaña hasta la puerta, donde están mis maletas y el resto de mis cosas. Me acerco a la mochila, me pongo de cuclillas, y busco la tablet, aunque sé perfectamente que no tengo guardado ninguno de los correos de esa gente. La cremallera de la mochila está entreabierta, así que se me hace más fácil rebuscar en el interior.

—No está —murmuro para mí mismo, dándome cuenta justo después de que he hablado más alto de lo que debería. Abro por completo la mochila, y saco absolutamente todo lo que hay en su interior, dejándolo esparcido por el suelo.

La maldita tablet no está por ningún lado.

—¿Algún problema, Eric? —oigo preguntar a Lilianne a mi lado. Alzo la mirada, encontrándome con la suya, ahora más preocupada, y asiento con la cabeza.

—Mi tablet no está, y la mochila estaba abierta.

CAPÍTULO 3

Eric

—¿Pasa algo? —pregunta ahora su marido, acercándose a nosotros. Su voz suena amenazante.

—Dice que la mochila estaba abierta y que no está su tablet —responde la mujer. Guardo rápidamente todo lo que había sacado de nuevo en la mochila, y me levanto. Doy la vuelta, quedando frente a ambos, y trago saliva. Me estoy metiendo en un gran lío. ¿Quién me había mandado a mí venir a Francia? Maldito Liam.

—¿Estás diciendo que te hemos robado? —ruge Henri con la mandíbula tensándose. Le palpitan las venas del cuello, y tiene los puños cerrados con fuerza. Se me forma un nudo en la garganta. No puedo creer que me haya metido en este lío nada más llegar.

Eric, prepárate para morir porque va a sacar la escopeta.

—No he dicho eso, pero antes estaba aquí y ahora no. —Me encojo de hombros y esto parece enfadarle más, porque comienza a gruñir y dar vueltas por el recibidor de la casa.

—¿Y no es más lógico pensar que la hayas dejado en alguna parte, o que con lo idiota que eres, alguien te la robase sin tú darte cuenta? —gruñe pasando por mi lado.

—No tengo diez años, no me engañarían tan fácilmente.

—Pues bien que te han engañado con la casa —exclama después de haber soltado una carcajada. Su tono burlón y a la vez desafiante me hiela la sangre—. No te hemos robado nada. Iba a dejar que te quedaras esta noche en casa, pero ahora ya no me da la gana. Coge tus cosas ahora mismo, y vete fuera de mi casa.

—¿Qué? ¿Y mi tablet, qué? ¡No tengo a donde ir!

—¡No es mi problema, chico! No voy a consentir tonterías, y mucho menos calumnias en una casa como esta.

En ese momento, una voz infantil nos interrumpe, y justo después pequeños pasos comienzan a acercarse hacia donde estamos.

—Papá, papá —lo llama el niño emocionado, ya a nuestro lado, tirando de sus pantalones para llamar su atención—. Estoy intentando descargar un juego super guay.

—¿De dónde has sacado eso? —pregunta el padre extrañado, con el ceño fruncido al ver que su hijo tiene entre sus manos una tablet, se ve que desconocida para él.

Mi tablet.

—¡Eh! ¡Eso es mío! —grito antes de arrebatársela.

—¡Oye! Que la he encontrado yo —se queja—. Papi, es de último modelo, ¡está super chula!

—Me la has robado, niño molesto.

—¡La he cogido prestada!

—¡Benjamin! —le regaña su madre. Su acento francés, normalmente suave y delicado, ahora suena áspero y cortante—. ¿Cuántas veces vamos a tener que decirte que no se cogen cosas prestadas?

—¿Le has cogido la tablet al chico? —pregunta Henri con su mandíbula tensándose. El niño asiente sonriendo de forma traviesa. Su padre cierra los puños con fuerza, y la vena que tiene marcada en el cuello parece que le va a estallar en cualquier momento—. ¡Vete ahora mismo a tu habitación!

—Pero papá…

—¡Ahora mismo! ¡Fuera!

—Perdón —me dice en un hilo de voz cabizbajo antes de salir corriendo. Siento una punzada de pena al verlo irse así.

—No… —me quejo al ver cómo mis archivos desaparecen uno a uno. Doy gracias a Dios por tenerlo todo guardado en una tarjeta de memoria.

—¿Qué pasa? —se dirige de nuevo a mí Lilianne. Parece algo avergonzada por lo que acaba de hacer el pequeño renacuajo molesto, y no es para menos.

—Se ha borrado todo.

Les muestro la tablet, deslizando mi dedo por la pantalla en blanco. Intercambian una mirada comprensiva, y asienten con la

cabeza, como si pudiesen hablar entre ellos sin decir una palabra.

—Lo sentimos mucho… Mi hijo no quería… Es solo un niño —murmura Henri, intentando relajarse, y volviendo a su color normal de piel, bastante más blanquecino— ¿Hay algo que podamos hacer por ti?

—Prestarme su casa hasta que encuentre algún sitio donde quedarme. —Ambos se miran de nuevo, y Henri suelta un gran suspiro.

—Está bien. Puedes quedarte aquí hasta que encuentres otro sitio al que ir. ¡Reunión familiar! —grita Henri acercándose a la escalera —. ¡He dicho reunión familiar! Todos abajo, ¡ya!

—¿Qué quieres ahora, pesado? —pregunta la voz ronca de un chico alto y rubio que comienza a bajar las escaleras. Se para frente a mí, y arruga el entrecejo. Lo que decía, manías familiares—. ¿Y este quién es?

—Lo sabrás pronto, ahora entra en el salón. Lo hablaremos todos. —El chico asiente y va directo al salón. Enseguida bajan dos niños de unos siete u ocho años que son completamente iguales (incluido el molesto que me había robado la tablet), y los veo correr hasta adentrarse en el salón. Seguidamente, bajan dos chicas, una rubia con cara angelical y una pelirroja con cara de todo menos de ángel, y que, por cierto, están bastante bien. Uno, dos, tres, cuatro, cinco… ¿Cuántos son en la familia?—. Quédate aquí y no toques nada. Volveré enseguida.

—Vale —me limito a contestar, y me quedo apoyado sobre la pared, junto a mis cosas. Entra en la sala y cierra las puertas.

Me quedo apoyado durante algunos segundos más en la fría pared, pero no tardo demasiado en moverme y echar un vistazo por toda la zona de la entrada.

Me detengo frente a un largo mueble que tiene algunas fotos familiares, en las que los dos pequeños niños de ojos grisáceos juegan al fútbol. Le siguen un montón de cuadros del chico alto y rubio, también en diferentes partidos y con algunos trofeos entre sus

manos. También hay fotos de las chicas, y varias con la niña molesta, aunque no aparece ninguna que parezca ser ella de pequeña.

Inspecciono todas las imágenes una a una, centrándome sobre todo en las tres chicas guapas con las que voy a convivir. Quizás hasta podría alargar mi estancia aquí de alguna forma, y ligar con alguna de ellas. Janelle, es muy molesta, tanto que aún tengo su voz retumbando por mi cabeza, pero es muy guapa. Mucho. Demasiado quizás. Tiene una belleza natural que podría volverme loco fácilmente, si tuviese quince años como tendrá ella.

Vale, sé que no tiene quince años, pero me gusta molestarla. Apenas la conozco y ya tengo la sensación de que lo pasaré muy bien con ella.

La rubia tiene carita de ángel y un cuerpo bonito lleno de curvas, y la pelirroja me dedicó una mirada que interpreto como una invitación a pasar un buen rato, pero no me interesan ninguna de las dos.

Una puerta abriéndose y seguidos pasos acercándose a mí algunos segundos después, interrumpen mis pensamientos y me obligan volver a la realidad. Me doy la vuelta, encontrándome con Henri. Parece estar más tranquilo, y eso me calma a mí también.

—Tenemos algunas habitaciones en reformas, así que te tocará dormir con Bruno —señala al chico alto y rubio con la mirada—. Tienes un plazo de tres días para encontrar una casa.

Janelle

Resoplo al ver la insistencia de mis dos primas en seguir hablando del huésped idiota con el que tendremos que convivir los próximos días.

De verdad que me están empezando a sacar de mis casillas.

—¿Vais a seguir hablando de ese imbécil mucho rato? Lo digo para irme, me están entrando ganas de vomitar —interrumpo su charla desde mi cama, frente a la litera donde duermen ellas.

Al estar media casa en reformas, dormimos juntas en la habitación de Tiffany. Y no es nada divertido, sobre todo por lo maquiavélica que es. Por si no tengo ya suficiente con aguantar sus idioteces en

todas partes, también tengo que hacerlo en la habitación. Todo lo contrario de Daphne, mi otra prima, que es mi mejor amiga, y como una hermana para mí. Lo único malo que tiene es ser hermana de Tiffany. Y ahora las tres debemos compartir cuarto. Ni dormir tranquila puedo.

—Ay, qué aburrida eres, por favor —me reprocha Tiffany, mirándome con asco—. No es nada malo hablar del chico que está como un tren, y con el que vamos a convivir los próximos días —dice muy rápido, desquiciándome de nuevo—. ¿Creéis que podría colarme en su habitación por la noche? —Suelta una risita y a mí se me revuelve el estómago.

—No sé qué le veis, es que ni siquiera lo conocéis y ya estáis así de tontas. Es idiota.

—Lo dices porque tú no le gustas, ni siquiera te ha mirado en todo el rato que lleva aquí —escupe, porque lo único que sabe hacer es escupir veneno en vez de palabras.

—Sabes perfectamente que no. No quiero más chicos en mi vida hasta que me muera.

—¿Piensas quedarte aún más sola y amargada de lo que estás? Qué suplicio para los que nos toca aguantarte.

—No me importaría. Estoy bien como estoy —le contesto, y suspiro. ¿Estoy bien como estoy? ¿Estoy siquiera bien?

—Ay, pues yo no podría.

—Bueno, no te enfades —interviene Daphne, que hasta ahora había estado inmersa en su móvil, mirándome desde su cama. La verdad es que ella siempre es la que media entre las dos.

—Sí me enfado. ¿A quién se le ocurre tratarme así sin conocerme?

—A él —contesta Tiffany—. Ahora en serio, Janelle. ¿Me vas a decir que el chico no está como un queso? Con esos músculos, ese pelo largo, esa barbita… Ay, si es que parece un dios griego.

—Yo lo único que creo es que está para pegarle una buena colleja —contesto, haciendo reír a Daphne.

—Ya, claro, una buena colleja —ríe entre dientes Tiffany.

—Mira, iros a tomar viento las dos y no volváis nunca más.

Me levanto de la cama notándome las mejillas encendidas. Odio ponerme así, y ser tan débil y vulnerable ante los hombres, ante mi prima y ante la vida.

—Janelle —me llama Daphne—. No te enfades, está de broma, ya sabes cómo es.

—Déjala —interviene Tiffany— ¿No ves que está amargada desde que Brad la dejó tirada? —suelta con una pequeña sonrisa, y tan solo esas palabras son suficientes para que los pedazos rotos de mi corazón me arañen y me destrocen las heridas que ya tengo—. Y ahora encima está de mal humor —sigue soltando veneno por su boca, y yo aprieto los puños, conteniéndome para no estamparle uno en la cara—, porque Eric es muy parecido a él —murmura como si nada, como si no fuese consciente del efecto que van a tener esas palabras en mí, mientras mira sonriente y con ¿satisfacción? cómo mis ojos se van llenando poco a poco de lágrimas. Antes de que alguna pueda verme llorar, salgo rápidamente de nuestra habitación y corro hasta el cuarto de baño.

Me encierro allí y me rompo, sintiendo asco de mí misma y vergüenza por ser tan vulnerable, por no ser capaz de tener su autoestima y seguridad, y no plantarle cara como debería, por dejar que todo me consuma de nuevo y estar aquí llorando desconsolada, desahogando toda la tristeza, rabia y dolor que tengo acumulados.

En apariencia soy una chica fuerte, pero por dentro soy débil; cualquier cosa puede romperme y hundirme, hasta en lo más llano. Cualquier cosa. Aunque quizás no sea cuestión de no ser fuerte, sino de haberlo sido durante mucho tiempo.

CAPÍTULO 4
Eric

Llevo un buen rato hablando con Bruno. Él está a punto de cumplir dieciocho años y yo, veintiséis. Nos llevamos algunos años de diferencia, pero hemos congeniado de maravilla. Al menos tendré a alguien con quien hablar mientras esté aquí. El chico juega en un equipo de fútbol como central y me ha invitado a ver alguno sus partidos importantes o algún entrenamiento.

—Bruno —lo llama su madre desde la planta de abajo, lo suficientemente alto como para que ambos podamos oírla—. Baja un momento, cariño.

—Ahora vuelvo —dice y me limito a asentir como respuesta. Sale de la habitación y me levanto para poner mi móvil a cargar desde su cargador, ya que no tengo ganas de buscar el mío. En cuanto el aparato resucite un poco, tengo pensado llamar a Liam, y se va a enterar de quien es Eric Brown.

Este idiota siempre está metiéndome en problemas, pero es imposible no quererle. Es mi mejor amigo y lo ha sido prácticamente durante toda mi vida. Ha estado en mis buenos, en mis malos y en mis peores momentos. Ha sido testigo de los sucesos más oscuros de mi vida y jamás se ha alejado, al contrario, me tendió su mano cuando más lo necesité, cuando hasta mi propia familia me dejó completamente solo y destruido.

Al darme la vuelta, me encuentro con una de las chicas a las que anteriormente vi bajando la escalera.

—Hola, soy Tiffany —se presenta, acercándose a mí y sonriéndome de una forma coqueta. Alzo una ceja devolviéndole la sonrisa, y me planto frente a ella de brazos cruzados.

Me atrevo a echarle un vistazo rápido de arriba abajo, mientras siento que ella hace lo mismo conmigo, solo que yo, más que una simple mirada de coqueteo, siento por su parte una mirada

hambrienta recorrer mi cuerpo, lo que me hace soltar una pequeña carcajada.

—Eric. Eric Brown —contesto, presentándome sin dejar de mirarla. Es pelirroja y tiene los ojos azules, como prácticamente el resto de sus hermanos. Piernas largas y bonitas, mirada seductora y traviesa, y un buen culo, para qué mentir—. Un placer —le sigo diciendo—. Parece que vamos a pasar algo de tiempo juntos.

—Sí, eso parece —sonríe mostrándome todos los dientes—. Podríamos conocernos un poco, así tu estancia aquí sería —hace una pequeña pausa y me vuelve a echar un vistazo de arriba abajo antes de humedecerse el labio inferior—, bastante agradable.

—Conozcámonos entonces —respondo y le guiño un ojo. Llevo una de mis manos hacia mi pelo, y lo revuelvo un poco.

—¿Conoces Francia?

—No, nunca había estado aquí.

—Puedo mostrarte algo si quieres.

—Me parece bien.

—Y… ¿Qué te trae por aquí, Eric Brown? —pregunta sentándose en la que, a partir de ahora, será mi cama.

—Trabajo —me limito a contestar, encogiéndome de hombros.

—¿Qué clase de trabajo?

—Soy escritor.

—¿Y eso es un trabajo?

—Sí, y para mí es más que un trabajo.

—Bruno —escucho decir a Janelle en un hilo de voz bastante triste, mientras entra en la habitación. Se queda parada en cuanto nos ve, y da media vuelta, pero antes de que pueda salir la llamo.

—Oye, espera. —Se voltea de nuevo hacia nosotros, bufando, pero esta vez su mirada es más triste que la última vez que nos cruzamos —. Bruno está abajo, lo ha llamado tu tía —me trabo algo al hablar, pero finalmente consigo decir toda la frase al completo sin perderme en su mirada café, que ahora parece perdida.

—Vale.

—¿No quieres quedarte hasta que vuelva? Estábamos hablando.

—No —interviene Tiffany—. Seguro que prefiere irse a llorar al baño como la amargada que es. Déjala, estábamos muy tranquilos hablando tú y yo.

—Pues fíjate que ahora me voy a quedar solo por fastidiarte —contesta la morena entrando en la habitación. Da unos cuantos pasos hasta llegar a la cama de Bruno, que está frente a la mía, donde se encuentra sentada Tiffany. Yo sigo de pie en medio de ambas y no hay que ser muy listo ni conocer demasiado a la familia para saber que hay mal rollo entre las dos.

—Y dime, Eric... ¿Tienes novia? —De nuevo es la pelirroja quien habla, esta vez sin apartar la mirada de su prima.

—No, ni quiero tenerla —contesto—. No soy de tener relaciones ni esas tonterías, soy más de ir a mi rollo, sin ataduras ni nada serio con nadie.

—Anda, qué casualidad, como yo.

—No, tú en realidad eres más de quitarle el novio a alguna chica, y de hacerle la vida insoportable.

—No es mi culpa si yo les gusto más que ellas, y les doy lo que otras no son capaces de darles. —Se encoge de hombros con una sonrisa irónica en su rostro. Yo sigo en medio de ambas, mirando a una, y luego a la otra, según el orden en el que van hablando. Se masca la tragedia, y siento que la situación se va a poner aún más tensa en cuestión de segundos.

—Mira te voy a partir la cara de una vez, por bicho —grita Janelle, levantándose de la cama y abalanzándose sobre su prima, antes de sentarse a horcajadas sobre ella— ¡Si no fuese por ti yo seguiría con él! ¡Te odio! ¡Te odio! ¡Me has destrozado la vida!

—Te la destrozaste tú solita al meterte con ese chico —le contesta la otra entre gritos, haciendo que Janelle se enfade más y comience a tirarle del pelo. Me acerco a ellas y agarro a la chica molesta por detrás, cogiéndola en brazos y separándola así de su prima. Enseguida, sus tíos y Bruno entran en la habitación, encontrándose a Tiffany con los pelos alborotados, y a Janelle pataleando para que la suelte.

—¡Que me sueltes! —me grita al oído dándome golpes en los brazos, que la sujetan con fuerza para no dejarla tocar el suelo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Lilianne al entrar, con la cara descompuesta.

—No lo sé, yo no tengo ni idea —le contesto sin soltar a Janelle, que sigue pataleando en mis brazos—. Empezaron a discutir creo que por un chico.

La mujer asiente.

—Que ya me he tranquilizado. ¡Suéltame! —La dejo sobre el suelo despacio, esperando ver su reacción y si realmente se ha calmado o no, pero tengo que volver a cogerla en brazos cuando intenta abalanzarse de nuevo sobre su prima, totalmente fuera de sí.

—Sácala fuera, por favor —me dice Henri y asiento. De una forma u otra, siempre estoy metido en líos.

Liam va a flipar cuando le cuente en la casa de locos en la que me ha metido.

Salgo de la habitación como puedo, ya que las fuertes pataletas que pega la chica, apenas me dejan andar bien, a pesar de que mido 1'80 y soy bastante fuerte.

Lilianne nos sigue, y se para frente a nosotros.

—Déjala ya en el suelo, no va a volver a la habitación —dice al ver que la chica se ha puesto a llorar. La verdad es que ni siquiera me había dado cuenta hasta que me lo dice, y es cuando noto algo mojado sobre mis brazos. En cuanto sus pies tocan el suelo, se esfuma corriendo hasta el cuarto de baño, y se encierra allí.

—Siento que hayas tenido que presenciar una de sus peleas. Janelle es algo impulsiva y se deja llevar mucho por la rabia, pero para nada es como la has visto.

—Me lo imagino, no importa. Sé que no me incumbe, pero ¿qué ha pasado?

—Son primas, pero no se llevan nada bien. Digamos que el pasado siempre está en medio, impidiendo que haya al menos una relación cordial entre ambas. —Asiento como respuesta, intentando recopilar

toda la información que me va dando, aunque sea poca, pero sin preguntarle nada más que pueda incomodarla.

—Ya está todo solucionado. —Henri sale de la habitación, con un semblante bastante serio—. La cena está sobre la mesa, es mejor que bajemos antes de que se enfríe.

Tiffany sale de la habitación seguida por Bruno, y ambos comienzan a bajar las escaleras como si nada hubiese pasado. Justo después sus padres hacen lo mismo, dejando a Janelle sollozando en el baño.

—¿No bajas, Eric? —me pregunta Lilianne desde la mitad de la escalera.

—Voy a lavarme las manos, enseguida bajo.

Me acerco hasta la puerta del baño, y doy algunos toques con mis nudillos. No recibo ninguna respuesta más que sollozos desde el interior, así que insisto.

—No voy a bajar a cenar.

Dudo algunos segundos si es buena idea o no, pero finalmente abro la puerta y me encuentro con la mirada más triste que he visto jamás, y una cara llena de lágrimas.

—¿Qué haces? ¡Sal de aquí! —me grita desde la bañera vacía donde está sentada, con los ojos hinchados y rojos, pero aun así, penetrantes para mí. Se sorbe la nariz y limpia los restos de agua con la palma de su mano que ahora está cubierta por la manga de la sudadera que lleva puesta.

Observo durante algunos segundos su figura frágil, que contrarresta por completo la fuerza que tienen sus palabras.

Me acerco lentamente hacia ella, sin quitarle la vista de encima. ¿Qué esconderá esa mirada llena de dolor y rabia?

—He venido a lavarme las manos.

—Este es el baño de las chicas. Ve al de los chicos, que está al lado.

—¿Estás bien? —pregunto ignorando lo que acaba de decirme. Me arrodillo en el suelo frente a ella para quedar a su altura, y apoyo mis brazos sobre la bañera. Nuestras miradas hacen un pequeño contacto y siento algo en mi interior.

¿Cómo una mirada tan vacía puede estar llena de tanta profundidad?

—¿Y a ti qué te importa? —Rápidamente aparta su mirada de la mía y la lleva a sus manos temblorosas.

—No me gusta ver a la gente llorar, y menos a una chica.

—Pues vete y así no me ves.

—No voy a irme, y menos sabiendo que hay una chica mal aquí. Tengo una hermana pequeña, y no me gustaría que nadie la hiciera llorar hasta el punto de tener que encontrarla en un baño así.

—¿Qué pretendes? Porque si te digo la verdad no estoy de buen humor para que me toques las narices.

—En realidad lo único que tenía pensado hacer era quedarme aquí contigo —contesto antes de levantarme del suelo. Ignoro sus gritos, y lo que me parece entender como insultos en un francés demasiado bien pronunciado para mí, y entro en la bañera, sentándome junto a ella. Saco mis piernas fuera, ya que soy demasiado largo, y la veo mirarme fijamente volviendo a sorberse la nariz, pero sin dejar de llorar. Aunque es mucho más pequeña que yo, hace lo mismo y echa su cabeza hacia atrás, dejándola chocar con las baldosas de la pared.

—Me sigues cayendo mal —suelta después de varios minutos de silencio, cerrando los ojos con fuerza, y dejando caer lentamente algunas lágrimas por sus mejillas.

—¿Y ahora por qué?

—Porque hacía mucho tiempo que nadie se interesaba por mí y se quedaba conmigo mientras lloraba.

CAPÍTULO 5
Eric

Un rico olor a cruasanes recién hechos inunda mis fosas nasales y me hace poco a poco, junto a la molesta claridad, despertarme. Doy un par de vueltas por la cama intentando recuperar el sueño, pero me resulta imposible, así que opto por levantarme. Empiezo estirándome y poco a poco me voy levantando de la cama, ya que no quiero marearme al hacerlo de un tirón.

Echo un vistazo a mi alrededor. Me encuentro con la habitación de Bruno, pintada con un tono gris claro, y decorada de forma simple; algunas cosas de fútbol, y trofeos que ha ido ganando a lo largo de los años, además de muchas fotos enmarcadas en las que aparece con amigos y también con su familia. Se ve que a todos en esta casa le gusta atesorar los recuerdos.

Llevo mi mirada hacia su cama y la encuentro vacía. Supongo que ya se habrá levantado a desayunar para ir a clase o entrenar.

Una vez en pie, me dirijo hacia el cuarto de baño y al encontrarlo abierto, decido entrar. Me lavo bien la cara, y hago mis necesidades como cada mañana y así estar listo finalmente para bajar a desayunar.

Siento un nudo en el estómago al imaginarme sentado en la mesa con toda la familia. Va a ser raro compartir un momento así con gente a la que apenas conozco, pero tengo que poner mi mejor cara. Después de todo, si quiero quedarme aquí, tengo que aprender a convivir con ellos. Llego al piso de abajo y me cuesta varios minutos encontrar la cocina, pero cuando finalmente lo hago, entro y me encuentro con la familia desayunando tranquilamente.

—Buenos días —digo nada más entrar, echando un vistazo a mi alrededor y percatándome de que falta alguien en la mesa: Janelle.

—Buenos días. —La primera en contestar es Lilianne, como de costumbre ya, con una sonrisa cálida que ilumina su rostro—. ¿Has

dormido bien? —me pregunta y asiento —¿Has pasado frío? Si necesitas otra manta, házmelo saber.

No estoy acostumbrado a pasar tiempo en familia y el ambiente que hay en la mesa me hace sentirme totalmente fuera de lugar.

—He dormido bien, gracias, Lilianne —le sonrío y parece contenta de que haya estado a gusto.

—¿Qué quieres desayunar?

—Cualquier cosa estará bien.

Me siento en una de las sillas junto a Tiffany, que enseguida me dedica una mirada seductora.

—Eric —me llama Henri.

—¿Sí?

—¿Puedo hablar contigo un momento? —me pregunta serio.

¿Qué le pasará ahora? ¿Y si quiere sacar la escopeta?

—Sí, claro que sí —contesto, tragando saliva y sintiendo cómo baja con dificultad por mi garganta. Evito hacer contacto con su mirada fría, y decido levantarme de la silla en la que me acababa de sentar escasos segundos antes. Si debo morir, mejor que no lo vean los pequeños diablillos de la casa. Benjamin, el ladronzuelo, y su hermano mellizo Eliot, me miran expectantes mientras comen.

—Deja al chico que primero desayune, seguro que tiene hambre —interviene Lilianne, la que parece mi salvadora en esta casa.

—Será solo un momento. En cuanto terminemos volverá y podrá desayunar. Vamos —se dirige de nuevo a mí.

Me indica el camino hacia lo que parece ser su despacho. Una vez dentro, me hace tomar asiento justo enfrente de él, lo cual hace que se me acelere el pulso, y me ponga mucho más nervioso de lo que ya estaba.

—He estado investigándote… —empieza a decir, como si fuese la cosa más normal del mundo, después de unos largos segundos de silencio—, Eric Brown —continúa hablando, con la mirada clavada en mí.

—Ah —contesto, intentando parecer despreocupado—. ¿Se ha enterado ya de que me escapé de la cárcel? —bromeo intentando

suavizar la tensión, pero la sonrisa se borra de mi rostro de inmediato al ver su semblante tan serio.

—No. Pero me he enterado de que eres hijo de Christoffer Brown.

—Sí, es mi padre. ¿Por qué?

—Porque me resulta raro que siendo hijo de alguien tan importante como es él, estés justo en mi casa y sin tener dónde ir.

—Bueno, cuando me independicé decidí ganarme el dinero y la vida por mi cuenta, y no depender de los millones de mi padre.

Y es completamente cierto, aunque también lo es que tengo bastante dinero ahorrado y podría ir a donde quisiera, solo que, por alguna extraña razón, prefiero quedarme aquí.

—Aunque me resulta raro, me alegra que hayas venido a parar justo a mi casa —sonríe. Juro que este hombre acaba de sonreír—. Seguro que tu padre va a estar encantado de que te haya acogido en mi casa estos días, ganaré muchos puntos.

—¿Lo conoce? —pregunto frunciendo el ceño.

—Sí —suelta una larga carcajada. Pero si el hombre ríe y todo, y además tiene guardada la escopeta. Empieza a caerme mejor—. Estamos a punto de cerrar un acuerdo, un contrato muy importante que podría cambiar mi vida y la de mi familia.

—Oh, qué bien.

—Por eso he pensado que podrías ayudarme. Ya sabes... Hablándole muy bien de mí a tu padre, y animándolo para que firme el contrato.

Y en este momento, una magnífica idea pasa por mi cabeza.

—¡Claro! Le ayudaré, ¿cómo no iba a hacerlo?

—Gracias, muchacho.

—Con una condición —le digo mirándolo fijamente, con una sonrisa en mi rostro.

—¿Cuál?

—Me quedaré en su casa hasta que mi padre firme el contrato. No tres días como me dijo, no. Hasta que esté bien firmadito.

—Bueno, lo hablaré con mi familia, pero eso está hecho, chi...

—Y… —le interrumpo. Las palabras empiezan a salir de mi boca antes de que pueda pensarlas bien—. Me ayudará a pasar más tiempo con Janelle.

Me quedo petrificado cuando me doy cuenta de lo impulsivo que he sido. La idea me ha surgido de la nada, y yo como un idiota la he soltado sin ningún filtro.

—¿Si hago eso me ayudarás para que tu padre firme?

—Por supuesto, señor, para mí será un placer que mi padre haga negocios con usted.

—Pues bueno, trato hecho. —Me tiende la mano y se la acepto, estrechándola y cerrando así el trato que acabamos de hacer—. Pero muchacho, nada de jugar a juegos sucios con mi sobrina ni de hacerle daño, o no responderé de mis actos. Mi casa es una casa respetable, recuerda eso. Y mi sobrina es sagrada para nosotros.

***

Entro a la cocina seguido por Henri, y de forma inconsciente, se me forma una sonrisa en la cara cuando veo a la molesta de Janelle desayunando junto a los que quedan en la mesa: Lilianne, Tiffany y Daphne, que hasta ahora tampoco había aparecido.

—Como he visto que tardabais, te he dejado preparado el desayuno en tu sitio para que no se enfríe el cruasán.

—Muchas gracias, Lilianne. Eres muy amable. —Me atrevo a tutearla porque así me lo pidió ella misma, aunque con Henri todavía no sea capaz de hacerlo. Se sienta justo enfrente, y empieza a desayunar.

—Janelle —la llama su tío—. Había pensado que quizás podrías enseñarle Francia a Eric. Puedes empezar por nuestra ciudad, y seguir por las de los alrededores.

—¿Y por qué tendría que hacer eso?

—No conoce Francia. Sería una bonita forma de tratar bien a nuestro invitado.

—No es nuestro invitado. Es un idiota al que han estafado y tiene que quedarse en nuestra casa unos días, porque sois demasiado

amables como para echarle.

—Te equivocas —contesta él ahora—. Ayer hubo un malentendido al no reconocer a Eric. Es hijo de alguien muy importante con el que estoy a punto de cerrar un contrato, y por lo tanto, es nuestro invitado.

—Yo le puedo enseñar Francia, papi —interviene Tiffany.

—Quiero que lo haga Janelle. Le vendrá bien salir de casa y socializar más.

—Tengo que ir a hacer fotos, tío Henri.

—Bueno, pues te acompaña Eric y así no te aburres.

—No me aburro, tranquilo.

—Janelle…

—Vale —bufa y sonrío inconscientemente, admirando divertido la escena que estoy presenciando.

—Pero papá… —se queja Tiffany.

—Ven con nosotros si quieres —le dice Janelle.

—Ya tiene que caerle mal el chico para dejar que los acompañe Tiffany —ríe por lo bajo, en esta ocasión, su hermana Daphne, con una mirada llena de diversión que hace fruncir el ceño de su padre.

—Daph… —la reprende Henri— ¿Alguna puede comportarse como una señorita, o al menos como una chica normal, por unos días?

—No —dicen las tres al unísono.

***

—¿Eric? —Escucho la voz de mi padre, que parece sorprendido y algo nervioso, desde la otra línea. No recuerdo cuándo fue la última vez que hablamos. Se me forma un nudo en la garganta mientras trato de encontrar las palabras para empezar a hablar.

—Mhm, sí, hola.

—¿A qué se debe tu llamada? ¿Ya estás en Francia? ¿Ha pasado algo?

Maldito Liam. Es un bocazas, siempre dando detalles a mis padres.

—Sí. No. Bueno, sí. Estoy en Francia.

—¿Y ha pasado algo malo? No estoy acostumbrado a que me llames. No sé si debo alegrarme porque te hayas dignado a hablarle a tu padre, o preocuparme por lo que te haya pasado.

—Tranquilo, estoy bien. Aunque me han estafado.

—¿Qué? —pregunta rápidamente, completamente alarmado.

—No sé qué es lo que te ha contado Liam, pero iba a vivir en una de las casas que prestan familias a estudiantes, o personas que necesiten quedarse un tiempo. Y bueno, me engañaron, y pagué por adelantado.

—¡Si es que ya te dije que no te fueses a ese país tú solo! Es que no sé qué has hecho con tu vida, Eric. ¿Por qué no recapacitas, vuelves, y trabajas para mí? Como hizo tu hermano en su momento.

—¿Sabes algo de él? —Se me encoje un poco el corazón al oírme preguntar esto, pero no puedo evitar hacerlo.

—No. Tengo la suerte de tener dos hijos que no quieren saber nada de su padre.

—Papá, otra vez no.

—Es la verdad, Eric. Siempre me he matado para daros lo mejor, que tuvieseis los mejores juguetes, todos los lujos…

—Quizás lo que nos hacía falta era un abrazo y no un patinete nuevo.

—Eric…

—Da igual, papá. Sabes que te agradezco todo lo que has hecho siempre por nosotros. Pero ya sabes que a mí, vuestro estilo de vida no me va.

—Eric, somos tu familia. Vuelve a casa. ¿En qué hotel estás? ¿Quieres que te envíe dinero? ¿Un avión privado que pase a recogerte? —Pongo los ojos en blanco, él siempre está igual. Siempre rodeado de lujos y su maldito dinero.

—Sabes que no quiero nada que tenga que ver con tu dinero.

—Déjame al menos ayudarte. ¿Dónde estás?

—Justo de eso quería hablarte. Casualmente he venido a parar a casa se Henri Boissieu. ¿Lo conoces?

—¡Claro! Es un gran hombre con el que estoy a punto de cerrar un gran contrato.

—Pues se ha ofrecido amablemente a dejar que me quede en su casa hasta que encuentre algún sitio donde ir.

—Que buen gesto por su parte. Justo ahora mismo estaba revisando el borrador del contrato.

—Y justo de eso tenía que hablarte —le interrumpo, comenzando a estar nervioso—. Necesito que me hagas un gran favor, papá.

—¿Qué necesitas que te mande?

—No necesito que me mandes nada, qué obsesión —suspiro indignado. Qué pesado es—. Necesito que me hagas otro favor.

—Lo que sea, hijo. Sabes que siempre puedes contar conmigo.

Sí, siempre.

—Necesito que no firmes el contrato hasta dentro un mes… o quizás dos.

—¿Qué? ¿Estás mal de la cabeza?

—Papá, por favor, necesito quedarme en esta casa hasta que escriba mi libro, o encuentre algo con lo que inspirarme para hacerlo. Si me ayudas… —Tomo una pequeña pausa para pensar qué puedo ofrecerle, teniendo en cuenta que tiene a su alcance absolutamente todo—. Si me ayudas, volveré a casa.

—¿Me estás hablando enserio, Eric Brown?

—Sí —contesto, arrepintiéndome de inmediato.

—¿De cuánto tiempo hablamos?

—Un mes. Tal vez dos.

—Es mucho tiempo. No puedo retrasarlo tanto.

—Papá… Sabes que llevo años sin pedirte ningún favor, y tú siempre me dices que acuda a ti si necesito algo. Lo estoy haciendo justo ahora.

—No me hagas chantaje emocional.

—No lo hago. —Pero sí, es justo lo que estoy haciendo.

—¿Qué hay detrás de ese gran interés por quedarte en esa casa?

—¿Poder empezar a escribir mi libro?

—Eric… Que llevemos años sin vernos, no quiere decir que no te conozca. Eres mi hijo y sé que algo quieres conseguir.

Conocer más a la niña molesta. Niego rápido con la cabeza, intentando borrar ese estúpido pensamiento de mi mente, y continúo hablando con mi padre.

—Solo quiero escribir mi libro. Es muy importante para mí.

—Lo que me haces hacer… —contesta prácticamente en un suspiro —. Procura que ese libro sea un éxito, hijo, me estoy jugando un negocio importante.

—¿Cómo está mamá?

—Te echa mucho de menos, Eric. No es la misma desde que te fuiste.

Aprieto fuerte el teléfono con rabia, conteniéndome para no lanzarlo por los aires en cualquier momento, e intento tragarme cualquier palabra malsonante que mi garganta está a punto de escupir.

—¿Y Bella? ¿Cómo está? La echo mucho de menos —me escucho decir en un susurro, y no sé si arrepentirme de haber mostrado algo de vulnerabilidad ante mi padre después de tantos años, pero mi hermana es la única persona de mi familia a la que realmente echo de menos, y que me duele con toda el alma no ver cada día.

—¿Isabella? Ya sabes, como siempre —se limita a contestar—. También te echa mucho de menos, podrías llamarla de vez en cuando. Al menos a ella, Eric.

—¿Sigue yendo al especialista? ¿Está mejor?

—Está igual.

—Vale —suspiro y trago, intentando deshacerme del nudo tan grande que se ha formado en mi garganta y, que cada vez, sube más y más. Carraspeo, y me decido a cambiar de tema, para poder cortar de una vez la conversación—. Mhm, tengo que colgar. La sobrina de tu compi va a llevarme a dar una vuelta por Francia.

—Dime que no estoy a punto de mandar un gran proyecto a la basura por un capricho tuyo con una chica.

—No es ningún capricho, papá. Solo va a enseñarme la ciudad, necesito conocerla para que mi proyecto salga bien.

—Eric Harold Brown… —Pongo los ojos en blanco cuando lo escucho llamarme así. Sabe que lo odio y, aun así, lo hace—. Conozco la voz que pones cuando te gusta algo o alguien, y es la misma que estás poniendo ahora.

—Estás paranoico, eh. Más que de costumbre. No me gusta. Es una niña molesta. Muy molesta. Desde que la conocí ayer no ha dejado de molestarme y de ser una molestia. No la aguanto. Pero no sé por qué razón disfruto tanto molestándola. No sé cuántas veces habré utilizado la palabra molesta, pero es que lo es.

—Vaya, ya veo que tu interés por quedarte en esa casa es únicamente por el libro —contesta irónico.

—Papá, no seas pesado. No es mi tipo de chica para nada.

Dos pequeños toques al otro lado de la puerta interrumpen nuestra conversación.

—¿Sí?

—¿Estás listo? —pregunta Lilianne desde el otro lado de la puerta —. Las chicas te están esperando abajo.

—Oh sí, claro. Enseguida bajo —contesto y oigo unos pasos alejándose de mi habitación.

Decido ignorar a mi padre, quien sigue molestándome desde la otra línea, y le aviso de que tengo que colgar justo antes de hacerlo.

Me levanto de la cama en la que estaba tumbado durante la llamada y salgo de la habitación, dispuesto a enfrentarme a esas dos chicas que están ahí abajo, quienes me harán pasar un día bastante entretenido. De eso estoy seguro.

CAPÍTULO 6
Eric

—Eres la cosa más aburrida del mundo.

—No soy una cosa —contesta Janelle—. Pero gracias por el cumplido —murmura antes de sacar una nueva fotografía. Lleva toda la mañana sacando fotos a cualquier cosa que pasa por su alrededor. Creo que hasta le hizo una foto al pedo que me tiré cuando iba delante de Tiffany.

—Venga... Tengo hambre. Necesito comer algo.

—Mira, no he venido a hacer de niñera, sino a trabajar. Así que si quieres comer algo vas y te buscas la vida tú solo, pero a mí me dejas en paz. Y si no, que te acompañe tu amiga Tiffany, ya he visto que os habéis hecho muy amigos por el camino.

—Si no hubiese podido comprobar, a lo largo de la mañana, lo molesta que eres, diría que estás celosa.

Alzo una ceja mirándola divertido.

—¿De qué cosa? —pregunta antes de tomar una nueva foto.

—De Tiffany, y no es una cosa —contrarresto sonriente.

—Como digas. —Pone los ojos en blanco.

—¡Ya estoy aquí! —grita la molesta voz de Tiffany, avisándonos de que ya ha vuelto de su escapada para ver a unas amigas que paseaban cerca de nosotros. Enseguida se posiciona justo entre Janelle y yo, cosa que parece darle completamente igual, ya que sigue tomando fotos al paisaje que tenemos frente a nosotros.

—¿Y para qué tantas fotos? —le pregunto a Janelle, pero la molesta de su prima no tarda demasiado en entrometerse y contestar por ella.

—Estudiamos fotografía juntas y la muy pesada se dedica a intentar hacer fotos que sean lo suficientemente buenas como para dedicarse a ello cuando terminemos las prácticas. Las empezamos en mayo.

—¿Vais juntas a clase?

—Algo así. Yo sí que voy a clases, ella las hace online porque es una antisocial, y le dieron la oportunidad porque fue dando pena a los directores. —Se encoge de hombros y mira una notificación que le llega en el móvil. Veo a Janelle tensar los músculos de sus hombros y apretar con fuerza la cámara que tiene entre las manos. Está a punto de soltar algo cuando decido intervenir.

—¿Y por qué no sacas tú también fotos?

—Porque prefiere entregar las que yo hago y así seguir sin hacer nada productivo con su vida —reprocha la morena que tengo al lado, echándole una mirada que, estoy seguro que si mataran, Tiffany ya no estaría entre nosotros.

—No exactamente, idiota. —Le devuelve la mirada asesina a su prima, y no puedo evitar reír—. ¿Te gusta la gente que cumple con su labor o qué?

—Pues sí.

—¡Qué casualidad! A mí también. —Me agarra del brazo y lo entrelaza con el suyo, y seguimos el camino juntos. Yo la miro divertido, la verdad es que la pelirroja está como una cabra—. Y me encanta tomar fotos. Lo hago muy a menudo. Solo que hoy se me ha olvidado la cámara en casa.

—Apuesto a que tu prima lleva una cámara de repuesto, y te la puede dejar. Me encantaría ver alguna de tus fotos.

—No voy a dejarle mi cámara.

—Venga Janelle, mi preciosa y querida primita. Dos fotos. Solo dos. Las hago rápido y vuelvo.

—Si con eso te pierdo de vista un rato, víbora —dice esto último bajito, pero yo la he oído, y suelto una carcajada. Se quita la mochila de los hombros, y saca la otra cámara. Se la tiende a Tiffany, que rápidamente la toma entre sus manos mirándome con una gran sonrisa.

—Enseguida vuelvo. ¡Esperadme aquí, que me pierdo! —grita, haciéndome reír. No tarda muchos segundos más antes de alejarse poco a poco de nosotros.

—Por fin se ha ido —murmuro en un suspiro después de algunos segundos de silencio. Janelle me mira justo después de decir eso, e intenta contener su risa, pero le es imposible y enseguida estalla en carcajadas. Es la primera vez que la veo reír.

Por un momento siento que el tiempo se detiene, que solo estamos ella y yo en este lugar, y que su risa es la mejor melodía para mis oídos, la que podría oír cada día a cualquier hora sin ningún problema. Su sonora risa hace contacto con mis tímpanos una y otra vez, provocando en mi interior una agradable sensación de tranquilidad y felicidad. Está aún más bonita cuando ríe, y estoy seguro de que eso ella no lo sabe.

Se apoderan de mí unas inmensas ganas de escribir, de poder expresar todo lo que una simple risa puede transmitir, o de todo lo que esta molesta chica me está haciendo sentir ahora mismo.

—¿Hola? —Pasa su mano justo enfrente de mi cara, haciéndome reaccionar, y me doy cuenta de que estoy quedando como un tonto.

—Hola —contesto, y veo que está aguantando soltar una carcajada —. Estaba pensando en lo mala que eres como guía.

—No soy mala como guía.

—Sí que lo eres. Tiffany lo hace bastante mejor.

—Pues venga, corre con mi prima, y que te enseñe Francia. Y como si te quiere enseñar China, me dais igual. —Comienza a caminar, apartándose de mí a grandes zancadas, así que decido dar también grandes pasos hasta alcanzarla, cortándole el paso.

—Puedo darte una oportunidad. ¿Por qué no me enseñas… —comienzo a preguntar, echando un vistazo a mi alrededor e intentando encontrar algo que me pueda enseñar—, el puente ese de ahí? —Lo señalo con la mirada, y enseguida se voltea a echarle un vistazo.

—No creo que sea buena idea.

—Llevas diciendo eso toda la mañana. —En lugar de contestarme, toma otra vez la cámara de nuevo entre sus manos y después de mirar el objetivo, captura una nueva foto—. Estás enferma. ¿Cuántas fotos has hecho en lo que llevamos de paseo? ¿Mil?

—¿Cuántas tonterías has dicho tú durante el tiempo que llevamos paseando? ¿Un millón?

—No digo tonterías. —Doy un paso hacia adelante con los brazos cruzados, acortando la distancia que nos separa.

—Sí que lo haces —contesta dando un paso hacia atrás. No puedo evitar soltar una carcajada.

—No —vuelvo a decir yo, esta vez antes de extender mi brazo y quitarle la cámara de entre sus manos con rapidez.

—Eh—se queja. Intenta atrapar de nuevo la cámara, pero me encargo de apartarla para que no pueda hacerlo—. ¿Se puede saber qué haces? Mi cámara es sagrada. Devuélvemela ahora mismo, o no respondo ante mis actos.

—Eso quiero verlo —contesto, antes de echar a correr hacia el puente que le había pedido ir a ver antes. No tarda demasiado en alcanzarme e intentar atrapar la cámara de nuevo, pero esta vez me encargo de levantar mi brazo lo suficientemente alto como para que no pueda coger la cámara, ni siquiera dando saltitos como está haciendo ahora mismo.

Suelto una carcajada.

—No es gracioso.

—¿Vas a enseñarme el puente ese que antes estaba lleno de candaditos o qué? —Sonrío orgulloso por haber cumplido mi objetivo.

—¡Eres detestable!

—Gracias, eres muy amable conmigo.

—Soy como te mereces que sea. —Esta vez da un gran salto, intentando alcanzar la cámara, pero de nuevo le es imposible, y niego con la cabeza repetidas veces sin dejar de sonreír.

—Creo que alguien no creció lo suficiente y ahora no puede coger cosas que están en altura —afirmo en tono burlón, antes de hacer un puchero con mi labio inferior.

—¡Detestable!

—¿Vas a ser mi guía particular o no? —Se queda callada, con la cara completamente roja y los brazos cruzados contra su pecho—.

Guía particular a la una… —Muevo la cámara desde la altura—, guía particular a las dos, guía parti…

—¡Vale! Dame ya mi cámara, imbécil.

—Toma, preciosa. —Le devuelvo la cámara, regalándole una sonrisa coqueta.

—¡Ya te he dicho que no coquetees conmigo, pesado!

***

—Parejas felices que se aman de por vida y sellan su amor con un candado. ¿Hay algo más estúpido? —murmuro mientras cruzamos el famoso puente del amor, aunque ahora ya no haya ni rastro de los candados que infinidad de parejas cerraron durante tantos años—. ¿Crees que algunos de esos novios seguirán juntos en la actualidad?

—No lo sé.

—Yo sí que lo sé, y la respuesta es no. Claro que no están juntos y, ¿sabes por qué? Porque todo esto es mentira. No se trata de cerrar un candado con tu novia, sino de que esa novia sea la indicada para cerrarlo. Sería capaz de apostar cualquier cosa, y no perdería nada, a que todas las parejas que han puesto un candado aquí no siguieron juntas después de un tiempo. Es la tontería más grande que he visto en mi vida.

—Pues a mí no me parece una tontería —me contradice con cierta timidez, antes de levantar su mirada hacia la mía—. Es bonito cerrar el candado con la persona que amas y tirar la llave. Es una forma de demostrarle que tu amor es eterno, y que nada ni nadie podrá romper la relación ni el amor que le tienes. Al tirar la llave, no se podrá abrir de nuevo el candado, incluso si se rompiera la relación. —Toma una pequeña pausa antes de continuar hablando—. Es una forma de demostrar que el único que tiene la llave de tu corazón es la otra persona, y también es la única capaz de romper ese vínculo.

—Sigo pensando que esto es una tontería.

—¿No serías capaz de hacer algo así de bonito por tu novia?

—Uno —comienzo a enumerar con mis dedos—, no pienso tener novia—. Dos —Le enseño dos dedos—. No, no sería capaz de hacer

esta tontería. Demasiado enamorado debería estar para dejar que me traigan aquí a cerrar un maldito candado.

—Como siempre igual de detestable.

—Seguro que tú te pones así porque ya has cerrado uno con algún imbécil que te prometió amor eterno, y luego te dejó tirada —bromeo, sin darme cuenta del efecto que provoca en ella. Veo que la he cagado cuando se pone erguida y muy seria—. ¿He dicho algo... algo malo? No quería...

—Da igual. Justo al final del puente hay una cafetería. Vamos antes de que me arrepienta.

***

—Siento si antes he dicho algo que te ha molestado, no era mi intención —murmuro una vez que el camarero nos ha servido nuestro pedido.

—Te he dicho ya diez veces que da igual. A la siguiente me voy, te dejo aquí solo, y a ver cómo vuelves.

—No tendría problema en llamar a Tiffany.

—A la siguiente, me levanto y me voy, te lo aviso.

—Vale, perdona. ¿Puedo hacerte una pregunta?

—¿Qué?

—¿Por qué eres tan molesta? —Hace el amago de levantarse, pero enseguida la freno, y hago que se siente de nuevo—. Vamos a conocernos.

—No quiero conocerte.

—Finalmente, ¿cuántos años tienes? ¿Catorce?

—Veinte.

—Yo tengo casi veintiséis.

—¿Y en qué momento te he preguntado?

—No seas grosera.

—No seas pesado.

—Y dime... ¿Tienes hermanos?

—Sí. Tengo una hermana.

—Yo tengo una hermana y un hermano.

—Genial.

—¡Janelle, cariño! —Prácticamente grita una mujer acercándose a nosotros, agarrando la mano de una niña pequeña. Janelle se levanta de su silla, y se pone de cuclillas con los brazos abiertos, los cuales no tardan demasiado en envolver el pequeño cuerpo de la niña.

—Nelleeeee —pronuncia como puede con una dulce vocecita y una gran sonrisa justo antes de seguirle el abrazo.

—¿Cómo está la niña más guapa del mundo?

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien, pequeña. —Janelle se levanta del suelo y acaricia el pelo de la niña con cuidado para no despeinarla. Lleva un vestido bastante pomposo, con mucha purpurina, y va muy bien peinada con un gran lazo rosa. Es una niña dulce, y muy bonita.

—Hola cariño —saluda la mujer, bastante más mayor que nosotros, al tenerla enfrente—. Vaya... —Nos mira sorprendida—, ¿interrumpimos algo?

—Mhm no, claro que no.

—¿Quién es? —Me echa un vistazo rápido, sin dejar de sonreír.

—¡Deja de pensar que es mi novio! —contesta Janelle antes de darle un pequeño manotazo—. Se va a quedar unos días en casa, es una larga historia.

—Hola, soy Eric. Encantado —extiendo mi mano, y enseguida la estrecho con la suya en un cordial saludo.

—Yo soy Pauline. Y esta es mi hija, Sophie.

—Hola preciosa —la saludo, y me responde con una sonrisa tímida.

—Hoy tengo turno en el hospital. ¿Podrás quedarte con la niña? Lleva todo el día dándome la lata con que quiere que la cuides tú.

—Sabes que eso ni se pregunta. Os espero a las ocho.

—Muchas gracias, cariño. Dile adiós a Janelle mi vida.

—Adiós. —Se despide con una dulce voz, diciendo adiós con su manita, antes de que ambas de marchen de la cafetería tras recoger su pedido para llevar, dejando a Janelle sonriendo mientras las sigue con la mirada hasta que se pierden de vista.

Vuelve a sentarse frente a mí, y de forma inconsciente sonrío al verla tan contenta. Parece que no suele pasar muy a menudo.

—Vaya, parece que esa niña te alegra el día.

—Sí, la verdad es que sí.

—Mhm… ¿Puedo preguntar quién es?

—Antes te dije que tenía una hermana, pues sin duda esa es Pauline. No tenemos la misma sangre, pero compartimos muchísimo más. —Suspira y yo asiento como respuesta, dejando que se exprese todo lo que quiera—. Y la pequeña es Sophie, su hija.

—¿Cuántos años tiene la niña? La mujer parece algo mayor para tener hijos. No es por ofender —aclaro—, solo es curiosidad.

—Va a cumplir cinco años.

—Por eso mismo. Igual me estoy pasando de exagerado y la señora no es tan mayor. Repito, no quiero ofenderte.

—Tranquilo, no me ofendes. Es adoptada. —Da un sorbo a su taza de café.

—Bueno, finalmente no me lo he pasado tan mal. —Miro de reojo a Janelle. Tiene la mirada fija en algún punto que ahora mismo desconozco, pero sé que está perdida en algo. Estamos cruzando el puente de nuevo, y no puede estar más preciosa con el pelo al viento.

—Yo tampoco.

Seguimos caminando y, ya que no dice nada más, me atrevo a romper el silencio.

—¿Por qué eres tan bajita?

—¿Por qué eres tan idiota?

—Yo he preguntado primero —digo sin poder ocultar la sonrisa de mi cara. Lo cierto es que no puedo evitarlo, cada vez que veo que se molesta por algo que le digo, siento una gran satisfacción.

—Ser bajita no es malo.

—Ser idiota tampoco.

—En tu caso sí.

—¿Por qué te caigo mal? —me atrevo a preguntar.

—Porque eres idiota. Simplemente me cae mal la gente así. Tienes el ejemplo con mi prima.

—Creo que soy idiota, pero tampoco tanto.

—Cualquiera la aguanta el día de su cumpleaños —ríe negando con la cabeza—. Es dentro de poco —sigue diciendo.

—¿Cuánto falta para que cumplas tú los veintiuno?

—Aún queda un poquito, cuatro meses. —Suelta una pequeña carcajada, y luego me sonríe, y entonces juro que me empieza a temblar todo—. Pero no me interesa. El único cumpleaños que me interesa es el número veintidós.

—¿Y eso?

—No lo sé. Siempre quise que mi cumpleaños número veintidós fuese especial, y es la fecha que espero con todas las ganas del mundo entero.

—Yo haré que sea especial —digo de forma impulsiva, haciendo que suelte una carcajada. La verdad es que me gusta verla reír.

—Para ese entonces habrás olvidado que existo.

—¿Por qué piensas eso?

—¿Por qué debería pensar de otra forma?

—No sé, quizás nos hagamos amigos.

—Lo dudo bastante. Pero bueno, todo puede pasar, tampoco quiero ser grosera.

—Tranquila. Pero solo una pregunta.

—Dime.

—¿Por qué el número veintidós, y no otro cualquiera?

—No tengo ni idea. —Se encoge de hombros—. Solo sé que es mi número favorito, mi número especial. Supongo que en días veintidós pasaron cosas fundamentales y felices en mi vida, y no sé, siempre ha sido un número especial para mí —me cuenta, y no puedo evitar reír mientras niego con la cabeza.

—¿De qué te ríes?

—De las casualidades de la vida.

—¿A qué te refieres?

—A que nos conocimos ayer.

—Sí, ¿y?

—Pues que ayer fue día veintidós

CAPÍTULO 7
Janelle

Entro en la habitación que ahora me toca compartir con mis queridas primas, y lo primero que veo son dos pequeñas cabezas rubias asomarse y saludarme con la mano. Obviamente son los dos revoltosos de la casa: Benjamin y Eliot. Me miran con una ceja alzada y una sonrisa traviesa desde mi cama. Ya están tramando algo otra vez.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me miráis así? —Es lo primero que pregunto al entrar y dejar mi mochila en el suelo. Guardo con cuidado la cámara en el armario que me han prestado, y me vuelvo de nuevo hacia a ellos, que siguen observándome con caras traviesas.

—Nada, solo que has vuelto de pasear con Tarzán y se te ve muy feliz —me suelta sonriente el muy canalla, haciéndome poner los ojos en blanco. Llevo mi mirada hacia Daphne, que está tumbada en su cama con la mirada fija en su teléfono, en busca de algo de ayuda por su parte, pero está tan inmersa en lo que sea que esté leyendo que no me hace ni caso.

—¿Qué quieres ahora, Benjamin?

—Quiero que me dejes tu tablet para jugar, y que me dejes descargar juegos. —Se encoge de hombros, como si fuese algo obvio de adivinar por mi parte.

—Te he dicho mil veces que mi tablet no se toca, la necesito para hacer los trabajos y editar las fotos. Sabes que no tengo ordenador.

—Una pena, tendremos que decirle a mamá… —mira a su pequeño hermano, el otro rubio diabólico—, que has llegado muy sonriente después del paseo. Seguro que se pone muy contenta de ver la cara de tonta que tienes.

—Daphne, di algo ahora mismo, o le arranco los pelos uno a uno —amenazo, pero mi prima sigue sin hacerme caso.

Sé perfectamente que no tiene ni pies ni cabeza lo que está diciendo mi primo, es solo un niño muy travieso y también sé que, si accedo, me estaría poniendo a su nivel, y dejándome chantajear. Pero es que mi tía es muy pesada, y sé de sobra cómo se pondría si mis primos le dijeran todas esas cosas. Se montaría una película en la cabeza impresionante.

—Media hora, mocoso desagradecido. ¿Sabes todas las veces que te he cambiado los pañales apestosos? —Lo señalo con el dedo—. Y no vuelvas a amenazarme con nada parecido, o será lo último que hagas.

—Vale primita, te quiero mucho —me contesta, y los dos se levantan de la cama sonrientes y satisfechos de haber cumplido con su cometido. Les doy el aparato, y salen de la habitación prácticamente corriendo.

—¡Y no me llenéis la tablet de juegos! —grito para que puedan oírme, porque ya han salido de la habitación. Vuelvo a mirar a Daphne, y le está sonriendo como una tonta al teléfono. Cojo un cojín de mi cama, se lo lanzo, y le doy de pleno en toda la cara. Por lo menos tengo algo bueno, y es la puntería.

—Eh —se queja—. ¿Se puede saber que te pasa?

—¿Acabas de presenciar las amenazas de esos dos chantajistas, o estabas demasiado absorta en lo que sea que estes mirando, y no te has dado cuenta? —Enarco una ceja, y la noto ¿ruborizada?—. ¿Qué te pasa, Daph?

—Nada —se limita a contestar, encogiéndose de hombros. Bloquea su teléfono y le da la vuelta, colocándolo boca abajo. Justo después, da un salto de su litera al suelo, quedando frente a mí. Me da un pequeño abrazo, como hace siempre, y me dedica una de sus reconfortantes sonrisas—. ¿Cómo ha ido?

—Ha sido angustioso. —Me lanzo en mi cama y me tapo la cara con un cojín.

—La cara que traes no dice lo mismo. —Me aparto el cojín de la cara, y veo en su mirada una pizca de diversión, así que no me lo pienso dos veces, y vuelvo a lanzarle el otro cojín, pero esta vez es

más rápida y lo esquiva—. No es nada malo que lo hayas pasado bien, Janelle.

—No lo he pasado bien. —Pongo los ojos en blanco—. Solo hemos pasado el día, y he aprovechado para echar fotos.

—¿Has podido conocer mejor al chico? —Se sienta a mi lado en la cama, y me mira fijamente, clavándome sus ojos azules como el cielo. Aparto la mirada y resoplo.

—¿Para qué querría conocerlo?

—Es nuestro invitado, ya lo dijo papá. —Se encoge de hombros, pero la conozco, y sé que hay algo más detrás de esas palabras—. Además, no tiene nada de malo que conozcas gente y hagas nuevos amigos.

—No necesito nuevos amigos. No necesito nuevas oportunidades de que me hagan daño, Daph. —Suspira, y asiente como respuesta. Me conoce perfectamente, y sabe que no quiero hablar del tema ahora mismo—. Voy a darme una ducha, quiero salir un rato antes de que venga la peque —le cuento, ya sonriendo.

Después de haberme dado una buena ducha y arreglarme un poco, salgo de casa para dar una vuelta, aprovechando que tengo tiempo de sobra hasta que ella llegue. Planeo volver pronto y comerme a besos a Sophie en cuanto la vea. Reconozco que a veces, puedo ser un poco despistada, y de nuevo, se me olvida coger las llaves.

***

—Yo también me alegro muchísimo de verte —me dice Adolfe antes de soltarme de su abrazo.

—Hacía mil años que no nos veíamos —bromeo, dándole un pequeño golpe en el brazo.

—Sí, desde lo que pasó con Brad —escupe Julie, antes de llevar ambas manos hasta su boca, dándose cuenta de que acaba de cagarla.

—No te preocupes. —Asiente algo más calmada, aunque sigue viéndose preocupada—. Pero sí, no nos vemos desde entonces.

—¿Estás mejor?

—Sí. ¿Sabéis algo de él?

—Lo siento, pero no —responde Adolfe—. Salió por patas de aquí después de lo que pasó, y nadie ha vuelto a saber absolutamente nada de él, es como si le hubiese tragado la tierra. Ni siquiera aparecen sus redes sociales.

—Y... —comienza a decir Julie, mirándose con Adolfe, y seguramente dudando entre hablar o no—. ¿Has conseguido olvidarle ya? Sabemos que pasaste una mala racha.

Una mala racha, podría decirse así.

—¡Por supuesto! —miento, como siempre acostumbro a hacer—. Le tengo más que olvidado, a él y todo lo que pasó. Lo pase muy mal, es cierto. Pero gracias a la terapia, soy una nueva persona —vuelvo a mentir, porque sigo sin ser persona, y llevo mucho tiempo sin ir a terapia—. Es un capítulo de mi vida que está completamente cerrado, con la misma llave que cerramos nuestro candado, fijaros. —Suelto una carcajada exagerada—. He conseguido salir adelante, sin él y sin sus mentiras —murmuro en un hilo de voz. Prácticamente me trago mis lágrimas y vuelvo a sonreír. Ya soy una experta haciéndolo y consiguiendo que nadie note que sigo destruida.

—Entonces, ¿eso significa que nuestra pequeña Janelle ha vuelto? Porque la echamos mucho de menos. —Adolfe me pasa un brazo por encima, y sonrío como respuesta, sin saber qué decir—. Pues vamos a celebrarlo como es debido. ¡Una ronda de chupitos!

CAPÍTULO 8
Eric

—Pero yo quiero que venga Janelle. —Escucho lloriquear a una niña desde el salón. Reconozco la voz enseguida. Es la niña de los lacitos que conocí por la mañana.

—Cariño, enseguida viene, ¿sí? —le contesta Lilianne, intentando calmarla, pero la niña es bastante insistente. Me planto en la entrada del salón, y observo la escena. La niña va con su pelo suelto, pero el flequillo de nuevo lo tiene recogido hacia atrás con un gran lazo rosa, y lleva un vestido que hace que parezca una pequeña princesa.

—Pero yo quiero que venga ahora. Ella dijo que iba a estar aquí conmigo, y no está. —Se cruza de brazos, y sonrío al verla, es muy mona. Me recuerda a mi hermana Bella, cuando se ponía súper pesada para que jugásemos con ella a las muñecas. Era igual de insistente cuando quería algo.

—Ha tenido que pasarle algo, ella suele ser puntual.

—Hola. Oye… Perdona que me entrometa, pero ¿pasa algo?

—Estoy sola en casa con este pequeño terremoto. —Señala con la mirada a la niña, que ahora está bailando—. Es algo inquieta, solo un poco… Todos se han ido. Menos Daphne, que está arriba estudiando para su examen de mañana. Y no sé qué le habrá pasado a Janelle, pero tengo que recoger un pedido que hice en menos de… —Mira su reloj de muñeca y le cambia la expresión del rostro, ahora parece mucho más preocupada—. Dios, tengo que irme ya… Ay Janelle, por favor, entra por esa puerta ahora.

—Yo puedo cuidarla hasta que vuelva Janelle.

—No te preocupes, muchacho, no es necesario.

—No es ningún problema, de verdad.

Vuelve a mirar su reloj, dudando, y resopla.

—Está bien. Muchas gracias, Eric.

—No hay de qué.

—Me voy ya. Si necesitas algo no dudes en llamarme.

***

Después de bailar, saltar, pintar y hacerme jugar con ella y sus muñecas, nos encontramos en el sofá viendo *Frozen*. Han pasado más de dos horas, pero la gente de esta casa sigue sin aparecer. La película está bien, pero Sophie se la sabe de memoria y repite cada uno de los guiones y claro, así uno no se entera de nada.

—Me caes bien —me dice, sin dejar de mirar la pantalla de la televisión, y sonrío. Hemos congeniado muy bien.

La niña es adorable, aunque muy traviesa y todo un terremoto, pero hemos disfrutado mucho. Creo que incluso yo el que más.

—Tú a mí también, colega —respondo, revolviéndole el pelo, lo que hace que me mire con su pequeño ceño fruncido.

—No vuelvas a tocarme el pelo —me amenaza con su suave vocecita, y suelto una carcajada—. Me despeinas. —Vuelve a colocarse el pelo con sus manitas. Lo que decía, es adorable.

—Ah, perdón. —Levanto las manos en señal de disculpa, y ella vuelve la vista de nuevo a la televisión.

La película acaba, y de un salto se pone de rodillas en el sofá frente a mí, y me mira con una sonrisa muy traviesa.

Oh no, otra vez no.

—Ahora toca… ¡Sesión de peluquería!

—¿Y por qué no mejor, una sesión de relajación?

—Porque es aburrido —contesta, como si fuese lo más obvio, y me echo a reír—. Tienes el pelo suuuuuuper largo, Elic. —Así es como me llama, ya que no pronuncia bien la erre—. Y tengo lazos en mi bolso.

—¿Lazos? —Enarco una ceja, y ella asiente. Su cara pasa de ser adorable, a ser la de un pequeño diablillo que me mira amenazante. Empiezo a tener miedo de sus travesuras. Mi pelo, igual que para ella, es sagrado—. ¿Bolso? ¿Traes un bolso?

—Nunca salgo sin bolso, Elic Blown. —Pone los ojos en blanco, y vuelvo a soltar una carcajada. Esta niña es divertidísima.

Se levanta, y camina hacia la entrada. Se nota que pasa mucho tiempo aquí, pues se sabe de memoria cada esquina y estancia de esta casa. A los pocos segundos, aparece de nuevo con una sonrisa maquiavélica, y un pequeño bolso rosa colgado del brazo.

—Vaya, vienes bien preparada, pequeña.

—Así es. —Se vuelve a sentar en el sofá junto a mí, y me mira. Pienso que va a hacer alguna trastada cuando la veo sonreír de nuevo, pero esta vez se me engancha al cuello en un pequeño abrazo. Le correspondo el gesto, sintiéndome extraño. *¿Cuánto tiempo hacía que alguien no me abrazaba de verdad?* Intento contener mis ganas de llorar ahora mismo, porque echo de menos a mi hermana, mi pequeña Bella.

Se separa de mí, y abre el bolso para sacar un montón de lazos de su interior.

—Elic, tienes el pelo muy laaaargo. —Me toca el pelo, y río de nuevo—. ¡Vamos a ponerlo bonito con lacitos rosas!

Suspiro aliviado al oír la cerradura de la puerta abriéndose, y voces justo después. Veo como entran los dos niños pequeños, el que me robó la tablet, y su hermano mellizo, que no habla demasiado, seguidos por Lilianne.

—Oh, hola —murmura al entrar al salón—. ¿Aún no ha llegado Janelle?

—No.

—Qué raro... Ha debido de pasarle algo, tampoco contesta las llamadas.

—¿Tú crees?

—No sé, voy a llamarla de nuevo —dice, antes de que suene el timbre de la casa de una forma bastante rápida, seguida y molesta. Lilianne frunce el ceño, y rápidamente corre hacia la puerta—. ¿Qué pasa? ¿Estás borracha otra vez?

—Ahora vuelvo y seguimos jugando, ¿vale pequeña?

—Vale, Elic —me contesta, y empieza a jugar con sus lazos como si fuesen personitas que hablan entre ellas.

Salgo del salón y me encuentro con una Janelle que apenas puede hacerse cargo de su cuerpo, y una Lilianne tratando de guiarla hasta las escaleras. Rápidamente me acerco a ellas.

—Déjame a mí. —Agarro a Janelle, asegurándome de que no se caiga al suelo—. La niña está en el salón, no es bueno que la vea así. Si quieres ve con ella y distráela mientras tanto.

—Llévala al cuarto de baño, y que se dé una ducha de agua bien fría —me ordena. Asiento, y la ayudo a subir como puedo las escaleras, mientras va soltando estúpidos comentarios entre risas.

—Venga, ahora te voy a dejar en el cuarto de baño y te vas a dar una ducha de agua fría, ¿sí?

—¿Crees que voy a saber dónde está mi cuerpo para ponerlo bajo el agua? —Se ríe. Se ríe muy fuerte, tanto, que creo que puede retumbar por toda la casa.

Nos metemos en el cuarto de baño, y decido cerrar la puerta con pestillo, para que no entre nadie y piense algo que no es, o simplemente la vea en estas condiciones, aunque no sé si es lo más apropiado.

Es soltarla y tambalearse hacia los lados, así que decido mantenerla sujeta por los brazos mientras miro sus ojos color café.

—¿Se puede saber cuánto has bebido y por qué?

—Nunca te lo diré, melenas —ríe, tocándome el pelo.

—Eh, con mi pelo no te metas.

—Vamos a bailar, Eric Brown.

Antes de que pueda reaccionar, ya tengo sus brazos envueltos alrededor de mi cuello y su pequeño cuerpo intentando moverse hacia los lados, mientras hace un intento de cantar una canción.

—Eres tú… El príncipe azul… que yo soñeeeeeeee… —Suelta un gran gallo con su garganta, y no puedo hacer nada más que taparle la boca con mi mano durante algunos segundos.

Sus ojos van directos a mis labios, y los míos hasta su mirada inocente e indefensa.

Poco a poco voy apartando la mano de su boca, dejándola libre y expuesta ante mis ojos. Sus brazos se tensan alrededor de mi cuello, y siento su corazón acelerado contra mi pecho. Se alza sobre las puntas de sus pies, intentando llegar mejor a mi altura, pero aun así, sigue siendo mucho más bajita, lo cual reconozco que me encanta. Sus ojos cafés brillan con una intensidad que me desconcierta.

El aire entre nosotros se vuelve denso, y se puede palpar la tensión que hay entre los dos.

La veo humedecer sus labios en cuanto está a punto de rozar los míos, y siento que empiezo a perder la poca cordura que me queda.

Pero justo cuando ya puedo sentir su aliento a alcohol mezclado con menta, suelta un hipo que rompe el momento, y hace que me separe de ella.

—¿Estás bien? —pregunto, sujetando su cuerpo. Antes de que pueda contestar, se lanza contra mi pecho, y rompe a llorar desconsoladamente.

—Yo le amaba… —Su cuerpo se estremece contra el mío, su voz apenas suena en un susurro entrecortado. No me queda otra que envolverla entre mis brazos, y dejar que se desahogue todo lo que necesite, sintiendo su debilidad—. Él a mí nunca me amó.

—Shh, no digas eso. —Acaricio su pelo y parte de su espalda con una de mis manos, mientras que con la otra me encargo de mantenerla bien sujeta.

—¡Es verdad! Yo le amo.

—Todo va a estar bien. —Deposito un pequeño beso en su cabeza —. Tranquila.

—Eric… —me susurra con inocencia, alzando la vista hasta encontrarse con mis ojos, y siento un cosquilleo recorrer mi cuerpo.

—¿Sí?

—¿Quieres casarte conmigo? —dice prácticamente en un susurro, y enseguida sus ojos comienzan a cerrarse poco a poco.

—Eh, no, no. Despierta, vamos. Tienes que meterte en la ducha. Quítate la ropa mientras te preparo el agua.

—¿Por qué no te puedo gustar, Eric?

—¿Qué?

—Yo quiero ser como mi prima y gustarte. Eres muy guapo, ¿lo sabías? —Comienzo a reír. Cuando mañana le cuente lo molesta que ha sido esta noche, y la de tonterías que está diciendo, va a flipar, y se va a morir de vergüenza, pero podré molestarla durante bastantes días—. Hueles muy bien, y eres buen chico. Cásate conmigo —continúa diciendo, y se lanza de nuevo a mis brazos.

No me queda otra que sacarme el móvil a tientas del bolsillo y meterme en la ducha con Janelle. La coloco bajo el agua, y en cuanto entra en contacto con su piel y su cara, comienza a gritar. Le vuelvo a tapar la boca con mi mano, sintiendo la humedad de su piel contra la mía.

Nuestros ojos se encuentran, y en ese instante, el tiempo se detiene mientras me pierdo en las emociones que su mirada me transmite.

Cuando ya está más calmada, la dejo sola en la ducha, y salgo para poder quitarme toda la ropa mojada.

Vuelvo por última vez mi mirada hacia la ducha, y la veo mirarme con esa cara de inocencia y tristeza, desde esos ojos café, que me invitan a quedarme perdido en ellos. El agua se desliza por su cuerpo, haciendo que la ropa mojada marque una figura que hasta ahora no había visto.

Y decido salir de aquí, de una vez por todas, cuando noto que mi cuerpo empieza a responder de una manera que me asusta.

—Termina de espabilarte. Me asegurarse de que no me vea nadie antes de salir, ¿sí?

Salgo del baño, pero mi mente todavía sigue dentro, recreando su imagen una y otra vez.

***

Han pasado un par de horas cuando Janelle entra a mi habitación algo más calmada. Lleva puesto un pijama, y el pelo suelto le cae por los hombros.

—¿Estás mejor?

—Un poco —responde con timidez. Todavía tiene las mejillas sonrosadas.

—Anda, vete a dormir.

Le dedico una sonrisa, aunque no puede verla, porque su mirada está clavada en el suelo.

—¿Puedo dormir con vosotros hoy? No quiero ver a la tonta de Tiffany. —Suelta una carcajada nerviosa. Levanta la mirada y veo que sus ojos suplican mi aprobación.

—Tu primo va a venir en cualquier momento y va a pensar algo que no es.

—Qué pesadito eres. Mi primo siempre llega tarde.

—Está bien. Puedes tumbarte en su cama, y cuando vuelva, que te lleve en brazos a la tuya.

—¿Y por qué no me llevas tú?

Antes de que pueda responder, se lanza sobre mí, rodeándome el cuello con sus brazos, y pegando su cuerpo al mío. La llevo hasta la cama de Bruno, y la tumbo sobre el colchón.

Estoy a punto de apartar sus brazos de mi cuello, cuando se inclina hacia mí, y en un movimiento rápido nuestros labios se rozan, provocándome un escalofrío en mi interior.

Vuelve a caer sobre el colchón, esta vez para quedarse profundamente dormida.

CAPÍTULO 9
Eric

Soy una persona madrugadora, así que cuando me despierto, me da tiempo a ir al baño, lavarme la cara, hacer mis necesidades, darme una buena ducha e incluso volver a la habitación, y encontrarme con Bruno todavía tirado en el suelo y con Janelle durmiendo plácidamente en la cama de su primo.

Me acerco a ella, con cuidado de no despertar a Bruno y me agacho, quedando a la altura perfecta para poder observar bien su rostro, completamente relajado. Paso un mechón de cabello que cae por su cara por detrás de su oreja y acaricio sus labios, con cuidado para no despertarla. Los mismos labios que me besaron la noche anterior.

Quizás debería dejar de darle vueltas, teniendo en cuenta que fue solo un pequeño roce, y que ella estaba borracha. Así quizás hubiese dormido algo anoche.

Pero se me hace imposible no darle vueltas y sentir una y otra vez sus labios sobre los míos, aunque, tan solo hubiese sido un ligero roce.

Escucho a Bruno hacer ruido, y me doy cuenta entonces de que se está estirando, así que decido levantarme rápidamente, y sentarme al final de mi cama.

—¿Alguna explicación lógica de por qué llegué anoche, y me encontré a mi prima durmiendo en mi cama? —dice, con la voz más ronca de lo habitual, todavía adormilado.

—Llegó borracha.

—¿Otra vez? —Parece confundido.

—¿Es normal en ella? —Comienzo a hacer mi cama. Me gusta tener mis cosas ordenadas desde temprano. Me vuelvo de nuevo hacia él antes de seguir hablando—. No parece de ese tipo de chicas.

—No lo es. Pero tuvo un novio que era un verdadero idiota, la llevo por muy mal camino, y cuando la dejó, se deprimió bastante. Le destrozó la vida por completo. —Da un largo suspiro, y se revuelve la mata de pelo rubia con la mano—. Le dio por beber y hacer muchas tonterías. La verdad es que lo pasamos muy mal por ella en esa época. Pero llevaba un tiempo que parecía haber recuperado su vida, no sé —sigue diciendo—. Gracias por haberla cuidado, tío. Eres muy buena gente.

De nada, tan solo nos dimos un pequeño beso y tuve pensamientos impuros cuando la vi empapada en la ducha.

—Gracias —río—. Es lo menos que pude hacer.

—Tengo que irme a entrenar, así que voy a ir levantándome ya. —Se vuelve a estirar—. Dile a mi prima de mi parte, que no beba más. Ah, y que es tonta —murmura, levantándose del suelo.

—Se lo diré —contesto, antes de verlo salir por la puerta.

Me acerco de nuevo a Janelle. Me encanta ver su cara tan de cerca. Tiene unas facciones preciosas que llegan a ser mucho más perfectas cuando está dormida. Acaricio con lentitud sus labios de nuevo, sintiendo la suavidad que ayer les transmitieron a los míos. Haría cualquier cosa por besarlos de nuevo.

Me sobresalto al ver que se ha despertado y contemplo como poco a poco, va abriendo los ojos por completo, haciendo que nuestras miradas se crucen.

—¿Eric? —Su voz suena como una ligera melodía para mis oídos, y mi cuerpo se estremece como respuesta—. ¿Qué haces?

Me levanto y me separo de ella en cuanto veo la confusión en su rostro. No quiero que piense algo que no es, aunque encontrarme casi rozando sus labios, no ayuda demasiado.

—Anoche llegaste borracha a casa, te ayudé a meterte en la ducha, y luego te empeñaste en dormir aquí —le cuento muy rápido, omitiendo la parte en la que me medio besó.

—¿Me viste desnuda? —pregunta alarmada, acomodándose en la cama hasta quedar sentada.

—No, tranquila —contesto, y noto como sus músculos se relajan contra la almohada que se ha puesto en la espalda para estar más cómoda—. Te metiste con la ropa, y luego te vestiste tú solita.

—Bueno, pues gracias. Me va a explotar la cabeza. —Se toca las sienes, y hace una mueca de dolor. Vuelve a estar muy graciosa, ahora en modo resaca.

—¿Quieres que te traiga una pastilla?

—Da igual, me lo merezco por imbécil. No te preocupes.

—No digas eso, anda. ¿Dónde tienes pastillas para el dolor?

—Bruno tiene en su mesita de noche. Solo tráeme un poco de agua, por favor.

—Claro, espérame aquí.

—Como si tuviese fuerzas para levantarme de la cama…

Bajo hasta la cocina a por el vaso de agua, y cuando subo y vuelvo a entrar en la habitación, la encuentro en la misma posición, resoplando de nuevo, y haciendo muecas de dolor.

—Muchas gracias —dice casi en un suspiro, antes de tragarse la pastilla. Deja el vaso sobre la mesita de noche y se incorpora, pero se detiene antes de salir—. Eric… ¿Pasó algo ayer?

—¿A qué te refieres? —respondo, arqueando una ceja.

—Es que no me acuerdo de nada. Sé que llegué muy borracha, pero no me acuerdo de lo que pasó, o de si hice algo malo.

—Tranquila, no hiciste nada malo. Solo llorabas por un chico.

—Oh.

—Y… —No puedo borrar la sonrisa de mi rostro al recordar la escena que estoy a punto de contarle.

—¿Y…? —Alza una ceja, y me mira expectante, esperando mi respuesta. Dejo que pasen unos segundos más sin dejar de observar su mirada nerviosa, antes de por fin responderle.

—Me pediste matrimonio unas cuantas veces —le cuento.

Abre los ojos como platos y sus mejillas se tiñen de un color rosa intenso que, a mis ojos, hace que parezca aún más adorable. Janelle comienza a negar con la cabeza, soltando una risita nerviosa que me contagia enseguida.

—Madre mía, sí que estaba mal. Lo siento.

—No te preocupes, fue divertido.

Sale de la habitación, seguida por mí, ya que suelo levantarme con bastante hambre por las mañanas, y ya ha pasado un buen rato desde que me he despertado, así que mi estómago está rugiendo en busca de alimento. Se da la vuelta y me mira fijamente, haciéndome perder la cordura desde temprano con esa mirada hipnotizante.

—Muchas gracias por haberme ayudado, Eric.

—No te preocupes.

—Que sepas que, aunque hayamos estado de buen rollo hasta ahora, me sigues cayendo mal —murmura, haciéndome reír y negar con la cabeza al mismo tiempo.

—Tranquila, a mí también me caes igual de mal que el primer día, niña molesta.

—¿Igual de mal que el día veintidós? —pregunta sonriendo con una ceja alzada, haciéndome sonreír a mí también al recordar lo que le dije acerca de este día.

Me gusta, me gusta mucho cuando está relajada y sonríe.

—Sí, igual de mal que el día veintidós —contesto sin poder dejar de mirar sus labios, que ahora están abiertos y dejan espacio a una gran sonrisa, que no tarda demasiado en grabarse a fuego en mi mente.

Doy media vuelta, y camino hasta el cuarto de baño, sin saber por qué, ya que yo solo quería desayunar. Pero aquí estoy, caminando sin motivo alguno, con una sonrisa de tonto en la cara, reviviendo el momento que acabamos de vivir, viéndola sonreír por mí.

—¿Me he perdido algo? —Tiffany sale de su habitación, y se acerca a mí, cruzándose de brazos.

—No, ¿por?

—No sé, como os lleváis tan bien desde que me dejasteis tirada para iros por ahí.

—Oh, es verdad. Lo siento mucho, preciosa.

—No te voy a disculpar porque me pongas esa carita y me digas preciosa para quedar bien. ¡Os fuisteis, y me dejasteis sola! Fue una completa humillación.

—Ya te he dicho que lo siento. Tardabas en llegar y nos fuimos a tomar algo.

—Sin mí. —Hace un puchero con su labio inferior. Creo que intenta parecer adorable, pero me es imposible verla de esa forma—. Vas a tener que compensar lo que me has hecho.

—¿Y cómo puedo hacer eso? —Enarco una ceja.

—Vamos a tener una cita esta tarde. Solos tú y yo, sin Janelle. —Enfatiza esta última parte—. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —sonrío.

—¡Genial!

Me da un beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de los labios, y me dedica una mirada seductora antes de salir prácticamente corriendo hacia las escaleras.

***

Terminamos de comer, y ayudo todo lo que puedo a Lilianne en la cocina, ya que todos se han escapado para no hacer nada, y me ha dado pena dejarle todo el trabajo para ella sola.

Salgo de la cocina, y me dispongo a subir las escaleras cuando el sonido de unas risas me detiene en seco. Me acerco a la puerta del salón, asomo la cabeza y me encuentro con Janelle y Sophie jugando con las muñecas de la pequeña. Sus risas llenan toda la sala de alegría.

—Ey, hola. Siento interrumpir, pero... —Antes de poder terminar de hablar, la niña salta rápidamente del sofá, y corre hasta mí.

—¡Eliiiiic! —grita con una gran sonrisa, abrazada a una de mis piernas. Río y le acaricio la espalda, con cuidado de no tocarle el pelo para no hacerla enfadar.

—¿Cómo estás, preciosa? Qué vestido más bonito. —Da una pequeña vuelta para que lo admire mejor y pueda apreciar el lazo que lleva hoy en el pelo, que es de color rojo, a juego del vestido que lleva.

—¡Muy bien! ¿Quieres que veamos *Frozen*? Por favor, por favor, por favoooor.

Hace un puchero con su labio inferior.

—¿Otra vez? Pero si la vimos ayer.

—No vale, Janelle no estaba. —Se encoge de brazos—. Por favor, Eliiiic, ¿podemos verla?, ¿podemos verla?, ¿podemos verla? —Me mira con esos grandes ojos marrones, y esa cara de cachorrito y, sinceramente, no puedo decirle que no. Miro a Janelle, que se encoge de hombros, a la vez que me mira de una forma divertida.

—Parece que ayer os lo pasasteis muy bien —dice justo antes de dedicarme una sonrisa.

—Sí, eso parece —río al ver como la niña me agarra con toda su fuerza de la mano e intenta tirar de mí hacia el sofá, donde está sentada Janelle.

—¡Vamos a ver *Frozen*, Janelle! —chilla eufórica, sentándose en el sofá. Al principio se coloca en medio de ambos, pero además de no parar de hablar todo el tiempo, se mueve demasiado, y no tarda mucho en tumbarse a mi otro lado y subir los pies en mi regazo, haciéndome quedar en medio de las dos y por lo tanto, al lado de Janelle.

—Gracias por quedarte a ver la película con nosotras —me dice bajito al oído, erizando mi piel ante el contacto de su aliento contra mi cuello.

—No es nada, lo he hecho por la niña.

—Lo sé —contesta, y enseguida mira para otro lado—. Me ha dicho mi prima que al final de la tarde saldréis juntos.

—Sí —respondo—. Al parecer, tengo que compensarle el haberla dejado tirada el otro día para irme con una chica muy molesta.

—¿Lo haces por eso, por pura obligación, o realmente quieres tener una cita con ella?

—¿Por qué me preguntas eso? —Enarco una ceja, mirándola fijamente.

—Porque tengo curiosidad por saber si mi prima te gusta o te cae mal.

—Ambas cosas —contesto, prestando atención a su reacción.

—Ah. —Vuelve a mirar la pantalla de la televisión.

Observo su perfil durante un rato largo, y no puedo evitar sonreír al ver cómo ha pasado a estar más seria en cuestión de segundos.

—No te pongas celosa, tú me caes peor —le digo en un susurro cerca de su oído, sin dejar de mirarla por un segundo, con una gran sonrisa en mi rostro. Veo como poco a poco, la comisura de sus labios se va curvando hasta formar una pequeña sonrisa, pero enseguida carraspea, y antes de volver a incorporarse, la borra de su rostro.

—No estaba celosa de todas formas —se limita a decir, despegando su mirada de la película. Nuestros ojos se encuentran, y por alguna razón que desconozco, siento una corriente eléctrica recorrer mi cuerpo.

—Ya, claro. Y yo soy calvo. —Empieza a reír—. Vas a despertar a Sophie con tu risa de bruja malvada.

—¿Está dormida? —pregunta sorprendida. Le echa un vistazo rápido y comprueba que, efectivamente, está dormida.

—Se parece a ti.

—¿Por qué dices eso?

—Duerme con la boca abierta.

—Todos abrimos la boca al dormir —ríe, negando con la cabeza—. Además..., ¿cómo sabes eso? ¿Acaso me has estado observando dormir?

—Claro que no.

—Ya, claro —me suelta—. ¿Piensas cortarte el pelo alguna vez? —pregunta, después de unos segundos de silencio, pasando su mano por un mechón de mi cabello, haciendo que mi corazón empiece a latir a un ritmo completamente descontrolado.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—Es suave —suelta una pequeña risita—. Pero creo que estarías muchísimo más guapo con el pelo corto.

—¿Me estás llamando feo, niña molesta?

—¿Me estás llamando molesta, niño feo?

Aparto mi mirada de la suya, y miro hacia otro lado del salón cuando noto una sonrisa tonta en mi cara, tan grande que me

provoca una punzada de incomodidad.

—Me cortaré el pelo para el día de nuestra boda.

—No disfrutes con eso —se queja, dándome un manotazo en el brazo—. Qué vergüenza.

—¿Por qué? No tiene por qué ser el chico el que pida siempre matrimonio.

—¡Eric! —me regaña—. Vale ya, ¿no? Me da vergüenza pensar en la que tuve que liar anoche. —La vibración de mi móvil interrumpe nuestra conversación.

—Voy a mirar quién es —murmuro, antes de desbloquear el teléfono y abrir el nuevo mensaje que acabo de recibir.

Tiffany:
Nos vemos a las 20:30.
¡Estoy impaciente porque llegue la hora!
Nos vemos, precioso ;)

Miro de reojo a Janelle antes de contestar, porque por alguna extraña razón tengo la necesidad de saber si tiene interés en mí, y si está mirándome o no, y sonrío al ver que efectivamente, me está mirando. Pero nuestro cruce de miradas dura poco, ya que aparta sus ojos con rapidez.

Vuelve a estar rígida, y su mirada se ha vuelto cortante e inexpresiva de un momento a otro.

—Creo que tengo que ir a vestirme y ponerme aún más sexy de lo que estoy con este chándal, no queda mucho para mi súper cita con Tiffany.

—Claro, ve tranquilo. Yo me quedo aquí con Sophie mientras llega Pauline, no falta demasiado.

—Cualquier cosa que necesites, estoy arriba.

***

Después de un rato ya estoy vestido, y mucho más decente. Me he recogido la melena en un moño alto, me he puesto unos vaqueros oscuros, un jersey que se ajusta bastante bien a mi figura marcando los músculos que tengo trabajados, y unas botas. Además, ya tengo preparado el abrigo sobre la cama. Meto el móvil y la cartera en el bolsillo del pantalón, me echo perfume, y me doy un vistazo en el espejo antes de coger mi abrigo y salir de la habitación.

He quedado con Tiffany para que pase a recogerme. No sé dónde se ha metido durante todo el día, pero la verdad es que me da exactamente igual. Solo pretendo tener una cita con ella y así poder quitármela de encima, pero ocurra lo que ocurra después de la cena, no pienso repetir después de esta noche.

Alcanzo a oír unos sollozos justo cuando estoy a punto de bajar el primer escalón, así que retrocedo, y compruebo que llegan desde la habitación de Janelle.

Ando con cuidado de no hacer ruido hasta la puerta, y doy varios toquecitos con mis nudillos, captando su atención.

—Janelle —la llamo—. ¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes —contesta en un hilo de voz.

Me tomo la confianza de abrir la puerta y entro en la habitación, encontrándome con la chica tirada en el suelo con un bote de helado y una botella de licor, llorando a lágrima viva.

—¿Qué haces?

—Nada. Vete.

—Quiero saber qué te pasa.

—Yo no quiero que lo sepas.

—Eso es que te pasa algo —murmuro, antes de sentarme en el suelo junto a ella, provocando que rompa a llorar con mayor intensidad.

—Mi prima tiene que estar esperándote, así que vete antes de que se enfade, suba y me vea aquí llorando. —Agarra la botella de licor entre sus manos, e inmediatamente se la quito antes de que pueda

beber, colocándola en la otra esquina del suelo, completamente alejada de ella—. ¿Qué haces?

—Quitarte la botella de licor, no quiero que bebas —contesto haciendo que suelte una fuerte carcajada.

—¿Y quién eres tú para impedirme tal cosa, o simplemente no querer que lo haga?

—Eric, Eric Brown.

—Dame la botella y vete ya, pesado. Solo eres un idiota que tiene que quedarse en casa unos días, no eres nadie en mi vida, ni lo vas a ser nunca. Ahora dame la botella y sal de mi habitación.

—Vaya, ayer me estabas pidiendo matrimonio y hoy me dices que no voy a ser nadie en tu vida —respondo—. No te veía como una chica dada a la bebida, niña molesta.

—No lo soy. Pero necesito beber para olvidar.

—¿Qué cosa?

—A él —me responde en un susurro, antes de romper a llorar de nuevo.

—Eh, ya está, no llores. —La envuelvo entre mis brazos, y dejo que llore sobre mi pecho, mojándome todo el jersey de lágrimas, mientras me encargo de tranquilizarla acariciando su cabello. Trago saliva y suspiro mientras acaricio su brazo y su espalda con delicadeza, acercándola más a mí. Odio ver llorar a alguien, odio esta escena que estoy presenciando, y odio no ser capaz de pararlo.

—Mi prima tiene que estar esperándote —balbucea entre lágrimas, aferrándose con más fuerza a la tela de mi jersey

—Lo sé, pero no me voy a ir y te voy a dejar sola.

—He dicho que quiero que te vayas —insiste, en un hilo de voz, pero sus ojos, llenos de lágrimas, me están pidiendo lo contrario.

—No me voy a ir hasta que me cuentes qué te hizo ese chico —aseguro. Su pequeño cuerpo se tensa contra el mío después de oír mis palabras, y la siento ahora completamente vulnerable a mi lado. La acerco más a mí, y le doy un pequeño beso en la cabeza.

—No pienso contarte nada, así que vete.

—Bueno, entonces nos espera un buen rato juntos —me limito a responder. Me observa con atención cuando me quito las botas y estiro mis piernas sobre el suelo frío, cruzándolas por los tobillos—. ¿Me pasas el helado? —pregunto con una pequeña sonrisa en tono burlón, haciéndola sonreír aun entre lágrimas.

CAPÍTULO 10

Eric

Abro los ojos sobresaltado, después escuchar el sonido de la puerta de la entrada abriéndose. Echo un vistazo a mi derecha, y me encuentro con Janelle durmiendo acurrucada sobre mi pecho, y siento mi corazón latir con fuerza. Seguimos tirados en el suelo, con la espalda apoyada sobre la pared, y rodeados de helado y licor, aunque me he encargado de que no tome ni una sola gota esta noche.

La puerta de la habitación de abre y entra Daphne.

—Hola —me saluda algo confundida, con el ceño fruncido—. ¿Qué ha pasado? ¿Tú no habías quedado con Tiffany? ¿Qué hacéis aquí, y qué hace Janelle dormida abrazada a ti?

—Estuve a punto de irme, pero la escuché llorar. Luego entré a preguntarle cómo estaba, y simplemente no pude irme y dejarla aquí sola emborrachándose y comiendo helado.

—¿Otra vez está así? —La mira preocupada—. Todos pensábamos que había salido ya del agujero negro. —Suspira y niega con la cabeza —. Me siento culpable por no haberme dado cuenta antes.

—¿Qué es lo que le pasa? Nadie es del todo claro cuando pregunto.

—Aún no ha superado su historia con un chico, ni todo lo que le hizo. Fue muy duro para ella, Eric. Pasó por mucho. Es una chica muy fuerte.

—¿Puedo saber la historia?

—Eso ya depende de Janelle, no de mí. —Se encoge de hombros. Mira su teléfono móvil sonriente, contesta un mensaje, y luego vuelve a clavar su mirada en mí—. ¿Avisaste a Tiffany de que no pasara a recogerte?

—Me quedé dormido. —Daphne pone los ojos en blanco ante mi respuesta.

—Deberías haberla avisado. Tan caballeroso algunas veces… —Señala con la cabeza a Janelle—, y tan idiota otras. Anda, deja que yo me quede con Janelle y ve a llamarla. Seguro que está muy enfadada.

—Está bien —contesto en un suspiro.

Me aparto poco a poco de Janelle, dejándola tumbada en el suelo para que no se despierte.

Sonrío a Daphne antes de salir de la habitación.

Entro en el cuarto de baño, aún con los ojos entrecerrados por el sueño, y me enjuago la cara con agua fría para despejarme un poco.

Decido desbloquear mi móvil, que todavía estaba en el bolsillo trasero de mis pantalones, y enviarle un mensaje a Tiffany.

Eric:
Lo siento muchísimo, pero Janelle estaba mal y tuve
que quedarme con ella para no dejarla sola.
Eric:
Espero que no te importe, prometo recompensarte.

Enseguida recibo un mensaje suyo.

Tiffany:
No creo que puedas recompensarme. Ya me lo has
hecho dos veces, no voy a permitírtelo una tercera.
Eric:
Lo siento mucho, fue una situación de emergencia.
Tiffany:
Mi prima solo quiere llamar la atención porque nadie le
hace caso. ¡Porque tú no le haces caso!
Tiffany:
Parece que no te das cuenta…

Decido ignorar el último mensaje mientras salgo del cuarto de baño.

Al pasar por la habitación de Janelle, la encuentro exactamente en la misma posición que cuando salí de allí. Veo que Daphne está durmiendo plácidamente sobre el colchón de su cama mientras Janelle está tirada en el suelo pasando frío. Así que no tardo demasiado en levantarla con cuidado y llevarla hasta su cama. Me aseguro de taparla bien para que no tenga frío, y deposito un beso suave en su frente.

—Buenas noches, preciosa —le digo en un susurro, justo antes de darle un segundo beso en la frente. Y un tercero.

***

—¿Vas a pedirme ya disculpas? —Es lo primero que escucho al salir del baño. Me doy la vuelta, y me encuentro con Tiffany, que me observa de brazos cruzados.

—Ya te pedí disculpas ayer. ¿Qué más quieres? ¿Una carta? ¿Un ramo de flores? ¿Qué me tire por las escaleras? —le respondo de forma sarcástica, y suelta un bufido.

—¿Sabes? Al ver que no bajabas, subí a buscarte. Y te encontré durmiendo abrazado a la asquerosa de mi prima.

—Ella estaba mal, y yo solo la estaba consolando. ¿Tan complicado es de entender?

—Pues sí. De verdad, me siento muy humillada, y no soy una chica que se deje humillar, Eric Brown —me suelta antes de formar un pequeño puchero con su labio inferior.

No me apetece pelear con la hija del hombre que guarda una escopeta en su despacho, así que opto por intentar contentarla un poco, y la envuelvo en un pequeño abrazo.

—Lo siento preciosa, te prometo que voy a compensarte.

***

—¿Se puede? —Me pongo tenso al oír la voz de Janelle desde el otro lado de la puerta, después de haber dado un par de toquecitos

sobre la madera.

—Sí claro —respondo rápidamente, colocándome de forma más cómoda sobre la almohada en la que estaba apoyada mi espalda en la pared. Cierro la pantalla de mi portátil, que tengo entre mis piernas, en cuanto entra en la habitación.

—Lo siento mucho.

—¿Por qué lo sientes?

—Pues por todo. He estropeado tu cita con mi prima, no era mi intención.

—No pasa nada, lo importante es que estés bien. ¿Lo estás?

—Lo estoy.

—Pues no lo parece —respondo, antes de levantarme de la cama y caminar hacia ella—. ¿Dónde está la chica que me molestaba con su existencia? Estás todo el día triste o llorando. Añoro que te metas con mi melena.

—Eres tan idiota. —Me regala una sonrisa, y mi cuerpo reacciona con un pequeño escalofrío—. Me sigue dando mal rollo tu melena. Y estoy así porque esta semana haría cinco años y medio con mi exnovio, y me trae recuerdos.

—¿Sigues enamorada de ese chico?

—No lo sé —masculla—. Con el tiempo y años de terapia me di cuenta de que lo que teníamos no era amor, no... no podía serlo. —Prácticamente me dice esto último en un susurro.

—¿Por qué no seguís juntos?

—Larga historia.

—Cuéntamela, me interesa.

—¿Para qué querrías saberla?

—Para poder ayudarte, por ejemplo.

—No puedes ayudar a este corazón roto que ya no late con la misma intensidad desde que me dejó.

—¿Te dejó él?

—Sí.

—¿Por qué?

—Larga historia, he dicho.

—Cuéntamela, he dicho yo —le debato. Sé que me estoy metiendo donde nadie me ha llamado, pero realmente me interesa entender a esta chica y conocerla mejor.

—Ni siquiera sé por qué te estoy contando esto a ti.

—Lo que no sé yo es como ese tío ha podido dejar escapar a una chica como tú.

—Yo sí lo sé. ¿Para qué querría estar conmigo? Yo solo fui un juguete para él, un pasatiempo. —Se encoge de hombros, intentando restarle importancia, pero en su tono de voz se oye el dolor rasgando cada palabra que sale por su boca—. Le di problemas. Lo estropeé todo.

—Seguro que no fue así.

—Yo lo viví, recuerdo perfectamente cómo fue.

—Y ya has vuelto de nuevo, vuelves a ser la misma borde de siempre. —Sonrío—. Así me gusta.

—Y tú vuelves a ponerme de mal humor.

—Me gusta eso.

—¡Córtate el pelo, y hazle un favor al mundo!

—Ponte un bozal, y hazme un favor a mí. Tu voz es demasiado chillona.

—Y tu pelo es demasiado largo. ¿Puedo cortártelo?

—No.

—Por favor…

Hace un pequeño puchero con su labio inferior, y detengo mi mirada justo ahí, en su labio, incitado a morderlo.

—Te dejo cortarme el pelo si me cuentas lo que pasó con ese chico.

—No puedo hacer eso.

—Entonces seguirás viendo mi melena hasta que me marche de aquí.

—Espero que sea pronto entonces.

—Yo creo que no —replico—. Ahora, si me dejas continuar, voy a hacer algo productivo—. Vuelvo a sentarme en la cama y a colocar el portátil sobre mis piernas—. Y voy a escribir una magnífica historia que vas a pagar por leer.

—¿Quién querría leer algo escrito por ti? —Me mira fingiendo una mueca de asco, y le saco la lengua como burla.

—¿Mis maravillosos lectores?

—Ya, claro. Venga, nos vemos.

—Hasta luego.

—Adiós.

—Cierra la puerta.

—Sí, sí. Ya la cierro. Me voy... —murmura en un suspiro, comenzando a exagerar sus gestos y tono de voz—. Mis piernas comienzan a moverse y se acercan a la puerta... —dice de forma exagerada mientras se acerca a la puerta, sin apartar su mirada de la mía, mientras yo la miro con una ceja alzada y una sonrisa en el rostro—. Pues bueno... Ya que no me quieres aquí, me voy... Hasta pronto... —Da media vuelta, pero se queda parada, esperando a que le hable, pero cuando ve que no es así, suelto una carcajada, y enseguida da media vuelta de nuevo hasta cruzar nuestras miradas—. ¿Me has llamado?

—No —río, negando con la cabeza. La chica está loca, pero me encanta verla de buen humor, aunque también cuando está de malas —. ¿Quieres algo, Janelle?

—Mhm... ¿Puedo quedarme un rato chiquitito contigo mientras escribes? Me aburro y está nevando, no quiero salir ahora mismo a hacer fotos.

—¿Y no tienes amigos a los que molestar? —Enarco una ceja. Ella resopla y se cruza de brazos. Está muy mona cuando hace eso.

—¡No seas estúpido otra vez!

—Si me molestas, no puedo escribir, y necesito hacerlo ya para poder irme pronto de esta casa y perderte de vista —afirmo, mirando fijamente la pantalla de mi ordenador, donde tengo abierto el documento en el que estaba escribiendo mi historia, o más bien en el que iba a comenzar a hacerlo, ya que aún no he conseguido escribir casi nada.

Para cuando me logro dar cuenta, Janelle ya está sentada a mi lado, en la misma posición que yo, intentando leer algo de lo que

tengo escrito.

—¡Pero si no hay nada!

—Eso es porque aún no he escrito nada. Bueno... En realidad sí, pero lo he descartado.

—¿Por qué?

—Porque no es lo suficientemente bueno.

—Enséñamelo.

—No.

—Si no me lo enseñas no podré ayudarte.

—Perdona, me había olvidado de que te había pedido ayuda. Aunque bueno, por olvidarme, me había olvidado hasta de pedírtela.

—¿Quién es el borde ahora?

—Vale, perdona. —Suspiro y la vuelvo a mirar, con sus grandes ojos clavados ahora en los míos sin ser consciente del efecto que tiene algo tan simple en mí—. Si quieres ayudarme, hazlo.

—¿Sobre qué vas a escribir?

—No lo sé —me quejo, y me paso la mano por el pelo, desordenando cada uno de los mechones, justo como hago cada vez que estoy nervioso.

—¿Cómo no lo vas a saber?

—Me dejo llevar hasta donde mi inspiración me haga llegar.

—Hasta ahora parece que no te ha llevado muy lejos —dice irónica mirando la pantalla en blanco del ordenador, y luego vuelve a clavar su mirada en mí—. Es broma —balbucea cuando ve que la estoy matando con la mirada, antes de seguir hablando—. Es fundamental tener un tema del que quieras hablar. ¿Sobre qué quieres hablar tú?

—Sobre las niñas molestas.

—Estoy hablando en serio.

—¿Por qué quieres ayudarme?

—Porque quiero que te vayas ya de mi casa, y al parecer, si te dejo a ti solo encontrar tu maravillosa inspiración no te vas de aquí en años.

—Mentira, lo haces porque no tienes amigos, y te aburres.

—Puede ser.

—Tranquila, con ese carácter es normal que no tengas amigos.

—Encima que trato de ayudarte... ¡Ahí te quedas, por hablarme todo el rato mal! —Hace el amago de levantarse, pero enseguida la agarro del brazo y se lo impido, esta vez colocándola más cerca de mi sitio, dejando nuestros cuerpos a escasos centímetros de distancia, disfrutando del roce de nuestros brazos con cada leve movimiento que hace nuestro cuerpo al respirar.

—Lo siento, solo trataba de ser gracioso.

—Pues deja de intentar ser algo que no eres.

—¿Entonces, no tienes amigos?

—Aparentemente sí tengo. Pero sinceramente, no me apetece salir con gente que no ha estado a mi lado cuando peor he estado. He pasado un tiempo muy mal, en el que solo he tenido apoyo de mi familia. Todos los demás me dieron de lado. ¿Y ahora quieren ser mis amigos como si nada? No me gusta la gente así, por eso prefiero quedarme sola a salir con ellos. —Se encoge de hombros.

—No estás sola.

—En realidad sí lo estoy —suspira—, y desde hace muchísimo tiempo.

—No, porque ahora me tienes a mí.

CAPÍTULO 11

Eric

—Voy a bajar a por comida basura para ahogar mis penas. Y de paso, echaré algunas fotos por el camino para despejarme. Está todo nevado, seguro que quedan preciosas —se convence sonriente—. ¿Quieres que te traiga algo? —pregunta cuando se levanta de la cama.

—Lo mismo que vayas a tomar tú.

—Vale, enseguida vuelvo. —Sonríe antes de salir, y juro que durante segundos he sentido que el tiempo se había detenido por completo.

Suspiro aliviado en cuanto se va, pero enseguida tengo la necesidad de que vuelva para sentarse a mi lado, y empiece a molestarme como solo ella es capaz de hacer.

Por una parte, quiero que se vaya, ya que me pone bastante nervioso el tenerla tan cerca. Por algún motivo comenzaba a tener escalofríos, mis manos a temblar, y mi corazón a latir tan rápido como si se me fuese a salir del pecho. Pero, por otro lado, siento la necesidad de que se acerque a mí, de saber cómo está, de verla sonreír o simplemente mirar a un punto fijo, yo qué sé.

Lo único de lo que realmente empiezo a estar seguro es que necesito sentirla y tenerla cerca, y que eso me hace estar seguro, tranquilo y en paz. Me hace sentir cosas que no puedo explicar, cosas que no había sentido antes y que tengo la necesidad de plasmar sobre un papel. Sentimientos únicos e inigualables que necesito expresar y contar a la gente.

Necesito escribir todo lo que siento y ronda por mi cabeza, por lo que abro el documento que no quise enseñarle a Janelle, donde ya había comenzado a escribir. Fueron simples sensaciones y no me parecieron lo suficientemente buenas como para seguir escribiendo, sin contar lo bloqueado que estoy y que no sé cómo seguir. No sé cómo seguir lo que ni siquiera he empezado a escribir, genial.

Llevo mis dedos hasta el teclado y, como por arte de magia, comienzan a moverse con rapidez sobre las pequeñas teclas, sin poder ser controlados por mí.

“Su risa es la mejor melodía para mis oídos”.

“Cuando sonríe siento que se para el tiempo”.

“Me gusta molestarla, y el hoyuelo que se forma en sus mejillas cuando sonríe”.

“Ella no parece ser como las demás”.

“Tiene algo que me hace querer averiguar más”.

“Su apariencia es seria, introvertida, insegura de sí misma, callada y dura. Pero su interior es débil, tanto, que los pedazos rotos de su interior pueden romperse aún más en cualquier momento”.

Dejo de escribir cuando escucho sus pasos acercándose a la habitación, y resoplo al ver que lo que he escrito también es una porquería.

Pero bueno, quizás pueda unirlo con alguna otra cosa, y formar algo bueno más tarde.

Es algo complicado.

Tengo la necesidad de escribir sobre la chica y, cuando se trata de ella, me viene toda la inspiración del mundo, pero sigo sin tener una historia decente con la que atrapar al público.

—Ya estoy aquí. —Entra por la puerta con una bandeja entre sus manos y una pequeña sonrisa de lado. La deja apoyada sobre el mueble, y aprovecha para soltar sus cosas y dejarlas tirada por la habitación. Justo después, se quita el abrigo, la bufanda y los guantes que llevaba puestos.

—¿Y todo esto? —me río—. Has traído mucha comida, no tengo tanta hambre —le comento, justo cuando se está acomodando de nuevo a mi lado, colocando la bandeja entre sus piernas.

—Tranquilo, si es para mí.

—¿Vas a comerte todo eso? —pregunto sorprendido, con una sonrisa en mi rostro al ver la cantidad de chocolate, bollos, helado y chucherías que hay sobre la bandeja.

—Sí. Estoy de bajón, me lo puedo permitir.

—¿Me dejarás que pruebe al menos algo de chocolate?

—Solo si te cortas el pelo.

—¿Dónde ha quedado la Janelle simpática que me preguntaba si quería algo de comer?

—Se ha quedado abajo.

Se encoge de hombros antes de llevarse un bollo a la boca.

—Ya veo, ya.

—¿Has escrito algo decente ya?

—Qué va. Es más complicado de lo que parece. Aunque me entran muchas ganas de escribir y parece que mis dedos escriban por sí solos, enseguida se me va.

—Pues aprovecha y escribe —me dice antes de dar un bocado a la porción de chocolate que se acaba de partir.

—Claro, escribo todo lo que sale de mi mente.

—Te complicas demasiado, Eric. —Mi piel se eriza al oírla pronunciar mi nombre—. Sólo escribe lo que te salga del corazón.

—Por mi mente y, quizás también corazón, pasan bastantes cosas, pero no creo ser capaz de juntarlas para crear una buena historia.

—Simplemente déjate llevar hasta donde realmente seas capaz de llegar.

—No he entendido eso, pero ha sido lo más profundo que me han dicho en mucho tiempo.

—Quiero decir que te dejes llevar. Si realmente puedes hacer algo bueno y te dejas llevar, lo vas a acabar consiguiendo, pero si hacerlo no es precisamente algo bueno para ti, finalmente acabarás sin hacerlo y haciendo otra cosa aún mejor. Creo que me he liado un poco, pero yo sé lo que quería decirte. —Se ríe, y la noto sonrojarse, lo que me hace automáticamente sonreír.

—Pero yo no.

—Pues que simplemente te dejes llevar y acabarás llegando hasta donde realmente puedas y debas. ¿Quieres que salgamos al porche? Quizás la nieve te inspire —me propone de golpe.

—Vamos.

Llevamos un buen rato sentados en los escalones del porche. Todo está nevado y hace mucho frío. Y aunque estamos bastante abrigados, y pusimos una manta sobre el escalón, hay un momento en el que he empezado a perder la sensibilidad en mis zonas bajas.

Echo un vistazo rápido a Janelle. Como desde hace ya un buen rato, parece tener la mirada perdida en un punto fijo, como si estuviese pensando en algo en concreto, pero a la vez en ninguna cosa. La verdad es que estoy hecho un lío, y me gustaría romper la

barrera invisible que nos separa y adentrarme en su mente. Quizás así podría entenderla mejor.

—¿Puedes dejar de mirarme todo el tiempo? —pregunta rápidamente, volviendo su mirada a mí, y apartándola en cuanto sus ojos se cruzan con los míos.

—No, lo siento.

—¿Por qué no?

—Porque me gusta mirarte. Me relaja y no sé, me gusta mucho. Eres muy bonita.

—Ya te dije en su momento que no coqueteases conmigo, Eric Brown.

—Y yo que no me iban las niñas pequeñas como tú. —Le saco la lengua en forma de burla, y pone los ojos en blanco.

Se forma un pequeño silencio de nuevo.

Me mira.

La miro.

Nos miramos.

Y enseguida sonríe tímida mientras aparta de nuevo su mirada, volviendo a lucir cabizbaja.

¿Estoy loco por pensar que el no conseguir aguantarle la mirada al otro por más de cinco malditos segundos es recíproco?

Pero esta vez es diferente. En lugar de triste, está sonriendo tímidamente, con una de esas sonrisas tontas que le formaban los mejores hoyuelos que he visto en toda mi vida.

—Te has puesto roja —le digo, con una gran sonrisa en mi rostro, sin dejar de admirar el suyo, tan perfectamente formado y alineado para mí.

—Mentira. Será por el frío, porque yo no hago eso —contesta agachando aún más su cabeza, impidiéndome mirarle las mejillas que ya he comprobado que están sonrojadas.

—Pero no te escondas. —Río, antes de atrapar su rostro entre mis manos y alzarla por el mentón, volviéndome a perder en su mirada. Si hay algo más precioso que Janelle, es Janelle sonrojada.

Por primera vez, puedo ver un brillo diferente y especial en sus ojos.

Ya no están tan vacíos, ahora mismo los siento llenos de magia, y me están entrando ganas de narrarlo, de plasmarlo en un maldito papel.

—Estás roja —le vuelvo a decir, y de nuevo, intenta agachar la cabeza, pero esta vez se lo impido, parándome a apreciar detalladamente las pecas que adornan sus mejillas como un lienzo.

—Eres tonto, de verdad.

—Y tú aún más bonita cuando te sonrojas.

—No me gusta que me hagan ese tipo de cumplidos. Sé que no soy bonita.

—¿Perdona? Eres la chica más bonita que he conocido, y que podré conocer jamás —me oigo decir, sin darme cuenta de lo que estoy haciendo realmente, ya que las palabras parecen salir solas de mi boca como por arte de magia.

—Eres un exagerado. Me caes mal. Déjame en paz, y no vuelvas a hablarme. Eres tan mentiroso como todos los tíos con los que me he cruzado a lo largo de mi vida.

—No sé con qué tíos te habrás cruzado a lo largo de tu vida, cómo han sido, o qué te habrán dicho, pero te prometo que no exagero al decir que eres la chica más bonita que he conocido en mi vida. Al menos para mí lo eres. Y te aseguro que he conocido a muchas chicas, Janelle.

—Pues para mí no.

—Ojalá pudieses verte de la misma forma en la que yo te veo.

—Ojalá pudiese creerme tus mentiras como te las crees tú al decirlas.

—¿Me ves cara de mentiroso?

—Algo parecido me preguntó mi exnovio cuando comenzamos a salir y a pelearnos.

—¿Por qué sigues aferrándote a él? Deja de hablar de él, no va a volver —exclamo, antes de frotarme las manos para poder combatir

algo mejor el frío. Y la verdad, es que no sé por qué reacciono así, pero lo hago.

—Gracias por ser tan directo.

—Es verdad. Te aferras a alguien que te hace daño. Cambia, Janelle. Pasa página, cierra el libro, tíralo, quémalo… Cualquier cosa que te haga cerrar el capítulo con llave.

—¿Con la misma que cerramos nuestro candado del amor? —suelta irónica con los ojos brillosos.

—Janelle —suspiro atrayéndola hacia mí, para envolverla entre mis brazos, en un tierno y cálido abrazo, dejándola llorar de nuevo sobre mi hombro. Parece que esto ya empieza a ser una costumbre entre nosotros, pero lo cierto es que no me importa hacerlo si con ello consigo ponerle una pequeña curita a su corazón—. Tienes que pasar página, es por tu bien —le digo ahora acariciando su espalda, sin dejarla escapar de mis brazos.

—No puedo… —solloza contra mi pecho.

—Si quieres, puedes.

—Estoy demasiado rota como para hacer cualquier cosa, Eric —solloza, separándose de mí. Agarro su cara entre mis manos, y limpio las lágrimas que caen por sus mejillas con la yema de mis pulgares.

—Déjame juntar tus pedazos rotos entonces. —Me mira con los ojos muy abiertos y niega repetidas veces con la cabeza.

—No puedes.

—Si quieres, puedes. Y yo quiero hacerlo. Es más, he decidido que mi libro va a ir sobre ti.

—¿Sobre mí?

—Sobre la historia de tu vida. Quiero relatar todo por lo que hayas podido pasar, que seguro que no ha sido poco. Todos estaremos en la historia, incluso yo. Tú serás la protagonista. También aparecerán tus tíos y primos, aquel chico que te rompió el corazón y, cualquier persona de la que me hables.

—No seas tonto. No bromees con estas cosas.

—Hablo en serio.

—¿Y tú qué papel tendrás? ¿Serás solo el narrador?

—No. —Le agarro el mentón, y la obligo mirarme a los ojos. Seré el chico que junte tus pedazos rotos, y el que te devuelva las ganas de vivir.

CAPÍTULO 12

Eric

—Relájate tío, solo es un partido —suelto en un tono divertido, tumbado desde mi cama, mientras observo a Bruno dar vueltas de un lado para otro, muerto de nervios por el partido que tendrá que jugar dentro de unas horas.

—Es un partido importante. Si perdemos hoy, lo perdemos todo.

—Por eso sé que vais a ganar, sois los mejores.

—Nunca nos has visto jugar. —Pone los ojos en blanco—. Pero sí, somos los mejores.

—¿Quieres que vaya a verte? —me atrevo a preguntar.

La verdad es que Bruno es con el que mejor me llevo en esta casa.

Nos hemos hecho buenos amigos en las dos semanas que llevo viviendo aquí, y me cae muy bien, aunque la mayoría del tiempo esté estudiando o entrenando. Pero es muy buen chico, y me está haciendo la estancia aquí mucho más amena.

—Seguro que me darías suerte. Además, vienen todos a verme y darme ánimos.

—¿Janelle también va?

—Es a la que más me ha costado convencer, pero sí, también va —responde, haciendo que una pequeña sonrisa se forme en mi rostro —. ¿Qué te traes entre manos, Eric? Mi prima lo ha pasado peor de lo que te imaginas.

—Lo sé, y no me traigo nada entre manos.

—Me suena bastante raro ese interés que tienes por ella. Por no hablar de la forma en la que la miras, tío. —Se coloca las zapatillas deportivas, y vuelve a mirarme.

—La miro normal, como a tus hermanas.

—A Daphne ni la miras, y a Tiffany la miras con asco, así que no me vaciles. A Janelle la miras diferente.

—Lo que tú digas —bufo y le tiro un cojín, lo coge al vuelo y me mira desafiante, apuntándome con el cojín que le acabo de lanzar—. No juegues con ella, por favor.

—No estoy jugando.

—Eso espero. Ella no es como las típicas chicas con las que estás acostumbrado a salir. No me hagas tener que dejarte sin poder tener hijos, te lo advierto.

—Vale, vale —suelto una carcajada, y eso parece relajarle un poco, ya que hasta ahora parecía bastante tenso—. Si me lo adviertes así, pues...

Bruno termina de meter las cosas en su mochila, se pone el abrigo y se va, dejándome por fin solo en la habitación. Aprovecho para llamar a Liam y ponernos al día, ya que hace mucho que no hablamos, y me preocupa en los líos en los que se pueda estar metiendo sin mí.

—Eh, tío —me contesta, al otro lado de la línea, todavía somnoliento—. ¿Eres consciente de la hora que es?

—Las ocho de la mañana, así que supongo que allí son..., ¿las siete?

—He llegado a casa hace una hora, acababa de dormirme. Espero que sea importante.

—Tan importante como saber cómo está mi chico favorito.

—Eric, tío, me caes mal. Tengo sueño, ¿no podemos hablar más tarde?

—¿No te interesa saber novedades sobre mi aventura francesa?

—Si hay alguna novedad interesante, desembucha, sino déjame en paz, imbécil. Prácticamente acabo de llegar a casa después de pegarme la fiesta de mi vida, necesito descansar.

—Al final vas a hacer que vuelva antes de tiempo solo para cuidarte de nuevo. Eres como un bebé gigante, ¿lo sabías?

—No creo que haya nada que te haga volver antes de tiempo, Brownie —suelta el apodo con el que suele llamarme y resoplo—. ¿Cómo te va con el bombón de café?

—Liam…

—¿Qué pasa? No paras de decir que si tiene los ojos más bonitos del mundo, que si su mirada café, que si… —comienza a imitar mi tono de voz y me tenso, sujetando el móvil con fuerza. Definitivamente, yo no he dicho eso en ningún momento.

—No inventes —le interrumpo—. Al final, el que vale para escritor eres tú; tienes una imaginación inigualable.

—Tengo altas capacidades, mi querido Brownie.

—No quiero que te metas en líos mientas no estoy.

—No lo hago, papi.

—¿Cómo está Bella? ¿Has ido a verla estos días?

—Está como siempre. Te echa de menos. Quiere verte. Al menos podrías llamarla un día. Está un poco triste, ya sabes que las cosas no le van muy bien.

—Estará mejor sin mí. No soy bueno para ella.

—Eres su hermano, te has desvivido por ella siempre.

—Déjalo ya, Liam —espeto—, es mejor que no sepa nada de mí. Estar a mi lado solo le haría daño con el tiempo.

—Creo que más bien sería todo lo contrario. Te necesita mucho. Tu padre está esperando que vuelvas —murmura, cambiando el tema de conversación—, ¿vas a volver de verdad?

—¿Estás loco? Claro que no. Solo se lo hago creer para ganar tiempo aquí.

—Igual pronto me tienes por allí haciéndote una visita para que me presentes al bombón de café, colega. Porque te tiene peor de la cabeza de lo que es habitual en ti.

—No digas tonterías, ya lo hemos hablado.

—Te gusta.

—No me gusta. Ni me va a gustar. Solo la quiero ayudar.

—No eres una ONG, y precisamente, no te caracterizas por tu amabilidad ni por ir ayudando a los necesitados. La chica te mola y te ha vuelto un blandito. No pasa nada.

—Déjate de tonterías —le digo—. ¿Sabes algo de Ethan?

—Sigue haciendo de las suyas, no merece la pena que te preocupes por él.

—¿Sabe dónde estoy?

—No, piensa que estás en Estados Unidos.

—Mejor.

***

El partido está siendo bastante aburrido, sobre todo porque el otro equipo está llevando todo el control, pero ninguno de los dos consigue meter un gol al contrario. Me entran ganas de bajar al estadio y enseñarles a todos a jugar, pero no lo hago tan solo porque no tengo ni puñetera idea de fútbol, y quedaría como un pringado delante de todos.

A mi lado tengo a Daphne pegada al teléfono en vez de al partido, y por el otro, al pequeño molesto que me robó mi tablet. Prácticamente he estado todo el partido mirando de reojo hacia mi derecha. Para ser exactos, a la persona que está sentada al lado de Daphne.

Sí, Janelle. No sé qué es lo que se ha hecho exactamente en el pelo para que le quede así de rizado, pero está preciosa.

Justo cuando el árbitro pita con su silbato para indicar que ha comenzado el descanso, Janelle aprovecha que está sentada en la esquina de nuestra fila para levantarse, y comenzar a caminar, alejándose del resto de personas que prestan atención a la marcha de los jugadores.

Me levanto de mi asiento, e ignorando la mirada retorcida que me acaba de echar Daphne, sigo los pasos de Janelle hasta quedar frente a una gran máquina que vende todo tipo de refrescos, chocolatinas, y ese tipo de cosas.

En cuanto nota mi presencia, se voltea y pone los ojos en blanco, antes de volver a mirar hacia el cristal que le muestra la gran cantidad de alimentos que hay en el interior de la máquina.

—¿Es que no te cansas de seguirme? —pregunta lentamente, imitando mi voz grave y semi rota. Sonrío al recordar el momento en

el que le pregunté yo mismo aquello, justo el día en que nos conocimos.

—Tengo cosas mejores que hacer antes que seguirte precisamente a ti, molesta —contesto, posicionándome a su lado, y mirándola de reojo, con una sonrisa en mi rostro y apreciando que ella también está sonriendo.

—Claro, por eso me he levantado, y te ha faltado tiempo para levantarte y seguirme.

—Ha sido casualidad. ¿Eres la única que puede tener hambre?

—¿Por qué no reconoces que te has levantado para venir a hablar conmigo?

—¿Te haría ilusión que fuese así? —pregunto con una ceja alzada, sin poder borrar la maldita sonrisa de mi cara.

—Tampoco te emociones, Eric Brown.

¿Por qué dicho por ella mi nombre suena tan especial?

—No lo haré a menos que me des razones, Janelle Janelle.

—¿Janelle Janelle? —Enarca una ceja, mirándome divertida.

—Lo siento por no saberme tu apellido. —Me encojo de hombros, y enseguida suelta una gran carcajada.

¿Por qué la melodía de su risa es tan adictiva?

—Nunca lo sabrás.

—¿Por qué?

—Aún no sé nada sobre ti, no voy a darte datos personales para que puedas matarme.

—¿Lo dices en serio?

—¿Tú qué crees? —ríe y niega con la cabeza—. Te conozco desde hace poco, pero sé que no eres tan inteligente y malo como para poder matar a alguien.

—¿Gracias?

—De nada, Eric Brown.

—¿Puedes dejar de llamarme así?

—¿Te molesta?

—Sí.

—Entonces lo haré más a menudo, Eric Brown.

—En serio, es molesto.

—Como yo —responde en tono burlón.

Pongo los ojos en blanco, y comienzo a caminar hacia la salida del estadio, seguido por Janelle.

—Parece que ahora la que me sigues eres tú.

—Puede ser, Eric Brown.

—Una vez vale, dos también, pero tres ya se vuelve cansino. ¿Puedes callarte ya?

—Qué amable y caballeroso eres, por favor.

—Y tú molesta. ¡Me sacas de quicio!

—Estás muy mono cuando te enfadas —se ríe. Y se vuelve a detener el tiempo. Ha dicho que soy mono. Y se ha reído. ¿Puede haber una mejor melodía para mis oídos?

—Por lo que veo, hoy estás de buen humor, y cuando estás de buen humor te vuelves pesada y cansina. Esto no suele pasar mucho.

—Sí —contesta alargando la 'i' en tono infantil—. Hoy me he levantado de muy buen humor. Te veo hasta menos feo con esa melena de chica.

—Vaya, apuntaré también en mi lista de "Cómo entender/soportar a Janelle", que cuando estás de buen humor, te da por declararte. Ah no, espera… ¿estás borracha? La última vez que lo hiciste lo estabas.

—¡No me recuerdes eso que me vuelve el mal humor! ¿En qué estaría pensando?

—Dicen que los niños y los borrachos siempre dicen la verdad. Así que supongo que te traicionó el subconsciente.

—Claro, desde que te conocí quiero casarme contigo.

—Es una declaración tras otra. ¿Qué debo pensar al respecto, Janelle?

—Pues no sé, Eric Brown. Tómalo como que te vacilo.

—¿Por qué?

—Porque no me casaría con alguien como tú. Lo siento, no me van los chicos que tienen el pelo más largo que yo.

—Me ofendes.

—Esa era mi intención.

—¿Qué tal si te invito a un helado y lo tomamos en ese parque de ahí?

—¿Me explicas qué persona normal le ofrece a otra tomar un helado con este frío?

—¿Me explicas quién te ha dicho que yo sea normal?

***

—Nos vamos a enfermar.

—¿Y lo dices ahora que ya te lo has comido?

—Estaba demasiado bueno como para poder rechazarlo.

—Y demasiado frío.

—¿Tu intención era enfermarme, Eric Brown?

—Sí. Para obligarte a estar en casa, y contarme cosas de tu pasado oscuro para mi historia.

—Si lo que quieres es que te cuente mi vida, toma asiento y prepárate para oír una larga y triste historia que te terminará aburriendo, como a todos.

—¿En esa larga y triste historia también entra lo que te pasó con el chico?

—A ver Eric… Tómalo con calma, poco a poco.

—Está bien. Mira ese banco tan cómodo de ahí. Parece estar llamándonos a gritos.

—En realidad, no quiero sentarme y empezar a contarte mi vida.

—Podemos hacerlo mediante preguntas.

—Vale, pero tú también tendrás que responderlas. —Alzo una ceja al oírla—. Tengo curiosidad por saber de dónde viene tanta estupidez.

Se encoge de hombros, y comienza a guiarme hasta el banco.

—Oye, antes de empezar… ¿Eres consciente de que al final no te compraste nada de la máquina?

—Lo sé —sonríe—. ¿Puedo contarte un secreto?

—Claro, soy todo oídos.

—Solo fui hasta allí y fingí querer comprar algo para que me siguieras y poder hablar contigo, pero no se lo digas a nadie —me

suelta sin dejar de sonreír, haciendo que yo no pueda evitar hacer lo mismo.

Y entonces noto mi corazón latir más rápido, y ya no solo es que me pierda en su mirada y en su sonrisa, sino todo lo que empieza a hacerme sentir.

CAPÍTULO 13

Eric

—Vale, ¿quién empieza? —pregunta Janelle, acomodándose en el banco en el que ambos estamos sentados.

—Empiezo yo —respondo—. A ver, empecemos por preguntas fáciles para romper el hielo. ¿Color favorito?

—¿Eso es todo lo que tienes, Eric Brown? —Sonrío, y ella me regala una pequeña sonrisa de lado, luego niega con la cabeza y sigue hablando—. El negro y el lila. ¿Y el tuyo?

—El azul.

—¿Número favorito?

—El catorce. Y el tuyo el veintidós.

—Sí. —Me mira con sorpresa y luego sonríe—. Si te soy sincera, me alegro de que te acuerdes.

—¿Por qué?

—Normalmente la gente no suele prestarme mucha atención ni recuerda lo que le cuento, así que me alegra que lo hagas, aunque sea una tontería. Pero bueno… ¿playa o montaña?

—Playa, ¿y tú?

—Obviamente, montaña. ¿A quién le puede gustar ir a la playa, y llegar a casa con arena hasta en el esófago? —Finge una arcada, haciéndome reír.

—Veo que a ti no —le respondo sonriendo—. ¿Frío o calor?

—Teniendo en cuenta que odio con todo mi ser el calor, y que amo con todas mis fuerzas el invierno, pues obviamente, prefiero el frío. ¿Y tú?

—Obviamente calor, me encanta el verano.

—Vaya, somos muy parecidos —suelta irónica. Le saco la lengua en forma de burla, y me parece verla sonrojarse de nuevo.

—¿Cómo te describirías en tres palabras?

—Luchadora, fuerte y sincera. —Alzo una ceja y me quedo mirándola durante unos cuantos segundos, lo que provoca que me dé un pequeño golpe en el brazo— ¿Qué?

—Se te ha olvidado borde y antipática —le reprocho de forma burlona, haciendo que resople.

—¿Comida favorita?

—¿No es obvio? La pizza. Aunque, en realidad, me gusta cualquier tipo de comida italiana. ¿Y la tuya?

—Me encanta la comida china —contesto, y asiente—. ¿Eras buena en el instituto?

—Siempre he sido de las mejores de mi clase —sonríe—. Y nunca me ha quedado ninguna asignatura, lo aprobaba todo.

—Vamos, que eras la empollona de la clase.

—Algo así —responde, antes de echar los mechones de pelo que caen por sus hombros hacia atrás—. ¿Y tú?

—Menos en un par de asignaturas, yo era uno de los peores. Siempre estaba metiéndome con los profesores y haciendo las típicas gracias, aunque al final siempre acababan cogiéndome cariño.

—Vamos, que eras molesto desde pequeño.

—Algo así.

—¿Te has dado cuenta de que todo lo contestamos al contrario? A mí me gusta el frío y a ti el calor, yo era la empollona y tú el gamberro…

—Por eso nos peleamos tanto, porque somos muy diferentes.

O quizás somos más parecidos de lo que pensamos, y por eso nos atraemos tanto.

—Puede ser. Tengo malas experiencias con los chicos completamente diferentes a mí. Si algún día vuelvo a encontrar a alguien, quiero que sea como yo.

—¿Por qué querrías estar con alguien como tú? Qué suplicio —me burlo, y me vuelve a pegar en el hombro—. Es broma, pero yo creo

que, si dos personas son exactamente iguales, no tienen futuro. No sé, ya sabes lo que dicen, los polos opuestos se atraen. Opino que dos personas diferentes pero que tengan cualidades que la otra persona necesite, pueden complementarse a la perfección.

—Puede ser —musita.

—¿Cuántos novios has tenido?

Reconozco que estaba deseando preguntarlo, hasta que se pone rígida, y siento que está a punto de esconderse de nuevo en su caparazón.

—Solo uno, y suficiente ha sido para romperme en pedazos.

—¿Cuál es la cosa que más agradeces tener en tu vida o que te haya pasado? —sigo preguntando, omitiendo la cagada que acabo de cometer al preguntarle eso por puro impulso egoísta de mi parte, e intentando que vuelva a relajarse y sentirse cómoda conmigo.

—Sophie —contesta rápidamente, sin ni siquiera pensarlo por un segundo—. No es una cosa, pero esa pequeña ha sido lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Veo que le tienes mucho cariño.

—Es la personita que más quiero en el mundo.

Me paro a apreciar durante algunos segundos el brillo que tienen sus ojos al hablar de la pequeña Sophie, y la alegría que transmiten los gestos de su cara. Su mirada triste y vacía se llena de color, y parece feliz cada vez que piensa en ella.

—¿Cuál es tu peor recuerdo? —pregunto, dispuesto a cagarla de nuevo con mi impulsividad y poco tacto.

—Con mi ex. Y gracias por recordármelo, Eric Brown.

—Lo siento. Solo intento conocer un poco mejor tu historia para poder escribir mi libro.

—Veo que sigues con la idea del libro —suspira, se acomoda mejor en el banco, y me vuelve a mirar a los ojos.

—Obviamente. Será genial escribir sobre ti. A la gente le gusta las historias deprimentes.

—¿Gracias?

—De nada. Sigamos con las preguntas... ¿Lugar que quieras visitar?

—Italia, Grecia y España. Pero me encantaría ir a España.

—A mí también —le digo, aunque ya he estado en un par de ocasiones. Lo cierto es que he viajado mucho.

—Debe ser una experiencia preciosa.

—Quizás vayamos juntos algún día.

—No lo creo. Sigamos con las preguntas.

—¿Eres más de ir a un restaurante caro, o quedarte en casa viendo una película y comiendo palomitas?

—Soy más de cosas simples y bonitas, nada de restaurantes caros. Prefiero quedarme en casa viendo una película y comiendo pizza, gracias.

—Compartimos eso. —Me sale una sonrisa tonta, lo reconozco, pero me ha encantado su respuesta, porque ese tipo de plan es perfecto para mí, y estoy acostumbrado a estar con chicas que buscan en mí un estilo de vida completamente diferente; que buscan a Eric Brown, y no solo al Eric que hay dentro y que quiere disfrutar de las pequeñas cosas de la vida.

—Tenemos algo en común, la verdad es que me sorprende. ¿Por qué te has dejado crecer tanto el pelo?

—¿Quieres que te diga la verdad? —Enseguida asiente, mirándome con atención—. Hubo un tiempo en el que pasaba mucho tiempo en casa escribiendo y no iba a cortármelo, sencillamente, por vago. Después me empezó a gustar cómo me quedaba el pelo largo, y lo dejé crecer. La verdad es que suele tener mucho éxito con las chicas. —Levanto las cejas varias veces, echándole una mirada coqueta—. Parece que les gusta el rollo vikingo.

—Pues yo creo que estarías más guapo con el pelo corto.

—Más guapo —repito sus palabras con una gran sonrisa en mi rostro—. O sea que piensas que soy guapo.

—¿Por qué tergiversas mis palabras?

—Es lo que acabas de decir. Te delatas tú sola, y ya van cuatro declaraciones.

—Te queda bastante para que ocurra eso.

—¿Va a ocurrir?

—No lo creo, no quiero más hombres en mi vida.

—¿Fue tan malo lo que te pasó con aquel chico?

—Sí.

—¿Te engañó con alguna chica?

—Sí.

—¿Eso fue lo que te hizo? —pregunto, midiendo muy bien cada palabra; no quiero cagarla otra vez ahora, pero sí que quiero animarla a hablar. Creo que le vendrá bien y además, tengo mucha curiosidad.

—Eso fue lo que menos me hizo —musita cabizbaja—. Ya te he dicho suficiente, no esperes que te cuente más.

—Está bien —digo con las manos en alto—. No voy a presionarte. Algún día me lo contarás. Sé que lo harás.

—¿Por qué eres siempre tan positivo? Me pone de los nervios.

—¿Y tú por qué eres siempre tan negativa?

—No soy negativa, soy realista. Y prefiero serlo antes de llevarme palos. Se está mejor cuando no se espera nada de nadie. Aun así, ¿cómo lo haces? ¿Todo en tu vida ha sido positividad y alegría?

No tienes ni idea del infierno que ha sido mi vida, pequeña.

—Todo lo contrario. He pasado por momentos muy complicados a lo largo de mi vida. Pero llegó un momento en el que me di cuenta de que ser negativo no valdría para nada. —Noto que mi voz empieza a flaquear un poco. No me gusta hablar de mi vida ni de mi pasado, y siempre acabo recurriendo a las bromas para evitar indagar demasiado en mí, así que opto por cambiar de tema—. Dejemos de hablar de cosas tristes, y vayamos a hacer el ridículo un poco.

—¿Qué propones hacer?

—¿Te apetece tirarte por el tobogán?

—¿Estás mal de la cabeza, Eric Brown?

Creo que piensa que estoy de broma, pero efectivamente, no lo estoy.

—Venga, no seas aburrida. —Me levanto del banco, y una vez de pie, la agarro de la mano para llevarla hasta la zona del parque, procurando no hacer caso de la descarga de sensaciones que me produce el tacto de su mano contra la mía, ni cómo se me está erizando la piel ahora mismo.

—Eric, ¿me estás vacilando? ¡No voy a tirarme por el tobogán! —me dice, mientras estamos viendo a varios niños subir y bajar, una y otra vez, disfrutando de la libertad y felicidad que solo los niños tienen.

—Pues tú te lo pierdes. —Corro hacia las escaleras del tobogán. Una vez arriba, espero a que el niño que está delante se tire por la rampa.

—¿Puedes quitarte? Quiero tirarme yo —me suelta un niño, de muy malas formas, justo cuando me iba a tirar.

—Yo voy antes, lo siento —contesto.

—Venga ya, melenas, estás demasiado mayor como para tirarte por un tobogán. Deja de hacer el ridículo, y déjanos jugar en paz —sigue diciendo, esta vez echando un vistazo rápido a la cola de niños que hay esperando para tirarse. Me aparto y dejo que se tiren todos los niños antes de hacerlo yo.

Sonrío al ver que Janelle también está a punto de subir, aunque ella parece estar pasando más vergüenza que otra cosa.

¿Qué le pasa a todo el mundo? Es solo un tobogán.

—¿Puedes dejar de hacer el ridículo y bajar? Eres muy grande Eric, lo vas a romper.

—Solo si bajas conmigo por el tobogán.

—No voy a hacer eso —ríe nerviosa—. ¿Qué va a pensar toda la gente que hay abajo?

—La vida está para disfrutarla, no para pensar en lo que puedan decir los demás.

Se queda mirándome durante varios segundos y después de observar cómo un niño se tira, anda hasta el principio de la rampa y se sienta en el extremo, preparándose para tirarse. Me siento justo detrás de ella. A mí me cuelgan muchísimo más las piernas, y tengo

que hacer un gran esfuerzo por sentarme, ya que soy demasiado grande, pero finalmente lo hago. Me recoloco y la empujo hacia abajo, haciéndonos caer a ambos por el tobogán.

—¡Eric! —Es lo último que escucho antes de llevarnos un buen golpe contra el suelo. Aunque la verdad es que el mayor golpe se lo lleva Janelle, ya que yo prácticamente caigo sobre ella. Lo primero que pienso es que va a gritarme en cualquier momento por haber llamado la atención de la gente, pero en lugar de eso, estalla en carcajadas, haciéndome reír a mí también, aún con mi cuerpo sobre el de ella.

—Eres idiota. —Intenta apartarme de encima sin mucho éxito, ya que tiene poca fuerza y yo peso bastante.

—Me lo suelen decir mucho —le respondo esta vez mirándola fijamente, todavía sobre ella, con nuestros cuerpos demasiado pegados y nuestras respiraciones demasiado aceleradas. Juro que puedo sentir su corazón latir sobre el mío, y su mirada café se ha oscurecido de un momento a otro. Me mira y se humedece los labios antes de tragar saliva. Yo hago lo mismo, recorro con mi mirada todo su delicado rostro, pero me paro en sus labios y en mi mente solo se recrea una y otra vez la misma imagen: ella abalanzándose sobre mí para unir nuestros labios. Y quiero hacerlo, quiero besarla ahora mismo, pero en lugar de eso, carraspeo y me quito de encima de su pequeño cuerpo antes de volver a hablar, con el pulso acelerado y la voz más ronca de lo normal—. ¿Te apuntas a unos columpios? —Es la primera tontería que se me ocurre decir.

—Teniendo en cuenta que todo el mundo me ha visto tirarme por un tobogán, y encima caerme... Creo que ya no tengo nada que perder. —Se levanta del suelo y enseguida la imito y hago lo mismo. Nos quedamos mirándonos fijamente durante unos segundos, en los que hay demasiada tensión y mi respiración se vuelve más acelerada. Necesito parar esto—. ¡Quien llegue el último tiene cara de patata! —grita de repente, antes de salir corriendo en dirección a los columpios, dejándome pensando en lo que acaba de decir y buscándole sentido, hasta que por fin soy capaz de reaccionar y corro

tras ella—. Empújame tú —dice justo cuando se sienta en el sillín del columpio. Me pongo por detrás y comienzo a empujarla con suavidad, sintiendo el aroma dulce de su cabello cada vez que la brisa lo atrae hacia mí—. Siento que vuelvo a tener diez años.

—¿Y eso es bueno o malo?

—No lo sé.

Me coloco delante de ella, ya que no aguanto más sin ver su precioso rostro, y se levanta un poco del sillín para poder coger impulso. Da un par de pasos hacia atrás —sin soltar las cuerdas que sujetan el columpio—, y enseguida coge impulso hacia delante.

Lo que menos me espero es que va a venir directa hacia mí —a una velocidad tan rápida que no me da tiempo a moverme—, que se va a soltar de las cuerdas como una puñetera loca, y que va a tirarse sobre mí.

Caigo esta vez de espaldas contra el suelo y el cuerpo de Janelle cae sobre el mío. De nuevo siento mi cuerpo estremecerse.

—Creo que a alguien le va a doler la espalda mañana —susurra contra mi oído antes de estallar en carcajadas, contagiándome con su risa, y haciéndome sentir feliz por un momento.

CAPÍTULO 14

Eric

Todo está oscuro. Estoy en un callejón sin salida y apenas puedo ver nada.

Siento que me estoy ahogando, y lo único que vislumbro es mi cuerpo entero manchado de sangre.

Busco una salida, pero no la encuentro. Siento que estoy que estoy rodeado de paredes que se van estrechando cada vez más y que me están aprisionando. Necesito salir. Necesito escapar.

Todo está en silencio hasta que lo escucho.

Sus sollozos.

Sus gritos pidiendo auxilio; un auxilio que yo no fui capaz de darle.

Su cara aparece entre la oscuridad, mirándome desafiante, pero de repente sonríe y me hace estremecer.

Está cubierto de sangre.

De repente desaparece. Lo busco por todas partes, pero de nuevo estoy solo.

—Es hora de jugar —me susurra su rasgada voz al oído. Lo busco desesperado, pero está demasiado oscuro y no encuentro su cuerpo por ningún lado, aunque todavía puedo oírle—. Y no vas a poder hacer nada para impedirlo.

Me giro en busca del sonido de su voz y de repente me encuentro con otra cara exactamente igual que la anterior, cubierta de sangre. Me mira, sonríe y se aleja fundido en una sombra oscura que no puedo terminar de distinguir.

Me dejo caer al suelo, me arranco la ropa manchada de sangre, me rasguño desesperado y grito hasta que me quedo sin voz,

aunque nadie pueda oírme.

Me miro las manos y están manchadas de sangre.

Porque yo lo hice.

Yo lo maté.

Me despierto sobresaltado y empapado en sudor frío. Tengo el pulso demasiado acelerado. Necesito unos segundos para recuperar el aliento. Me llevo las manos al pecho y respiro profundamente. He vuelto a tener la misma pesadilla que me persigue desde hace años.

Miro el reloj y veo que son las 6:00.

Parece estar al menos diluviando fuera, pero mi idea es salir de aquí cuanto antes. Ahora mismo me siento encerrado entre cuatro paredes, y necesito despejarme.

Me levanto de la cama y echo un vistazo a la habitación, comprobando que Bruno al parecer nunca duerme en casa, y que es hora de ordenar un poco mis cosas. Como siempre, me gusta tenerlo todo listo desde temprano y aunque no me encuentro especialmente bien, hoy no va a ser menos.

Hago la cama y salgo de la habitación para justo después entrar en el cuarto de baño.

Me lavo la cara, y miro mi reflejo en el espejo, repitiéndome a mí mismo una y otra vez que solo ha sido un sueño. Me desnudo y mientras espero a que el agua tenga una temperatura caliente y perfecta para este clima frío, observo mi pelo suelto reflejado en el cristal.

Está demasiado largo. Quizás sí me hace falta un corte de pelo.

***

Cruzo el famoso puente de los candados, pero no tanto como para recordar su nombre, y entro en la cafetería que hay al final del camino.

Un agradable calor hace contacto con la fría piel de mi cuerpo que no está cubierta por todas las capas de ropa que he decidido ponerme hoy, y un rico olor a comida inunda mis fosas nasales, haciendo que mis tripas comiencen a rugir por la falta de alimento. Supongo que la

cafetería es bastante famosa en el lugar, ya que es la segunda vez que entro y está casi igual de llena que la vez anterior.

Veo que hay una mesa vacía al fondo y corro hasta allí antes de que alguien se me pueda adelantar.

Me siento en una de las sillas libres y espero a que alguno de los camareros se acerque a apuntar el pedido de mi desayuno.

—Perdona, este sitio era mío. —La dulce voz de una chica me saca de mis pensamientos—. Estaba en el baño.

—Cuando he llegado no había nadie sentado.

—Lo sé, estoy sola y no he podido dejar nada en ninguna silla para pillar el sitio.

Si esta misma escena la hubiese vivido con Janelle, estoy seguro de que la hubiese mandado a tomar viento a alguna parte, pero por alguna razón con esta chica no tengo ganas de discutir.

Parece muy dulce. Como Janelle.

Eric, deja de pensar en Janelle de una vez.

—Si quieres podemos compartir mesa —le propongo, y una pequeña sonrisa no tarda en aparecer en su rostro.

—Será raro —ríe—. Pero está bien —me dice antes de sentarse frente a mí—. Soy Aria.

—Yo Eric, encantado.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Suelta una pequeña carcajada.

—No, soy de Inglaterra.

—Se nota en tu intento de acento francés. Es gracioso.

—¿Gracias? —Suelto una pequeña carcajada esta vez yo. La verdad es que me estoy esforzando mucho por hablar francés lo mejor posible, pero no lo controlo a la perfección.

—¿Qué desean tomar? —nos interrumpe el camarero parado junto a nuestra mesa.

***

—Quiero que termines de escribir ese libro para leerlo —dice entusiasmada la chica con la que estoy compartiendo mesa.

—Yo me conformo con tener algo para escribir. Por más ideas que llegan a mi cabeza, no soy capaz de unirlas y crear una historia decente.

—Estoy segura de que conseguirás algo bueno, lo publicarás y acabará siendo un bestseller. Espero que cuando eso ocurra, te acuerdes de mí y de mis palabras, eh.

—Sin duda lo haré —le guiño un ojo, y doy un sorbo al té negro que estoy tomando.

Llevamos un buen rato charlando y riendo, la verdad es que el tiempo ha pasado volando mientras hablábamos, y hemos cogido bastante confianza en este rato.

Las puertas de la cafetería se abren de nuevo, pero esta vez para dar paso a un pequeño cuerpo que ya empiezo a conocer a la perfección; el de Janelle. Y vuelve a llevar el pelo rizado, solo que esta vez también lleva puesto un gorro, haciéndola ver aún más adorable de lo que es.

Dios mío Eric, te has vuelto todo un cursi.

Janelle echa un vistazo rápido al interior del local, supongo que buscando algún sitio libre para sentarse, y frunce el ceño en cuanto sus ojos hacen contacto con los míos. Pero lo frunce aún más cuando ve a la chica con la que estoy hablando, y sin ni siquiera molestarse en sentarse en alguno de los sitios libres que hay, se da media vuelta y sale por el mismo sitio por el que había entrado.

—¿La conoces? —pregunta sorprendida Aria haciendo contacto visual conmigo.

—Sí, y por tu cara deduzco que tú también.

—Me parece fatal que no me haya saludado. —Niega con la cabeza —. Aunque teniendo en cuenta la forma en la que acabamos... Tampoco me sorprende —dice, pero parece más bien hacerlo para sí misma que para los dos.

—No estoy entendiendo nada.

—Solíamos ser mejores amigas. Lo fuimos durante diez años. Desde que nos conocimos en el colegio.

—¿Y qué pasó?

—Ella empezó a juntarse con un chico malo, era algo más mayor que ella. La metió en muchos problemas y de un día para otro… Janelle desapareció.

—¿A qué te refieres con que desapareció?

—A que desapareció. Dejó de juntarse con sus amigos, de hacer planes, de salir, de ser ella misma. Dejó de lado a su familia y toda su vida. El chico la apagó. Se metió en cosas muy peligrosas con ese tío y sé que estuvo muy mal, todos intentamos ayudarla a que saliese de allí, pero ella estaba cegada con él. Hacía con ella lo que quería… Sus padres acababan de morir cuando lo conoció y se aferró a él muchísimo. Ya vivía con sus tíos cuando pasó todo esto, y solo sé que se fue de la ciudad y no dejó rastro. Se cambió de instituto, y nadie supo más nada de ella, ni siquiera nuestro grupo de amigas o yo, que era la más cercana —me cuenta, y noto como le tiembla la voz a medida que avanza en la historia—. He preguntado bastante por ella a sus primas, pero nunca nadie ha querido decirme cómo estaba o qué le pasó. ¿Tú sabes algo? ¿De qué la conoces?

—Es una larga historia… Y no, no sé prácticamente nada. De hecho, me acabas de dar bastante más información de la que sabía. Sé que ha estado algunos años muy mal y que la historia es más oscura de lo que parece.

—Me gustaría saber qué fue lo que pasó con ella —suspira—. En estos cinco años en los que no he sabido nada de ella, no he conseguido encontrar otra mejor amiga, ni he conseguido reemplazarla por nadie. Me gustaría retomar contacto de nuevo, pero sobre todo que alguien me explique qué pasó realmente, y por qué se fue sin decirme adiós.

—Creo que podemos ayudarnos.

—¿Cómo?

—Tú sabes cosas acerca de ese chico; cómo se conocieron y cómo era su relación. —Asiente—. Perfecto, yo estoy empezando a llevarme bien con ella y puedo sacarle información sobre algunas cosas. Así nos podremos ayudar mutuamente.

—Me parece bien, pero cuéntame de qué la conoces y cómo es eso de que puedes sacarle información. ¿Estáis saliendo?

—¿Salir? ¿Ella y yo? —río—. Pero si podría ser mi hermana pequeña.

—Claro —sonríe elevando una ceja—. Aun así, soy bastante cotilla y quiero saberlo todo.

—Está bien, vamos a dar un paseo y por el camino te contaré toda la historia de cómo conocí a esa pequeña loca. ¿Te parece?

***

—Empieza —murmura la chica con una pequeña sonrisa mientras me guía por el camino.

—Como ya sabes, vine a Francia en busca de inspiración. Me estafaron, y acabé en su casa. Estuvieron a punto de echarme, pero mi padre y el tío de Janelle están a punto de firmar un contrato y quizás le haya hecho un pelín de chantaje a ese viejo para quedarme en su casa y, a cambio, ayudarle con mi padre.

—Vaya, desde que te vi sabía que tenías pinta de chico malo, pero no me imaginaba que tanto —bromea, negando con la cabeza.

—Nos conocimos el mismo día que llegué a Francia, justo cuando fui a tomar un autobús con destino a Chartres. Ahí es donde estoy viviendo ahora y donde vive Janelle también. Desde el primer momento empezamos a discutir. Nos seguimos peleando, pero..., creo que le caigo mejor que el primer día.

—Seguro que sí, eres un encanto —me dice con una gran sonrisa.

—Aunque me cuesta bastante llevarme bien con ella... Me sale de forma natural meterme con ella, hacerla enfadar... Y a ella parece que también. Es una chica muy dura, no sé, supongo que las experiencias de su pasado le han hecho ser así. Es una gran persona, pero ella misma se pone una coraza para que nadie se dé cuenta.

—Me sorprende —murmura Aria—. Ella antes no era así. Todo lo contrario. Era una chica muy simpática y siempre estaba feliz. Creo que eso fue lo que llamó la atención del chico.

—Y hablando del chico… Te toca contarme todo lo que sepas sobre él —la señalo con el dedo, y suelta una carcajada.

—Está bien. —Toma aire antes de empezar a hablar—. No recuerdo todo a la perfección, pero voy a intentar hacer un esfuerzo por acordarme de las cosas más importantes —dice, y asiento—. Era mayor que nosotras.

—¿Cómo de mayor?

—Pues… —Suelta un largo suspiro—. Janelle tenía quince años, y él tenía veintitrés.

—Madre mía.

—Sí. Janelle era solo una niña… Y aunque ahora sea tan madura, antes era demasiado infantil y alocada. —Sonríe con añoranza, supongo que al recordarla de esa forma—. Al chico lo conocimos en una fiesta a la que fuimos y, de verdad, ojalá nunca se nos hubiese ocurrido ir —musita—. Era británico, pero había venido a Francia después de independizarse, o eso es lo que él decía. Vivía en un piso con unos amigos, aquí en París. El chico se encaprichó con Janelle desde que la vio, y ella parecía estar hipnotizada por él, sin darse cuenta de cómo era realmente.

—¿Cómo era?

—Era un chico malo. Un chico oscuro y peligroso, y ella solo una niña que se estaba metiendo en la boca del lobo. El chico hacía lo que quería con ella. Se encargó de enamorarla, regalándole los oídos, sabiendo que era solo una tonta que estaba siendo engañada por un lobo con piel de cordero. Ya la trataba mal y la humillaba cuando estábamos delante, pero cuando estaban solos se encargaba de maltratarla tanto física, como psicológicamente. Él estaba acostumbrado a hacer cosas que a Janelle jamás se le pasarían por la cabeza, por lo que la engañaba una y otra vez con cualquier chica. La obligaba a estar en fiestas en las que había mucho alcohol y sustancias ilegales, e incluso una vez la obligó a participar en una carrera de motos, porque no hacerlo significaba que no le quería lo suficiente.

Se me empieza a calentar la sangre conforme Aria va avanzando en la historia. ¿Cómo alguien pudo tratarla así? Siento el propio dolor que me estoy provocando a mí mismo al apretar mis puños con fuerza, y freno en seco. Veo que está cabizbaja y le está costando mucho contar la historia, así que le doy unos segundos para recomponerse, y le acaricio el brazo con cuidado.

—¿Y ella no hacía nada?

—No lo sé. Le advertimos acerca del chico y de lo que hacía muchas veces, pero luego él hablaba con ella y la convencía de cualquier cosa. Ella estaba muy enamorada, aunque más que enamorada..., estaba cegada, y tenía demasiado miedo de perder al chico que pensaba que sería el hombre de su vida. Él la anuló e hizo que creyera que sin él no tendría nada.

—¿Y no la hacía recapacitar el que la tratase mal?

—Todo lo contrario. Ella pensaba que si el chico se comportaba así era por su culpa, y que lo merecía. Además, no siempre era así. El chico malo también se convirtió en un chico bueno que parecía estar enamorado. Nunca sabías por donde iba a salir, ni qué chico te ibas a encontrar, porque parecía cambiar mucho de personalidad y se convertía en una persona diferente de un momento a otro. El chico tenía problemas, Eric. Fumaba de todo y bebía mucho, quizás eso era lo que le hacía estar mal. No lo sé, ya que en realidad no parecía ser mal tío, solo que quien lo controlaba era la bebida y la droga, no él mismo. Pero cuando estaba con Janelle era otro, y ella era la única que conseguía tranquilizarlo cuando él se pasaba de listo. Tenía muchos cambios de comportamiento. Fueron unos meses muy intensos y difíciles. Yo me hice amiga de sus amigos con tal de estar cerca de Janelle y no dejarla sola con ellos, y también fue difícil para mí. —Asiento con la cabeza mientras intento asimilar toda la información, pero aun así es demasiado para cualquiera, sobre todo para ella, que fue quien tuvo que vivir y soportar aquello.

Me gustaría abrazar a Janelle por todas las veces que ese chico la hizo sentir como una basura. Pero más me gustaría poder gritarle que es estúpida por haberse dejado hacer aquello.

—¿Qué pasó después? ¿Por qué terminaron?

—Eso es lo que nadie sabe. —Se encoge de hombros. Ahora tiene algunas lágrimas cayendo por sus mejillas, y no dudo ni un segundo en limpiarlas con la yema de mis dedos. Le doy un pequeño abrazo antes de que siga hablando—. Sé que algo gordo pasó con ese chico porque ellos lo dejaban muchas veces, pero siempre volvían. Así que supongo que tuvo que ser algo bastante fuerte. Quizás ella seguía enamorada, pero se cansó de aguantar aquellos comportamientos tan despreciables…, de verdad que no lo sé —solloza.

—Muchas gracias por contarme todo esto. Lo necesitaba para unir puntos en mi cabeza. —La empujo contra mi pecho y la abrazo, dejando que llore. No sé en qué momento me he convertido en un pañuelo de lágrimas para las chicas, pero dejo que Aria se desahogue, porque lo que me acaba de contar es muy duro, y sé que lo necesita. Además, así también se lo agradezco.

—No hay de qué. Espero que puedas ayudarme a recuperar a mi amiga, y que logres enterarte de lo que pasó.

—Lo haré y te lo contaré, no lo dudes.

—Gracias Eric, eres un gran tío.

—Espero que estés pendiente de tu teléfono, y que estemos en contacto para organizar cómo haremos para quedar con Janelle —le digo.

—Hay una pequeña fiesta dentro de unos días. Vendrán todos los chicos con los que íbamos a clase. ¿Le hablarás de mí, y la invitarás?

—Lo haré —le prometo.

CAPÍTULO 15

Eric

Toco el timbre varias veces, pero nadie me abre la puerta.

En la planta de abajo todo está oscuro, lo cual podría indicar que no hay nadie, pero en la planta de arriba hay una luz encendida. Justo en la habitación en la que duerme Janelle.

Dejo mi dedo pulsado sobre el timbre durante algunos segundos, produciendo un ruido bastante molesto para la persona que esté dentro de la casa.

—¡Qué pesadilla de tío! ¡Que ganas tengo de que se vaya ya a su casa! —La escucho gritar, antes de abrir la puerta.

—Hola, preciosa —le digo, en cuanto se hace a un lado para dejarme pasar. Una vez que estoy dentro, cierra la puerta y camina rápidamente hasta las escaleras—. Hola a ti también, precioso Eric —bromeo, imitando su tono de voz chillón, mientras la sigo en el camino hasta su habitación.

—Nadie te ha dicho que puedas entrar —murmura antes de tirarse sobre el colchón de su cama, colocarse con la espalda sobre la pared y las piernas estiradas sobre el colchón.

—¿Dibujas? —pregunto cuando me doy cuenta de que tiene un gran bloc de notas sobre su regazo.

—Solo cuando me aburro. Me gusta dibujar cosas que pasan por mi cabeza o imágenes que he fotografiado antes.

—Vaya… ¿No hay nadie en casa?

—En esta casa nunca hay nadie. Todos tienen demasiado trabajo o vida social como para estar aquí encerrados.

—¿Y tú qué haces aquí?

—Espero a que Pauline traiga a Sophie. Voy a cuidarla esta noche.

—La cuidaré contigo entonces.

—Nadie te ha pedido ayuda, y mucho menos teniendo en cuenta lo cansado que estarás después de haber pasado todo el día fuera —murmura dejando la frase en el aire, sin levantar la cabeza del papel donde dibuja algo que no me deja ver—, con una chica —sigue diciendo, esta vez levantando la cabeza y mirándome fijamente, como si me estuviese echando algo en cara.

—¿Celosa? —Sonrío con una ceja alzada.

—¿De ti y de ella? Por favor —suelta una carcajada bastante exagerada—. No tengo ningún interés en ti; me da igual con quien salgas. Pero ya que estás viviendo aquí hasta que termines ese maldito libro, al menos podrías avisar que no vas a comer en casa para que mi tía no tenga que tirar comida.

—Lo siento, se me olvidó avisar.

—Vale.

—Me pareció que sí que estabas celosa —Resopla, y deja el bloc sobre su cama, esta vez cerrado—. Parecía que ibas a desayunar en la cafetería y que al vernos se te fueron las ganas. Te fuiste tan rápido que no te pudimos saludar.

—Se me revolvieron las tripas.

—Conocías a la chica, ¿verdad?

—Era mi mejor amiga —contesta sin apartar su mirada café de la mía. Sus ojos se nublan un instante, como si quisiera borrar algún recuerdo que le acaba de pasar por la mente.

—¿Y por qué ya no? ¿Qué os pasó?

—Hazme un favor. —Se levanta de la cama y se acerca a mí—. Deja de meterte en mi vida y dedícate a hacer tu libro, que es a lo que has venido, ¿no? —Pasa por mi lado dispuesta a salir de la habitación, pero yo no estoy dispuesto a dejarla en paz hasta que resuelva el misterio que ha creado en mi cabeza.

—¿Por qué huiste de París, Janelle? —La pregunta resuena en el aire, interrumpiendo su paso y haciendo que se quede paralizada—. ¿Por qué te fuiste sin decir nada a nadie? ¿Por qué no te despediste de tu mejor amiga, y no quisiste que nadie supiese que te habías

venido a vivir a Chartres? ¿Qué fue lo que te obligó a desaparecer? Contéstame y te prometo que te dejaré en paz, pero quiero saber qué fue lo que pasó.

Se voltea y nuestras miradas se cruzan de tal forma que parece que nuestros ojos están conectados. Y los suyos no tardan demasiado en aguarse.

Salvada por el timbre es lo que tiene que pensar Janelle, cuando el maldito timbre interrumpe nuestra conversación, justo cuando parecía que iba a reaccionar y a articular palabra.

—Tengo que abrir. Seguro que es Sophie. —Se seca las lágrimas que han caído por sus mejillas, y sale rápidamente de la habitación, sin dejarme rebatirle nada más.

—Tenemos una conversación pendiente —digo lo suficientemente alto como para que pueda oírme, a pesar de que ya ha salido y está bajando las escaleras.

***

Bajo las escaleras y entro en la cocina, intentando hacer el menor ruido posible para que la pequeña no me escuche y empiece a ponerse nerviosa. Abro la nevera, y la encuentro como siempre: llena de comida y bebida, y ocurre lo mismo al abrir la despensa.

La pregunta es… ¿Qué podría cocinarles? No sé ni siquiera prepararme los cereales en el desayuno.

Bueno, en realidad, sí que sé cocinar, pero al final siempre acabo pidiendo comida a domicilio, por lo que ya se me ha olvidado casi todo lo que aprendí cuando me independicé. Espero que esto sea como montar en bicicleta, ya que la gente dice que eso nunca se olvida.

Así que opto por hacer un simple cruasán de jamón y queso para cada uno, dejando el más pequeño para Sophie. Abro los cruasanes por la mitad, y los relleno con el jamón y el queso justo antes de ponerlos a calentar. Cojo tres bandejas y en cada una pongo cubiertos, una servilleta y un vaso con diferentes bebidas.

De repente, se me enciende una bombilla en la cabeza mientras espero a que los cruasanes estén listos. Busco en uno de los cajones en los que he visto que Lilianne guarda sus bolígrafos y libretas —donde le gusta apuntar a mano sus recetas de cocina—, y le cojo prestado un boli para apuntar algo en una de las servilletas, concretamente, en la de Janelle.

"Tú eres más bonita.

Y más molesta".

Me arrepiento justo después de escribirlo. Pero ya está hecho, así que dejo de nuevo el bolígrafo en su sitio, y coloco la servilleta en su bandeja de tal manera que sea lo primero que vea al recibirla. Cuando me doy cuenta que ya están hechos los cruasanes, los coloco en los platos y seguidamente cojo dos de las bandejas, una con cada mano, y la otra la dejo sobre la mesa.

Una vez en el salón, mi mirada se cruza con la de Janelle, y con una pequeña niña que me recibe dando saltos y, como siempre, muy sonriente.

—¡Elic! —grita eufórica corriendo hacia mí, dispuesta a abrazarse a mi pierna.

—Hola pequeña —la saludo con una gran sonrisa—. Será mejor que hoy no te abraces muy fuerte a mi pierna o nos caeremos los dos al suelo, y entonces no podremos comernos estos ricos cruasanes.

—¿Cruasanes? ¡Qué rico! —grita de nuevo, esta vez corriendo hacia el sofá, y sentándose al lado de Janelle—. ¡Janelle, vamos a cenar cruasanes! —le cuenta emocionada.

—Voy a dejar esto por aquí…—pienso en voz alta, y dejo las dos bandejas sobre la mesa, con cuidado de no tirar nada por desorden que ambas han causado. Me acerco a la pequeña, y me agacho de cuclillas para quedar a su altura antes de hablarle—. Y ahora sí me

puedes dar un abrazo. —Abro los brazos, dejándole espacio para que rápidamente se acerque a mí y la pueda envolver entre ellos—. ¿Cómo estás, pequeña?

—Bien —contesta—. He hecho un dibujo muy bonito —me cuenta con su dulce voz—. ¿Quieres verlo?

—Claro que sí —le sonrío, y me aguanto las ganas de revolverle el pelo, ya que sé que es algo prohibido para ella.

—Mira. —Toma el papel de la mesa y me lo entrega, dejándome ver un conjunto de garabatos lo suficientemente bien definidos como para apreciar que se trata de dos chicas, que supongo que serán ella y Janelle, en medio de la nada. Una tiene el pelo rosa y es alta. La otra, por el contrario, lo tiene marrón y es mucho más baja—. Es para ti —me cuenta, ahora algo tímida, y no puedo evitar que se me forme una sonrisa en el rostro.

—¿Para mí? —pregunto sorprendido—. ¡Pero qué bonito! —la halago. La verdad es que el dibujo está bastante bien hecho para la edad que tiene la niña; se le da bastante bien dibujar—. ¿Esta eres tú? —señalo con el dedo a la que tiene el pelo pintado de rosa.

—No, eres tú.

—¿Y por qué tengo el pelo rosa?

—Porque me gusta. —Se encoge de hombros y se acomoda con la espalda bien colocada sobre el sofá, con las piernecitas colgando. —Niego con la cabeza riendo, y vuelvo a ponerme en pie.

—No sé si te apetecía cenar esto, pero era lo más rápido que podía preparar.

—En realidad, no tengo mucha hambre.

—Ah, bueno...

—¿Solo hay dos bandejas? ¿Y yo no ceno? —pregunta, volviendo a mostrar sus cambios repentinos de temperamento.

—¿No decías que no tenías hambre?

—¿No decías que habías preparado la cena?

—Y lo he hecho, la bandeja que queda está en la cocina. Como comprenderás, no he podido traerla con la nariz —le contesto con burla— ¿Por qué no vas tú? La bandeja que queda es la tuya.

—Vale.

Se levanta del sofá y va a la cocina a por su bandeja.

Tarda más de lo que debería, teniendo en cuenta que no hay tanta distancia, y que solo es una bandeja, pero sé perfectamente porqué lo hace. Vuelve y veo que no tiene ninguna expresión en el rostro, solo se sienta a comer con nosotros en silencio. Sonrío al ver que no ha tirado la servilleta, sino que me doy cuenta de que le sobresale un poco del bolsillo de la sudadera que lleva puesta. La ha guardado.

Terminamos de cenar y, después de llevar las bandejas a la cocina, me tiro en el suelo con la pequeña Sophie para pintar juntos mientras Janelle friega los platos y vasos que usamos durante la cena.

Le hemos hecho un dibujo a Pauline y otro a Janelle, y la verdad es que hasta la niña dibuja mejor que yo. Tiene una habilidad increíble. No es que los dibujos estén perfectos, pero para la edad que tiene, dibuja bastante bien y tiene mucha imaginación. Verla pintar así me hace transportarme al tiempo en que pintaba con mi hermana Bella. Ella es una artista y le encanta pintar desde pequeña, y también lo ha hecho siempre de maravilla.

—Hoy la niña duerme aquí. Voy a preparar mi cama para ir subiéndola ya.

—Aún es temprano —replico. Me gusta mucho pasar tiempo con Sophie.

—Lo sé, pero quiero que se acueste pronto.

—Vale.

En cuanto Janelle desaparece de nuevo, me levanto del suelo y animo a la niña a hacer lo mismo, pero no parece estar muy por la labor.

—Vamos Sophie, hay que dormir ya.

—Pero no quiero —se queja—. Quiero estar contigo.

—Si te levantas y me ayudas a recoger todo lo que has puesto patas arriba, me quedaré con vosotras hasta que te duermas, ¿vale?

—¿Y puedes dormir con nosotras? —pregunta con la voz llena de ilusión, mirándome con esos inocentes ojos marrones llenos de brillo

que derriten a cualquiera.

CAPÍTULO 16

Eric

—De momento, recoge todos los papeles y guarda tus colores, y ya veremos qué hacemos.

—Por favor. —Une sus dos manos en señal de súplica y hace un pequeño puchero con su labio inferior.

—Eres demasiado lista para la edad que tienes, eh.

—Ya. —Se encoge de hombros.

—Recoge todo, ahora hablamos con Janelle y la convences.

—¡Vale! —grita, dando un pequeño salto de alegría, el mismo que me está dando ganas de dar a mí al pensar que quizás pueda compartir cama con mi chica molesta favorita.

Voy a la cocina a asegurarme de que todo está bien recogido, y miro la hora en el reloj que hay en una de las paredes.

23:06

Al menos quedan un par de horas hasta que lleguen Lilianne y Henri, ya que se fueron con sus dos hijos pequeños a disfrutar de una oferta que había en el cine, y ya de paso, a cenar en familia. Bruno está con su equipo celebrando su victoria y, seguramente, no se pase hoy tampoco por casa a dormir. Daphne está con sus amigas y la verdad es que no sé dónde está Tiffany, pero me da completamente igual.

Vuelvo al salón y me encuentro con la pequeña sonriendo, mostrándome todos sus pequeños dientes, y con todo completamente recogido.

—Así me gusta, que recojas tú solita lo que desordenas.

Me sonríe como respuesta y le tiendo mi mano, la cual agarra enseguida para salir juntos del salón, y caminar hacia la escalera.

Una vez arriba, nos dirigimos hacia la habitación de Janelle, quien ya está en pijama y sentada en la cama.

—Janelle, Janelle. —Sophie suelta mi mano y corre hacia ella—. Eric va a dormir con nosotras.

—¿Qué? —me mira con los ojos como platos, pidiéndome una respuesta, y yo solo me encojo de hombros.

—En realidad tenías que preguntarle, no soltarlo así.

—Janelle, Eric va a dormir con nosotras, ¿vale?

La muy lista empieza a poner una de sus sonrisas dulces como la miel, mirándonos con esa mirada de cachorrito de las que es imposible resistirse. Janelle me mira, y yo finjo indiferencia, aunque por dentro estoy deseando que ella también caiga ante los encantos de la pequeña. Finalmente, suelta un largo suspiro, y niega con la cabeza.

—Eric tiene su cama y no quiere dormir con nosotras. ¿Verdad, Eric?

—Verdad, verdad. Aunque puedo hacer un esfuerzo por Sophie… que por un día que no duerma solo y congelándome el culo…

—Eric —se queja cuando ve a la niña sonreír cual gato de Alicia en el país de las maravillas.

—¡Bien!

—No he dicho que pueda dormir con nosotras.

—Pues me voy a dormir con él. —La niña se cruza de brazos y camina hasta mí, con la cabeza bien alta, haciéndome reír con su actitud.

—Sophie, vuelve aquí.

—¿Vas a dejar que duerma con nosotras?

—¡Cómo puedo decirte que no a algo! Está bien, puede dormir con nosotras.

—¡Bien! —grita eufórica, abrazándose a mi pierna.

—Ahora vamos a lavarnos los dientes. —Se levanta de la cama y agarra a Sophie de la mano—. Y tú —se voltea hacia mí cuando está a punto de salir—. No te acostumbres a liarle la cabeza a la niña para dormir conmigo.

***

—Janelle —la llamo en un susurro, desde el suelo, pero no me hace caso—. Janelle —insisto, esta vez un poco más alto. No me contesta, así que opto por darle un pequeño almohadazo que la despierta rápidamente.

—¿Se puede saber qué haces, idiota? Me has despertado.

—Lo sé, por eso te he dado con la almohada.

—¿Qué quieres? —pregunta, echando un vistazo al pequeño cuerpo que tiene a su lado, comprobando que la niña aún siga dormida y no la hayamos despertado.

—No puedo dormir.

—¿Y qué quieres que haga?

—Pues que me hables, me aburro.

—Pues te compras un burro, pero a mí me dejas en paz.

—Janelle, no seas mala.

—No soy mala, solo son las cuatro de la mañana y quiero dormir. Mañana tengo que madrugar; Pauline viene temprano a por la niña.

—Si me haces caso, te cuento un cotilleo.

—No me interesan tus cotilleos.

— Es sobre un chico que le ha dado calabazas a Tiffany.

—Te escucho —contesta rápidamente en un susurro, acomodándose contra la pared, y asegurándose de que la niña siga bien tapada, ya que hace bastante frío.

—Tengo frío. Y estar tumbado en un suelo congelado no ayuda mucho.

—La vida es así de dura. ¿Me vas a contar ya eso, o vuelvo a dormir?

—¿Me dejas meterme en la cama con vosotras?

—Obviamente no.

—Solo hasta que te lo cuente.

—No, no cabemos.

—Ya verás como sí. Por favor, no sé a cuántos grados estamos, pero me estoy muriendo de frío aquí abajo.

—Pues vete a tu habitación.

—¿Y si viene un asesino por la noche, y yo no estoy aquí? ¿Quién os salvará la vida?

—Tú serías el primero en caer de todas formas.

—Eso me ha ofendido.

—Hasta mañana —murmura, tumbándose de nuevo y acomodándose hasta quedar en la postura más cómoda para ella. Decido ignorarla y levantarme del suelo, destapar un poco su edredón, y meterme en la cama con ambas, abrazando a Janelle por detrás, pero quedando con medio cuerpo fuera.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —pregunta completamente paralizada cuando la abrazo por la cintura, pegándome aún más a ella.

—Te he dicho que tengo frío —susurro contra su oído.

No puedo evitar sonreír al ver la reacción que tiene su piel ante mi cercanía.

—Y yo que te vayas a tu habitación. —Se acerca un poco más a mí.

—¿Te cuento un secreto? —Asiente, llevando su mano hasta la mía, que está en su cintura, y la deja ahí—. No había ningún cotilleo sobre Tiffany, solo quería llamar tu atención.

—Idiota —me reprocha, y aunque no puedo ver su cara, sé que está sonriendo.

—Buenas noches, preciosa —susurro contra su nuca, antes de darle un pequeño beso en la nuca.

—Buenas noches. —balbucea, mientras la agarro con toda la fuerza que puedo, sonriendo al aspirar su dulce aroma, justo antes de quedarme dormido de la mejor forma posible: abrazado a ella.

***

Me despierto con dos pequeñas manos manoseando toda mi cara, tirando de mis párpados, e intentando arrancarme alguna que otra pestaña y pelo de las cejas. Abro los ojos sobresaltado y me encuentro con la pequeña Sophie, sonriendo con malicia y a la vez inocencia, aplastando por completo a Janelle para llegar mejor a mi cara y hacer sus maldades con ella.

—Buenos días a ti también, Sophie —musito, todavía adormilado.

—¿Por qué tu pelo es más largo que el mío? —Sujeta un mechón de mi pelo entre sus deditos y lo mira con atención.

—¿Por qué te despiertas tan temprano?

—No tengo sueño. —Se encoge de hombros—. Pero tengo hambre.

—¿Quieres bajar a desayunar?

—Sí, pero Janelle sigue dormida. —Suelta un suspiro exagerado y cierra y abre los ojos varias veces, haciéndome soltar una pequeña carcajada.

—Bueno, yo puedo prepararte el desayuno.

—¡Vale! —grita, antes de saltar nuestros cuerpos y levantarse de la cama, mirándome con una pequeña y traviesa sonrisa—. Venga, levántate. —Me agarra de la mano e intenta tirar de mi cuerpo. Niego con la cabeza de nuevo, todavía con una sonrisa en la cara, y decido levantarme por mí mismo para que no se haga daño.

—Ve al baño mientras te preparo algo. ¿Sabes bajar sola las escaleras?

—Pues claro, si ya soy mayor.

Sophie se sienta en una silla mientras espera a que le haga el desayuno. Le preparo una taza de leche caliente, que dejo sobre la mesa, y saco algunas galletas de la despensa.

—¿Te gustan más las galletas normales de chocolate o con avellanas?

—¿Qué son avellanas?

—Mhm... Vale, ¿te gustan más estas o éstas? —pregunto de nuevo, esta vez enseñándole ambos paquetes para que pueda elegir mejor.

—Las del paquete rosa.

Inmediatamente pongo los ojos en blanco.

Sophie y su obsesión por el color rosa.

—Vale.

Saco cuatro galletas del paquete y voy junto a la pequeña, que me espera sonriente desde la silla en la que se ha sentado ella solita.

Me siento frente a ella para verla desayunar, esperando que Janelle se despierte pronto, aunque ya la he oído entrar al baño hace unos

minutos, así que supongo que no tardará demasiado en bajar.

—¿Te gustan?

—Sí, mucho —me responde con la boca llena, y sonrío—. Pero mi mamá nunca me deja comer galletas.

—¿Por qué? —frunzo el ceño. A todos los niños les gusta comer galletas. ¿Será una de esas madres obsesionadas con el azúcar?

—Porque dice que soy alérgica. —Se encoge de hombros después de confesarme eso, como si fuese la cosa más normal del mundo, haciéndome abrir los ojos tanto que podría parecer que se fuesen a salir de sus órbitas. Aparto el plato que le había puesto al lado a la niña con el resto de las galletas, pero ya es demasiado tarde, y en cuestión de segundos, la cara de Sophie ha pasado de tener un color blanco a estar roja.

—No…puedo… —intenta articular, llevándose sus pequeñas manos hasta la garganta.

Suelto un gran grito pidiendo ayuda, y me levanto de mi silla con tanta fuerza, que no me importa tirarla de cualquier forma, produciendo un gran ruido que estoy seguro que, ha despertado al resto de integrantes de la casa, si es que no lo había conseguido ya mi grito.

El pánico se apodera de mí mientras el tiempo se acelera, y en un abrir y cerrar de ojos para mí, Henri y Lilianne ya están abajo.

Henri se lleva a la niña en brazos mientras que el llanto y los gritos desgarradores de Janelle llenan la cocina.

CAPÍTULO 17

Eric

—¡Todo es por tu culpa! ¡Como le pase algo a Sophie, juro que no vives para contarlo! —grita Janelle, haciéndome llorar aún más.

—Janelle —interviene Lilianne—. Eric solo estaba haciendo una buena obra, él no tenía ni idea de que la niña era alérgica.

—No me importa. ¡Es su culpa!

Su culpa. Esas palabras retumban por mi cabeza sin parar, atormentándome y trasladándome a una escena que yo mismo he vivido antes.

—Dame una galleta —ordenó Ethan.

—Son mías, me las ha dado mamá.

—¡Quiero galletas! Si me das una, prometo que no le diré a mamá que fuiste tú quien rompió el televisor.

—¡Pero si fuiste tú! Te cargaste la pantalla al intentar tirarme esa maldita cosa en la cabeza, psicópata.

—Y la peor cosa que hice fue fallar mi tiro y no darte.

Maldito Ethan.

Siempre tratándome mal y haciendo todo lo que quiere con la gente. Toda cosa que quiere, la tiene, y si no es así, él mismo se encarga de conseguirlo de alguna forma. Era el protegido de mi padre porque era más que consciente de los problemas que tenía.

—Dame galletas si no quieres quedarte sin pelo —murmuró, acercándose a mí con unas tijeras en la mano.

—¡Toma las malditas galletas! —Le tiré el paquete de galletas contra el pecho. Lo agarró y cogió una galleta de su interior. En cuanto se tragó el primer bocado, su cara se puso roja y se llevó las

manos a la garganta cuando empezó a tener dificultad para respirar.

—¡Mamá! —grité asustado, y enseguida apareció. Todo pasó muy rápido y para cuando me di cuenta, ya se habían llevado a Ethan a algún lugar, y mis padres discutían.

—Todo ha sido por culpa del niño.

—No ha sido su intención, es un niño —dijo mi madre, intentando intermediar un poco. Yo estaba llorando en mi habitación, escuchándolo todo—. Sabes que jamás haría nada para hacerle daño a Ethan.

—Me da igual, casi se carga a su hermano. Debería de haber sabido que es alérgico a los frutos secos. Todo ha sido por su culpa. ¿Qué vamos a hacer con él?

—No digas eso.

—Sí. Lo digo porque es verdad. Es su culpa.

—¡Eric! —grita Lilianne, sacándome de mis pensamientos, y haciéndome volver a la realidad. Y para cuando consigo reaccionar y volver al presente, me doy cuenta de que había roto a llorar con más fuerza.

Limpio mis lágrimas, y la miro.

—Ha llamado Henri. Ha sido una reacción alérgica, y la niña está bien. Todo controlado —me cuenta, y asiento como respuesta. Janelle baja las escaleras y pasa por nuestro lado, mirándome mal.

—¿A dónde vas?

—A ver a Sophie —dice con los ojos hinchados de tanto llorar—. Si le pasa algo, te prometo que me muero.

—Tu tío ha llamado y están bien. No te preocupes demasiado, ¿vale?

—Me da igual, quiero estar con ella hasta que vuelva a casa —dice antes de salir de la casa, y dar un pequeño portazo.

Enseguida limpio el resto de las lágrimas que quedan dispersas por mi cara, tomo aire y justo después, cojo mi abrigo del perchero. Y sin importarme seguir en pijama, salgo de la casa tras ella. La agarro del

brazo, y la obligo a voltearse y mirarme directamente a los ojos, que otra vez están llenos de lágrimas.

—¿Qué quieres ahora?

De repente, algo hace clic en mi cabeza. No tengo claro cómo ni qué, pero lo hace, y puedo unir todas las piezas sueltas que tengo en mi mente, y llegar a una conclusión que parece la más lógica. La misma a la que debí haber llegado antes para comprender todo mejor. Pero no he conseguido hacerlo hasta ahora, hasta que he visto la reacción de Janelle y su "Si le pasa algo te prometo que me muero".

—¿Por qué tanto cariño, Janelle? ¿Por qué tanta preocupación? ¿Por qué estás tan afectada ante la idea de que le pase algo malo? ¿Por qué te brillan los ojos cada vez que hablas de ella, y por qué te afecta tanto la idea de perderla? ¿Por qué? —pregunto con el ceño fruncido, con la sensación de que yo ya sé la respuesta, de que he conseguido encajar todas las piezas de la historia, o al menos de la mayor parte.

—Porque la quiero.

—¿Y por qué la quieres tanto? —sigo insistiendo, hasta que por fin parece que va a soltar todo lo que lleva guardando en su interior durante años—. Dime, ¿Por qué t...

—¡Porque es mi hija!

Su hija.

Ha dicho que es su hija, confirmando mi teoría, y uniendo así todas las piezas que tenía dispersas por mi cabeza.

—Ya está, ya lo sabes. Ahora puedes correr a reírte de mí y escribir un libro sobre ello. —Se da la vuelta y comienza a caminar en dirección hacia el hospital, que si no me equivoco, está bastante cerca de su casa.

—¿Por qué me reiría de ti? —Me paro frente a ella.

—¿Qué estúpida se queda embarazada con quince años? No quiero que te rías o pienses mal de mí. No quiero que creas que soy una cualquiera, porque ni si quiera sabes lo que pasó. —Las palabras le salen prácticamente en sollozos, y enseguida rompe a llorar con

fuerza. Agarro su mano y la atraigo hasta mí, fundiendo nuestros cuerpos en un cálido abrazo.

—No es algo gracioso como para reírme —murmuro, acariciando su pelo y también parte de su espalda, intentando tranquilizarla, pero me doy cuenta de que es inútil cuando siento que llora con más intensidad contra mi pecho—. Y no creo que seas una cualquiera.

—Tú no sabes lo que pasó, no sabes nada —lloriquea contra mi pecho.

—Déjame saberlo. Déjame entenderte. Quiero saber la historia —le digo, sintiendo un pequeño remordimiento, porque ya sé parte de ella, y por haber hurgado en su pasado y en algo tan íntimo, personal y duro.

—No estoy preparada para contarla, ni siquiera deberías saber que ella es mi hija.

—Estoy contigo, ¿vale? Puedes confiar en mí.

—Me es difícil confiar en alguien después de lo que pasó.

—Yo no soy como ese tío, Janelle. No voy a hacerte daño.

—Sí lo harás.

—No lo haré.

—Si lo ha…

—No, no lo haré —la interrumpo y acuno su cara entre mis manos, obligándola a hacer contacto visual conmigo—. No me gusta hacer daño a la gente que quiero —murmuro, y rápidamente me sorprendo al oír lo que acabo de decirle.

¿Acabo de decirle que la quiero? ¿En serio?

Cruzo los dedos, pidiendo mentalmente que no haya entendido mis palabras, pero justo cuando pienso que no me ha oído, me mira con esos ojos color café que, aun estando rojos e hinchados, siguen volviéndome loco.

—Creo que deberíamos ir a ver a Sophie. Y siento mucho lo que ha pasado, no era mi intención, lo prometo. Sabes que adoro a esa niña —rompo el silencio que se acababa de formar entre los dos.

—Lo sé, y perdóname si te he hablado mal antes. Sé que no le harías daño, eres muy bueno con ella. Me puse muy nerviosa. Tenía

miedo de que le pudiera pasar algo malo.

—Eso jamás. Sé que no voy a estar mucho tiempo aquí, pero te prometo que mientras esté aquí con vosotras, nada ni nadie os va a hacer daño porque yo os voy a proteger, ¿vale?

—¿Les darás un golpe con tu melena? —bromea con una pequeña sonrisa, y asiento riendo. Ahueco sus mejillas con mis manos, y limpio sus lágrimas. Acerco mis labios a su rostro y los estampo contra su frente, dándole un largo y tierno beso.

—Vas en pijama.

—Lo sé —sonrío, y juraría que ella ha hecho lo mismo, aunque de forma muy rápida y fugaz—. Ahora vamos a ver a esa pequeña.

Comenzamos a caminar, y no puedo evitar pasar mi brazo por sus hombros, atrayéndola a mí en cuanto me doy cuenta de que comienza a tener frío. Pero mi sorpresa no solo es que se deje agarrar por mí, sino que pase ella uno de sus brazos por mi cintura, y deje que sigamos caminando así, agarrados.

CAPÍTULO 18

Eric

—Mi niña —murmura cuando la tiene envuelta entre sus brazos—. Menudo susto me has dado.

—¿Qué es lo que ha pasado? —pregunta Pauline. Janelle me mira y suspira, pero justo cuando está a punto de contarle lo que había pasado, decido intervenir.

—Ha sido culpa mía. No sé si me recuerdas, soy Eric.

—Sí, te recuerdo —contesta, sin dejar de mirar a Janelle.

—Solo quería hacer algo por ella —señalo con la mirada a la niña—. Sophie tenía hambre y le preparé el desayuno mientras dejaba a Janelle descansar un rato más. No sabía que era alérgica a esas galletas; de haberlo sabido, le hubiese preparado otra cosa. Lo siento mucho.

—Está bien. Por suerte solo se ha quedado en un susto —sigue diciendo—. Te ves bastante afectado, no te preocupes. Pero no vuelvas a darle nada que lleve avellanas.

—Lo siento de nuevo —le digo cabizbajo.

—Lo importante es que ya estás mejor. ¿A que sí? —le pregunta sonriente a la pequeña Sophie, quien asiente feliz.

—He pasado mucho miedo, pero ya estoy bien, mami —murmura la pequeña, aún abrazada a Janelle, a quien parece haberle sentado como un puñal clavado en la espalda haber escuchado ese *mami* hacia Pauline. Pero en lugar de mostrar su molestia, se limita a mirar a la niña sonriendo.

—Lo siento, pequeña, ¿podrás perdonarme? —me dirijo ahora a Sophie.

—Solo si vuelves a dormir con nosotras.

Capta por completo la atención de Henri y Pauline con sus palabras.

—Así que… ¿Eric ha dormido con vosotras? —pregunta Pauline, ignorando el hecho de que Janelle parezca estar pidiéndole con la mirada que no siga preguntando.

—¡Sí! Ha dormido abrazado a Janelle porque son novios y se van a casar —contesta la niña, dejando de ser adorable por un segundo para convertirse en una pequeña molestia—. ¿A que sí, mami?

Miro a Janelle, y sonrío al ver lo rojas que se le han puesto las mejillas de un momento a otro, sin darme cuenta de que el calor que siento en las mías, es un aviso de que yo también me estoy sonrojando como un tonto.

***

—Lo siento de nuevo —le digo, cuando entro a su habitación, justo después de que ella lo haya hecho.

—Ya te he dicho que no tienes que volver a pedirme perdón —me responde, antes de dejar su bolso en los pies de su cama.

—Lo sé, pero no puedo evitar hacerlo. La he liado, Janelle. Como siempre —susurro cabizbajo.

—Eh, ¿qué te pasa? —Se acerca a mí, y dudo si es buena idea contarle lo que realmente me pasa, o no. Pero algo me dice que tengo que hacerlo; que puedo confiar en ella. Ella lo ha hecho, ha confiado en mí, y también merece que lo haga yo con ella.

—Es la segunda vez que me pasa esto.

—¿La primera?

—Con un familiar. Yo no sabía que era alérgico a los frutos secos y le di galletas con avellanas. Y ahora me ha pasado lo mismo con Sophie. Llevo todo el día torturándome, repitiendo una y otra vez las palabras de mi padre en mi cabeza.

—¿Qué te decía?

—Repetía una y otra vez que era mi culpa.

—Oh, y yo hoy he hecho lo mismo. Lo siento —se lamenta, y en un segundo me veo envuelto en sus brazos. No estoy seguro de si esto es

un sueño o no hasta que siento la fuerza con la que me está abrazando, el cariño y la paz que me está transmitiendo. Sube sus manos por mi nuca y acaricia mi pelo, envolviendo uno de sus dedos entre los mechones de mi cabello.

Me gustaría detener el tiempo justo aquí, congelar cada suspiro, cada caricia. Su aroma, su calor y el tacto de su piel contra la mía, es como un sueño para mí del que no quiero despertar.

***

—No hay quien te vea el pelo, tío —suelta Bruno en cuanto entro en su habitación.

—Lo mismo te digo, te pasas el día fuera de casa.

—Y tú con Janelle —me replica—. Os estáis haciendo muy amigos, ¿no?

—Nos estamos llevando mejor, sí.

—Mi prima no es como cualquier otra chica con las que hayas estado, Eric. Ya te lo dije.

—Lo sé, es especial.

—Sé que tienes intenciones con ella, y espero que no sean malas.

—Está bien, tú ganas, te seré sincero. —Me inclino hacia delante hasta estar sentado frente a su cama—. Creo que tu prima me gusta. —Las palabras salen solas de mi boca y me pillan por sorpresa—. Me gusta mucho, tío —confieso haciéndole sonreír.

—¡Toma! ¡Lo sabía! Tenía que haberme apostado los veinte euros con Daph —dice más bien para sí mismo, y le lanzo un cojín, el cual agarra al vuelo—. Pero eso de que te gusta... ¿En qué sentido? ¿Te gusta un poco, un poco más de un poco, bastante, mucho, mucho mucho, demasia...

—No lo sé, dejémoslo en que me gusta —le interrumpo riendo—. A quién quiero engañar, no sé qué me está haciendo, pero me gusta mucho. No puedo quitármela de la cabeza. Y me gusta su cara hasta recién levantada. ¿Eso es normal? —Me froto la cara con las manos, y luego vuelvo mi mirada hacia la suya, que me observa expectante.

—Tío, te estás pillando de mi prima. —Se levanta de su cama y da unos pasos hasta llegar a la mía, se sienta a mi lado y me vuelve a observar. No sé qué está pensando, pero me está poniendo nervioso. Lleva su mano hasta mi pelo y lo revuelve un poco mientras ríe—. Qué grande eres.

—¿Lo dices porque mido 1'80?

—Lo digo porque eres una persona extraordinaria, me caes bien. Y porque has sido valiente para admitirlo. Yo, sin embargo, soy un cobarde y un pringado. —Se tumba sobre mi colchón y suspira—. No soy capaz de decirle a Charlotte lo mucho que me flipa.

—¿Quién es esa?

—La chica más preciosa y dulce que he conocido en mi vida. —Se reincorpora y me mira con los ojos azules llenos de brillo—. Viene a verme siempre a los partidos, no sé si te la cruzaste el otro día.

—¿La morenita que te hacía ojitos y gritaba como loca cuando metías gol? —Su cara se ilumina aún más, y sonríe.

—Es que es adorable.

—Vaya, no soy el único que está en un problema.

Me tumbo junto a él, con la mirada fija en el techo.

—Creo que lo tuyo es peor. —Me pasa uno de los cojines y se lo acepto, comenzando un pequeño juego de pasarnos el cojín el uno al otro mientras seguimos la conversación—. Mi prima está bastante fastidiada, aunque te ponga ojitos no creo que vayas a ser capaz de conquistarla, ni siquiera con esos musculitos de vikingo.

—No le vayas a decir nada o te destrozo —lo amenazo, y enseguida niega con la cabeza.

—No, pero no te hagas ilusiones. ¿Qué te hace pensar que superará a ese idiota después de tanto tiempo?

—¿Yo? Nunca he tenido problema para conseguir a ninguna chica.

—Te repito que mi prima no es como las demás, pedazo de imbécil. —Me lanza el cojín con algo más de fuerza—. Pero inténtalo. Quizás dentro de unos años si lográis estar juntos, pueda decir 'Oye, yo creí en ellos desde que ella estaba rota y era una antisocial, y desde que él se dejaba crecer el pelo hasta el trasero y tenía pinta de vikingo'.

—Qué gracioso. Podrías ayudarme.

—Me caes bien y me gustas para mi prima. Solo que para el día de la boda podrías cortarte el pelo, ¿vale?

—Lo pensaré. Pero en serio, ¿podrías ayudarme a gustarle a tu prima?

—¿Y yo cómo te ayudo? Si soy el que menos entiende. Consigo tener una novia y me deja en menos de una semana. Me gusta una chica de verdad después de mucho tiempo, y no soy capaz de decirle lo que siento, y además ella piensa que la detesto.

—Tú la conoces mejor que yo. Ayúdame a impresionarla y a gustarle, por favor.

—Está bien, está bien. Seré vuestro Celestino.

Sonrío, pero la sonrisa me dura poco y se me borra de la cara en cuanto mi mirada va hacia la puerta, y veo una silueta con pelo rojo alejándose de la habitación.

Tiffany.

Tiffany nos había estado escuchando.

CAPÍTULO 19

Eric

Camino hasta las escaleras dispuesto a comenzar un nuevo día, pero no sin antes desayunar, obviamente. Bajo los escalones justo después de Daphne, pero en el momento en el que estoy a punto de llegar a la cocina, alguien me detiene.

Me doy la vuelta y me encuentro con Henri.

—Buenos días, Brown.

—Buenos días, Henri.

—¿Podemos hablar?

—Claro.

Me guía hasta su despacho y una vez dentro, cierra la puerta y se sienta en la cómoda silla que tiente frente a su escritorio.

—Usted dirá.

—¿Cómo van las cosas con tu padre?

—Supongo que bien.

—Tenemos un trato que me consta que no estás cumpliendo.

—¿Quién le ha dicho eso?

—¿Acaso me vas a decir que le estás dando a tu padre buen informe sobre mí cada día?

—A mi padre no le gusta que lo agobien. Con él es mejor ir poco a poco. Hablamos y me dijo que no iba a firmar el contrato hasta dentro de unos dos meses, que debía pensarlo muy bien. Obviamente yo siempre he tratado de convencerlo para que lo firmase mucho antes.

Vale, quizás estoy cambiando un poco cómo han sucedido realmente las cosas, pero no puedo permitir que este señor con bigote y cara de pocos amigos me eche de su casa justo ahora, tres

semanas después de mi llegada. No ahora que las cosas empiezan a ir mejor con Janelle y voy a contar con la ayuda de Bruno para conquistarla.

—¿Eric? —La voz de Henri me hace sacudir levemente mi cabeza y volver a la realidad.

—Perdone, ¿qué me estaba diciendo?

—Te decía que voy a confiar en tu palabra, y que espero que no lleves a mi empresa a la bancarrota.

—No lo haré.

—Puedes salir.

—Está bien, que tenga buen día —murmuro antes de salir de su despacho. La verdad es que suspiro aliviado en cuanto estoy fuera, y sonrío al encontrarme con Janelle al final de la escalera—. Buenos días, preciosa. ¿Cómo has dormido?

—Buenos días, Eric Brown. —Sonrío. Como un tonto. Pero no puedo dejar de hacerlo cuando se trata de Janelle—. He dormido bien —sigue diciendo—. ¿Y tú?

—Podría haber dormido mejor —le regalo una sonrisa coqueta, y la veo sonreír de lado.

—¿En el suelo de mi habitación, quizás?

—¿Me está invitando a dormir con usted, señorita Janelle?

—Jamás haría tal cosa, señorito Eric Brown. —Ríe negando con la cabeza.

—Entonces espero que no lo haga jamás, porque me sería imposible rechazar la oferta de dormir en un suelo congelado, y sin sentir ninguna zona de mi cuerpo, pero sabiendo que está usted a mi lado, haciendo mis noches menos frías.

—Eres demasiado cursi.

—Suelo volverme así…

—Genial, me puede servir para usarlo en tu contra más tarde, pero ¿podemos dejar la ñoñería para después? Mi estómago lo necesita.

—Claro.

Entramos en la cocina y nos encontramos con casi toda la familia desayunando. Todos menos Henri, Tiffany y Bruno.

—Buenos días —saludamos a la vez, y no tardamos ni diez milésimas de segundo en mirarnos y echarnos a reír.

—Parece que hay dos personas que se llevan mejor —murmura Lilianne sonriente—. Cuánto me alegro.

—Sí, eso parece… —sonríe también Daphne, mirando fijamente a su prima, que se está sentando a su lado mientras le hace algunas señales raras con los ojos y niega con la cabeza.

—Janelle, cariño —la llama su tía—. Necesito que me hagas unos recados esta mañana.

—Voy a París a echar algunas fotos.

—Sabes que tengo que irme a trabajar en un rato, y los niños tienen colegio. Necesito que me hagas un par de recados, solo ocuparán una hora de tu preciado tiempo.

—¿Por qué no lo hace Tiffany? Por cierto, está demasiado callada últimamente. El bozal que le habéis comprado funciona de maravilla.

—¡Janelle! —se queja Lilianne—. No hables así de tu prima. Te recuerdo que también es mi hija.

—Lo siento. Pero, ¿por qué no te hace tu querida hija los recados?

—Porque está de viaje.

—¿Y a dónde se ha ido de viaje ahora?

—No lo sé, creo que a darle una sorpresa a una amiga.

—Pero si no tiene amigas, les quita el novio a todas, y acaban peleadas.

—Dices otra grosería más y te quito la cámara. —Janelle bufa casi a la vez que se lleva a la boca una cucharada de cereales, y no puedo evitar reír por lo bajo. Parece una niña pequeña.

—¿Te hace gracia? —Asiento con la cabeza mientras le doy un sorbo al café—. Pues ahora me vas a acompañar a hacer los recados, por listo.

***

—¿Hacemos una cosa? —pregunta Janelle cuando estamos frente a la puerta del supermercado.

—¿Qué cosa?

—Tú haces los recados de mi tía, y yo mientras tanto me voy a echar algunas fotos, y luego te recojo. ¿Vale?

—¿Eso es lo mejor que se te ocurre hacer conmigo, preciosa?

—Te lo digo en serio.

—¿Me has visto cara de tonto?

—En realidad, sí.

—Pues no lo soy. Y si quieres molestarme, puedo irme y dejarte hacer los recados sola.

—No serías capaz de hacer eso.

—¿No? —Alzo una ceja.

Me doy la vuelta, y comienzo a caminar en dirección contraria, pero enseguida siento unos pequeños brazos rodear mi cintura por detrás, haciéndome frenar en seco.

—Acompáñame con los recados, que si voy sola me aburro —susurra contra mi espalda—. Luego te dejaré venir conmigo a echar las fotos. Voy a la Torre Eiffel —me cuenta orgullosa.

—Está bien, si me lo pides así... Cómo decirte que no —digo en un suspiro.

—¡Bien! —Se separa de mi cuerpo, y me sonríe enseñándome todos y cada uno de sus blancos dientes. Desde luego... Parece una niña pequeña cuando hace este tipo de cosas. Y con esto ya he encontrado otra cosa más que me encanta, y que podemos sumar a mi *Lista de cosas que me vuelven loco/me encantan/amo de Janelle*.

***

—Por fin —parlotea Janelle en cuanto salimos del supermercado llenos de bolsas—. Vamos a llevar todo esto a casa y luego partimos hacia París, que nos queda a una hora y media más o menos. ¿Te parece bien? —me pregunta mientras me guía por el camino. Hemos dejado atrás muchos comercios, y ahora nos adentramos en una calle estrecha y empedrada, llena de casas antiguas de madera.

—Me parece perfecto. ¿Me vas a enseñar la Torre Eiffel?

—Claro, te va a encantar. Y vamos a hacer muchísimas fotos. Será genial.

—Sería aún más genial si tuvieras coche y no tuviésemos que coger el autobús.

—Tengo coche —me replica—, pero no tengo carnet. —Se encoge de hombros.

Veo que va cambiando la fuerza de una mano a otra, y decido quitarle las dos bolsas que lleva —aunque son las que menos pesan— y cargarme a mí para llevarlas todas. Me echa una mala mirada, pero continúa caminando.

—Entonces de qué te sirve tener coche —río.

—Me hace ilusión tenerlo ahí para cuando me saque el carnet. ¿Tú lo tienes?

—Sí —respondo—. Y coche también, pero lo dejé en Londres. No quería tener más gastos en mi estancia aquí.

—Algún día te llevaré a dar una vuelta por la urbanización en coche.

—Estoy deseando que llegue ese momento, sobre todo para ver lo nerviosa que te pones en cuanto tengas algún coche al lado.

—¿No te daría miedo dar una vuelta conmigo en coche sabiendo que la persona que conduce soy yo?

—Si estoy contigo, no tengo miedo de nada.

—Tonto —dice, sin poder contener su sonrisa, y enseguida aparta su mirada de la mía, volviendo a llevarla al suelo y luciendo de nuevo cabizbaja.

—Ya te has sonrojado otra vez —la molesto, con una gran sonrisa.

—No me he sonrojado —replica aún sin mirarme.

—Ya, claro. Y yo soy calvo. —Suelta una gran carcajada que llama la atención de las personas que están circulando a nuestro alrededor, haciéndome reír a mí también—. Me gusta tu risa.

—A mí no. Parezco tonta cuando me río así. Por no hablar de que me río demasiado fuerte y llamo la atención de todo el mundo.

—No pareces tonta. —La agarro por el mentón y levanto su cabeza para que nuestras miradas se crucen—. Lo eres. —Enseguida me echa una mirada fulminante—. Y no sólo llamas la atención de la gente por tu risa.

—¿Y por qué más?

—Hombre, pues por tu simpatía seguro que no.

—Idiota. —Me da un pequeño golpe en el hombro antes de volver a sonreír.

***

Pasamos todo el día fuera, dimos un pequeño tour por las afueras de Chartes y también estuvimos en París. Vimos la Torre Eiffel, aunque finalmente fue a bastantes metros de distancia. He de reconocer que esperaba que pudiésemos subir y admirar toda la ciudad desde las alturas, pero hoy no pudimos hacerlo. Aun así, es más grande de lo que esperaba, y fue imposible no sentirme pequeño e insignificante ante aquella estructura de hierro que, por primera vez, pude contemplar en persona. Mientras yo paseaba por el *Champ de Mars*, ella aprovechó para hacer unas fotos espectaculares del sitio, que estaba a rebosar de parisinos y turistas que disfrutaban, no solo del paisaje lleno de verde, árboles, y flores, sino también de la vista panorámica de la Torre Eiffel desde cualquier punto del jardín.

Ya casi hemos llegado a la urbanización cuando mi móvil empieza a vibrar desde el bolsillo de mi pantalón.

Lo alcanzo con la mano, y al sacarlo, me encuentro con un nuevo mensaje. Desbloqueo la pantalla y lo abro.

Aria:
Hola. Sé que me tienes guardada en la agenda, pero..
Soy Aria. Esta noche es la fiesta.

Aria:
No será nada del otro mundo, incluso la haremos en la segunda planta de la cafetería donde desayunamos el otro día.

Aria:
Es bastante grande y el dueño suele alquilarla para

eventos. Avisadme si venís, espero que sí :)

Eric:

Allí estaremos.

Termino de leer el mensaje y una sonrisa se asoma por mi rostro. Y no precisamente por lo que me ha escrito, sino porque veo a Janelle intentando disimular una cara de frustración mientras intenta descifrar con quién estoy hablando.

—Hoy hay una fiesta. La organizan unos amigos.

—No sabía que tenías amigos aquí.

—Hay que tener amigos en todas partes, preciosa —le guiño un ojo —. La organiza una amiga.

—Anda, qué bien —alega de forma arisca. Su tono de voz refleja que está, ¿molesta?

—Sí, bueno. Quiero que vengas conmigo.

—No voy a ir a ninguna estúpida fiesta.

—Irás.

—No iré.

Me paro en seco frente a ella, y la miro directamente a los ojos.

—Irás —repito, y noto como se tensa frente a mí.

—No, no iré —me responde. Me aparta, sigue caminando, y gira hacia la derecha, encontrándose con la puerta de la pequeña urbanización donde vivimos. Entramos y andamos hasta la puerta de su casa.

Janelle vuelve a lucir molesta, y yo ya no sé qué hacer con ella.

No sé qué será de mí, pero hay algo que sí que tengo claro: voy a ayudar a Janelle, y ella irá a esa fiesta.

CAPÍTULO 20

Eric

—¿Por qué no quieres ir a la fiesta? —pregunto, siguiéndola hasta su habitación, y cerrando la puerta para tener algo de intimidad, ya que los demás están en casa.

—Porque creo que sé quién te ha invitado.

—Ah, ¿sí? ¿Quién?

—Aria.

—¿Y qué problema hay?

—Hace mucho que no la veo. No quiero ver a gente ni estar en una fiesta que haga que vuelvan los malos recuerdos. Ni tampoco que me agobien con preguntas que no quiero responder.

—Podemos ir y probar... Si va mal te prometo que soy el primero que te saca de ahí. No te llevaría nunca a ningún sitio donde te fuesen a hacer daño. No... No dejaría que nadie te hiciese daño —titubeo.

—¿Prometes que no te separarás de mí en todo el rato? —pregunta —. Me haces sentir segura, no sé. —Veo cómo se sonroja, y yo automáticamente sonrío, sintiéndome el idiota más feliz del mundo, y con el estómago al parecer revuelto por toda la mezcla rara de alimentos que habíamos hecho a lo largo del día en nuestra ruta. Creo que algo me ha sentado mal porque lo que estoy sintiendo ahora mismo no es normal.

—Prometo que no me separaré de ti en todo el rato, niña molesta.

—¿Cuánto tiempo tengo para pensarlo?

—Dos horas.

—Pues ya te diré —se limita a responder. Se sienta en su cama, con las piernas estiradas y la espalda contra la pared, y coloca su tablet entre sus piernas, sobre un cojín. Me tomo la libertad de colocarme a su lado, aunque no me haya invitado a hacerlo. No protesta, sino que sigue a lo suyo, y observo cómo está pasando las fotos que ha hecho durante al día al otro aparato.

Está repasando todas las fotos, una a una, con una gran sonrisa de satisfacción en el rostro. Yo me limito a observar con detenimiento sus facciones y cómo su mirada se torna de ilusión con cada imagen nueva que ve, cómo se le forma un pequeño hoyuelo al sonreír, cómo se le frunce el entrecejo cuando alguna imagen no ha salido como ella esperaba, o cómo se muerde el labio cuando está concentrada. Su piel blanquecina parece suave y me tienta a llevar mi mano hasta su mejilla, captando su atención y haciendo que se ponga rígida en cuestión de segundos.

Acaricio con cuidado su rostro y sigo admirando su perfil, hasta que gira la cabeza hasta mí y nuestras miradas por fin se cruzan, haciendo que mi corazón bombee con fuerza y mi respiración se acelere al sentirla tan cerca de mí.

—Mira qué bonita —balbucea mirando mis labios, y enseguida lleva su mirada a la tablet. Me hace apartar la mano de su mejilla, y me enseña la foto de una pareja agarrada de la mano, acercándose a la estación.

—Como tú.

Ignora mis palabras, pese a que yo no puedo ignorar el color rojizo que colorean sus mejillas

—Me encanta plasmar grandes momentos en pequeñas fotografías. Creo que es una forma de contar historias, ¿sabes? Supongo que tú como escritor puedes entenderme. Yo también utilizo esto como una forma de expresarme.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Cada vez que saco una fotografía, me encanta observarla y encontrar la historia que hay detrás de una simple pareja caminando por el parque, o de un pajarito volando por el cielo. Creo que cada

fotografía encierra una historia y un sentimiento muy diferente, y cada persona que vea la foto le dará un significado diferente.

—Vaya, nunca lo había pensado así.

—Además, me gusta expresarme haciendo fotos. Plasmo en la pantalla momentos que me inspiran, que me hacen expresarme de una forma u otra, aunque no sea con palabras y sí con imágenes.

—¿Qué quieres decir?

—Pues... Por ejemplo, el pajarito que te dije antes que volaba solo por el cielo, podría utilizarlo para expresar la libertad o la soledad por la que he pasado, y gracias a eso, ahora yo también vuelo sola, pero a la vez libre, como él.

—Vaya, nunca había pensado todo eso...

—Eso es porque no eres inteligente como yo.

—Dices que, a la hora de hacer fotografías, te inspira las historias que puedas crear con cada cosa, ¿no?

—Sí, algo así. No es exactamente lo que te he dicho, pero sí —se ríe mientras sigue deslizando el dedo por el aparato.

—Pues yo creo que ya he encontrado también lo que me inspira.

—¿Qué?

—Tú y la historia que quiero vivir contigo, y que estoy creando en mi cabeza. Y necesito plasmarlo ya en un papel.

Janelle

Llevo media hora sentada en los pies de mi cama, con la respiración agitada e intentando hacer pequeñas respiraciones como me enseñó a hacer mi psicóloga a lo largo de los años. Tengo los músculos tensos y una opresión en el pecho que apenas me deja respirar.

No puedo ir a esa maldita fiesta, no puedo.

Me levanto y vuelvo a dar vueltas por la habitación. Doy gracias a que estoy sola ahora mismo, porque sino, esto daría pie a que mis primas piensen que estoy peor de la cabeza de lo que ya se imaginan.

Me miro al espejo de pared durante unos segundos, y lo único que reconozco en mi reflejo son mis ojos hinchados de haber pasado la

última hora llorando, pero el resto no soy yo. ¿Dónde estoy? ¿Qué me está pasando? Me miro y no me encuentro.

«¿Por qué le estás dejando entrar en tu vida y reconstruirte?»

«No te lo mereces, no te mereces unir tus piezas rotas».

Ir a esa fiesta es arriesgado, al igual que lo fue el estar el otro día con Adolfe y Julie, y lo hice. ¿Qué me impide hoy hacer lo mismo?

Hay muchos sentimientos y recuerdos envueltos, y me da miedo estar cerca de Aria y sus amigos, aunque ni siquiera sé si siguen siendo los mismos que hace cinco años.

Vuelvo a mirarme en el espejo y por unos segundos, la veo a ella.

—Janelle, mi padre me va a matar cuando se entere de que me he escapado para venir a esta fiesta contigo —dijo Aria, agarrándome con fuerza del brazo—. ¿Estás segura de que la fiesta es aquí? —preguntó, y pude notar en su tono de voz un atisbo de miedo al ver la gran fachada que teníamos frente a nosotras. Era el único edificio que había en medio de un enorme descampado, y lo aseguraban dos enormes guardias de seguridad. Desde las afueras ya se podía oír la fuerte música del interior. Yo me limité a asentir sonriente.

—Dijiste que querías venir. No te acobardes ahora —contesté tirando de ella hacia la entrada.

—No quería dejarte sola en un sitio como este. Es peligroso.

—No pasará nada. —Puse los ojos en blanco. Una vez al lado del guardia de seguridad, ni siquiera tuve que articular palabra, ya que sabía perfectamente de quién era novia, y aunque era menor de edad, me dejó pasar sin problema—. ¡Ahora vamos a divertirnos!

—Janelle, tengo miedo —me pareció oírla decir, pero la música estaba demasiado alta y el ambiente era demasiado guay.

Además, tenía al chico alto, con la mirada esmeralda más fría y penetrante que jamás vería en la vida, caminando hacia mí.

—Hola muñeca —me dijo cuando estuvo frente a mí, ignorando por completo a mi amiga. Puso sus manos en mi cintura y me apretó con fuerza contra él—. Te he echado de menos.

—Y yo a ti —respondí contra sus labios.

—Pero no vuelvas a hacerlo.

—¿El qué?

—Llegar tarde. Te dije que te quería aquí a las diez y son las diez y cuarto. ¿Dónde estabas? —Su mirada penetrante y fría pasó por unos segundos, de causarme cosquillas a estremecerme, porque sabía perfectamente lo que vendría después de esto. Me apretaba con más fuerza contra su cuerpo, haciéndome algo de daño en la cintura, pero no fui capaz de quejarme. Su aliento olía a whisky, y sus pupilas estaban dilatadas—. He dicho que dónde estabas.

—Lo siento mucho, cariño. —Acaricié su mejilla, y enseguida noté cómo sus músculos comenzaban a destensarse un poco, aunque no lo suficiente—. No he conseguido escaparme antes de casa, ya sabes cómo se pone de pesado mi tío.

—Siempre es igual. Vas a hacer que acabe con él para que no se interponga entre nosotros. —Enseguida me tensé. Él lo notó, y de repente su semblante cambió y sonrió—. Es broma, muñeca. Pero no vuelvas a hacerme esperar, ya sabes que me vuelvo loco sin ti —murmuró antes de estampar sus labios contra los míos.

***

—Toma, prueba —Oí decir a Brad, a pesar de la alta música del local—. Te va a gustar —me pasó un cigarro que acababa de envolver él mismo con unos polvos en su interior.

—¿Qué es?

—Tú pruébalo.

—Sabes que no me gustan estas cosas —le miré a los ojos, pasé mis manos por sus hombros, y le di un pequeño beso en los labios—. Ni si quiera me gusta que tú te metas estas cosas en el cuerpo, no es bueno para ti.

—Lo único bueno para mí eres tú, muñeca.

***

—Janelle, para de beber por favor. ¿Qué le vas a decir hoy a tu tío? Le va a acabar dando un infarto por tu culpa —espetó Aria,

intentando apartarme el vaso de las manos, pero yo estaba demasiado triste, rabiosa y dolida, y necesitaba olvidar todo por un momento.

Y algo bueno que Brad me había enseñado, es que con el alcohol se olvidaba todo.

—Necesito olvidar lo que me ha hecho —le dije antes de beberme todo el contenido del vaso de un tirón.

—Janelle, ¡no! —chilló, pero ya era tarde. Se pasó las manos por el rostro, y se lo frotó varias veces, frustrada—. ¿Qué vamos a hacer contigo?

—Estaba besándose con esa chica, Aria. Necesito olvidar lo que acabo de ver.

—Necesitas dejarle de una vez.

—¡Teddy! —grité a uno de los chicos que estaban al otro lado del descampado fumando—. Dame uno de esos, y que esté bien cargado.

—¿Te ha dado permiso Brad? —preguntó Peter, el otro amigo que estaba bebiendo a su lado, sentado en el capó del coche.

—No necesito el permiso de nadie —me atreví a contestar, gracias al efecto del alcohol, pero sabía que no era cierto, que sí que lo necesitaba, porque sin Brad, no era capaz de hacer nada.

Me acerqué hasta ellos y justo cuando estuvieron a punto de pasarme el cigarro, empecé a oír un montón de gritos y golpes.

Estaba tan mareada y borracha que no entendía qué era lo que realmente estaba pasando.

—¿Quién te crees que eres para hablar con mi chica? —escuché la voz enfurecida de Brad.

Enseguida lanzó a Peter al suelo, se sentó a horcajadas sobre él, y estampó una y otra vez su puño contra el rostro del chico.

***

—Venga ya, estoy harto de esperar —dijo Brad entrando en el baño, donde me estaba maquillando. O, mejor dicho, intentando tapar las marcas que había dejado en mi rostro el día anterior—.

Vamos a llegar tarde a la fiesta por tu culpa. Necesito fumarme uno ya.

—Estoy intentando maquillarme y tapar un poco esto —contesté señalándome con las manos los moratones que tenía por la cara y el cuello—. ¿Te parece bien? ¿O prefieres que salga así a la calle?

—No vuelvas a hablarme así —masculló entre dientes—. Además, no sé por qué siempre te maquillas tanto. Estás mejor sin tanta porquería en la cara. ¿Es que quieres llamar la atención de alguien más? —Puse los ojos en blanco ante su pregunta. Ahí estaba Brad de nuevo intentando discutir.

—Precisamente me estoy maquillando para no llamar la atención de nadie —me atreví a contestarle, aunque por dentro estaba hecha un flan, y no quería que se enfadara por mi atrevimiento.

—Lo que pasó ayer fue culpa tuya —murmuró acercándose a mí. Enseguida mi cuerpo se tensó y mis manos se movieron temblorosas, aplicando la base de maquillaje sobre mi rostro entumecido—. Sabes que no me gusta que hables con ningún chico, y tú vas y te pones a coquetear con ese pringado.

—¡No estaba coqueteando con nadie! Solo estábamos haciendo un maldito trabajo para clases, y tú irrumpiste como un loco en la biblioteca.

—No quiero que hagas ese trabajo con él. ¿No te das cuenta de que solo quiere llevarte a su cama?

—¿Te estás escuchando, Brad? No tiene sentido nada de lo que estás diciendo. Si sigues hablándome así, no iré contigo a la fiesta.

—No seas así, muñequita. —Se colocó detrás de mí y me abrazó por la espalda. Agachó un poco su cabeza hasta apoyarla en mi hombro. Con uno de sus brazos me agarraba con fuerza por la cintura, mientras que el otro se movía en dirección a mi cuello, donde uno de sus dedos acarició cada uno de los moratones con delicadeza, haciéndome estremecer ante su tacto—. Siento tanto lo que pasó ayer —musitó contra mi oído—. No sé qué me pasó. Me vuelves loco, y no soy capaz de controlar lo que hago. No quiero que nadie se acerque a ti, me da miedo que te des cuenta de que

cualquiera podría ser mejor que yo —susurró, y al admirarlo en el reflejo del cristal, pude ver una mirada triste y llena de arrepentimiento.

Me giré hasta quedar frente a él, y rodeé su cuello con mis brazos.

Él pegó su frente a la mía y suspiró.

—No podría vivir sin ti, Janelle. —Mi cuerpo se sobrecogió al oírle llamarme por mi nombre, ya que no solía hacerlo a menos que estuviese muy enfadado o vulnerable, como era en esta ocasión—. Necesito que estés conmigo. Eres la única que consigue callar mi mente y sacar lo mejor de mí.

—Pues no me hagas daño.

—No lo haré. Te prometo que nunca más volveré a tocarte de esta forma. Me mata verte así y saber que es por mi culpa. Soy un monstruo. —Su voz se mezclaba con sus propios sollozos, y en ese momento, sentí mi corazón partirse en dos. Brad solo era un chico que estaba falto de cariño y lleno de inseguridades, y yo estaba fomentándolas al hablar con otras personas.

—No lo eres —susurré—. Pero necesito que te relajes y no pienses mal de todo el mundo. A cambio, yo te prometo que intentaré no hacerte enfadar demasiado.

Deposité un beso en la punta de su nariz.

—¿Harás el trabajo con ese chico? —preguntó, mirándome con cara de cachorro abandonado. De nuevo estaba intentando persuadirme, pero me era muy difícil decirle que no, y eso él lo sabía.

—No, no lo haré —contesté—. No haré nada que te haga estar mal.

—Solo puedes ser mía, no puede ser de otra forma —dijo más bien para sí mismo, como si se estuviese convenciendo de ello.

—Lo soy. Soy solo tuya —Agarré su cara entre mis manos y le obligué a mirarme a los ojos—. Pero prométeme que nunca más volverás a tocarme.

—Te lo prometo.

***

—¿Con quién estás hablando? —preguntó, sentándose a mi lado en el sofá de su casa, antes de arrebatarme el móvil de las manos.

—Estaba hablando con Aria —contesté, intentando recuperar mi teléfono, pero él lo agarraba con fuerza y me apartaba de su lado mientras echaba un vistazo a los mensajes que aparecían en la pantalla.

—¿Por qué hablas tanto con ella? No podemos tener un solo rato para los dos sin que ella esté en medio. Empieza a cansarme.

—Es mi mejor amiga, ya lo sabes —me encogí de hombros—. Solo estábamos ultimando detalles de la fiesta de esta noche.

—¿También vendrá hoy? —Soltó un gran bufido.

No sabía qué le pasaba a Brad con Aria, pero desde el primer momento le cayó bastante mal.

—Sí.

—No me gusta que pases tanto tiempo con esa tía, no parece buena para ti.

—No empecemos, por favor.

—Es la verdad. Estoy seguro de que aprovecha cualquier oportunidad que tiene para hablarte mal de mí.

—Eso no es verdad.

—Mientes muy mal, muñequita —contestó con una pequeña sonrisa de lado—. Te lo digo en serio, no me gusta esa chica. Siempre está intentando separarnos. Y cuando estás con ella eres..., diferente.

—¿Diferente? —pregunté con curiosidad.

—Sí. No te deja ser tú misma. Creo que tiene celos de ti. Siempre va contigo a todas las fiestas y habla con todos mis amigos, va con esos vestidos provocativos, no quiere que bebas ni disfrutes. Por no hablar de que tampoco quiere que pases tiempo conmigo. Ella te absorbe, ¿no te das cuenta?

—Eso es imposible, ella es mi mejor amiga —contesté en un hilo de voz, porque no estaba segura de si había algo de verdad o no en las palabras de Brad.

—Estoy seguro que, si le hiciera caso, se lanzaría a mis brazos sin importarle ser tu mejor amiga. ¿Es que no has visto cómo me mira? Pareces tonta, Janelle. ¿Me vas a decir que nunca te ha hablado mal de mí?

—Bueno… Me ha dado su opinión sobre algunas cosas.

—Ya, claro. Pues que sepas que lo hace para separarte de mí. Solo quiere separarnos. —Acercó su cuerpo al mío, y me envolvió entre sus brazos. El vello de mi cuerpo se erizó al sentir su aliento sobre la piel sensible de mi cuello—. Y no podemos permitir que eso ocurra, ¿verdad?

—No.

—Entonces, ¿por qué no la llamas y le dices que hoy no venga a la fiesta? Así podremos estar tú y yo solos, sin ninguna distracción. —Depositó una serie de besos en mi cuello que hicieron aún más difícil negarme a aquello.

—Lo haré —respondí finalmente. Con una sonrisa desbordante, me devolvió mi teléfono y enseguida le envié un mensaje a Aria, diciéndole que había cambio de planes y que al final no íbamos a ir a la fiesta, aunque realmente la única que no vendría sería ella. Y pese a que en un principio lo hice con ciertas dudas, cuando vi la sonrisa que me dedicó Brad al pulsar en el botón de enviar, sentí que había hecho lo correcto, porque no podía dejar que nada ni nadie me separara de él. Y era capaz de seguir renunciando a cualquier cosa con tal de que lo que teníamos no acabara nunca.

***

Salí del cuarto de baño sonriente.

Me había tomado mi tiempo en arreglarme, quería que esta noche fuese especial.

Brad me había prometido que íbamos a tener una cita romántica de verdad; sin fiestas, sin alcohol, sin drogas, sin peleas, y sin nadie que quisiera malmeter contra nuestra relación. Solos él y yo.

Y me había esmerado mucho por estar guapa para él, porque así debía ser; siempre debía tener mi mejor aspecto por y para él,

porque no merecía menos.

Así que, para una ocasión tan especial, junté mis ahorros de los últimos meses para comprarme un vestido que me encantó cuando fui al centro comercial con él, pero que entonces no compré, porque ese día él se encargó de elegirme la ropa, ya que suele tener mejor gusto que yo y se ofreció a hacerlo.

El vestido era bastante sencillo, pero sexy a la vez, y así quería verme para él. Quería parecer más mujer a su lado y no la niña que soy. Sentía tanta vergüenza cuando estaba a su lado porque llevaba razón, no soy nada comparada con él. Y tenía suerte de que él se hubiera fijado en mí y me quisiera tanto, porque otra persona no sería capaz de hacerlo siendo como soy.

Así que me armé de valor y me planté en el salón de su apartamento, casi temblando, pero con una sonrisa en el rostro.

Llevaba el vestido granate que me había comprado, de tirantes finos, ceñido al cuerpo y corto hasta la mitad de los muslos; unos pequeños tacones que me había prestado Aria, la gargantilla que él me había regalado con su nombre y un pequeño bolso negro colgado al hombro.

El maquillaje era sencillo, tan solo llevaba máscara de pestañas y un labial. No me gustaba maquillarme demasiado, ya que él odiaba que lo hiciera.

—¿A dónde te crees que vas?

—¿A la cita? —respondí dubitativa.

—¿Así vestida? —Alzó una ceja—. ¿Qué eres? ¿Una guarra? Cámbiate ahora mismo, Janelle.

Sabía que se había enfadado porque nunca me llamaba por mi nombre.

—¿Por qué? ¿No te gusta?

—No vas a salir a la calle así vestida, es sencillo de entender. Hasta tú puedes hacerlo.

—¿Qué hay de malo con lo que llevo puesto?

—¡Que todos van a estar mirándote! —Se levantó del sofá enfurecido y se acercó a mí, mientras alzaba las manos al hablar,

muy cerca de mi cara—. ¿Eso es lo que quieres? ¿Qué todos te miren? —Me echó una mirada de arriba abajo y negó con la cabeza. Me agarró del pelo por detrás, dándome un fuerte tirón que me hizo dar un pequeño grito—. ¿Quieres volverme loco, Janelle?

—No.

—¿Y por qué haces estas cosas?

—Solo quería darte una sorpresa —sollocé.

—¿Crees que me ibas a gustar así vestida, como una cualquiera? —preguntó, apretando su agarre y acercando mi cara hacia la suya —. Para eso tendría primero que quedarte bien, cariño.

Me dio un empujón tan fuerte que me lanzó contra el sofá, lo que me hizo dar un pequeño grito acompañado de sollozos, y no pude contener ni un segundo más las lágrimas.

—No empieces otra vez a llorar, ¡no lo hagas! ¡No me hagas perder la paciencia! —Vi cómo se acercaba a mí con la mano levantada. Cerré los ojos con fuerza, y justo cuando ya podía sentir el golpe, miró mi rostro lleno de lágrimas y dio media vuelta hasta acercarse a la puerta.

—¿A dónde vas? —sollocé.

—A una fiesta con mis amigos. No salgas de aquí si no quieres estar en problemas conmigo —advirtió—. No volveré esta noche — dijo antes de salir del apartamento y cerrar la puerta de un portazo.

Las lágrimas caen con más fuerza por mis mejillas y cada vez me cuesta más respirar, pero decido limpiarlas con cierto enfado hacia mí misma por permitirme recordar y sentir de nuevo.

Pero me recuerdo que ya no soy ella.

Ya no soy esa niña.

CAPÍTULO 21

Janelle

Llevo sin salir de fiesta tanto tiempo, que no tengo ni idea de lo que las chicas se ponen para ir a una. Aunque Eric ha enfatizado que será algo informal, no quiero desentonar y llamar la atención.

Con las manos temblorosas, abro el armario y compruebo que, efectivamente, no tengo nada más allá de sudaderas y jerséis calentitos.

Después de rebuscar bastante, opto por ponerme unas medias negras tupidas, una falda y una camiseta de cuello alto también negra.

—Pareces una monja, Janelle. Vas a una fiesta, no a visitar un convento, por favor —murmura Daphne.

—¿Qué tiene de malo lo que llevo puesto? ¿Crees que enseño demasiado? —le pregunto mientras me echo un vistazo en el espejo.

—Precisamente, todo lo contrario. —Se baja de un salto de su litera, y se planta frente a mi armario en cuestión de segundos—. Vamos a cambiar ese outfit.

—No quiero. Ni siquiera quiero ir a esa estúpida fiesta.

—Ya lo hemos hablado durante la última media hora. Te vendrá bien salir y, además, creo que es un paso importante que te enfrentes a una parte así de tu pasado.

—¿Crees que debería volver a la psicóloga?

—Creo que no deberías haber dejado de ir hasta estar recuperada, así que, si eso no te vale como respuesta, entonces es un sí.

—Tengo miedo.

—Lo sé. Pero también sé que estás siendo muy valiente. Ya es hora de hacer algo más que esconderte de todos y huir hasta de ti misma,

¿no? Y creo que ese chico te está ayudando a dar el pequeño empujón que te hacía falta.

—¿De qué hablas?

—Tu mirada no es la misma, Janelle. Ahora sonríes. Y llevabas mucho tiempo sin sonreír de verdad.

—No quiero sentir.

—Eres humana, es inevitable que sientas.

—Pero no quiero que duela.

—Tampoco puedes evitar que duela. No puedes esconderte siempre de todo el mundo, ni echar a todas las personas de tu vida solo porque un colgado te destruyera de aquella forma. Los demás no somos él.

—Lo sé.

—Y él no va a volver.

—Ni quiero que vuelva.

—Eso es lo más importante, que realmente ya no quieras que vuelva.

—De verdad que no. Pero tampoco quiero sentir nada por nadie más. —¿En qué momento la conversación se ha desviado a esto?—. Ni siquiera sé si podría sentir lo mismo por nadie más, ni querer a nadie con tanta intensidad y amor como lo hice con él.

—Esa es la idea, que no vuelvas a sentir ni a tener lo que tuviste con él con nadie más. Y de momento, el vikingo te hace bien. —Me guiña un ojo, y yo bufo como respuesta—. Y ahora vamos a ver qué podemos hacer contigo —dice, mirándome de arriba a abajo.

Eric

Llevo tanto rato esperando en el recibidor de la casa que casi he perdido la esperanza de que Janelle me acompañe a la fiesta, cuando veo unas pequeñas piernas deslizarse por la escalera, bajando los escalones con cuidado hasta llegar hacia mí.

Algo se enciende dentro de mí al verla.

No puedo decir que esté sintiendo mariposas dentro del estómago conforme la distancia entre nosotros se va acortando, porque lo que

parece que tengo dentro, son caballos galopando.

Lleva puesto un vestido celeste ceñido al torso y con vuelo a partir de la cintura, medias transparentes, que me dejan una gran visión de sus preciosas piernas y unos botines de color cámel. Lo acompaña de un abrigo del mismo color que lleva colgado en el brazo, y un pequeño bolso.

Apenas va maquillada, pero sus carnosos labios le resaltan en un color rosado que me quiero comer, y la melena le cuelga en unas suaves ondas.

Me mira expectante con esos grandes ojos café que quiero tatuarme en la mente, aunque sé perfectamente que no los podría olvidar jamás.

—Estás… —Noto que la garganta se me ha secado, y que la voz me ha salido más ronca de lo normal. Está increíble.

—Es demasiado, ¿no? Daphne es muy pesada, y me ha obligado a ponerme esto a pesar de que estamos a diez grados. Por lo menos, las medias llevan pelito por dentro —me cuenta de forma muy rápida. Está nerviosa, pero no sé si tanto como yo.

—Es demasiado, sí.

—Debería ir entonces a…, ¿cambiarme?

—Es demasiada belleza para soportar, Janelle —termino por fin de decir, y noto como su cuerpo se tensa y enseguida se sonroja.

—¿No crees que voy demasiado expuesta?

—Por mí podrías ir así hasta a comprar el pan si estás cómoda y a ti te gusta, porque estás increíble. —La agarro del mentón y le levanto la cabeza, haciendo que nuestras miradas se crucen de nuevo—. Toda tú eres increíble.

—Tú estás… Muy bien —me dice así, sin más, sin perder el contacto visual, y esto me hace reír. Me he puesto una camisa celeste y unos pantalones oscuros.

—Vamos a juego.

—¿Qué?

—A juego —le explico, soltándole la barbilla para señalarle con la cabeza nuestros cuerpos, y cuando por fin entiende lo que le estoy

diciendo, asiente—. Todos pensarán que somos pareja. ¿Es que lo has hecho a propósito para marcar territorio? —Enarco una ceja, y ella resopla.

—Voy a cambiarme ahora mismo.

Da media vuelta, pero antes de que pueda dar un solo paso, la agarro de la muñeca, y tiro de su pequeño cuerpo hasta estamparlo contra el mío, uniéndolos y volviendo a sentir nuestras respiraciones entrecortadas, y nuestros rápidos latidos conectados.

—Porque no me importaría —susurro cerca de sus labios.

—¿Ya os vais? —Escucho la voz de Lilianne y enseguida separo el cuerpo de Janelle del mío, dejándonos a una distancia prudente el uno del otro.

—Sí, ya nos vamos.

—Pero qué guapa. —Los ojos de Lilianne se iluminan en cuanto le echan un repaso a Janelle, y ella suspira incómoda por la situación, mientras que a mí me divierte mucho esta escena—. Estás preciosa, cariño. Hacía tiempo que no te veía tan guapa y radiante. Me gusta.

—Vale.

—Tú también estás muy guapo, muchacho. Tienes buen estilo. Solo te falla el pelo —me dice, y suelto una carcajada.

—Lo tendré en cuenta.

—No lleguéis tarde y no bebas, Janelle. Ya sabes que no te sienta bien el alcohol.

—No soy una niña, ¿te acuerdas?

—Lo sé, pero también me acuerdo de que constantemente te comportas como tal —reprocha su tía.

La contestación de Janelle es salir de malas maneras de la casa, con un gran portazo que nos deja claro su frustración.

—Cuídala, la dejo a tu cargo.

—No te preocupes, está en buenas manos.

—Lo sé cielo, lo sé —me sonríe—. Y una cosa más —me dice cuando me estoy colocando el abrigo para salir—. Gracias.

—¿Por qué?

—Por todo lo que estás haciendo por ella, y por devolverle la ilusión y la sonrisa.

No sé bien qué contestar, así que me limito a sonreír.

—No le rompas el corazón. —Es lo último que escucho antes de cerrar la puerta e ir tras Janelle.

***

El ambiente de la fiesta parece bueno y no hay demasiada gente. El local está reservado, así que no puede colarse cualquiera, y aunque ya hay alguna que otra persona algo perjudicada con el alcohol, no parece haber nadie borracho cuando entramos al local.

Noto el cuerpo de Janelle tensarse a mi lado, y le paso una mano por la espalda cuando entramos, dejándola apoyada en su cintura. No me reprocha nada, así que la dejo ahí para darle más seguridad. Intercambiamos algunas miradas fugaces llenas de intensidad, pero ella enseguida me esquiva, y vuelve a ponerse rígida como un bloque de hielo.

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Puedes saludar ya a tu amiga e irnos?

—No. Hemos venido a divertirnos.

Distingo a Aria entre la multitud y enseguida veo su cara de sorpresa y alegría al vernos. Prácticamente corre hasta nuestro encuentro. Se queda parada frente a nosotros, se nota que no sabe bien que hacer.

Las dos chicas se están mirando y sus ojos empiezan a aguarse. Se quedan así durante unos largos segundos que parecen eternos, hasta que hacen algo que no esperaba que hicieran: se funden en un gran abrazo lleno de sentimientos, rabia, dolor, cariño y lágrimas, muchas lágrimas.

CAPÍTULO 22

Tiffany

Cierro la puerta justo después de entrar, y dejo mis llaves sobre el pequeño mueble que hay colgado en la pared.

Mi móvil vibra en mi bolso, y suelto la maleta para rápidamente echarle un vistazo y poder contestar.

Nene:
Ya he encontrado la fotografía que usaremos, nena.
No me falles.

Sonrío con malicia al leer el mensaje, y vuelvo a bloquear mi teléfono. Después le contestaré.

Guardo mi teléfono en mi bolso de nuevo, y vuelvo a agarrar mi maleta para subir las escaleras con una sonrisa triunfante en mi rostro.

Todo va a salir genial de nuevo.

Eric

—Me pido la ventana —dice rápidamente Janelle en cuanto subimos al autobús.

—No, la ventana es mía.

—Que te lo has creído. La ventana para mí, o me siento con otra persona.

—Si no estoy viendo el paisaje, me mareo.

—Eres todo un bebé. —Suelta una carcajada—. Pero no me importa. La ventana —sigue diciendo, esta vez sentándose en el sitio de la discordia—, es mía. —Sonríe satisfecha después de haberme quitado el sitio.

—Vale. Cuando vomite sobre tus pantalones no quiero oír ningún grito, te lo advierto —contesto, sentándome a su lado.

—Tú procura no hacer nada raro, o sales disparado por la ventana que tengo aquí al lado.

—Me aburro, Janelle —me quejo como un niño pequeño.

—¡Pero si aún no hemos salido!

—Por eso mismo… Venga, vamos a jugar a algo.

—Si supieras lo mucho que me molestas… —dice casi en un susurro, mirando por la ventana y perdiéndose en las vistas que tenemos a nuestro alrededor.

—Y si tú supieras lo mucho que me encantas… —suelto rápidamente, sin ni siquiera pensarlo.

Janelle me mira, y en seguida puedo ver sus mejillas sonrojadas, lo que me hace sonreír como un tonto.

—Bueno, ¿a qué quieres jugar? —cambia de tema.

—Al pilla pilla —contesto, haciéndola soltar una fuerte carcajada.

—Tonto. Te lo preguntaba en serio —ríe de nuevo.

—Hagámonos preguntas otra vez.

—Vale, pues empieza.

—Eso no es justo, las damas primero.

—Ya, por eso te he dicho que empieces. —Me saca la lengua en forma de burla y niego con la cabeza sonriendo.

—Vale, pues como soy una princesa, empezaré primero ¿Desayuno favorito?

—Mhm… Voy a ir a lo más simple y sencillo del mundo: Leche con cereales. Pero para mejorarlo un poco más, le añado una mañana lluviosa, de mucho frío y, por supuesto, tomarlo en mi cama.

—Perfecto. Y si a eso ya le añadimos una buena compañía…

—¿Qué pasa? ¿Te ofreces voluntario?

—Sí.

—Pues siento mucho decirte que sigas soñando.

—Al menos en mis sueños soy feliz contigo.

—Me toca. ¿Te cortarías el pelo por amor?

—Sí. Creo que haría cualquier cosa por amor.

—Bien. —Asiente—. Te toca.

—Dime un color que odies.

—Mhm… El rosa. Pero por favor, no se lo digas a Sophie.

—Me gusta que no te guste el rosa.

—Dime tú un color que te encante.

—El de tus ojos —contesto rápidamente. No necesito pensarlo, llevo con el café de su mirada clavado en la mente desde que la conocí.

—Ay Eric, es que así no se puede jugar. No te tomas en serio nada nunca.

Por fin, después de un buen rato intercambiándonos preguntas, el trayecto termina y llegamos a nuestro destino.Esperamos que las personas que estaban sentadas delante salgan, y justo después salimos nosotros también.

Nos encontramos en las afueras del Arco del Triunfo, y a lo lejos ya puede verse este magnífico y colosal monumento.

Sus grandes columnas, adornadas con hermosos relieves, me dejan sin aliento en cuanto las veo. Y a medida que acortamos el espacio que nos separa del monumento, los relieves de esculturas que hay esculpidos en su fachada, me parecen aún más impresionante a tan poca distancia.

—No podremos acercarnos mucho hoy, pero echaré algunas fotos desde aquí.

—¿Quieres que te ayude?

—Mhm… Podrías ser mi modelo.

—Ah, ¿sí?

—Si quieres… Harías por fin algo útil, y así quizás dejes de molestarme un rato.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Muévete un poco hacia la derecha —ordena después de haber observado la escena por el objetivo. Vuelve a mirarme, y hace una mueca extraña—. Un poco más. —Asiento y me muevo hacia la derecha—. Bien… Relaja el cuerpo y mira hacia el lado derecho, como si estuvieses pensativo. La obedezco y hago lo que me dice, y justo en ese momento, el flash me deslumbra por completo, avisándome de que ya ha sacado la fotografía. Llevo mi mirada hacia su cuerpo y veo cómo observa el resultado con una gran sonrisa en su rostro—. Ha salido genial. ¡No te muevas! O sí… ¡Mejor apóyate en ese muro de ahí! —Me señala el muro con la mirada, y hago exactamente lo que dice—. Mira hacia el muro.

—Venga, ahora me toca a mí. —Le quito la cámara de las manos, y me mira con el entrecejo fruncido.

—¿Qué haces? —pregunta antes de que la enfoque con la cámara, y empiece a echarle fotos. En las primeras sale con cara de sorpresa y enfado, pero conforme sigo apretando el objetivo como un loco, empieza a reír, y las fotografías empiezan a ser una locura.

—Acabo de echar una foto al monumento más bonito que he visto nunca en la vida, es increíble —murmuro, mirando en la pantalla de la cámara la última foto que acabo de hacer, y ella se acerca a mí para mirar la fotografía con curiosidad.

—¿El Arco del… —Frunce el ceño, y cuando ve la fotografía, enseguida se sonroja— ¡Pero si soy yo!

—Lo que decía… —La miro fijamente, aún con su cámara entre mis manos, sin importarme el barullo ni estar en medio de la multitud, porque cuando estoy junto a ella, es como si solo estuviésemos los dos, como si en la escena no hubiese nadie más—. El monumento más bonito que he visto en mi vida —repito, con la mirada clavada en sus labios carnosos que están entreabiertos, y me incitan a besarlos y saborearlos como tanto he fantaseado hacer desde que pisé Francia.

***

Estuvimos durante un par de horas haciendo fotos por los alrededores, fuimos a comer juntos a un local de comida rápida y

después seguimos con las fotos, hasta que empezó a refrescar en la tarde.

—Deberíamos volver a casa.

—Espera, voy a echar una última foto —contesta tiritando.

—¿Tienes frío? —Alzo una ceja.

—Un poco.

—Toma mi chaqueta. —Me quito una de las mangas sintiendo sus ojos clavados en mis músculos y en cada uno de mis movimientos. Pero cuando me estoy destapando también el otro brazo, empieza a refunfuñar y me frena con la mano.

—No quiero tu chaqueta —me detiene—. Gracias, pero no hace falta.

—No seas cabezota, y póntela.

—Te he dicho que no.

—Tienes las manos heladas, y estas tiritando. ¿Podrías hacerme caso por una vez? —Niega con la cabeza.

—Volvamos a casa y ya está.

—Vale, pero toma mi chaqueta —se la vuelvo a ofrecer—. Y la próxima vez, no salgas con una chaqueta tan fina en invierno.

—¡No insistas! No y ya está.

—Vale, pero cuando te enfermes, no te quejes —le respondo volviendo a ponerme la chaqueta de nuevo.

—No lo haré.

Caminamos hasta llegar a la estación de autobuses, y esta vez el trayecto se me hace bastante más largo, ya que no hablamos tanto como antes, pero de vez en cuando la observo y tampoco parece estar enfadada, así que no le comento nada acerca de su cambio.

El sonido de la lluvia cayendo sería agradable y relajante si estuviese en casa, metido en la cama, y tapado hasta arriba con una buena manta, pero no lo parece tanto al encontrarnos en un autobús, sentados en unos asientos tan incómodos.

El autobús finaliza su trayecto y por fin llegamos a nuestro destino. Nos encontramos indefensos bajo la lluvia, sin un mísero paraguas

con el que refugiarnos. Y tampoco es de extrañar que me pase algo así, no suelo tener demasiada suerte.

—Vaya, parece que está lloviendo —bromeo al ver la que está cayendo.

—Eso parece… —Me sigue la broma.

De nuevo parece estar menos tensa. No entiendo bien sus cambios de humor, pero tampoco voy a comentar nada al respecto.

—¿Volvemos a casa o damos otra vuelta por Francia?

—Tenemos que llegar ya antes de que se haga más tarde. —Asiento con la cabeza y la sigo, dejando atrás al autobús que de nuevo se ha puesto en marcha. Comienzo a sentir el frío y la lluvia caer y deslizarse por todo mi cuerpo.

—¿No tienes un paraguas?

—¿Crees que si tuviese un paraguas estaría corriendo bajo la lluvia para llegar lo antes posible a casa, pedazo de idiota? —La oigo decir, pese a que el sonido de la lluvia cayendo retumba por mis oídos.

—Cierto, ha sido una pregunta tonta.

—Como todas las que haces.

—Eres una aburrida.

—¿Qué quieres, que me ponga a bailar bajo la lluvia?

—Solo si me dejas ser tu acompañante.

—No digas estupideces. —Tomo su mano, entrelazo nuestros dedos y tiro de ella hacia mí, obligándola a dejar de correr y voltear hacia mi dirección.

—¡Me estoy mojando!

—Eso es porque está lloviendo. —Sonrío admirando su dulce cara mojada; sus labios entreabiertos que me piden un beso a gritos desde hace mucho tiempo, sus ojos cafés que me recorren el rostro con nerviosismo, el pulso de su muñeca acelerado bajo el tacto de mi mano…, y disfruto de lo preciosa que está con la mata de pelo castaño oscuro empapado sobre su rostro y hombros. Le aparto un mechón mojado de la cara, y acerco mis labios a su oído lo suficiente como para escucharla soltar un pequeño suspiro que hace que mi

cuerpo tiemble—. La vida está para disfrutarla, ¿recuerdas? —Sonrío y le extiendo mi brazo, ofreciéndole el coger mi mano.

—Eres un idiota. —Es lo último que me dice antes de tomar mi mano y pegar su cuerpo por completo al mío. Me suelta solo para rodear mi cuello con sus brazos, y yo aprovecho para hacer lo mismo con su cintura, sintiendo miles de sensaciones preciosas recorrerme por completo, erizando mi piel y acelerando el pulso de mi corazón, como si fuese a salirse de mi pecho en cualquier momento.

Y aquella sensación maravillosa vuelve de nuevo, la de sentirme el hombre más poderoso y afortunado del universo por tenerla entre mis brazos, y a la vez, el más indefenso por saber que llegará un momento en el que tendré que dejarla ir. Ese cosquilleo tan profundo se hunde en mi estómago, y parece recorrer todo mi cuerpo hasta hacerme sentir cosas que ni siquiera escribiendo en un papel, como normalmente suelo hacer, soy capaz de explicar.

—Pero un idiota que te encanta.

Comienzo un pequeño baile, siguiendo nuestro propio ritmo imaginario; quizás el sonido de la lluvia cayendo, o puede que los latidos de nuestro corazón, que nos avisan que algo mágico se está empezando a crear entre nosotros.

CAPÍTULO 23

Eric

—¡Feliz cumplemés! —prácticamente grita mi amigo, al otro lado de la línea, en cuanto descuelgo el teléfono para cogerle la llamada.

Miro extrañado la hora, y compruebo que son las ocho de la mañana. Me resulta muy rara su llamada a esta hora.

—¿Qué dices tío? ¿Estás borracho?

—¿Por qué tendría que estar borracho? ¡Estoy feliz!

—¿Qué y cuánto has bebido esta vez? Venga, date una ducha, y acuéstate —me limito a contestar mientras coloco el último cojín que me queda en la cama de mi habitación.

—No he bebido nada, solo te estoy felicitando, colega. Eres un desagradecido —masculla, y frunzo el entrecejo. De verdad que no hay por donde pillar a este chico nunca—. Hoy se cumple un mes desde que llegaste a Francia, idiota. Hoy cumples un mes con tu bomboncito de café, ¿cómo lo vais a celebrar?

—Liam, recuérdame que no te coja más el teléfono, por favor.

—No hará falta, porque tengo una sorpresa para ti.

—Sorpréndeme. —Saco la ropa que me voy a poner cuando me duche, y la coloco a los pies de la cama, mientras espero a que mi amigo suelte alguna idiotez.

—Estoy en París.

—¿Qué haces en París?

—He venido a verte, Brownie. Te echaba mucho de menos.

Sé que está mintiendo y que ha venido por otro motivo, ya que en todo el tiempo que llevo fuera, dando vueltas por Europa nunca ha venido a verme, pero también sé que no me va a decir la verdad por mucho que se la intente sonsacar.

—¿Es que te has metido en algún lío? —Es lo primero que se me ocurre preguntar.

—Me estás ofendiendo, Harold. —Ahora me llama por mi segundo nombre, y no sé si reír, llorar, o colgarle—. Tenemos que ponernos al día, tengo algo que contarte. Vas a flipar.

—Cuéntame, ya nada puede sorprenderme más.

—Te aseguro que sí que vas a flipar muchísimo.

—¿Y es…?

—Tengo que colgar, pero escríbeme tu dirección y paso a verte pronto.

—¿Crees que esta es mi casa? No puedo meter aquí a cualquiera.

—Vuelves a ofenderme. No soy cualquiera, Harold. —Bufo, y lo noto sonreír desde la otra línea—. Solo quiero ir a saludar, y conocer a esas buenas personas que tan bien te están tratando.

—¿Te ha mandado mi padre?

—Tengo que colgar.

***

Me dirijo hacia el cuarto de baño, cuando un pequeño estornudo procedente de la habitación de Janelle, me interrumpe y me obliga a dar media vuelta y dirigirme hacia su dirección. La puerta está entornada, por lo que me tomo el atrevimiento de abrirla poco a poco, hasta que puedo ver a la chica que tan loco me está volviendo, sentada en su cama, tapada hasta arriba y con la nariz y los ojos completamente rojos e hinchados.

—Vete de mi habitación —es lo único que puede decirme antes de volver a soltar un estornudo.

—¿Estás enferma?

—No —contesta con la voz ronca.

Ignoro sus quejas, y me acerco hasta su cama.

—Deja que compruebe si tienes fiebre. —Extiendo mi brazo, acercando mi mano hasta su frente, pero no duda ni un segundo en apartarse hacia el otro lado, haciéndome soltar un suspiro—. Deja que compruebe si tienes fiebre —repito, completamente en vano.

—No tengo fiebre.

—Ya, y tampoco estás enferma. Te dije que cogieras mi chaqueta.

—¡No estoy enferma! —grita todo lo que su voz ronca le permite, antes de volver a estornudar. Esta vez sobre mi mano.

—Gracias, tenía pensado lavarme las manos justo ahora. —Inconscientemente pongo los ojos en blanco antes de limpiarme todo lo que puedo en mi camiseta.

—Lo siento.

—No pasa nada —contesto, acercando mi mano de nuevo a su frente y, antes de que pueda apartarse otra vez, la apoyo y aparto enseguida al comprobar que está ardiendo.

—Déjame. —Se aparta hacia un lado—. No tengo fiebre.

—Estás ardiendo.

—¿Tienes prueba de eso? —pregunta de forma burlona, dejándome anonadado con sus cambios de humor.

—¿Tu frente ardiendo? Me has quemado la mano.

—Te aguantas, por tocarme la frente sin mi permiso.

—Si es que eres una cabezota. Te dije que te pusieras mi chaqueta.

—Y yo que no quería ponérmela.

—Pues ahora por no hacerme caso mira cómo estás.

—Estoy bien —intenta articular—. Solo me duele un poco la garganta, tengo mocos, calor, frío y..., no puedo respirar.

—Vaya, sí que me equivocaba al decir que estabas mala —bromeo —. ¿Quieres que te traiga el desayuno?

—No, ya me levanto yo y me lo preparo. —Hace el amago de levantarse, pero la detengo todo lo rápido que puedo, obligándola a meterse en la cama de nuevo, y esta vez asegurándome de que esté bien tapada con su edredón.

—Tu quédate aquí, que ya te preparo yo el desayuno y te lo traigo a la cama, ¿vale?

—No hace falta —contesta sin dirigirme la mirada.

—Sí, si hace falta. Ni se te ocurra moverte o destaparte, Janelle.

—Vale, vale —dice a regañadientes. Sonrío de lado y le echo un último vistazo antes de salir de la habitación. Cierro la puerta con

cuidado de no hacer demasiado ruido, y niego con la cabeza, todavía sonriendo. Desde luego que esta chica es una completa cabezota. Pero una cabezota que me encanta.

Bajo los escalones casi de dos en dos, intentando llegar a la cocina lo antes posible, y una vez abajo, entro y saludo a toda la familia.

—Buenos días —saludo antes de cerrar la puerta de la cocina.

—Buenos días, Eric Brown —me saluda Henri. Los demás se limitan a saludarme con una pequeña sonrisa y a seguir con su desayuno.

—Ey, Tiffany, ¿ya has vuelto? —Sonrío pasando por su lado.

—Sí. ¿No ves que estoy sentada a tu lado? —contesta de forma sarcástica.

—¿Qué te pasa?

—No sé, pregúntale a Janelle. —Se cruza de brazos y parece estar…, ¿celosa?

—Ah sí, hablando de ella… Está enferma —le comunico a la familia. Enseguida Lilianne y Henri comienzan a hablar en un francés demasiado profundo, dejándome apartado de la conversación y sin entender nada.

—Mamá, ¿y con Eric qué haremos? —interviene Daphne.

—Se quedará en casa, a menos que tenga algo que hacer.

—Perdona, me he perdido —contesto yo, metiéndome en medio de la conversación.

—Este fin de semana nos vamos a un pueblo a pasar el cumpleaños de Tiffany. Fue hace unas semanas y lo celebró con sus amigas cuando estuvo de viaje, pero no habíamos tenido oportunidad todavía de hacerlo en familia. —Asiento—. Janelle iba a venir, pero si sigue enferma no creo que pueda hacerlo. Lo que no sé es qué vamos a hacer con ella, porque tampoco puede quedarse sola estando indispuesta.

—Yo puedo cuidarla —me ofrezco—. Voy a estar en casa escribiendo todo lo que pueda, y para mí no sería ninguna molestia.

—¿Seguro? —duda Lilianne—. Janelle cuando se pone enferma… Lo pilla todo bien pillado… Y además es muy cabezota, y cuesta que

se tome los medicamentos.

—Pues bueno, ya tengo plan para este fin de semana. —sonrío—. No te preocupes, la cuidaré lo mejor que pueda.

—Vaya, qué buen gesto por su parte —suelta Tiffany.

—Te dejaré todos los teléfonos de todas partes, la comida preparada…

—Mamá, que no tiene cinco años —ríe Bruno.

Me uno a su risa, y enseguida niego con la cabeza.

—No te preocupes tanto, puedes confiar en que la cuidaré con mi vida. Además, sé algunas recetas caseras para los enfriamientos que le hacía a mi hermana cuando se ponía enferma, y que la ayudaban a curarse mucho más rápido.

—Eres un amor, Eric —me sonríe Lilianne.

—Gracias.

—Bueno, pues ahora desayuna con nosotros.

—Lo siento, voy a prepararle el desayuno a Janelle y a subirlo, espero que no os importe. Cuando ella termine, desayunaré yo.

—Vas a tener hambre.

—Da igual, seguro que ella tiene hambre también. —Pongo a calentar un vaso de leche en el microondas mientras que le preparo dos tostadas con mermelada en un plato. Lo coloco en una bandeja con una servilleta, y justo después de sacar la taza del microondas, la pongo también sobre la bandeja—. ¿Puedo coger una naranja? Para que le dé vitaminas—explico.

—Claro —contesta sin dejar de observar todo lo que voy haciendo. Cojo una naranja del frutero que hay sobre la mesa, y también la coloco sobre la bandeja de su desayuno. Lilianne se levanta de la silla en la que estaba sentada, y se acerca a mí, cortándome el paso—. Déjame echarle un poco de miel a la leche, para que se alivie la garganta. —Asiento y observo como echa sobre la taza de leche caliente un poco de miel y, justo después, una pizca de canela.

—¿Y la canela?

—Hay que engañarla como a los niños pequeños; ya verás la que lía para tomar los medicamentos —suelta una sonora carcajada.

—Vale, iré con cuidado —sonrío, recibiendo por su parte, otra sonrisa como respuesta.

—Gracias por ofrecerte a cuidarla y tratarla tan bien Eric, eres un amor.

—No hay de qué —respondo antes de salir de la cocina.

Subo las escaleras de nuevo, esta vez con más cuidado, para no derramar la leche sobre los escalones o romper alguna cosa.

Una vez arriba, me dirijo hacia la habitación de Janelle, y la abro con cuidado. Me la encuentro con muy mala cara, sonándose la nariz con un pañuelo, y estornudando de nuevo, una y otra vez.

—Servicio de habitaciones —bromeo, adentrándome en el interior de su habitación con la bandeja entre mis manos. La coloco sobre sus piernas, y paso mi mano por su frente para comprobar que efectivamente, todavía sigue ardiendo—. Cuando desayunes, te pongo el termómetro.

—¿Y quién eres tú? ¿Mi querida tía Lilianne?

—No —sonrío—. Soy la persona que va a cuidar de ti hasta que tu familia venga de viaje.

—¿Tú?

—¿Quién mejor que yo para hacerte compañía? Hasta podemos montar una fiesta con tus mocos.

—Qué gracioso, me has quitado hasta el hambre.

—Come si no quieres que te dé el desayuno yo como si fueses un bebé. —Me mira con el ceño fruncido, y le señalo con el dedo antes de continuar hablando—. Y sabes que soy capaz de hacerlo.

—Vale —suspira.

—Mientras desayunas pensaré qué voy a hacer para poder domarte este fin de semana.

CAPÍTULO 24

Eric

—Todos los números que necesitas están colgados en la nevera —explica Lilianne rápidamente, casi sin dejarme entender lo que está diciendo—. Si tienes cualquier duda, llámame, mi número también está marcado —me aclara por cuarta vez, y asiento con la cabeza sonriendo de lado.

—Estaremos bien —intento tranquilizarla.

—¿Seguro? Me asomé a la habitación de Janelle y tiene peor cara que ayer. La dirección del hospital también está colgada en la…

—Nevera —termino diciendo—. Tranquila Lilianne, estaremos bien. La dejáis en buenas manos.

—Eso espero… —suelta en un suspiro.

—Lilianne, tenemos que irnos ya, los niños están esperándonos en el coche —dice Henri entrando en la cocina—. Procura cuidar bien de mi casa y de mi sobrina, Eric Brown. Recuerda que sé muy bien dónde vives, y dónde puedo encontrarte para destruirte. Y ni se te ocurra ponerle un dedo encima o…

—Tranquilo… —titubeo después de tragar fuerte. No quiero que justo ahora, saque la escopeta.

—Estás advertido —musita, antes de volver a salir.

—No te preocupes, lo hace para asustarte, pero sabemos que estaréis bien —Lilianne me sonríe y asiento, intentando volver a respirar.

Coge su bolso de encima de la mesa y después de colgarlo en su hombro, sale de la cocina. Me deja paralizado, pensando en el lío en el que estoy a punto de meterme. Y entonces escucho el cierre de la

puerta, avisándome de que mi pesadilla —o mi mejor sueño—, acaba de comenzar.

Realmente me estoy metiendo en un buen lío.

***

Decido prepararle el desayuno a Janelle, para subirlo a su habitación y tener una buena razón para despertarla, aún sabiendo que hacerlo es como intentar desactivar una bomba. Subo las escaleras con la bandeja haciendo equilibrio, asegurándome una vez más de no derramar nada por el camino.

Una vez arriba, camino hasta la habitación en la que duerme Janelle, y entro con cuidado de no hacer demasiado ruido. Pero al ver que ya está despierta, no me molesto en cerrar con cuidado, sino que lo hago de un portazo con la pierna.

Por lo menos no me ha tocado tener que despertarla yo, algo es algo.

—Buenos días —la saludo sonriente—. ¿Cómo está mi enferma favorita?

—Hola —contesta, acomodándose mejor en la cama, con la espalda sobre su almohada—. Mal. —Su voz suena ronca, y me dedica un pequeño puchero con su labio inferior que hace que parezca adorable, aun estando enferma.

—En cuanto te tomes el desayuno, te traigo la medicación.

—No tengo hambre.

—En ningún momento te he preguntado si tienes o no hambre. Vas a desayunar, no puedes tomarte los medicamentos en ayunas.

—¿Cuándo te has sacado el título de médico y no me he enterado?

—El mismo día que te sacaste tú el tuyo de cabezota y no quisiste ponerte mi chaqueta, y ahora mira cómo estás. —Sonrío al verla poner los ojos en blanco, y coloco la bandeja sobre sus piernas, estiradas sobre el colchón.

—Gracias —la escucho decir casi en un susurro.

—¿Qué has dicho? —pregunto, aunque me he enterado perfectamente de lo que me acaba de decir.

—Gracias.

—No te escucho, dilo más alto —sonrío de nuevo al ver que se está empezando a enfadar.

—¡He dicho que gracias! —Grita todo lo que su afónica voz le permite, y yo suelto una sonora carcajada.

—Ya, te había oído desde la primera vez.

Me siento en los pies de su cama, recibiendo una mirada asesina por su parte.

—Nadie ha dicho que puedas sentarte en mi cama.

—Come y calla ya, Janelle.

Abre la boca para seguramente rechistar, pero al parecer se lo piensa mejor y comienza a desayunar tranquilamente, dejándome descansar durante algunos minutos.

***

—Eh —digo en cuanto Liam me contesta la llamada.

—¿Ya me echas de menos? Hablamos anoche tío, eres muy dependiente.

—Los dueños de la casa no están, se han ido todo el fin de semana fuera, y Janelle está enferma. Estoy cuidándola. Había pensado que podías venir y echamos un par de partidas con la play de Bruno, así nos ponemos al día.

—Buah tío, me encantaría —empieza a decir dubitativo—, pero es que no estoy en París ahora mismo, y me pilla bastante más lejos Chartres.

—¿Dónde estás?

—Pues… —se toma una pausa de unos cuantos segundos antes de hablar. Sé que está buscando una excusa para darme, pero decido escucharlo—. Estoy en un pueblecito, es que no sé bien como se llama, ya sabes que aquí todo son nombres raros. He venido a hacer turismo.

—¿Y qué se te ha perdido exactamente en ese pueblecito? —Enarco una ceja, aunque él no pueda verme, porque empiezo a imaginarme que lo que le ha hecho venir hasta aquí es algún tipo de ligue, pero no

entiendo porque no quiere contármelo cuando siempre hemos hablado sin tapujos de esas cosas.

—Tiene… Tiene unas vistas preciosas. —Siento que sonríe al otro lado de la línea—. En cuanto vuelva, quedamos y te cuento todo, ¿vale?

—¿Estás con alguien, Liam?

—Hombre, solo en el mundo no estoy. Claro que estoy con alguien. ¿Es que te piensas que he alquilado el pueblo para mí solo?

—¿Con quién estás que no me lo quieres decir?

—Con la prima.

—¿Qué prima?

—La prima de tu bomboncito.

***

El resto del día transcurre con normalidad. Son alrededor de las siete y media de la tarde. Llevo todo el día dándole vueltas a la conversación que he tenido con Liam. Aún no me creo que esté saliendo con Daphne. Solo espero que no haga ninguna de las suyas, porque es muy buena chica y no se lo merecería.

Después de hacer la merienda, decido coger mi portátil y hacer algo útil con mi vida, pero claramente al lado de Janelle.

Me hace un hueco a su lado, y me siento junto a ella en su misma posición, con ambas piernas estiradas sobre el colchón y mi portátil entre ambas. Siento su mirada clavada en todo lo que hago, y eso me pone bastante nervioso.

—¿Qué vas a hacer?

—Voy a escribir.

—¿Ya te ha vuelto la inspiración?

—Mhm… Algo así.

—¿Puedo ver lo que estás escribiendo? —pregunta curiosa intentando mirar lo que tengo escrito por la pantalla.

—No. —Aparto el portátil de su vista—. Ya lo leerás.

—Pero quiero leerlo ahora.

—Este es un claro ejemplo de lo dura que es la vida, querida Janelle.

—Eres malo. —Se cruza de brazos y hace un puchero con su labio inferior y, por algún motivo, me veo obligado a sonreír al ver lo infantil que parece.

—A mí al menos no me duele todo el cuerpo ni tengo fiebre como tú.

—Me caes peor por momentos, Eric Brown.

—Pues igual que tú a mí, Janelle Janelle.

—No me llamo Janelle Janelle.

—Hasta que no me digas tu apellido, sí.

—Nunca te lo diré.

—¿Por qué? ¿Qué te pasa con tu apellido?

—Pues que es mío —contesta. En estos momentos me recuerda muchísimo a Sophie. Son bastante parecidas.

—Vaya, menuda lógica.

—Eric, ¿jugamos a algo? Me aburro.

—Estoy escribiendo —murmuro, sin apartar la vista del ordenador.

—Y yo me aburro. ¿Jugamos a la guerra de pulgares chinos?

—¿A la guerra de qué? —pregunto, sin haberme enterado de nada de lo que había dicho.

—De los pulgares chinos.

—No sé qué es eso, Janelle.

—¿Nunca has jugado?

—No.

—Pues déjame decirte, que entonces nunca has tenido infancia.

—A ver, ¿cómo se juega?

—Dame tu mano.

Se la extiendo, y no tarda demasiado en agarrarla con una de sus suaves y pequeñas manos, haciéndome sentir de nuevo aquel cosquilleo al que ya empiezo acostumbrarme a sentir cada vez que estoy a su lado. La miro durante algunos segundos, perdiéndome en su maravillosa mirada, y haciendo un pequeño recorrido por todas las preciosas, y para mí perfectas, facciones de su cara. Aprieta mi

mano, y siento como su piel está ardiendo, así que decido llevar la mía hasta su frente, encontrándome con que, efectivamente, está de nuevo ardiendo.

—Estás ardiendo, Janelle, te ha vuelto a subir la fiebre. —Hago el amago de levantarme para buscar el termómetro y traer también algunos paños con agua fría, pero me tiene agarrada la mano con tanta fuerza que me es imposible moverme. Además, sus ojos brillantes están completamente clavados en mí, cosa que me intimida, y a la vez me hace estremecer—. Suéltame un momento y déjame ir a por el termómetro, preciosa.

—No… —dice alargando demasiado la 'o'—. No quiero que te vayas…

—Janelle, no es bueno que tengas tanta fiebre.

—Shh. —Me rodea el cuello con las manos, produciendo escalofríos por mi espalda. Inclina la cabeza y, sus ojos, llenos de una intensidad que me desconcierta, se encuentran con los míos—. Eric…

—¿Sí? —Mi voz sale entrecortada, y soy incapaz de apartar la mirada de sus labios.

—Quiero que me beses —Susurra, acortando lentamente la distancia que había entre ambos.

CAPÍTULO 25

Janelle

Me despierto, por culpa de la molesta claridad, bastante temprano, lo que me hace estar de mal humor desde primera hora de la mañana.

Estiro mis brazos y el resto de mis articulaciones, intentando hacer más llevadero el dolor de cuerpo que aún tengo, aunque es bastante más leve que los días anteriores. Han pasado un par de días, y gracias a Eric y a la medicina que me obliga a tomar, me encuentro bastante mejor.

Llevo mi mirada hacia el suelo, y veo a Eric tumbado, con el cuerpo cubierto tan solo por una ligera manta.

—Eric... —lo llamo, intentando despertarlo con sutileza, pero al resultarme imposible, opto por destapar una de mis piernas y estirarla en dirección hacia su cuerpo, para utilizar mi pie para algo útil y divertido: despertar a Eric con fuertes sacudidas de un lado a otro. El pobre chico se despierta sobresaltado. Parece estar asustado, no sé si será porque he estado a punto de dejarle sin respiración al colocar mi pie sobre su nariz.

—¿Estás mal de la cabeza? —pregunta, con la voz más ronca de lo normal.

—Sí. Buenos días, Eric Brown.

—Estás mal de la cabeza —repite, pero esta vez en un tono afirmativo.

—Me siento mucho mejor —sonrío.

—Me alegro. Yo me siento como una completa porquería, y tengo frío.

—Eso te pasa por dormir en el suelo teniendo dos camas más en esta habitación para descansar.

—Estaba durmiendo a tu lado, y me empujaste al suelo en cuanto te quedaste dormida, pedazo de loca.

—Ups… —suelto una pequeña carcajada, que al parecer no le hace mucha gracia, porque se pone más serio todavía.

—Me duele todo el cuerpo, y tengo frío.

—A ver, déjame que te toque la frente. —No me hace falta insistir demasiado, ya que enseguida aparta los largos mechones de cabello que caen ya desde temprano por su rostro, y me deja espacio para posar mi mano sobre su frente, comprobando así que está ardiendo. Durante unos segundos se me olvida el motivo por el que estoy frente a su cara observando cada una de sus facciones tan de cerca, completamente boquiabierta. Creo que es mi corazón a punto de salirse de mi pecho el que me hace volver a la realidad—. Estás ardiendo, Eric —le digo, apartando rápidamente la mano de su frente.

—Me siento mal, pero no creo que sea para tanto.

—Pues tu frente ardiendo no opina lo mismo. Te pondré el termómetro. —Me levanto de la cama y hago el amago de acercarme a la mesita de noche para poder coger el aparato, pero Eric se coloca enfrente, cortándome el paso, y me agarra de las muñecas impidiéndome hacer cualquier movimiento.

—Janelle, no es bueno que tengas tanta fiebre.

—Shh —dije rodeando su cuello con mis manos, haciéndole estremecer y quedar sorprendido sin saber qué era exactamente lo que quería hacer—. Eric…

—¿Sí? —preguntó sin poder apartar mi mirada de mis labios entreabiertos.

—Quiero que me beses —susurré, acortando lentamente la distancia que había entre ambos.

—Eric, es mejor que te quedes tumbado —digo con la voz entrecortada al tenerle tan cerca, y obviamente al recordar aquel momento que vivimos hace tan solo dos días, y del que en este tiempo aún no hemos hablado, aunque tampoco tengo intención de hacerlo. Estoy demasiado avergonzada como para hablar con él sobre

eso o volver a repetirlo. Mi castigo está siendo recrear una y otra vez la escena en mi mente, y sentirla cada vez más real. Consigo soltarme de su agarre y empujarlo hacia mi cama—. Tápate y deja que te ponga el termómetro.

—Tú también estás enferma. ¿Por eso no quieres besarme otra vez? ¿Por qué no quieres que hablemos sobre eso? ¿Por qué me has estado evitando? ¿No te gus...?

—Duérmete, y calla ya de una vez —le interrumpo, tapándole la boca con una almohada que dejo sobre él antes de salir de mi habitación.

Suelto un gran suspiro. Aún me encuentro mal, pero me toca cuidar de Eric. Él ahora está peor que yo, y esta podría ser una bonita forma de agradecerle el haberme cuidado estos días. Así que bajo a la cocina, y le preparo el desayuno junto con la medicación sobre una bandeja. Mientras caliento mi leche en el microondas, tengo mi mirada fija en la puertecita, observando atentamente como la taza de leche da vueltas sobre el plato.

La distancia era cada vez más corta entre ambos, hasta el punto en que podía sentir su aliento mentolado sobre mis labios, y mi corazón cada vez latía más deprisa, luchando contra los latidos del propio Eric, a quien parecía que en cualquier momento le explotaría el corazón. Entreabrí mis labios, esperando el contacto con los suyos, y en cuestión de un par de segundos, sus labios tocaron los míos con suavidad y delicadeza.

Niego con la cabeza intentando borrar de mi mente aquellos pensamientos, la estúpida sonrisa que se me ha formado, y el estúpido rubor que ha empezado a atacar mis mejillas de nuevo. En estos dos días, no he podido dejar de recordar aquel momento ni un solo instante.

En cuanto me doy cuenta de lo que estoy haciendo, aparto mi mano de mis labios, dejando de intentar sentir de nuevo aquella sensación de tener sus labios moviéndose contra los míos. Parece sacada de una estúpida película y no, esto no es una película. Es la realidad, y tengo que ser consciente de ello. Tan solo fue un beso. Y

no puedo esperar que ese beso cambie mi pasado, y mucho menos que arregle mi futuro.

Agarro la bandeja con todas las cosas, y subo hasta llegar a mi habitación, encontrándome con Eric durmiendo plácidamente, abrazado a la almohada que antes le lancé a la cara. Niego de nuevo con la cabeza y dejo la bandeja sobre la cama de Tiffany. Agarro el cojín y la manta que ha usado Eric por la noche, y también lo coloco sobre la cama.

Me acerco hasta la mesita de noche, y con cuidado de no despertarlo, cojo el recipiente que los anteriores días había usado Eric para bajarme la fiebre, y voy hasta el cuarto de baño para llenarlo de agua fría y coger algunas toallitas nuevas. Arrastro la silla de escritorio hasta su lado, y después de colocar de nuevo el recipiente sobre la mesita de noche, meto una de las toallitas en el agua y la hundo. Le doy algunas vueltas con mi mano para que se empape, y después la escurro bien.

Aparto el pelo de su frente, y le coloco la toalla mojada. Con una de mis manos hago presión, y con la otra me dedico a perderme entre los pequeños rizos que se forman en su largo cabello, acariciando con delicadeza cada mechón. Su ceño está fruncido, y parece que está soñando con algo desagradable. O quizás sea por culpa de la fiebre.

—Shh... Tranquilo —le digo acariciando su pelo con mi mano, con cuidado de no despertarle, pero tratando de tranquilizarlo, aunque esté dormido y no me pueda entender—. Tranquilo —repito, esta vez quitando la toallita ya caliente de su frente, en la que deposito un pequeño y sonoro beso. Repito el procedimiento de mojar toallas y colocarlas sobre su frente hasta que noto que está menos caliente, y entonces decido dejarle descansar, no sin antes observar la cara tan adorable que tiene cuando duerme, y pasar mis dedos por sus suaves labios—. Qué estás haciendo conmigo, Eric Brown... —susurro para mí misma, teniendo la suerte de que está dormido y no puede oírme —. Me prometí a mí misma no volver a caer...

Mi cuerpo se paraliza durante algunos segundos. Un extraño sudor frío me empieza a recorrer el cuerpo, y siento que me comienza a

faltar el aire en cuanto veo reflejada en Eric la cara de aquella persona que me hizo tanto daño. Durante unos instantes, en mi mente han pasado a ser la misma persona, y mis ojos lo han visto, después de tantos años, dormir plácidamente abrazado a una almohada, como él siempre solía hacerlo.

Me levanto de la silla prácticamente temblando, sintiendo que las piernas me van a fallar en cualquier momento y que no voy a conseguir llegar al cuarto de baño, pero finalmente lo hago. Una vez dentro, me permito llorar y sacar todo el dolor que llevo dentro durante bastantes minutos, tantos, que llego a perder la cuenta.

Desbloqueo mi móvil y decido que es hora de enfrentarme a algo que llevo posponiendo mucho tiempo y que necesito hacer si quiero de una vez por todas volver a vivir. Tengo que borrar y escribir el mensaje muchas veces, porque los dedos me tiemblan, tengo la vista borrosa de tanto llorar, y apenas distingo lo que estoy escribiendo. Pero después de un buen rato, consigo hacerlo.

Janelle:

Hola, Amelie, he decidido volver a terapia. Necesito que
me des cita cuánto antes.

Lleno mi pecho de aire, lo mantengo durante algunos segundos, y lo dejo salir poco a poco antes de darle a enviar.

Estoy nerviosa, porque ir de nuevo significará enfrentarme otra vez a mí misma, a mis demonios, y a mi pasado. Y llevo huyendo de todo eso durante mucho tiempo, viviendo en modo supervivencia y alejando a todo el mundo de mi vida para que no me hagan sufrir ni hacerles daño con los pedazos rotos de mi corazón.

Decido que necesito un baño para despejarme.

Así que mientras se llena la bañera, pongo mi playlist de Coldplay, y empiezo a desnudarme.

Eric

Está aquí.

Ethan está aquí.

Me despierto sobresaltado, después de haber visto desaparecer a mi hermano de la habitación en cuanto cruzamos miradas, y no sé si es obra de la fiebre y lo mal que me encuentro o si es realidad, pero juro que lo he visto, que ha estado aquí, que me ha encontrado.

Tengo escalofríos por todo el cuerpo. Estoy temblando, y ahora mismo no es por la fiebre.

—¿Tú? —pregunto todavía somnoliento, pero sin dejar de tiritar. Estoy empezando a tener ganas de vomitar.

—¿Yo qué? —me pregunta Janelle entrando en la habitación con uno de sus pijamas extra-calentitos. Así es como los llama ella.

—Él, él está aquí —balbuceo, negando con la cabeza sin dejar de temblar. Veo todo borroso y siento que alguien me está ahogando. No sé si es el peso de la culpa, o son las lágrimas que estoy tratando de reprimir.

—¿Quién es él?

—Ethan, Ethan está aquí. ¡Ethan está aquí! —Empiezo a moverme con nerviosismo, y mi cuerpo empieza a dar saltos en la cama. Veo que Janelle está algo asustada, pero se está acercando a mí—. Necesito irme de aquí.

—¿Estás delirando? —pregunta, antes de poner su mano sobre mi frente—. Creo que te ha vuelto a subir la fiebre. Iré a recargar el agua y a traerte toallitas nuevas, ¿vale?

—No. ¡No puedes irte! Está aquí, puede hacerte algo. Él…

—Será mejor que vaya ya a por los paños fríos. —Veo que agarra entre sus manos el recipiente con agua y los paños usados, y sale de la habitación para adentrarse segundos después en el cuarto de baño. Cuando vuelve, siento que estoy más relajado. Apenas puedo moverme, pero estoy a punto de dormirme. Me arropa con el edredón y me deposita un beso sonoro en la nariz—. Nos espera un día muy largo, Eric Brown. —Es lo último que escucho antes de volver a quedarme profundamente dormido.

CAPÍTULO 26

Janelle

—Buenos días, Eric.

—Buenos días —contesta después de sonarse la nariz.

—¿Te sientes mejor?

—Sí, estoy mejor.

—He pasado gran parte de la noche vigilando que no te subiese más la fiebre. Y no has vuelto a tener desde las dos. Creo que eso es bueno.

—Sí, gracias.

—Mis tíos llegarán en un rato. ¿Quieres que te prepare algo para desayunar mientras tanto?

—Me da igual, no tengo mucha hambre —murmura acomodándose en la cama, quedando sentado con su espalda apoyada sobre su propia almohada.

—¿Te pasa algo? —pregunto acercándome a él.

¿Habré hecho algo mal? ¿Será por el beso del otro día?

—No.

—Claro que te pasa algo.

—Es que… Juraría que ayer vi a alguien entrar en la habitación.

—¿Qué? ¿A quién?

—A mi hermano Ethan.

—¿A tu hermano? ¿En mi casa? —pregunto lentamente, intentando encontrar alguna lógica a sus palabras, y él asiente con la cabeza, todavía con el ceño fruncido.

—Le vi entrar en la habitación, mientras tú estabas en el baño duchándote y…, metió algo en el armario de Tiffany. No pude ver bien qué era. La fiebre me lo impidió, pero le vi. Era él. Ethan estuvo aquí anoche.

—¿Y no crees que tiene más sentido que estuvieses delirando por la fiebre?

—No, te juro que le vi. —Se destapa, y hace el amago de levantarse de la cama, pero le detengo. Todavía necesita descansar un poco más —. Voy a mirar en el armario de Tiffany, y a buscar lo que dices que Ethan escondió, así verás que no me estoy inventando nada.

—No digo que te estés inventando nada, Eric. Pero anoche tuviste mucha fiebre, puede que todo esto fuese a causa de eso. Es imposible que alguien se haya colado ayer en casa sin darme cuenta, y que encima esta persona sea tu hermano… ¿Qué pinta tu hermano en mi casa?

—No lo sé, pero voy a buscar lo que escondió en el armario.

—Vuelve a taparte y quédate metido en la cama, lo buscaré yo, ¿vale? —digo para intentar tranquilizarlo, aunque sé perfectamente que nadie ha entrado en casa, y mucho menos ha escondido algo en un armario, pero al menos así se quedará tranquilo si lo hago.

—Vale, pero busca bien.

—Sí, tranquilo —contesto. Me levanto y ando hasta el armario de Tiffany. Lo abro y rebusco por todas partes, haciendo hincapié en los cajones, tal y como me ha pedido que haga Eric. Pero por mucho que busco… No hay nada fuera de lo normal o que no hubiese antes—. Eric…

—¿Qué? ¿Qué has encontrado?

—Nada, no hay nada.

—No puede ser —suspira—. Te prometo que le vi, que ayer estuvo aquí.

—Eric, ayer tuviste mucha fiebre.

—¡Janelle! —masculla enfadado—. Te estoy diciendo que le vi, ¿es que no me crees? —Me mantengo callada durante algunos segundos, lo que le hace resoplar y pasarse las manos por la cara—. No me crees, ¿verdad? —pregunta con esos ojos verdes que tan perdida me tienen, obligándome a perderme en su mirada esmeralda, y haciéndome imposible decirle que no a algo.

—Si te creo, pero… —El sonido de unas llaves me interrumpen, avisándome de que mis tíos ya han llegado a casa. Recuerdo que tengo las llaves echadas, por lo que decido bajar corriendo para quitarlas de la cerradura, y dejarles abrir la puerta con normalidad.

Eric

—¿Vas a bajar a cenar?

—No lo sé, tengo sueño y prefiero dormir.

—Creo que es mejor que bajes, te vendrá bien comer algo. Además, hay alguien que tiene algo que decir esta noche.

—¿Quién?

—No lo sé. Eso es lo único que me han dicho, por eso es importante que estemos todos.

—Creo que ahora tengo más razones para quedarme aquí arriba —río—, será algo familiar, y yo no soy de la familia.

—Para mí ya lo eres tío, así que baja —me dice antes de antes de salir de la habitación.

—Está bien —contesto en un suspiro.

Una vez abajo y todos en la mesa, comenzamos a cenar, sin dejar de estar pendientes de la noticia que se tenía que dar. ¿Sería sobre Janelle?

—Mamá —llama Bruno a Lilianne.

—¿Sí? —le responde, pinchando sobre un trozo de carne con su tenedor.

—No estarás embarazada, ¿no? Que ya no tienes edad para eso.

—Claro que no. La noticia no es sobre mí —contesta con tranquilidad ante su broma.

—¿Entonces?

—Es sobre mí —interviene Daphne.

—¿Tú eres la que estás embarazada? —Pone de cara de terror, y yo niego con la cabeza mientras remuevo con el tenedor las verduras que acompañan a la carne que estamos cenando. No mentí cuando le dije a Bruno que no tengo demasiada hambre.

—No. —La veo poner los ojos en blanco—. No hay nadie embarazada, Bruno.

—¿Y qué es lo que tienes que decirnos? —pregunta en esta ocasión Henri, con el semblante bastante serio—. Espero que sea algo bueno.

—Veréis… Estoy saliendo con alguien. —Los ojos se me abren como platos, pero no más que al resto de la familia. De hecho, escucho hasta un cubierto caer al suelo—. Y está aquí. Lo he invitado para poder presentároslo esta noche. —El brócoli que estaba tragando se me queda atorado en la garganta y empiezo a toser. Me falta el aire, y me tienen que dar un pequeño golpe seco en la espalda antes de empezar a beber agua. No me creo lo que estoy a punto de presenciar. Esta noche se va a liar.

—¿Qué estás diciendo, Daphne? —gruñe su padre dando un fuerte manotazo sobre la mesa. Creo que la idea no le ha hecho mucha gracia. Tiene la vena del cuello hinchada, y la cara roja de nuevo. *«Liam, corre porque ahora sí que va a sacar la escopeta»*—. ¿Cómo vas a estar saliendo con alguien? ¡Eres solo una niña! Y no sabíamos la existencia de ese engendro. —Suelto una pequeña carcajada, y Janelle me echa una mala mirada. Sé que me está pidiendo que no llame la atención, pero no puedo evitarlo—. ¿Y ahora dices que viene a casa? ¡Sobre mi cadáver!

—Está fuera esperando, papá. Sé amable, por favor.

—Lilianne, ¿la estás escuchando? Tu hija se ha vuelto loca.

—Henri, por favor, no es una niña. Ha tenido la confianza de contárnoslo. Deja que nos presente primero al chico.

—Voy a ir a por la escopeta. —Se levanta del asiento y sale de la cocina.

—¿Contigo también es tan sobreprotector? —pregunto en un susurro a Janelle.

—Un poco, así que ya sabes, ten cuidado —me guiña un ojo, y me siento el cuerpo estremecer.

***

Estamos todos en el salón esperando que Daphne aparezca con su ligue —que yo ya sé que es Liam—, y Henri no para de dar vueltas con cara de querer asesinar a alguien por toda la sala mientras Lilianne intenta calmarle. Los dos pequeños se han ido a dormir; creo que les da un poco igual el tema. Tiffany está como siempre, con cara de asco y pocos amigos. Bruno parece algo tenso y Janelle nerviosa. Pero creo que no más que yo, porque no tiene ni idea de cómo es Liam, y de cuanto la puede liar si no se controla con esta familia.

No sé qué es lo que realmente pretende, pero ya hablaré con él para advertirle de que no juegue con Daphne, porque es una buena chica y no se merece ser una más en su lista infinita de ligues.

—Hola —saluda Daphne, casi en un susurro, entrando en la sala acompañada de Liam. Prácticamente le saca una cabeza y media, y se ven bastante monos juntos.

—Ey, qué pasa familia —saluda el muy estúpido, con una sonrisa deslumbrante. Janelle se lleva las manos a la cara. Bruno se tensa más, y Tiffany suelta una risita. Lilianne lo mira con dulzura —como prácticamente a todo el mundo—, y Henri creo que está a punto de sacar la escopeta.

—Ni familia ni leches, habla con respeto —espeta Henri—. Preséntate.

—Soy Liam —le contesta—, y soy el novio de esta princesa de aquí. —La señala con la cabeza sin dejar esa sonrisa que siempre tiene en la cara. Porque pase lo que pase, él siempre sonríe.

—Voy a matarlo —masculla entre dientes Henri mirando a Lilianne, y ella niega con la cabeza.

—Hola querido, ¿cómo estás? Soy Lilianne, la madre de Daphne. ¿Por qué no nos sentamos, y nos cuentas un poco más sobre ti?

—Claro señora, será un placer. —El muy bribón la coge por los dedos, y le planta un pequeño beso en la mano.

—Míralo, qué amable es —le dice Lilianne a Henri, lo que le hace enfurecer aún más.

***

—¿Crees que les ha caído bien? —pregunto entrando en el cuarto de baño detrás de Janelle.

—¿Qué haces? Voy a lavarme los dientes.

—Pues me los lavo contigo, así no me aburro.

—Qué pesado eres.

—¿Crees que les ha caído bien o no?

—A mi tío no le cae bien ninguna persona del sexo opuesto que se acerque a alguna de sus niñas, Eric. —Suelta una carcajada mientras coge su cepillo de dientes y le quita la tapa. Durante la charla ha salido a relucir que somos mejores amigos, lo que por un lado tranquilizó a la familia, y por otro, me puso un poco en el punto de mira a mí, porque según Henri, he mal influenciado a su pequeña hija presentándole a mi amigo, cuando ni siquiera sé todavía cómo se han conocido ni cuánto tiempo llevan saliendo.

Nos lavamos los dientes entre risas, algún que otro roce y empujones en la cadera para tener más espacio en el espejo y dejar al otro sin sitio.

—¿Vas a ir?

—¿A dónde?

—A la boda de Aria.

Aria nos había dicho que se casaba y que estábamos invitados. Después de la fiesta, Janelle y ella habían seguido en contacto, aunque no sé cuánto, pero sí sé que el suficiente como para animarse a invitarla. Al fin de cuentas, han sido muy importantes la una para la otra durante su vida. Y a mí me invitó como su acompañante; al parecer está muy agradecida conmigo por haberla ayudado a empezar a reconciliarse con Janelle, aparte de que hemos hecho muy buenas migas. Parece muy buena chica, y también ha sufrido mucho.

—No lo sé, Eric.

—Piénsalo. Para ella sigues siendo muy importante. Te ha echado mucho de menos, y sé que tú a ella también. Vuestra relación no será la misma porque ya no sois las mismas, pero al menos podéis daros la oportunidad de recuperar el tiempo perdido, y ofreceros esta

nueva versión de vosotras. Además, creo que con el tiempo te arrepentirás de no haber estado en un día tan importante para ella, y lo sabes.

—Odio cuando te pones tan filosófico, Eric Brown.

—Odias muchas cosas de mí al parecer.

—Muchísimas, no te haces una idea de cuántas.

—Entonces, ¿por qué me besaste? —me atrevo a preguntar, acorralándola contra la puerta del baño—. Si me odias tanto, ¿por qué siempre me buscas? ¿Por qué te pones celosa si hablo con otras chicas? —Clavo mi mirada en sus labios—. ¿Por qué me besaste, Janelle? ¿Y por qué no me besas ahora? —Uno nuestros cuerpos, y recibo un jadeo por su parte, lo que me hace estremecer y respirar más fuerte.

Su respiración también es rápida y acelerada, y sus ojos están clavados en mi boca, que está esperando poder saborearla de nuevo.

Se humedece los labios y algo dentro de mí se enciende.

—No puedo —contesta casi en un susurro, sin dejar de mirar mis labios. Pego de nuevo mi cuerpo al suyo para sentirla, porque necesito sentirla lo más cerca posible de mí, y cualquier milímetro de distancia es una tortura ahora mismo.

—¿Qué no puedes? —Le acaricio el mentón, y acerco mis labios a su boca muy despacio, ya que no quiero que se aparte y salga huyendo. Quiero disfrutar del momento; disfrutar de las sensaciones que nos produce el estar tan cerca el uno del otro. Porque yo sé que ella también lo está sintiendo ahora mismo. Yo sé que ella también necesita acortar esta distancia de una vez por todas, y ahogar este deseo.

—No puedo darte lo que quieres.

—¿Y qué quiero?

—Mi cuerpo —contesta echando la vista abajo, y viendo lo unidos que estamos. Y sé que está notando cómo me hace sentir ahí abajo. Ojalá supiera que no es lo único que provoca en mí—. Quieres acostarte conmigo.

—¿En serio eso es lo que piensas? —Me separa de ella, y siento que algo se acaba de romper en mi interior. ¿Cómo puede pensar qué eso es lo único que quiero de ella?

—Eso es lo que quieren todos, Eric. Mírate. —Me echa un vistazo y clava su mirada en mi entrepierna, y entonces niego con la cabeza.

—Estás muy equivocada. No quiero acostarme contigo.

—Ah, ¿no? —me responde confundida.

—Bueno, sí que quiero. Pero no es lo único que quiero hacer contigo. Y llegados a este punto, pensaba que ya te habrías dado cuenta. Nunca he sido de tener relaciones, ni de creer en el amor, ni he querido estar atado a nadie. Pero contigo es diferente. Me haces sentir miles de cosas que no había sentido antes. Contigo quiero hacerlo todo. Quiero hacer el amor. Quiero vivir experiencias. Quiero reír como lo hacemos siempre. Quiero conocerte. Quiero ayudarte a que te veas como yo te veo, y a que mejores. Quiero ser tu apoyo y tu compañero, y quiero ser tu mejor amigo. Quiero recorrer el mundo como he estado haciendo, y también tener un hogar donde volver porque tú estarás allí. Y da igual donde esté, porque me bastará con saber que tú estarás esperándome.

—Tampoco puedo darte eso ahora mismo. —Una lágrima cae por su mejilla. Acuno su cara con mis manos, y le limpio las lágrimas con la yema de mis dedos, asintiendo con la cabeza—. Necesito tiempo.

—No me importa esperarte, ni me importa lo difícil que vaya a ser, si sé que al final del camino vas a estar tú para recibirme con los brazos abiertos, dispuesta a entregarte y vivir nuestra historia.

CAPÍTULO 27

Janelle

—Y dime Janelle, ¿qué te ha hecho dar el paso de volver a terapia? ¿Por qué sientes que lo necesitas?

Me quedo callada durante algunos segundos. Tengo miles de razones y a la vez ninguna en concreto, así que no sé bien que responder. Aunque con Amelie tengo cierta confianza después de tantos años, y al final siempre acaba fluyendo sola la conversación, lo cierto es que no se me da bien hablar con las personas. Así que estoy muy nerviosa.

—Porque necesito volver a vivir —contesto por fin, en un hilo de voz, y ella asiente antes de tomar nota en su ordenador.

Echo un vistazo a mi alrededor, y un escalofrío me recorre la espalda. Cada espacio de este lugar está cargado de recuerdos que me persiguen desde hace muchos años, y las imágenes pasan por mi mente de una forma tan vívida que me hacen temblar.

—Cuéntame un poco más cómo era vuestra relación —indagó, dándole vueltas al bolígrafo que tenía entre sus manos.

—Como cualquier relación normal.

—¿Crees que lo normal en una relación son los gritos, los golpes, las humillaciones, las…

—¡Pare! —la interrumpí con un chillido, comenzando a llorar desconsoladamente—. Usted no tiene ni idea de nada. Nosotros nos queríamos. Era yo la que le hacía enfadar, y por eso a veces se ponía nervioso. Pero no era su culpa, sino la mía. Él iba a cambiar, sólo necesitaba un poco de tiempo y paciencia.

—Vale. Indaguemos un poco en eso. —Su voz sonó suave—. ¿Qué es lo que tú crees que hacías para enfadarlo?

—Pues…, no lo sé —musité dubitativa. Porque no sabía qué responder para que ella no me juzgase también. Porque nadie entendía lo que Brad y yo habíamos tenido, ni lo mucho que nos amábamos. Y nadie podría hacerlo nunca—. A veces era por cosas que hacía mal, pero otras, por cualquier cosa —seguí diciendo—. Le enfadaba que me arreglara demasiado; que tuviera que estudiar o posponer algún plan que él quisiera hacer, que pasara tiempo con mis amigas y mi familia. También que algún chico me mirara o hablara conmigo.

—¿Y crees que todas esas cosas que me has mencionado son un motivo para enfadarse contigo?

—Sí, supongo que sí.

—Vale… —asintió con la cabeza—. ¿Y crees que eran motivo para levantarte la mano? ¿Crees que eso está bien?

—No —contesté entre sollozos—. Pero solo lo hacía cuando estaba demasiado nervioso o cuando se colocaba. Él era muy bueno conmigo, solo necesitaba que yo fuera paciente y le quisiera con todas mis fuerzas para poder cambiar.

—¿Qué te hacía pensar que él iba a cambiar después de cada episodio de violencia?

—Él me prometía que nunca más volvería a hacerlo, que me amaba más que a nada en el mundo, y que jamás querría hacerme daño.

—Sin embargo, siempre acababa haciéndote daño de una forma u otra —se atrevió a debatir Amelie—. ¿Cómo se comportaba después de eso?

—Se transformaba en el mejor novio del mundo, en el chico del que en un principio me enamoré. Y yo me aferraba a esos pequeños momentos con todas mis fuerzas, con la esperanza de que, si era un poco más paciente, todo cambiaría y él podría ser así todo el tiempo.

—Janelle. —Sus ojos se encontraron con los míos de nuevo—. ¿Qué sentías cuando te golpeaba?

—Al principio, mucho miedo —conseguí decir, pese a que no podía dejar de llorar, tanto que a veces me quedaba sin respiración—. Vergüenza por permitirlo una y otra vez. También..., rabia por tener que aguantar que me tratara así. Y una tristeza tan profunda que me ahogaba. Porque no entendía como alguien que me amaba, era capaz de hacerme tanto daño. —Amelie asintió y volvió a escribir en su ordenador.

—Antes me dijiste que en varias ocasiones lo dejasteis. ¿Alguna vez pensaste en hacerlo definitivamente?—Asentí—. ¿Qué te impedía hacerlo?

—Tenía miedo de quedarme sola, de no ser capaz de vivir sin él. Brad era todo para mí, y cada vez que lo dejábamos, me sentía vacía. También tenía miedo de que él hiciese algo malo. Siempre me amenazaba con hacerse daño o matarse, y a mí me daba miedo que pudiera cumplir con sus amenazas en algún momento.

—Entiendo que recordar y contarme todo esto, está siendo muy difícil para ti. Y te agradezco que lo hagas —Me dedicó una pequeña sonrisa—. Me gustaría saber ahora, cómo te sientes después de haber hablado un poco sobre el tema, y cómo te sientes contigo misma.

—Sorprendentemente, me siento un poco más liberada. Pero siento que nadie puede comprender lo que pasamos. Sé que todos pensáis mal de Brad, pero vivimos muchos buenos momentos. Él me quería y era muy buena persona. Solo necesitaba...

—¿Y qué necesitabas tú? —me interrumpió—. Has estado anteponiendo sus intereses y necesidades a las tuyas propias, hasta el punto de dejarte hundir en su miseria. ¿Es eso lo que tú querías y necesitabas?

—No.

—¿Cómo te sientes ahora?

—Vacía y perdida. Él lo era todo para mí, y desde que se fue, me quedé sin nada. No sé quiénes son mis amigos, qué es lo que me gusta y qué no. Ni qué es lo que quiero. No sé quién soy —terminé afirmando.

—Lo entiendo —contestó—. Es normal que te sientas así. Has pasado por una relación tóxica y abusiva. Y por episodios muy traumáticos. Él te absorbió en su mundo, tanto, que perdiste de vista cuál era el tuyo. Pero quiero que recuerdes que, aunque él tuviera problemas, no era justificación para que te tratara de esta manera. Y que tú no tenías la responsabilidad de curarle o hacerle cambiar, sino que la tenía él mismo. Nadie tiene derecho de hacerte sentir de esa forma, ni de tratarte como él lo hizo bajo la oscura sombra de un supuesto amor. Porque Janelle, lo que vivisteis, no era amor. El amor no te hace sentir inferior; no te insulta y golpea, no te hace sentir que estás loca, o que eres la culpable, ni te hace llorar hasta quedarte dormida. El amor no te consume ni apaga tu brillo. El amor no duele. Pero tú no tienes la culpa de lo que pasó, y quiero que trabajemos para que te grabes en la mente esto. Quiero ponerte una tarea para la próxima semana.

—Vale.

—Vas a empezar un diario con tus emociones. Quiero que recuerdes momentos que viviste junto a Brad y los escribas, que plasmes tus pensamientos y sentimientos en ese momento y cómo te sientes ahora. También, quiero que hagas una lista con cosas que él te decía y te hacían sentir mal, y que las cambies, por lo contrario, buscando cosas buenas en ti.

—Vale, lo intentaré.

—Y, por último —siguió diciendo—. Quiero que imagines que alguien a quien quieres mucho te estuviera contando lo que tú has vivido. ¿Qué le aconsejarías? ¿Cómo la consolarías? Escríbelo e intenta dirigirlo a ti misma.

***

—¿Cómo te sentiste cuando murieron tus padres?

—Abandonada y sola.

—¿Y cuando se fue Brad?

—Abandonada, sola y reemplazada.

***

—Janelle, por favor, tienes que comer —musitó la tía Lilianne sentándose en el borde de mi cama, con una bandeja llena de comida entre sus piernas.

—No quiero comer.

—Llevas muchos días sin comer, no puedes meterte tanta medicación en el cuerpo sin tener alimento en el estómago. Haz un esfuerzo y come algo. —Me ofreció la bandeja y la tiré de un manotazo al suelo, poniendo toda la habitación perdida.

—¡No quiero comer, solo quiero morir!

***

—¿No quieres ver al bebé?

—No quiero verla, ni siquiera me lo mencionéis. ¡Lleváosla de aquí! —grité, intentando arrancarme los cables que tenía conectados a mi cuerpo, para salir huyendo de esa maldita habitación de hospital.

—Es tu hija, te arrepentirás si no lo haces ahora.

—Ni se te ocurra decir esas palabras. La he tenido porque esperaba que él volviese, ¡pero no ha vuelto! ¡No ha vuelto! —repetí entre lágrimas, apretando con fuerza los puños con la intención de hacerme el mayor daño posible con mis uñas.

—Y no va a volver, y cuanto antes lo asumas, será mejor.

—Yo la cuidaré por ti, Janelle —propuso Pauline, agarrándome la mano y obligándome a destensarla.

***

—¿Te has tomado ya las pastillas? —preguntó la doctora en cuanto me vio tragar el vaso de agua que me había dado.

—Sí.

—A ver, abre la boca y saca bien la lengua. —Puse los ojos en blanco, pero le hice caso, y me sonrió—. Muy bien, sigue así y te curarás pronto, cariño.

Cogió el carrito en el que llevaba el resto de las bandejas para los otros pacientes, y salió de la habitación. Y fue entonces cuando escupí las pastillas que había estado guardando debajo de la lengua.

No quería curarme, yo sólo quería morir.

***

—Tus tíos me han comentado que has vuelto a emborracharte en diferentes fiestas, ¿por qué lo haces Janelle? Me gustaría saber qué sientes antes, durante y después de hacerlo.

—Porque no quiero sentir dolor y es la única manera de olvidarme de todo por un rato. Y después de hacerlo me siento miserable.

***

—No puedo sentir nada doctora. No sé qué me pasa, pero sólo logro sentir las emociones negativas. No soy capaz de sentir nada más allá del dolor físico y, sobre todo, el emocional.

—Lo entiendo. Y quiero que sepas que es normal sentirse así. Lo que has pasado ha dejado una huella muy profunda en ti. Y quizás estás utilizando un mecanismo de defensa para protegerte a ti misma. Pero..., ¿hay alguna emoción positiva que hayas experimentado en estas últimas semanas? Intenta pensar, seguro que hay algo.

—Los momentos que he pasado junto a Sophie.

***

—¿Y cómo te sientes ahora?

—Siento que estoy viviendo sin vivir. Es algo raro, doctora. Los días pasan, pero yo no paso con ellos. Solo es un día más y no siento nada. Hago las cosas de forma automática, pero ya no es que no sienta placer por las cosas que antes me gustaban, como le he dicho en otras ocasiones, es que ni siquiera siento nada. Estoy completamente vacía. Él se llevó todo de mí, y desde entonces no he logrado ser la misma. Lo intento, de verdad que lo intento.

Rompí a llorar, y sin dudarlo, Amelie se acercó a mi lado y me dio un pequeño abrazo, que más allá de hacerme sentir más débil y vulnerable, no despertó en mí ninguna emoción más, aunque se lo agradecí.

—Yo sé que te estás esforzando. Llevamos tiempo viéndonos, y has avanzado mucho. Sé que te está suponiendo un esfuerzo muy grande, pero lo vas a lograr. Vas a poder.

—¿Y si no puedo? —sollocé—. Creo que estoy tan acostumbrada a estar mal, que no sé vivir de otra forma.

—Lo que estás haciendo no es vivir, sino sobrevivir cada día. Y es hora de que empieces a vivir, y para ello debes enfrentarte a tu pasado y a esa niña que fuiste y a la que tanto daño le hicieron, reconciliarte con ella y soltar lo que te ata a él. Si no lo haces, no podrás continuar.

—Janelle, ¿estás bien? —pregunta Amelie, sacándome de mis oscuros pensamientos. Y para cuando me doy cuenta, estoy llorando. Me ofrece una servilleta para que me seque las lágrimas, y eso hago, aunque no puedo parar de llorar. No sé si he hecho bien en volver aquí, no sé si estoy preparada para esto—. ¿Y bien? —vuelve a preguntarme después de unos minutos de silencio, en los que no digo nada, pero ella tampoco me presiona para que lo haga, lo cual le agradezco. Mira entre las notas de su ordenador, donde sigue teniendo mis informes, y donde figura todo lo que apuntó la última vez que estuve en consulta, cuando prácticamente salí huyendo de la sala como una cobarde—. ¿Estás preparada para reconciliarte contigo y dejar el pasado atrás, Janelle?

—Sí, creo que lo estoy.

***

Miro mi reloj y veo que son las 18:00 cuando salgo de la consulta de Amelie. Estoy en París y tengo claro qué es lo que voy a hacer. Suelo venir aquí a echar fotos, por obligación para las clases y porque mi familia piensa que no me supone un problema. Pero esto solo demuestra que no me conocen en absoluto, porque me supone más

de un ataque de pánico que me callo, noches sin dormir, y lágrimas que también guardo para mí. Aquí todo me recuerda a él. Las calles. El ambiente. La gente. Hasta el olor del asfalto.

Pero me mentalizo que lo único que queda de él en París es su recuerdo; que no va a volver para hacerme daño, y que está en mi mano que desaparezca por completo.

Vuelvo a mirar la pantalla de mi teléfono para asegurarme de que la dirección en la que estoy es la misma que me han enviado, y suspiro antes de tocar el timbre de la casa.

Una pelinegra de metro setenta y ojos negros azabache me abre la puerta. Lleva el pelo rizado recogido en un moño, y va vestida con unos vaqueros y un jersey. Me mira desconcertada durante algunos segundos. Creo que no tenía esperanzas de que realmente viniera, pero en cuanto nuestros cuerpos se relajan, me sonríe de lado, y eso hace que me calme un poco, aunque siento que se me va a salir el corazón por la boca en cualquier momento.

—Pasa, anda. —Se hace a un lado y me deja pasar, para justo después cerrar la puerta y dejarme un bonito plano de su estudio; todo decorado con tonos tierra, beige y blanco, aunque con bastantes pinceladas de toques rosas en la decoración. Veo que sigue siendo su color favorito. Al menos ella no ha cambiado tanto—. ¿Quieres tomar algo? ¿Té? ¿Café? ¿Zumo?

—Un vaso de agua estaría bien —me limito a contestar, y ella me asiente, aunque cuando vuelve a aparecer en la zona del salón, lo hace con dos tazas y un paquete de galletitas.

—Creo que venir a mi casa después de tantos años y ofrecerte solo un vaso de agua era un poco triste —empieza a decir rápido, sin mirarme a la cara, mientras coloca las cosas sobre la mesa de centro, al lado del sofá—, así que te he traído un vaso de leche calentita y galletas, como en los viejos tiempos cuando nos teníamos que poner al día. —Me mira con una sonrisa tímida desde el sofá y da unas palmaditas a su lado—. Y ahora, siéntate.

Siento que el nudo que tengo en la garganta cada vez me aprieta más fuerte, pero trago con fuerza y me acerco a su lado. No me

avergüenza sentir los ojos aguados, porque veo que ella me mira de la misma forma.

—Lo siento —es lo único que me sale decir después de unos minutos de silencio—. Lo siento mucho, Aria.

—No tienes que pedirme perdón, tienes que pedírtelo a ti misma. —Son las palabras justas que necesito para romper a llorar desconsoladamente. Ella me abraza con fuerza, y así permanecemos durante muchos minutos. La verdad es que pierdo la noción del tiempo y de cuánto pasamos abrazadas y llorando en el sofá de su estudio.

—Me comporté tan mal contigo cuando solo querías ayudarme… Yo… —sollozo contra su hombro sin dejar de llorar.

—Shh —me calla, acariciando el pelo que cae por mi espalda—. Eso ya es pasado. ¿Vamos a seguir perdiendo más tiempo de nuestra vida pensando y hablando de esos años? Ambas sufrimos Janelle. —Su voz suena entrecortada, pero carraspea y rápidamente se recompone —. Yo he conseguido salir, ahora te toca a ti. Un día te prometí que siempre estaría a tu lado. No vuelvas a apartarme de tu vida y déjame cumplir esa promesa.

—Pero yo…

—Déjame cumplir esa promesa, amiga —me dice, y siento que después de todo lo que le he hecho pasar y de todos estos años, no merezco siquiera que me dirija la palabra, y mucho menos que se dirija a mí de una forma tan fuerte como esa, llamándome amiga.

—Te he necesitado mucho —gimoteo apretando el abrazo, y ella me corresponde de la misma manera.

—Pues no vuelvas a alejarme de ti, pedazo de tonta —contesta, y aunque no puedo verla, sé que se está limpiando las lágrimas ahora mismo sobre mi espalda—. Y ahora deja de llorar, te pones muy fea cuando lo haces. —Me sonríe con los ojos llenos de lágrimas cuando nos separamos—. Pongámonos al día mientras comemos galletitas. Esta vez no hay nadie que pueda venir a decirnos que estamos comiendo demasiado.

Y eso hacemos. Pasamos las siguientes horas hablando sin parar, y por extraño que parezca, parece que el tiempo no ha pasado entre nosotras. Me sincero con ella, hablamos de mi relación con Brad y de las cosas que sufrí a su lado. Le hablo de mi embarazo. Le cuento cosas de Sophie. Le hablo de que estoy estudiando fotografía; de mis primos, mis tíos y de lo buena que ha sido Pauline conmigo. También le cuento casi todo sobre Eric y del miedo que tengo a sufrir de nuevo. Y ella me comenta que trabaja en una editorial; me habla de cómo conoció a Andrew, cómo está su familia, cómo va a ser su boda, su luna de miel y los planes de futuro que tienen juntos.

—¿Entonces vendrás?

—Sí.

—¿Y Eric? Él también está invitado. Me gustaría que viniese, en parte gracias a él estamos hoy aquí juntas.

—Sí —le contesto—, él también irá.

—¡Genial! ¿Quieres que te enseñe algunas fotos del sitio donde va a ser la boda?

—Claro —sonrío de lado y ella, más que entusiasmada, coge su portátil y empieza a enseñarme fotos de absolutamente todo, lo que nos hace pasar juntas otras dos horas más.

***

—Es un poco tarde, debería irme ya —digo, mirando el reloj y viendo que efectivamente, se nos ha hecho muy tarde. Ni siquiera sé si hay todavía autobuses de vuelta a casa.

—Puedes quedarte a dormir. Bueno, eso si es que no te has hartado ya de mi compañía, y de que hable sin parar —se ríe, y niego con la cabeza.

—Qué va, es que tengo que volver a casa.

—¿Te espera alguien en concreto? —Alza una ceja, y la fulmino con la mirada, lo que hace que suelte una carcajada.

—Es tarde, y no quiero molestar.

—No molestas, tonta. Estaría super feliz de que te quedaras, de verdad. Además, es muy tarde y no pienso dejar que te vayas sola a

esta hora.

—Vale.

—¡Genial! Voy a buscarte un pijama para que te puedas poner cómoda.

En cuanto Aria entra en su habitación, que no está demasiado lejos de la zona del salón —ya que al ser un estudio está todo unido—, le envío un mensaje a Daphne y le aviso que hoy no dormiré en casa.

***

Pasamos toda la noche viendo películas, comiendo muchas palomitas, y turnándonos entre hablar mucho y llorar sin parar. A fin de cuentas, el pasado sigue presente, y los nervios a flor de piel, así que, a la mínima, cualquiera de las dos se rompe enseguida.

Por la mañana me levanto y voy al cuarto de baño a asearme, antes de volver a ponerme mi ropa del día anterior. Intento peinarme un poco el pelo con los dedos y lo recojo en una coleta.

Salgo del cuarto de baño, y me encuentro con Aria haciendo café en la zona de la cocina.

—Buenos días, ¿has dormido bien? —pregunta sonriente.

—Sí. Muchas gracias por todo.

—Podemos repetir cuando quieras —se limita a responder mientras echa la leche sobre las tazas—. Tengo que hacer la compra y no tengo nada decente para ofrecerte como desayuno, así que he pedido algo.

—No te preocupes, cualquier cosa está bien.

—Creo que te gustará. —La veo sonreír pícara mientras lleva las tazas a la mesa del salón. Me extraño cuando veo una tercera taza, pero no pregunto, porque igual es su prometido que viene a desayunar con nosotras—. Ah mira, ahí está —dice cuando suena el timbre—. ¿Puedes ir a abrir? Ya está pagado.

—Voy.

Doy unos pasos hasta llegar a la puerta. La abro, y se me acelera el corazón cuando me encuentro con un chico grande y alto de ojos

esmeralda, sonrisa hipnotizante, y pelo largo —que hoy lleva semi recogido en un moño—, mirándome sonriente.

Lleva un jersey negro, unos pantalones vaqueros ajustados y un abrigo de paño abierto. Está guapísimo.

—Desayuno a domicilio. —Levanta la mano donde tiene una bolsa de cartón—. La propina me la puedes hacer llegar más tarde —suelta antes de apartarme de la puerta, y adentrarse en el estudio de Aria, dejándome completamente petrificada. ¿Qué hace aquí?

CAPÍTULO 28

Janelle

—¿Qué hace él aquí? —pregunto cuando llego a la zona del salón, donde los encuentro charlando tranquilamente.

—Le he invitado a desayunar y amablemente se ha ofrecido a traernos el desayuno —contesta Aria.

Voy a matarla.

—Venga preciosa, siéntate. He traído *Pain aux raisins*. He probado uno por el camino y están buenísimos —revela mientras saca de la bolsa otro y se lo lleva a la boca.

—Eh —le regaña Aria—. No te los comas todos.

***

—Mañana por la tarde no hagas planes.

—¿Por qué? —pregunto, mientras observo como nuestros pies dan los pasos completamente compenetrados y a la misma vez.

—Pues porque tengo un plan.

—¿Ese plan es una cita, Eric Brown?

—Tómalo como quieras, solo te he dicho que no hagas planes. —Se lleva las manos a los bolsillos y la mirada a las casas coloridas que nos rodean. El clima es frío, y el aire azota nuestras mejillas, pero no consigue destruir la calidez que siempre se forma cuando estamos juntos. El ambiente es bueno y tranquilo, aunque las calles estén rebosadas de gente. Un aroma a pan recién horneado se mezcla con el del café recién hecho al dejar atrás una cafetería que tiene sus puertas abiertas, invitando a la gente a entrar.

—Tengo que ponerme al día con las clases, pero intentaré hacerte un hueco en mi agenda —me burlo.

El resto del camino lo pasamos en silencio, hasta que llegamos al autobús y prácticamente nos peleamos por quién de los dos sube primero.

—¡Me pido la ventana! —chilla en cuanto le paga al conductor, y prácticamente corre hacia un par de asientos libres.

—La ventana es mía, que si no me mareo —le reprocho, intentando apartarlo, porque ya está intentando sentarse. Pero es demasiado grande y no puedo.

—La última vez estuviste tú en la ventana, hoy me toca a mí. Además, he llegado antes.

—Eric... —Hago un puchero con mi labio inferior, intentando ablandarlo y convencerle, lo que veo que funciona cuando empieza a resoplar.

—Es la última vez que te dejo la ventana —gruñe, apartándose y dejándome espacio para sentarme en mi sitio, obviamente al lado de la ventana.

—Eso dices siempre —me burlo—. Pero no puedes resistirte a mis encantos, Eric Brown —murmuro, esperando un reproche o una queja por su parte, pero aparta la mirada justo cuando ha empezado a sonrojarse—. ¿Y a dónde vamos a ir mañana?

—Es una sorpresa.

—No me gustan las sorpresas —me quejo.

—No te he preguntado si te gustan, no seas molesta.

—Dame al menos una pista.

—La pista es que voy a sacarte a pasear.

—¿Qué se supone que soy, un perro? Idiota. —Le doy un manotazo en el brazo, y se ríe mientras se frota con la mano donde le acabo de pegar.

—Ya lo verás. Ahora, cállate, no he dormido casi nada y he tenido que hacer un trayecto en autobús de más de una hora y media solo para desayunar contigo. Y ahora tengo que volver a hacer el mismo de vuelta, y yo también me mareo si no estoy en la ventana. —Tiene la cabeza echada hacia atrás y los ojos cerrados—. Toma, escucha esto. —Conecta los auriculares a su teléfono y pone una canción.

—¿Qué es? —pregunto dubitativa, mientras cojo uno de los extremos de los auriculares que me está ofreciendo.

—Una canción que me recuerda a ti. —Vuelve a cerrar los ojos, y le da al play. Con las manos temblorosas, me lo coloco en el oído y empiezo a escuchar la canción *Just the Way You Are* de Bruno Mars, y un cosquilleo me recorre el estómago con cada estrofa, mientras siento la melodía como si la hubiesen compuesto solo para mí.

CAPÍTULO 29

Eric

—Hoy hay partido, ¿bajamos y lo vemos juntos? —me pregunta Bruno, justo cuando entra a la habitación tan solo con el pantalón del chándal puesto, y el pelo todavía algo mojado por la ducha que se acaba de dar.

—Vale, termino un capítulo que estoy escribiendo y bajo contigo.

—¿Te está yendo bien con lo del libro? Pareces más inspirado últimamente.

—Creo que sí, aunque le tengo que dar forma a todo lo que estoy escribiendo. Y aún no sé si la idea final que tengo en la cabeza va a convencer o no a mi editorial.

—Seguro que sí, confía en el proceso.

—Gracias, te dedicaré mi éxito.

Le lanzo un beso y hace como que lo coge y se lo coloca en la mejilla imaginariamente.

—¿Y qué vas a hacer cuando lo termines? ¿Volverás a tu casa?

«No tengo casa».

—No tengo un sitio fijo en el que suela quedarme mucho tiempo, pero quiero quedarme unos meses más aquí en Francia.

—¿Y tu familia? —pregunta de forma inocente. Me paso la mano por el pelo, y cierro el portátil de golpe, dejándolo a los pies de mi cama—. Perdona, no quería decir nada que te molestara.

—No te preocupes —le calmo —. No tengo una familia como tal, al menos no una como la vuestra. No me hablo con mis padres ni con mi hermano desde hace muchos años. —Veo en su mirada confusión mezclada con pena. Y odio que me tengan pena—. Estoy bien, quita esa cara ya, o te la parto, Bruno —gruño—. Con la única que me he

llevado bien siempre ha sido con mi hermana pequeña, y ahora mismo no tengo trato tampoco con ella. Es mejor así —le explico, y él asiente. Pienso que me va a atiborrar a preguntas sobre mi familia, sobre por qué no me hablo con ellos, o cual ha sido el detonante para no hacerlo. Pero no lo hace, sino que se mantiene a mi lado. Me pasa una mano por los hombros, y me da un pequeño cabezazo en el hombro.

—Aquí tienes un hermano si lo necesitas, y un amigo también.

Se me encoge el corazón un poco con cada palabra que sale de su boca.

—No era la idea de hermano ideal que tenía, pero gracias —suelto en broma, para aliviar la tensión y el nudo en la garganta que tengo, y él me sonríe.

—¿Vamos a ver el partido, o qué? He llamado también a Liam. —Se levanta de la cama, y me señala la puerta con la mirada.

Bajamos entre risas las escaleras, dejando atrás la conversación incómoda que acabamos de tener. Estamos un rato hablando en la cocina, y en cuanto llega Liam, vamos hasta el salón, donde para nuestra sorpresa, están Daphne y Janelle tiradas en el sofá, con un bol gigante palomitas y viendo una película.

—Eh, hoy echan un partido de futbol importante, así que levantad esos culos del sofá —alega Bruno —, la tele es nuestra.

—Ni de broma —le contesta Daphne—. Estamos teniendo una noche de chicas, y no vais a venir a molestar.

—Oye rubita, ¿así es cómo me recibes? —refunfuña Liam acercándose a ella, que sigue sentada en el sofá.

—Te recibiría de otra forma si te ofrecieras a ver una peli con tu rubia favorita —le responde haciéndole pucheros, y Liam suspira sentándose a su lado.

—Soldado caído.

Yo no dejo de mirar a Janelle, ni ella de mirarme a mí.

—Espero que tú seas fuerte y no caigas como el tonto que me ha tocado de cuñado, tío —inquiere Bruno, y me encojo de hombros.

—No, no. Vamos a ver el partido —digo.

—Hemos dicho que vamos a seguir viendo la película —murmura Janelle, cogiendo palomitas del bol que tiene entre sus piernas—, y eso significa que vamos a seguir viendo la película.

—Y nosotros que vamos a ver el partido —le contesto, mirándola desafiante durante algunos segundos.

Efectivamente, todos acabamos viendo *Pretty Woman* y robándole palomitas a las chicas.

—Vale, ahora toca *Mamma mia* —murmura Daphne mientras la busca para ponerla.

—¿Otra más, Daph? ¿Qué clase de tortura es esta? —le reprocha Liam, y Bruno se ríe.

—Pues acostúmbrate, cuñadito.

—Y… —continúa diciendo, con sonrisa maquiavélica—, ¡Tocan mascarillas!

—Eso sí que no, rubita. A mí no me echas cosas raras en la cara.

—Venga Liam, no seas aburrido —le dice antes de ponerle una diadema para apartarle el pelo de la cara, haciéndonos reír tanto a Bruno como a mí, lo que hace que recibamos una mirada fulminante por parte de Liam.

—No os riais, porque vosotros sois los siguientes —dice Janelle entre risitas. Nos ofrece una diadema a cada uno, y aunque al principio dudo, la acepto. Bruno se niega y dice que se va, porque esto es demasiado empalagoso y no quiere sujetar más velas, así que nos deja a los cuatro con nuestra sesión de belleza.

Las chicas nos colocan bien las diademas, y yo además me recojo el pelo en un moño para que no me estorbe. Ay, dios mío, las cosas a las que me presto a hacer. No hacía cosas así desde que me prestaba como muñeco para jugar con Bella, y me hacía todo tipo de jugarretas en la cara y en el pelo. La echo tanto de menos.

Daphne se encarga de aplicar la mascarilla en forma de crema por toda la cara a Liam, entre risas y algún que otro beso, y Janelle de aplicármela a mí, haciéndome estremecer ante la sensación fría de la crema y del tacto de sus dedos en mi piel.

—Se te va a quedar la piel suave como el culito de un bebé —dice mientras me la aplica por toda la cara, y yo asiento sin dejar de observar sus facciones, tan bien definidas, que parece una puñetera escultura.

—Eh, Brownie, ¿estoy guapetón? —pregunta mi amigo haciendo morritos, con la cara verde por la mascarilla.

—Estás mejor que de normal, sí. ¿Puedes dejarlo así para siempre, Daph? —Liam me mira mal, y Daphne empieza a reír.

—Estás guapetón con todo —murmura ella antes de darle un pequeño toque en la nariz con la punta de su pulgar.

—Qué empalago —musita Janelle a mi lado, y suelto una risita por lo bajo. De repente, se gira hacia su prima y ambas sonríen.

—¡Nuestra canción! —chilla eufórica Daphne cuando suena la canción de *Dancing Queen*.

Y como dos locas, se levantan de un salto del sofá y empiezan a bailar frente a nosotros, siguiendo los movimientos que hacen los personajes en la película, e incluso inventándose los suyos propios, porque están haciendo todo un estropicio, pero ni mi amigo ni yo podemos dejar de sonreír al mirar a estas locas disfrutar como dos niñas.

En cuanto la canción termina, se sientan de nuevo en el sofá, y se terminan de poner la mascarilla que anteriormente nos han puesto a nosotros.

—Oye rubita, esto me está empezando a picar —se queja mi amigo, y yo suelto una carcajada.

—Tienes la piel muy mal Liam, aguanta un poco.

—Pero… ¿cuánto dura esto, nena?

—Hay que dejarla actuar quince minutitos, no seas impaciente —le contesta con la cabeza echada hacia atrás, dejándola descansar en el sofá.

—¡Pero si llevamos cuarenta minutos con esta porquería en la cara! —grita mi amigo levantándose del sofá—. Quítame esto, Daphne —masculla, empezando a restregarse los dedos por la cara, intentando quitarse algo de producto—. Ahora.

—¿Cuarenta minutos? Ay, dios mío. —Las dos chicas —ahora molestas casi por igual—, se levantan prácticamente de un salto del sofá, y nos obligan a seguirlas hasta el cuarto de baño, donde nos hacen quitarnos con agua la mascarilla, que a mí también llevaba un rato molestándome. Después, ellas hacen lo mismo, ya que han pasado sus quince minutos de reloj.

—¿Qué pasa? —pregunto cuando veo a las dos chicas mirarse entre ellas con cara de preocupación.

—Estáis horribles —contesta Janelle, mordiéndose el labio inferior.

Los dos nos miramos en el espejo y comprobamos que tenemos la cara roja y llena de ronchas.

—Pero ¿qué nos habéis echado?

—Una mascarilla 3 en 1 —contesta Daphne—, para limpiar, exfoliar y dejar la piel suave y sin imperfecciones.

—Lo que nos habéis dejado es sin piel, pedazo de locas. ¿Deberíamos ir al médico?

—¿En serio, Liam?

—¿Y si es grave?

—Creo que es porque la hemos dejado demasiado tiempo.

—Yo me piro al médico —suelta mi amigo saliendo escopetado del cuarto de baño.

—Liam, espera —musita Daphne, antes de ir tras él.

—¿Tú también irás al médico? —Niego con la cabeza.

—Me encuentro mejor que nunca —le respondo, y siento sus mejillas colorearse de un delicado tono rosa que empieza a convertirse en uno de mis colores favoritos, desde que lo veo plasmado en su rostro.

***

—Muchacho, ¿estás seguro? —vuelve a preguntarme Lilianne, y asiento—. Bruno estará fuera, Henri y yo estaremos esta tarde trabajando, los pequeños en extraescolares, Daph…

—Lo sé, me lo has repetido unas cuantas veces. Estaremos bien. Prometo que esta vez no pasará nada.

Le sonrío, y me devuelve el gesto antes de darme un pequeño abrazo, que me deja un poco paralizado, ya que no me lo esperaba para nada y no estoy acostumbrado a estas cosas, pero enseguida intento responderle al abrazo todo lo mejor que mi cuerpo tembloroso me deja.

—Gracias por todo lo que estás haciendo, eres un cielo —dice, y siento que me empieza a tocar la fibra sensible. Nos separamos del abrazo, y me pone una de sus manos en la mejilla para de nuevo hablar y decirme: —Tus padres tienen que estar muy orgullosos de ti.

Una frase, nueve palabras que siento que me acaban de destruir por completo.

—¿Qué se siente al ser un asesino, Eric?

—Yo no he matado a nadie —respondí, entre sollozos.

—Tú lo mataste —masculló entre dientes—. Eres un asesino, hermanito.

—Eric cariño, ¿estás bien? —pregunta Lilianne, sacándome de mis pensamientos. Asiento, pero ella me mira confundida—. Estás sudando. ¿Es que sigues enfermo?

—Puede ser —respondo antes de salir lo más pronto posible de la cocina.

Subo la escalera saltando los escalones de dos en dos y me encierro en mi habitación.

Apoyo mi espalda contra la puerta, y me dejo caer lentamente al suelo hasta quedar sentado con las piernas estiradas. Me estremezco un poco al sentir el frío, pero no me importa, merezco sentir cosas mucho peores.

Intento llorar, pero no puedo. De mi garganta no salen más que sollozos, y mi mirada se queda perdida en la nada durante minutos que parecen convertirse en horas.

Después de un buen rato sin ser consciente del tiempo, cojo mi teléfono y marco el número de mi padre.

—¿Eric? ¿Ha pasado algo? Estaba a punto de entrar a una reunión importante, hijo.

—Papá. —No puedo evitar sollozar en cuanto escucho su voz.

—¿Qué pasa, Eric?

—Yo no… no le maté —logro decir después de unos cuantos segundos de silencio, y por fin, consigo romper a llorar y así empezar a sacar todo el dolor, la frustración, la rabia y la pena que llevo tanto tiempo acumulada. Mi padre se queda callado, pero finalmente suelta un suspiro y me contesta.

—Olvídalo hijo. —Suelta un largo suspiro—. Fue un accidente.

—No fue un accidente, papá —consigo decir—. Pero yo no le maté, tienes que creerme.

—¿Y quién fue?

—Ethan —me atrevo a decir después de tantos años, aunque me sienta un cobarde por hacerlo a través de un teléfono y con tanta distancia de por medio, mientras lloro desconsolado—. Ethan fue quien lo mató.

CAPÍTULO 30

Janelle

Termino las clases online, y lanzo la tablet a la cama. Dejo todo desordenado por el escritorio, y decido darme una buena ducha mientras escucho música.

Cuando salgo, vuelvo a mi habitación provisional envuelta en una toalla, y me suelto el pelo que me había recogido con un moño, ya que hoy no me ha tocado lavarlo. Abro el armario, y me coloco un pantalón de pijama calentito y una sudadera que le robé a Bruno en alguna ocasión.

Bajo las escaleras y escucho algo de ruido en la cocina. Me extraña, ya que no debería de haber nadie en casa, pero sonrío al recordar a nuestro inquilino y que seguramente sea él el que esté dentro haciendo cualquier tontería.

Entro y me lo encuentro todo lleno de harina.

Y todo quiere decir todo.

El suelo. La mesa. Las sillas. La encimera donde se suele cocinar. Los muebles, e inclusive todo él, que lleva el pelo recogido y un delantal de mi tía Lilianne.

Le he pillado, literalmente, con las manos en la masa.

Está amasando algo, pero se ve que se le ha ido la mano a la hora de medir las cantidades, porque lo ha puesto todo perdido.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Eric Brown? —Enarco una ceja mientras me adentro en la cocina—. ¿Te has dado cuenta de que no tienes futuro como escritor, y quieres probar con la cocina? —Le echo un vistazo a mi alrededor y suelto una pequeña carcajada—. Porque entonces mejor prueba con otra cosa.

—Qué graciosa —me fulmina con la mirada y sigue amasando—. Estoy cocinando nuestra comida, pero en el tutorial que he visto no parecía tan complicado.

—¿Nuestra?

—Sí —contesta, sin mirarme y sin dejar de amasar. No puedo evitar observar cómo le pone tanto mimo a todo lo que hace, y cómo sus dedos se deslizan con cuidado por la masa que se está formando sobre la encimera—. Estoy haciendo pizza, me dijiste que era tu comida favorita.

Bum, bum, bum.

El pulso se me acelera, y tengo la sensación de que el corazón se me va a salir del pecho.

Siento un pequeño pellizco en el estómago, y sonrío.

—¿Estás haciendo pizza casera? —Asiente—. ¿Y te has visto un tutorial para poder hacerla? —Vuelve a asentir.

No digo nada. Solo sonrío, y me limito a limpiar todo el desastre que ha hecho en la cocina para ayudarle un poco mientras él prepara la pizza después de haber dejado reposar la masa.

Me siento, y observo cada uno de sus movimientos desde una de las sillas de la cocina. Ahora está preparando los vasos, platos y cubiertos que vamos a utilizar, y enseguida frunzo el ceño al ver que coloca tres de cada.

—¿A quién has invitado?

—A una pequeña personita que sale del cole en —se mira el reloj de muñeca que siempre lleva puesto—, unos quince minutos.

—¿Has invitado a comer a Sophie? —Asiente con la cabeza, y vuelvo a sonreír—. ¿Qué ha dicho Pauline?

—Me ha dicho que a las cinco viene a por ella. —Se encoge de hombros, y sigue preparando todo en tres bandejas, ya que me ha dicho que quiere que comamos en el salón, viendo una película de fondo para contentar un poco más a Sophie, y claro, cómo decir que no a algo que vaya a hacer sonreír a mi persona favorita.

***

—Janelle —chilla eufórica, enganchándose a mis piernas en cuanto abro la puerta y la encuentro junto a Pauline.

—Oye, qué bien te ha salido hoy mi nombre, pequeña. —La cojo en brazos, aunque ya pesa muchísimo, y le doy un montón de besos por la mejilla.

—Estaré aquí sobre las cinco —dice Pauline en cuanto dejo a la niña en el suelo—. Pasadlo bien. —Sonríe.

—Muchas gracias por traerla.

—A vosotros por ofreceros. Ya me contarás —me guiña el ojo, y bufo antes de cerrar la puerta.

—¡Eriiiiiiiiiiiiiiiiiiic! —chilla en cuanto lo ve de cuclillas frente a ella, con los brazos abiertos esperando su abrazo. La niña corre y le abraza con fuerza, enganchándose a su cuello y acariciándole el pelo —. Te he echado de menos —le dice.

—Oye, a mí no me has dicho que me has echado de menos —me quejo, poniéndome también a su altura, y empezando a hacerle cosquillas a Sophie.

—¡No! Cosquillas no —chilla entre risas, enganchándose con más fuerza al cuello de Eric. La levanta del suelo, y la lleva corriendo al salón, enganchada a su cuello—. Sálvame, Eric —suplica entre risas.

—Lo haré solo porque has dicho bien mi nombre, pequeña —le dice y la sienta en el sofá—. Zona fuera de peligro.

—Intentaré controlarme —contesto, acercándome a ella y amenazándola en broma, enseñándole mis manos y haciendo algunos movimientos con los dedos, como si le fuese a hacer cosquillas de nuevo, y ella ríe, negando con la cabeza.

—Tengo hambre —suelta de golpe—. ¿Qué vamos a comer?

—Pizza —contesta Eric, entrando de nuevo al salón con dos bandejas, que enseguida coloca en la mesa central del salón—. Y vamos a ver una peli.

—¿*Frozen*? —pregunta emocionada.

—Ojalá pequeña, tenía muchas ganas de ver esa —le responde Eric, con toda la tranquilidad del mundo—. Pero el tío Henri está un poco

loco, y ha borrado sin querer algunas películas de la tele. Así que nos va a tocar elegir otra peli, ¿te parece?

—Mmm vale, tampoco me gusta tanto. —Se encoge de hombros. Nos miramos y negamos con la cabeza—. ¡Vamos a ver *Barbie y las doce princesas bailarinas*!

—Pues no sé si prefiero *Frozen* —susurra Eric cuando pasa por mi lado.

—Eso te pasa por mentiroso —contesto, y me siento junto a Sophie en el sofá.

Busco la película y la dejo preparada, pero sin darle al play hasta que venga Eric, para que suframos los dos juntos.

—Y aquí la comida de la otra pequeña de la casa.

Deja mi bandeja en mi lado de la mesa, por lo que le dedico una mirada fulminante, mientras que él solo me guiña un ojo.

Veo que hay dos servilletas en mi bandeja, y en una hay una nota. Se me acelera el corazón, pero la cojo y la aparto de la niña y de cualquier chico de ojos esmeralda que me pueda observar mientras la leo.

"Ojalá pudieras verte

de la misma forma en

la que yo te veo"

De nuevo un cosquilleo en el estómago, pero está vez más profundo y seguido tras otro. Y tras otro más.

Lo miro de reojo, y le pillo mirándome con una sonrisa de lado.

Sonrío con timidez como respuesta, y me guardo la nota en el bolsillo de la sudadera, sintiendo que me duele la cara de tanto sonreír.

Nos ponemos hasta arriba de pizza, y recogemos los tres juntos todo lo que se ha ensuciado.

Jugamos con Sophie hasta que creo que ninguno de los dos tiene más fuerza, aunque la pequeña tiene, cada minuto que pasa, más energía.

—Ahora vamos a poner guapo a Eric. —Sophie me mira traviesa, y yo frunzo el ceño.

—¿Es que no soy guapo ya, peque? —pregunta.

—Quiero peinarte —le dice haciendo pucheros, y él pone los ojos en blanco.

—Qué pesadita con mi pelo, no sé a quién te parecerás.

—Por fiiiiiii, por fiiii. —Junta las manos en forma de súplica y sigue haciendo pucheros.

—Tampoco sé a quién te parecerás consiguiendo siempre todo lo que quieres de mí —murmura, y le pego un manotazo en el brazo—. Está bien, pero nada de lacitos.

—Vaaaaale —le dice la niña.

Efectivamente, Eric ha acabado con el pelo lleno de lacitos de colores por todo el pelo. No para de refunfuñar, pero está monísimo.

Me encanta que sea tan bueno conmigo, pero muchísimo más que sea tan bueno y atento con Sophie, y además que la trate tan bien. Me cuesta mucho confiar en que una persona pueda ser así de buena sin tener dobles intenciones, pero Eric parece tener un fondo puro, y me hace sentir segura pese a todas mis inseguridades. Es algo tan raro y a la vez tan mágico.

Tocan el timbre, y se ofrece a abrir Eric, estoy segura de que no se acuerda de que va lleno de lazos de colores.

—Vaya, qué guapo. —Escucho decir a Pauline desde la puerta—. Veo que lo habéis pasado muy bien.

—Tu hija me ha estado torturando los últimos cuarenta minutos, pero sí, lo hemos pasado genial.

—Te quiero mucho Eric Brown, eres mi mejor amigo. —La oigo decir mientras se despide, enganchada a su cuello, y para cuando me doy cuenta, ya se me ha caído una lágrima. Pauline me mira desde la

puerta, y me sonríe—. ¿Por qué lloras, Janelle? —me pregunta cuando viene hasta mí para darme un abrazo de despedida.

—No estoy llorando, cariño —contesto, limpiándome los restos de lágrimas que han quedado en mis mejillas. La niña me mira confundida.

—Está celosa porque me has dicho que me quieres, peque —suelta Eric, intentando hacer menos incómoda la situación.

—Pero a ti te quiero más —me dice con esa vocecita que me derrite por completo, sin darse cuenta de que cada vez que está conmigo, es para mí como una cura a mis heridas, y hace que algún que otro pedacito roto de mi corazón se reconstruya. Me abraza, y yo lo hago con más fuerza, sintiendo su aroma a fresas antes de que se marche de nuevo.

Después de nuestro abrazo, la niña sale de casa y le da la mano a Pauline. Ambas nos dicen adiós con la mano, y Eric se encarga de cerrar la puerta mientras yo sigo con la mirada perdida.

—Y ahora… —dice sacándome de mi pequeño trance—. Ponte tu mejor gala. Porque tú y yo tenemos una cita, y no todos los días se tiene una cita con Eric Brown.

—Eres un idiota.

—Pero un idiota que te encanta —responde. Resoplo, me doy la vuelta y empiezo a subir las escaleras, sintiendo que me está siguiendo.

—¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa.

—Entonces no sabré que ponerme.

—Tú solo abrígate. Hace frío. Con lo que sea que te pongas, estarás preciosa. —Me mira de arriba abajo, y me noto las mejillas arder.

—Idiota.

—Molesta.

—Pero una molesta que te encanta —murmuro, tocándole uno de los rizos que le caen por la frente, y viendo como traga saliva nervioso, con la mirada fija en mis labios.

—No voy a negarlo.

—Estaré lista en una hora.

CAPÍTULO 31

Eric

Me dijo que solo tardaría una hora y ya han pasado cincuenta minutos, ¿debería preguntarle si le ha pasado algo? Tarda demasiado.

Me encuentro como un tonto dando vueltas sobre el recibidor de la casa y lo reconozco, estoy nervioso. He tenido infinidad de citas a lo largo de mi vida, y he salido con muchas chicas, pero esta vez es diferente. Janelle no es como las demás, y merece que la trate diferente. Se merece que la trate como al parecer nunca lo han hecho.

Desde el principio, vi algo en ella que me cautivó, y no hablo solo de su notoria belleza que volvería loco a cualquiera, sino de algo mucho más profundo. No tengo claro si el que los dos estemos rotos y perdidos ha podido crear una especie de magnetismo que nos haya obligado a encontrarnos, o si es que realmente nos necesitábamos desde mucho antes de conocernos.

Ella piensa que he tenido una vida fácil, pero no sabe lo mucho que he sufrido, y no se imagina lo que me duele ver cómo los pedazos rotos de su corazón la terminan de destruir cada día. No quiero que se haga el mismo daño que me hago yo cada día atormentándome con el pasado. Ella sí se merece ser feliz.

Me saca de mis pensamientos cuando la encuentro frente a mí, mirándome fijamente con sus grandes ojos café. No sé en qué momento ha bajado la escalera y he estado tan sumido en las reflexiones de mi propia cabeza, pero de repente está frente a mí, y de nuevo el tiempo se para.

Lleva unas mallas negras y un jersey de cuello alto azul eléctrico que, aunque es bastante ancho y no le hace justicia a la figura que

tiene, le sienta de maravilla, además de que el color le favorece muchísimo a la cara. Se ha recogido la melena en una coleta que tiene los mechones del final con algunos rizos, y no sé por qué pero, hoy se le marcan tanto las pecas de la cara, que me dan ganas de comérmelas a besos una a una. Lleva un abrigo negro abierto y un pequeño bolso colgado en su hombro.

—Estás preciosa.

—Gracias —contesta—, tú no te quedas atrás. —Llevo unos pantalones negros y un jersey del mismo color. Lo acompaño con unas botas y un abrigo de paño beige, que ahora mismo llevo abierto.

—¿Te has puesto botitas de tacón para parecer más alta a mi lado? —Alzo una ceja.

—Idiota —me da un manotazo en el brazo, y me esquiva para abrir la puerta—. ¿Dónde vamos? —pregunta cuando sale de casa.

—Ahora lo verás —respondo cerrando la puerta tras ella.

***

Una vez que llegamos a nuestro destino, la veo abrir los ojos como platos y mirarme sonriente.

—¿Me has traído a una patinar sobre hielo? —Me dedica una sonrisa de oreja a oreja, y creo que ya solo por esto, ha merecido la pena todo.

—Sí. ¿Te gusta?

—¡Me encanta! —contesta con alegría—. Hacía mucho tiempo que no venía a patinar. Muchas gracias, Eric. —Se engancha a mi cuello y me da un abrazo.

—De nada, preciosa. —Acaricio su espalda con suavidad y cierro los ojos, disfrutando del abrazo y del aroma tan dulce que siempre desprende su pelo.

—Venga, vamos a entrar —dice emocionada, tirando de mi mano una vez que se ha soltado de mi agarre.

—Ve entrando tú, ahora voy yo.

—¿Estás bien? —pregunta sin soltarme la mano.

—Sí, solo tengo que encargarme de un asunto importante con mi agente.

—¿A esta hora? —Frunce el entrecejo, y asiento, intentando parecer convincente.

—Enseguida voy —La agarro por la cintura y en un solo movimiento, la acerco a mí. Me mira con la respiración acelerada, y sonrío antes de depositar un beso sonoro en su frente—. Entra y ve pidiendo los patines.

—Vale, te espero dentro.

Una vez que me aseguro de que ha entrado y no puede verme, echo un buen vistazo por la zona. Llevo todo el camino en tensión, sintiendo que alguien nos está siguiendo. Sigo mirando, pero no veo a nadie sospechoso. La zona se ve bastante tranquila, pese a que ya ha anochecido y todo está oscuro.

No me quedo del todo tranquilo, pero decido entrar antes de que Janelle se preocupe y salga a buscarme.

—¿Ya tienes los patines? —le pregunto cuando estoy ya a su lado.

—Sí. —Parece bastante feliz y emocionada por estar aquí, creo que he acertado con el sitio.

—¿Y esos patines tan pequeñitos para quién son? ¿Viene Sophie y no lo sabía?

—¿Eres idiota? Son los míos. —Se sienta en un banco para ponérselos.

—Se me olvidaba que tenías el tamaño de una niña de doce años, lo siento —murmuro, sentándome a su lado. Me quito mis botas para empezar a ponerme los patines también.

—Tienes una forma muy rara de ligar, Eric Brown. ¿Te ha funcionado alguna vez?

—No lo sé, dímelo tú —respondo mirándola fijamente, y enseguida me aparta la mirada. Niego con la cabeza y me pongo los patines.

—Desde luego, conmigo no. —Se hace la ofendida y se adentra en la pista de patinaje. Me doy prisa en terminar de ponerme mis patines y la sigo.

—¡Eh! —la llamo, mientras observo casi boquiabierto cómo se desliza por el hielo, con una suavidad y habilidad increíble. Me deslizo con rapidez, dando gracias a mi padre por haber hecho algo bueno en su vida, y habernos llevado a patinar cuando éramos pequeños, porque si no, no podría seguirle el ritmo. La verdad es que pensaba que no sabría patinar y que tendría la oportunidad de enseñarle,;que tropezase sobre mí una y otra vez hasta que nos acabáramos besando sobre el hielo. Pero al parecer, hoy la suerte tampoco está de mi lado—. No me habías dicho que sabías patinar —digo cuando por fin he conseguido pillarle el ritmo.

—No me has preguntado. —Se encoge de hombros y sigue patinando. Doy un impulso más grande para adelantarla y me pongo frente a ella, frenándole el paso y haciéndola tambalear sobre mi pecho—. Oye —se queja intentando esquivarme, pero no le dejo paso.

—Eso es trampa.

—¿Qué pretendías, Eric Brown? —Alza ambas cejas, y le dedico una sonrisa coqueta—. ¿Querías hacerte el caballero enseñándome a patinar, y que cayese rendida a tus pies? Sería un capítulo bonito para tu libro. —Se suelta de mi agarre y sigue patinando.

Me quedo mirándola como un tonto. Me encanta verla así: contenta, entusiasmada, riendo y sobre todo, sintiéndose libre.

Vuelvo a deslizarme por el hielo con más rapidez, y me coloco a su lado y ahora sí que vamos a la vez, entre risas y algún que otro pequeño manotazo para intentar tirar al otro.

La pista cada vez está más llena. Alguien me da un pequeño empujón por la izquierda y hace que me quede más unido a Janelle. Aprovecho el roce de nuestras manos para agarrarla y entrelazar nuestros dedos antes de tirar de ella para seguir patinando, esta vez juntos.

***

—¿Te lo has pasado bien? —pregunto después de haber devuelto los patines y habernos puesto nuestros zapatos.

—Muy bien —contesta sin dejar de sonreír.

Nos ponemos los abrigos y le abro la puerta para que salgamos. El clima es bastante frío, y la noche está oscura, a pesar de que todo está alumbrado por las grandes farolas que hay a nuestro alrededor, además de las luces de todos los coches que pasan.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo cerca de casa antes de volver?

—Me encantaría, tengo mucha hambre. Pero esta vez pago yo.

Caminamos durante un buen rato hasta que llegamos a una hamburguesería que está cerca de casa.

—¿Nos sentamos allí? —Señala con la cabeza una de las mesas que está en la terraza del local, pero niego con la cabeza.

—Mejor dentro, hace frío.

Sigo sintiendo los ojos de alguien clavados en mi espalda, y no sé si me estoy volviendo loco o alguien nos está siguiendo.

—Vale, como quieras —responde antes de entrar en el local.

Echo un último vistazo al exterior y al no ver nada extraño, entro junto a ella y caminamos hasta una de las mesas que hay libre.

Hago que se siente de espaldas a la entrada, quedando yo sentado justo frente de la puerta, con la vista fija en la entrada, atento a cualquier sombra o movimiento extraño.

—¿Estás bien, Eric?

—Sí, ¿por qué? —respondo mirando la carta.

—Estás muy raro.

—Estoy normal.

—¿He hecho algo mal? —Se le quiebra la voz y siento un nudo en el estómago. Soy un idiota.

—No, no has hecho nada mal. ¿Cómo podrías hacer algo mal? —Suelto la carta del menú y le agarro las manos—. No pienses siempre que todo es tu culpa, por favor.

—Lo siento.

—No te disculpes, por favor.

—Vale —responde cabizbaja—. ¿Ha pasado algo malo con tu editorial? —pregunta después de unos cuantos segundos. Sé que odia

las mentiras casi tanto como yo, así que no sé qué responder para salir de esta.

—Está todo bien, no te preocupes. —Le doy un pequeño toque en la nariz con mi dedo índice.

Después de hacer el pedido y esperar un rato, el camarero nos trae nuestras hamburguesas, con sus respectivas patatas y bebidas, y entonces comenzamos a cenar. Me alegra que al menos ella parezca relajada, y me maldigo mentalmente por ser un idiota y no estar disfrutando tanto como debería de nuestra primera cita.

—Creo que es hora de que me cuentes un poco sobre ti. —Se lleva una patata la boca.

—Ya sabes muchas cosas sobre mí.

—No —niega con la cabeza—. Sé lo que tú quieres que sepa; que eres escritor, y que estás aquí en busca de inspiración, pero yo sé que hay más.

—¿Y qué te hace pensar que hay más?

—Pues que empiezo a conocerte, Eric Brown.

—¿Qué quieres saber? —me atrevo a preguntar, aún con miedo de no ser capaz de darle todas las respuestas que necesita.

—Quiero saber más cosas sobre ti.

—Pregunta lo que quieras. —Doy un sorbo a mi refresco de limón, y la miro, intentando parecer tranquilo.

—Háblame de tu familia.

CAPÍTULO 32

Eric

Mi familia.

¿Qué puedo decir? Realmente no sé si alguna vez he tenido una de verdad.

Mis padres siempre han sido unos obsesionados con el trabajo y los lujos, y a penas nos dedicaron más de cinco minutos de atención en un día normal. Nos llenaban de juguetes y cosas materiales, cuando lo único que necesitábamos era un abrazo y algo de atención por su parte, y lo más importante: sentirnos queridos por ellos.

Mi padre siempre ha querido convertirme en una copia de él; que siguiera su legado en la empresa, y nunca le han importado mis sueños, aspiraciones y metas. Él solo quería conseguir conmigo lo que no pudo con Ethan: volverme un robot que poder manejar a su antojo, y que así fuese menos difícil decirle que no a algo.

Mi madre pasó muchos años ausente. Cayó en una gran depresión y estuvo muchos años en cama, viendo los días pasar a través de la ventana de su habitación.

De todos los hermanos, siempre fui el más tranquilo, trabajador, bueno…, y el que más cuidaba de los demás y evitaba que se metieran en problemas, incluso de mis dos hermanos mayores. Pero de cara a mi padre, siempre fui el más problemático, porque era el que veía como una amenaza a su plan de seguir con el legado familiar, y al que siempre culpaba de todo lo malo que hacían los demás. Mi padre tenía devoción por mis dos hermanos. Y mi madre, pese a pasar tanto tiempo en el trabajo y luego enferma, la tenía por Bella y por mí.

Tenía dos hermanos gemelos mayores que yo y uno murió en un accidente provocado por Ethan. Él siempre estuvo obsesionado conmigo porque mamá intentaba defenderme delante de papá, y siempre intentaba hacerme sufrir, provocándome daño psicológico y físico desde que era un niño. Hasta que crecí y ya no se lo permití, y entonces empecé a ser una amenaza para él.

Y luego estaba Bella, mi hermana pequeña a quien adoro, mi refugio. Tan pequeña y vulnerable y a la cual siempre he tenido que proteger de todo. Ella era la más frágil de esa casa y me necesitaba fuerte, aunque por dentro estuviese hecho pedazos.

Tuve que hacer muchas veces con ella el papel que mis padres no hacían, y eso nos unió más.

Mi hermana ha estado enferma mucho tiempo, y ha pasado por muchas cosas a lo largo de su niñez y adolescencia, y yo siempre intenté ser su apoyo. Hasta que me fui.

Todo mi mundo se destruyó cuando murió uno de mis hermanos y Ethan me culpó. Él lo preparó todo para que pareciera que yo le había matado y mi padre le creyó. Como consecuencia, la salud mental de mi madre empeoró muchísimo.

Intenté aguantar todo lo que pude en esa casa, de verdad que lo hice. Bella me necesitaba a su lado. Pero después de algunos años, no pude aguantar más y huí, culpándome de la muerte de mi hermano, aun sabiendo que no fui yo quien apretó el acelerador del coche. Pero sintiendo que había sido mi culpa que él muriera por estar ahí esa noche, porque él fue para salvarme de Ethan.

Así que, en parte, sí murió por mi culpa.

Sí que soy un asesino.

Sí maté a mi hermano.

—¿Y bien? —Janelle me pasa una mano por la cara, intentando llamar mi atención, y consigue sacarme de mis pensamientos, haciéndome volver a la realidad en la que de nuevo solo estamos ella y yo, aunque el establecimiento está repleto de gente.

—Pues mi familia no es una familia común.

—¿Y eso qué quiere decir? —Suspiro—. Si no quieres contarlo, estás en tu derecho.

—Mi padre está obsesionado con el trabajo, el dinero y la vida lujosa —empiezo a decir con rapidez—. Mi madre lleva años sobrellevando una depresión. Ha tenido etapas, pero recayó cuando mi hermano mayor murió. Y luego tengo dos hermanos, uno que es un psicópata y me odia desde que nací, y una hermana pequeña que adoro y lo es todo para mí.

—Vaya. —Le da un sorbo a su bebida y vuelve a mirarme—. Suena intenso —asiento—, lo siento. Has tenido que pasar por mucho. Te juzgué mal desde el principio. —Me encojo de hombros, y ella me agarra las manos sobre la mesa—. En el fondo no somos tan diferentes, Eric Brown.

—Ah, ¿no?

—No. Los dos hemos sufrido mucho y estamos un poco rotos.

—A lo mejor necesitábamos encontrarnos para ayudarnos a unir nuestras piezas rotas. —Acaricio sus delicadas manos con la yema de mis dedos.

—Quizás —responde con una sonrisa de lado.

—¿Sabes? A mí también me cuesta creer que me quieran —confieso, sintiéndome indefenso de estar abriéndole tanto mi corazón a alguien—. Nunca he sentido que nadie me ha querido de verdad, sólo Bella y Liam. Y nunca he querido atarme a ninguna relación porque también tenía miedo de que no me quisieran. Tenía miedo de volver a sentirme como el niño indefenso y vulnerable que fui.

Acerca una de sus manos a mi mejilla y la acaricia, haciéndome estremecer ante el suave tacto de su piel contra la mía. Cierro los ojos durante unos segundos para disfrutar de la sensación, y cuando los abro, veo que me está mirando con una tierna sonrisa. Sus ojos brillan con más intensidad de lo normal.

—Mereces que te quieran, Eric Brown. Y yo te veo. No solo al vikingo idiota con aires de superioridad, sino al chico maravilloso que hay dentro.

—Yo también te veo, Janelle —musito—. Y no solo a la niña molesta y gruñona que se cierra en banda y aleja a todo el mundo, sino a la chica tan increíble que hay dentro. A la chica resiliente y valiente que eres, la que está uniendo las piezas rotas que tiene dentro y se está reconstruyendo de nuevo.

No sé si ha sido bueno o malo lo que acabo de decir porque para cuando termino, Janelle está llorando y sonriendo a la vez.

—Gracias por verme —dice en un hilo de voz.

—Es un poco difícil porque eres muy pequeñita, pero aun entre todas las personas del mundo, te vería.

***

Ya en la puerta de casa, los dos nos miramos dudando si entrar o alargar nuestra cita un poco más, a pesar de haber agotado casi todos los temas de conversación posibles durante el camino. Con Janelle se puede hablar de todo, y eso me encanta.

—Me ha encantado el día de hoy —dice después de unos segundos de silencio en los que nos estamos mirando a los ojos. El ambiente está tranquilo y las luces en el interior de la casa están encendidas, por lo que sé que están en casa y que ya no estaremos solos. El día de Janelle y Eric habrá terminado, y tocará salir de la burbuja en la que ambos estamos ahora mismo.

—Me alegro. Si me dejas, repetiremos pronto. —Sonrío y ella me asiente con la cabeza, también sonriente. Le acaricio la mejilla con mi mano y noto una pequeña descarga eléctrica en mi cuerpo como respuesta. Mi boca está loca por probar sus labios de nuevo. Pero necesita tiempo, y se lo voy a dar. Voy a hacer las cosas bien. Así que cuando me doy cuenta de que estoy como un loco acercándome a sus labios para besarla, giro un poco mi cabeza y deposito un beso en su mejilla, cerca de la comisura de sus labios.

***

—¿Qué tal con mi prima? —me pregunta Bruno cuando entro a la habitación. Me quito el abrigo y lo cuelgo en el armario, dejo todas

mis cosas sobre el escritorio, le dedico una sonrisa y me encojo de hombros—. Por tu cara de tonto deduzco que muy bien.

—Ha ido muy bien, sí —contesto mientras empiezo a cambiarme de ropa y ponerme el pijama.

—Vas en serio, eh. —Me lanza un cojín desde su cama y esta vez soy rápido y lo cojo al vuelo.

—Y tú estás empezando a fallar en tu puntería —bromeo, y se lo vuelvo a lanzar.

—Bueno, colega… —Se levanta de la cama de un salto y se planta frente a su armario para coger algunas cosas—. Yo me piro.

—¿A esta hora? ¿Hoy tampoco duermes en casa?

—Voy a una fiesta con unos amigos. Volveré, pero no sé a qué hora. —Alza una ceja—. ¿Es que tienes pesadillas si no estoy o qué?

—Tranquilo, sé dormir solito.

—Eso espero. Y nada de salir de la habitación, no me hagas cerrar con llave —me amenaza con el dedo y niego con la cabeza riendo.

—Podría destrozarte solo con un dedo, Bruno. Sal de la habitación antes de que lo haga —le amenazo ahora yo a él, y sale de la habitación fingiendo que corre asustado.

Todos están completamente locos, pero son una familia maravillosa.

***

Me acuesto y doy vueltas en la cama, pero no hay forma de dormirme. No paro de pensar en el día tan maravilloso que he pasado junto a Janelle hoy, en el poco tiempo que me queda en esta casa, y en las pocas ganas que tengo de separarme de ella ahora que estamos empezando a acercarnos.

Sé cómo reacciona su cuerpo cuando estamos juntos, pero ¿cómo reaccionará su corazón?

Doy un par de golpecitos en la pared y al ver que no obtengo respuesta, decido escribirle un mensaje.

Eric:

¿Estás despierta?
Janelle:
Sí.

Eric:
¿Pensando en mí a estas horas de la noche, jovencita?
Janelle:
De verdad que no sé cómo puedes ser tan idiota.
¿Entrenas para serlo?
Eric:
Entreno para tener unos músculos por los que te mueres.
Janelle:
Me muero porque me dejes dormir en paz.
Eric:
Quiero enviarte algo.
Janelle:
¿El qué?

Eric:
Ponte los auriculares y escucha esta canción.
Janelle:
¿Por qué?
Eric:
Porque no puedo dormir y me recuerda a ti.
Eric:
Quiero que cierres los ojos y sientas cada estrofa, porque siento que la letra es perfecta para ti, para nosotros.

Janelle:
¿Me la estás dedicando?

Eric:
Te dedicaría todas las canciones de amor que existen,
Janelle.

Le envío el enlace de la canción *Maybe* de James Arthur, dejo el móvil en la mesita de noche que hay a mi lado y cierro los ojos sonriente, esperando que ella también sienta como nuestra cada estrofa de la canción, y se duerma pensando en mí y en lo que podemos llegar a ser juntos cuando dejemos atrás nuestros miedos.

CAPÍTULO 33

Janelle

Me despierto temprano, ya que hoy tengo mucho que hacer. Primero, tengo clases online. Más tarde, tengo cita con Amelie y después, he quedado para comer con Aria. Ah, y esta tarde he quedado con Pauline en que cuidaría de Sophie, así que tengo el día completo.

La clase me resulta algo aburrida. Hoy el profesor habla sin parar y yo anoto todo lo que puedo, y al final le enseñamos las fotografías que nos mandó hacer la semana pasada como trabajo. Apunto la tarea de la semana que viene, y apago la tablet en cuanto me desconecto de las clases.

Preparo la cámara y una tarjeta de memoria de repuesto antes de coger el resto de mis cosas y salir de la habitación.

Voy con bastante margen, así que me tomo mi tiempo en admirar las calles durante el camino hasta el autobús, disfrutar del clima frío que me cala los huesos, a pesar de que estoy bastante abrigada, y de los paisajes que tengo a mi alrededor.

Una vez en el autobús, escojo un sitio pegado a la ventana. Esta vez voy acompañada de unos auriculares que enseguida conecto a mi móvil para empezar a escuchar música. Las primeras canciones que aparecen en mi lista son las que me ha dedicado Eric, y en cuanto las primeras notas empiezan a sonar, una sensación de hormigueo recorre mi cuerpo. Se me eriza la piel, pero esta vez no intento apartar estos pensamientos o arrancar esta sensación de mí, sino que disfruto del trayecto con una sonrisa, mientras pienso en mi idiota encantador.

***

La consulta de hoy ha sido difícil. He llorado muchísimo y ha sido muy duro para mí recordar algunos momentos dolorosos de mi pasado, pero a la vez ha sido liberador. También hemos hablado del presente y de cómo planteo mi futuro, aunque esta parte me cueste demasiado. Pero lo hemos conseguido; me he puesto metas y creo, que después de mucho tiempo, estoy dispuesta a empezar a cumplirlas.

Las sesiones con Amelie siempre han sido difíciles, pero por primera vez, siento que realmente están siendo sanadoras y necesarias, y que jamás debería de haberlas dejado. Fue lo peor que me hice a mí misma.

También hemos hablado mucho de Eric. Creo que, llegados a este punto, es inevitable no hacerlo. Tengo miedo, y así se lo he confesado, pero a la vez tengo la ilusión que pensaba que jamás tendría de nuevo.

—Hola preciosa —me saluda mi amiga, si es que la puedo llamar así de nuevo, en cuanto nos vemos, con un pequeño abrazo—. ¿Cómo te ha ido?

—Bien, ¿y a ti? —Aria tenía prueba de vestido y estaba algo nerviosa, así que hemos quedado para comer, ponernos un poco al día, e intercambiar sensaciones después de las mañanas intensas que hemos tenido ambas.

—Ha ido genial —contesta sonriente—. Me he emocionado muchísimo en esta prueba final porque el vestido ya estaba prácticamente listo, y me he visto con él puesto y... —Una lágrima cae por su mejilla, y vuelvo a estrecharla entre mis brazos. Me sorprendo en el acto, ya que llevaba mucho tiempo reprimiendo mis sentimientos y mis ganas de mostrar cariño a los demás, pero me alegro de hacerlo cuando la veo sonreír a pesar de tener los ojos aguados al separarnos—. Solo estoy deseando que llegue ya el día de la boda.

—Pues ya te falta muy poquito. Y vas a ser la novia más guapa de todas.

—Anda ya. —Da un pequeño manotazo al aire—. Eso está reservado para cuando te cases tú —murmura—. Estoy tan nerviosa, Janelle. Quiero que salga todo perfecto.

—Todo va a salir perfecto —la tranquilizo, aunque sé lo perfeccionista que es, y lo obsesionada que está con que todo salga tal y como tiene previsto, sin que falle ningún detalle de su lista física y mental.

—Eso espero —suspira—. Va a ser el día más importante de mi vida, y no quiero que falle nada.

—Lo más importante es que lo disfrutes, recuerda eso. Y que ese día te olvides de todos los preparativos y todos los detalles, ¿vale?

—Lo intentaré, pero ya sabes como soy. No he cambiado nada. —Suelta un bufido y yo una pequeña risita—. Y ahora vamos a comer, porque hoy no he desayunado nada con los nervios y me muero de hambre —dice antes de agarrarme del brazo y llevarme con ella por el camino.

***

—¿Qué le has hecho a la niña? —Es lo primero que pregunto al entrar al salón y encontrarme a una Sophie que me mira con una sonrisa traviesa, y que lleva puesto una sudadera que le queda gigante y una gorra rosa.

Sin ningún vestido pomposo lleno de purpurina ni lacitos.

Con una sudadera y una gorra.

—¿A qué está guapa? —me pregunta Eric poniéndose a su lado.

—¿Tardo diez minutos más de la cuenta y esto es lo que le haces a la niña?

—La he modernizado un poco. ¿A que te mola, Sophie?

—Está guay —contesta la niña.

—¿Y tu vestido de princesa y tus lazos, pequeña?

—Eso es de pringadas —me responde, se da la vuelta y camina hasta los juguetes que tiene tirados por el suelo.

—¿Pringadas? ¡Qué le has enseñado a la niña, Eric Brown! —gruño antes de darle un manotazo en el brazo que, en lugar de hacerle

daño, le hace reír.

—Está de broma, ¿a qué sí, peque? —la mira y ambos se guiñan un ojo.

—Es brooooomaaaaa —dice sentada en el suelo—. Pero estamos jugando a los disfraces.

—¿Y Eric de qué va disfrazado? —Enarco una ceja mirándolo de arriba a abajo.

—De vagabundo —contesta la niña—. ¿No le ves los pelos y la barba esa que pincha? —Hace una mueca y yo suelto una carcajada.

—También podría ser Tarzán, es un personaje más bonito, ¿no? —digo después de haberme reído.

—Entonces me sobra algo de ropa, preciosa —susurra en mi oído.

—Vagabundo, vagabundo está bien —contesto.

—¡Faltas tú, Janelle! ¿De qué te vas a disfrazar?

—Pues yo…

—¿De princesa? —pregunta esperanzada—. ¿Me vas a dejar ponerte mis lacitos y maquillarte?

—No.

—Claro que sí —responde por mí Eric.

—¡Bieeeeeeen! —chilla entusiasmada, levantándose del suelo de un salto—. Tengo todo lo necesario —suelta antes de salir del salón.

—¿Cómo estás? Te he echado de menos todo el día —murmura Eric cuando estamos solos durante algunos segundos.

—Bien —contesto—, ¿y tú?

—¿Tú también me has echado de menos?

Bum, bum, bum.

—He estado bastante tranquila sin nadie que me molestara —bromeo.

—Vaya, me alegro. Siento decirte que ya se te ha agotado el tiempo —me sonríe.

Y se para el tiempo, juro que se para el tiempo.

—¡Ya estoy aquí! —chilla la niña volviendo a entrar al salón con su pequeña mochila que estoy segura que trae llena de cosas, como siempre.

Me paso la siguiente hora siendo torturada por la niña que más quiero en el mundo y por el chico que más loca me vuelve, pero que más calma me hace sentir al mismo tiempo.

Los dos se ponen de acuerdo para peinarme, llenarme de lazos y purpurina el pelo, y maquillarme con los potingues que le hemos cogido prestados a Daphne, aunque más que maquillarme creo que se piensan que mi cara es un lienzo y tenían que hacer un dibujo, porque me dejan hecha un cuadro. Pero nos reímos, nos reímos muchísimo.

Y deseo que se pare el tiempo, ya no solo cuando estoy con Sophie, sino también cuando estoy con Eric. Y mientras los miro sonreírse el uno al otro y hacer jugarretas con tanta complicidad, deseo quedarme aquí para siempre, en cualquier lugar, pero con ellos.

—Ya estás lista —dice Sophie después de haberme dado una última pasada por toda la cara con labial rojo. Un labial rojo permanente, por cierto—. Mira que guapa.

—A ver… —Me hago un poco la interesante y finjo que no sé que han hecho un destrozo con mi cara. Me ofrecen un espejo y miro a Eric, que asiente con la cabeza dándome su aprobación. Parece orgulloso con su obra de arte, así que cojo el espejo, me miro, y efectivamente…, han hecho un destrozo con mi cara. Estoy llena de garabatos, dibujitos, purpurina, sombras de ojos, labial… un poco de todo. No sé qué tipo de arte es esto, pero es un poco abstracto—. Vaya, estoy muy guapa.

—Sí, pareces una princesa. —Sophie parece sentirse orgullosa mientras guarda los productos de maquillaje de Daphne en su neceser. Esto es algo bueno que le ha inculcado en este tiempo Eric y que antes no habíamos conseguido, y es que tiene que recoger las cosas cuando termine de usarlas.

—Pues ya estamos —interviene Eric señalándonos—. La dama y el vagabundo.

CAPÍTULO 34

Eric

Mis dedos se deslizan por el teclado como si hubieran sido creados para ello. Las palabras fluyen solas por mi cabeza, creando así frases que dan sentido a grandes emociones que salen de mi interior. ¿Cómo puedo ser capaz de plasmar esto en un escrito? Lo único que sé es que esto me da la vida, es mi completo desahogo. Me libera, me calma y me hace sentir vivo a la vez, aunque sienta que me desnudo con cada cosa que saco de mi interior al escribir.

'Ella era inocente y juvenil como la primavera; cálida como el verano; entrañable como el otoño y fría como el invierno'.

Releo el texto que he escrito a lo largo de la mañana, y sonrío al ver el resultado de la última frase. Me gusta cómo ha quedado.

Poco a poco, van tomando forma todas las ideas que hasta ahora habían estado en mi cabeza.

Cierro el portátil y me dejo caer hacia atrás en la silla en la que estoy sentado, con la mirada fija en el techo y la mente dando vueltas en cosas en las que no debería pensar.

Estoy seguro que Ethan estuvo aquí. Lo vi claramente y también me he estado sintiendo observado estos últimos días. ¿Serán cosas mías, o me habrá encontrado?

Suspiro y me froto la cara con las manos. Necesito darme una ducha y despejarme; seguro que eso me viene bien.

Mi teléfono vibra sobre el escritorio y me saca de mis pensamientos. Lo desbloqueo y veo que tengo un mensaje de un número que no tengo guardado en la agenda. Miro extrañado la pantalla, ya que suelo ser muy cuidadoso con dar mi número de

teléfono, y por eso no lo tiene cualquiera pero, aun así, abro el mensaje sin dudarlo.

Número desconocido:
Distrito nº5.

Se me forma un nudo en la garganta al leer el mensaje, que podría ser confuso para cualquiera menos para mí. Algo que creía que estaba enterrado en el pasado, vuelve a mi vida resurgiendo de forma inesperada.

Sé perfectamente la amenaza que conlleva ese mensaje y quién es el destinatario.

Es él. Ethan ha vuelto, y ha vuelto a por mí.

Janelle

—Estás muy raro —murmuro mientras caminamos hacia nuestro destino—. ¿Seguro que estás bien?

—Sí, no seas molesta —contesta con un tono arisco, confirmándome que algo le pasa. No puedo evitar pensar que he hecho algo mal, o que se ha cansado de mí y de esperarme. Intento borrar esos pensamientos de mi cabeza y disfrutar de nuestra cita de hoy, pero se me hace muy complicado. Las voces de mi cabeza están todo el rato atormentándome—. Vamos a disfrutar de esta noche. —Me pasa el brazo por encima del hombro. Sonrío ante el gesto y seguimos el camino hasta el centro comercial así, sin separarnos.

—¿Puedo elegir yo la peli? —pregunto una vez que llegamos a la zona del cine.

—No. Suficiente tengo con una mini Janelle que me tortura con sus películas. Hoy elijo yo.

—No quiero ver ninguna película de miedo.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo de no ser capaz de aguantar sin saltar a mis brazos, petite? —Esboza una sonrisa. Le doy un pequeño pisotón y se queja—. Estás mal de la cabeza.

—Mucho peor desde que te conocí. —Le saco la lengua y me giro hasta la pantalla donde salen todas las películas que están disponibles para ver—. Y no me llames petite.

—¿Por qué? Eres pequeña. —Se encoge de hombros—. Te dejo elegir película con una condición.

—¿Cuál?

—Un beso a cambio.

—¿Un beso a cambio de elegir yo la película? —Enarco una ceja, y él asiente con una sonrisa de complicidad. Lo pienso durante algunos segundos, y finalmente asiento—. Está bien.

—Por fin la suerte está de mi lado. Voy a comprar las palomitas y las bebidas, ahora vuelvo.

—Vale, yo pago las entradas.

Me seco el sudor de las manos en el pantalón. No puedo negar que estoy nerviosa, Eric siempre hace que me sienta así. Pero ahora lo estoy más.

¿Un beso? ¿Pero en qué estaba pensando? Desde luego que sí que estoy mal de la cabeza.

Compro las entradas para una película de acción y después de unos minutos, nos volvemos a encontrar. Apenas puede andar sin que se le caiga todo lo que lleva encima. Ha comprado demasiada comida.

—¿Y toda esa comida?

—Sé que comes como toda una familia numerosa tú sola, así que he querido ser precavido y coger bastantes provisiones porque no sabía cuánto duraría la película. Te sueles poner agresiva cuando tienes hambre. —Se encoge de hombros, y por poco se le cae uno de los paquetes de palomitas que lleva enredado en el brazo.

—Estás fatal. Dame que lleve algo, anda.

—Yo puedo —responde—. Guíame hasta la sala.

Y eso hago, entrego los tickets de nuestras entradas y vamos hasta la sala 08, que es la de nuestra película. Después de debatir sobre el asiento —porque Eric quería sentarse en las primeras filas y yo en las últimas—, acabamos sentándonos en las del final.

—Aquí estaremos bien —afirmo sonriente cuando llegamos a nuestro sitio.

—No vamos a ver nada. Voy a tener que ver la película así… —Achina los ojos y yo no puedo evitar soltar una carcajada—. Voy a quedarme ciego por tu culpa.

—Pero si la pantalla es gigante, Eric.

—La próxima vez nos sentamos delante —me dice colocando su bebida en el posavasos de su butaca.

—¿Y quién te ha dicho que habrá próxima vez, Eric Brown? —Doy un sorbo a mi bebida mirándolo fijamente, y sonríe de lado, haciendo que se le marque un hoyuelo. Está monísimo.

—La habrá, petite.

—No me llames petite.

—Shh, que empieza la peli —susurra cerca del lóbulo de mi oreja cuando se apagan las luces de la sala.

La película trascurre con normalidad, solo que no consigo concentrarme teniendo a Eric al lado. Estoy más pendiente de sus facciones y los movimientos que hace al beber y comer, que de la propia película.

Me siento de nuevo una adolescente, y esto me causa ansiedad.

—¿Te parezco más interesante que la peli que has elegido? —me dice en un susurro, sin dejar de mirar la pantalla.

—No, ¿por qué? —Me llevo un puñado de palomitas a la boca y empiezo a masticarlas.

—Porque no dejas de mirarme. Si sigues haciéndolo, voy a pensar que te gusto, Janelle.

Siento su aliento sobre mi boca.

Trago saliva mientras observo cómo se humedece los labios y el corazón me va a mil por hora.

Quiero besarle, decirle que me gusta y dejar atrás los miedos, pero no puedo. No sé cómo hacerlo, no soy lo suficientemente valiente. Siento que se está acercando poco a poco a mí y de repente desaparecen las personas que hay en la sala, solo estamos él y yo.

Me pide permiso con la mirada para besarme, pero cuando estoy a punto de ser yo la que se abalance sobre él y acorte la maldita distancia que hay entre ambos, y que tanto me está pesando ahora mismo, dudo. Porque la voz de mi cabeza ha vuelto, y siento que tengo a la Janelle del pasado tirando de mí hacia atrás para separarnos.

—Y recuerda que a partir de ahora —dijo sobre mi boca justo después de besarme con dureza—, nadie más podrá tocar estos labios, muñeca. Nadie. Porque eres mía, me perteneces. —Asentí con la cabeza sin poder dejar de mirar sus labios enrojecidos e hinchados, y enseguida los volvió a unir con los míos en otro beso salvaje y voraz, que volvió a dejarme sin aliento—. Nadie más podrá volver a besarte nunca, ¿lo entiendes? —musitó, tirando de mi pelo hacia atrás con fuerza, y asentí dubitativa, pensando que era lo más romántico que podría decirme el chico del que estaba enamorada.

Me separo de Eric y me acomodo sobre el respaldo de mi butaca. Le miro de reojo y aunque al principio parece extrañado, al final asiente y vuelve la mirada a la película.

Lleva su mano lentamente hacia la mía y la toca con suavidad, haciéndome estremecer ante el tacto y sintiendo mi piel arder solo con ese pequeño roce. Entrelaza nuestros dedos y me acaricia con la yema de su pulgar. Le miro y a pesar de la oscuridad, veo a través de la luz de la pantalla que él también me está sonriendo.

—Te dije que podría esperar todo el tiempo del mundo —susurra contra mi oído antes de darme un beso tierno en la mejilla.

***

—¿Te ha gustado el rato que hemos pasado juntos? —pregunta cuando entra en mi habitación. Estoy en pijama y con unas pintas horribles, pero ya qué más da, si me ha conocido así.

—Mucho —respondo con una sonrisa—. ¿Puedo planear yo la próxima cita, Eric Brown? —Me acerco a él.

—¿No decías que no habría próxima? —Me encojo de hombros como respuesta—. Está bien.

—¿No vas a preguntarme a dónde iremos?

—Donde sea estará bien mientras esté contigo.

—Gracias por todo lo que estás haciendo por mí. Me estás ayudando mucho, Eric.

—No te infravalores. Todo lo que estás consiguiendo es por ti, lo estás haciendo tú sola. Porque eres fuerte y valiente. —Siento que se me cierra un nudo en la garganta, pero asiento y doy unos pasos hacia adelante, quedando pegada a él. Pongo mis manos en su cuello y le agarro con fuerza, y en seguida él me agarra por la cintura y me envuelve en sus cálidos brazos—. Y que no se te olvide —susurra contra mi oído después de unos segundos abrazados—, me debes un beso.

El maldito beso.

Está bien, voy a darle un beso a Eric Brown.

Me despego un poco de su agarre, y aún con las manos en su cuello, estampo mis labios sobre su mejilla, cerca de la comisura de sus labios. Suelta un pequeño jadeo.

—Eso es trampa —susurra.

—Dijiste un beso, pero no dónde. —Me suelto de su agarre y me encojo de hombros.

—Eres una niña molesta, y además muy traviesa.

—Las citas no están permitidas en esta casa —escupe Tiffany entrando en la habitación—, si no quieres que llame a mi padre, lo mejor es que te largues —dice mirando a Eric.

—Yo ya me iba —le contesta Eric—. Hasta mañana, pequeña. —Me dedica una sonrisa—. Adiós, Tiffany.

—Buenas noches, Eric. Que sueñes con los angelitos. —Mi prima le sonríe, y empieza a quitarse la ropa, sin importarle que Eric siga en la habitación, por lo que enseguida sale y cierra la puerta—. Eres una estúpida —me dice.

—¿Y ahora qué narices te pasa, víbora?

—¿Te piensas que tienes algo que hacer con él?

—No sé a qué te refieres.

—Pareces tonta, de verdad. Sólo está jugando contigo, Janelle. ¿De verdad piensas que alguien como él se fijaría en alguien como tú?

¿De verdad piensas que alguien como él se fijaría en alguien como tú?

Las mismas palabras de desprecio que me soltó hace años, pero hoy, en vez de hablar de Brad, lo hace de Eric.

—No tienes ni idea de cómo es Eric —me atrevo a contestar.

—Y encima, le defiendes. —Suelta una carcajada—. Eres la misma tonta que busca cariño y se enamora con cuatro palabras que le dicen. No cambias, eh.

—Y tú la misma mala persona, que es mucho peor.

—Sigue creyéndote que eres alguien para ese chico, pero lo único que quiere es llevarte a la cama. ¿Es que no lo ves?

—Eso es lo que a ti te gustaría, ¿verdad? Que te llevara a la cama. Pero como no te quiere tocar ni con un palo, te desquitas conmigo —le digo, y me siento orgullosa de no haberme quedado callada, y soltarle todo lo que se me ha pasado por la cabeza.

—Vas a arrepentirte de haberme hablado con ese tono y de esa forma, pedazo de estúpida. Tiempo al tiempo.

—Y tú algún día te arrepentirás de ser tan mala y de hacer tanto daño a las personas. Pero tiempo al tiempo también.

Sale de la habitación dando un portazo y la verdad es que me da igual, hoy no quiero dejar que los monstruos de mi cabeza me impidan seguir disfrutando de todas las sensaciones del día de hoy.

Me tumbo en mi cama y sonrío de forma automática cuando veo que tengo un mensaje nuevo de Eric.

Eric Odioso Brown:

Tu prima está loca, pero loca de verdad.

Janelle:

Siempre lo ha estado.

Eric Odioso Brown:

¿Estás bien? Sé que te afecta compartir oxígeno con
ella por más de cinco segundos.

Janelle:
Estoy bien.
Eric Odioso Brown:
¿Y cuándo es nuestra cita?
Janelle:
¿Acaba de terminar la cita de hoy. ¿Ya estás pensando
en la siguiente?
Eric Odioso Brown:
Sí.
Janelle:
Voy a empezar a pensar que realmente te gusto,
Eric Brown.
Eric Odioso Brown:
Me gustas. Me gustas mucho, Janelle.

Cierro la conversación y bloqueo el teléfono.

Lo apoyo en mi pecho y sonrío como la adolescente feliz que un día me obligaron a dejar de ser.

Y otro día más, me duermo con una sonrisa en la cara.

CAPÍTULO 35

Janelle

—Janelle, es el noveno vestido que te pruebas —escucho decir a Daphne en cuanto salgo del probador, con un vestido diferente que, para sorpresa de nadie, tampoco me gusta cómo me queda—. Todos te quedan genial, ¿por qué no te decides ya por uno?

—Es que ninguno me sienta bien. Parezco una niña pequeña con todos —respondo, sin dejar de mirarme en el enorme espejo del probador para comprobar cómo efectivamente, este vestido también resalta que no tengo nada de pecho.

—Yo creo que te queda espectacular, te hace un culo increíble —interviene Aria, que también me está ayudando a elegir el vestido para su boda.

—No sé, no me gusta. Voy a probarme otro —digo cerrando de nuevo la cortina del probador.

—Y con este ya serían diez. —Oigo bufar a mi prima.

—Se supone que has venido a ayudarme —le reprocho mientras me cambio el vestido.

—Y eso intento —me responde desde el otro lado del probador—. Pero tú eres la que no te dejas ayudar. Pones pegas a todo lo que te pruebas.

—Porque todo me queda mal —contesto en un hilo de voz mirándome al espejo. Por mi mente pasan algunas imágenes del pasado, recuerdos donde aparece Brad menospreciando mi cuerpo y haciéndome sentir mal, o comparándome con otras chicas.

No quiero dejar que siga tomando el mando de mi vida y de mis emociones, me tiene agotada emocionalmente. Así que cojo al azar

uno de los vestidos que ya me he probado anteriormente, y me lo vuelvo a poner.

Salgo del probador y tanto mi prima como Aria me miran confundidas, seguro que ninguna entiende mi cambio repentino de opinión, pero enseguida sonríen al verme, así que supongo que les gusta de verdad cómo me queda. Es un vestido de seda rojo sencillo, de tirantes finos , y ajustado por todo el cuerpo menos por la espalda, que está completamente descubierta, y tiene una abertura en la pierna derecha.

—¿Qué os parece?

—Sin duda ese era el vestido elegido desde el primer momento —opina Aria.

—¡Me pido maquillarte y peinarte! —interviene de nuevo Daphne.

—Solo por ese día —la señalo con el dedo, y vuelvo a entrar en el probador.

Me miro en el espejo. No me gusta del todo lo que veo y ojalá pudiese verme como todos me ven, pero es algo en lo que debo trabajar por mí misma. Ya he hablado con Amelie sobre eso y me está ayudando demasiado.

Me echo un vistazo, y decido que este es el vestido elegido, aunque sea el que menos ganas tenga de ponerme y sienta que es el que peor me queda.

Eric

He quedado con Liam para desayunar en una cafetería cerca de casa y ya llevo esperando a que llegue media hora. No es que él llegue tarde, es que yo estoy tan nervioso, que he llegado una hora antes de lo previsto, porque no podía estar en casa ni un minuto más.

Aparece como siempre, tan sonriente que hasta a mí me pone de los nervios, y se sienta a mi lado en el sitio que hay libre.

—¿Cómo está mi brownie favorito?

—¿Ahora mismo? Volviéndome loco. —Me paso las manos por la cara, y él suelta una pequeña risita.

—¿Tan enamorado estás ya, Eric Harold Brown? —Enarca una ceja y lo fulmino con la mirada. Sabe de sobra que odio que me llame así, pero siempre acaba haciéndolo.

—No es por eso —le digo. Apoya los hombros sobre la mesa, y me mira con atención—. Creo que Ethan ha vuelto.

—Eso es imposible, me habría enterado.

—Pues ha vuelto. El otro día vi a alguien entrar en la casa y juraría que fue a él. Llevo un tiempo sintiendo que alguien me sigue, y el otro día recibí este mensaje. —Le paso mi teléfono sobre la mesa y se le abren los ojos como platos en cuanto lo lee.

—¿Estás seguro de lo que me estás diciendo?

—Segurísimo. Necesito que investigues dónde está, solo tú puedes encontrarle.

—Está bien —me dice—, pero no te preocupes. Seguro que solo te estás poniendo paranoico.

—Investígalo.

—Está bien.

—Y ahora dime qué haces aquí.

—He venido de vacaciones para ver a mi amorcito.

—Eso ya me lo has dicho, Liam. Pero hay algo que no me estás diciendo.

—¿Eres el único que tiene derecho a enamorarse?

—¿Estás enamorado de Daphne?

—Estoy ilusionado.

—Bueno, por algo se empieza.

—Es una chica especial.

—Has conocido a muchas chicas especiales, pero no te he visto hacer por ninguna lo que estás haciendo por ella, por eso me extraña tanto.

—Tampoco te he visto hacer por nadie lo que estás haciendo por Janelle y no dudo de tus intenciones.

—Está bien. Tranquilo, tío. Tengamos el desayuno en paz.

—Vale, pues tú invitas.

—¿Qué vas a querer desayunar?

—Un buen brownie —dice con una sonrisa pícara, y yo niego con la cabeza. Desde luego, este chico no tiene remedio.

***

—Pero bueno Daph, ¡qué guapa! —afirmo cuando nos encontramos en el recibidor de casa.

—Gracias, Eric —me sonríe—, he quedado con Liam. Vamos a ir a dar una vuelta. Pero no se lo digas a mi padre o me matará. —Suelta una carcajada—. Él piensa que voy a salir con unas amigas.

—Tranquila, tu secreto está a salvo conmigo. —Hago un gesto como si me cerrara los labios con una cremallera, y ella se ríe—. Pero a cambio tengo que pedirte un favor.

—¿Qué favor?

—Necesito que me ayudes con una sorpresa que le quiero preparar a Janelle. —Se le ilumina la mirada y su sonrisa se ensancha en cuanto pronuncio el nombre de su prima, y enseguida asiente con la cabeza efusivamente.

—¡Claro que sí! Cuenta con ello. Ahora me tengo que ir, pero hablamos estos días y me cuentas, ¿vale?

—Perfecto. Pásalo bien y no seas demasiado blanda con mi amigo. Hay que tener mano dura con él —bromeo.

—Eso hago —Esboza una sonrisa antes darme un pequeño abrazo y salir de casa.

—¡Ya estoy! —Escucho la voz chillona de mi chica favorita desde la planta de arriba. Me quedo prendado cuando la veo aparecer. Se ha puesto un vestido con unas medias y unos botines. Y el vestido en especial… le queda espectacular. Como todo lo que se pone. Hoy lleva el pelo suelto y se ha recogido los mechones del flequillo con una diadema. Lleva algo de maquillaje, pero muy sutil. Siempre suele ir muy natural, y eso me encanta. Está increíble.

—Estás preciosa. —Agarro su mano y le doy una pequeña vuelta sobre sí misma, haciendo que suelte una carcajada.

—¡Eric! —se queja entre risas.

—Estás preciosa —repito—. Siempre estás preciosa.

—Tú también —me dice—, te queda muy bien esa camisa verde. Te resalta el color de los ojos.

—Creo que es el mayor cumplido que me has hecho nunca.

—Lo he estado practicando mientras bajaba las escaleras —bromea, y yo vuelvo a sonreír como un tonto.

Nos ponemos los abrigos y salimos de casa. Hace frío, pero el calor de nuestras manos entrelazadas nos reconforta mientras caminamos.

—¿Dónde vamos?

—Vamos a una librería.

—¿A una librería? —Enarco una ceja, y ella asiente.

—Sí. Quiero regalarte un libro. —Sus mejillas están rojas, y agacha la mirada cabizbaja—. Venga, vamos.

Sonrío como un tonto y sigo caminando junto a ella, porque en realidad me da igual donde me lleve siempre que no suelte mi mano.

***

Podría describir este lugar como el paraíso: Un laberinto de estanterías repletas de historias que esperan ser descubiertas por alguien. El aroma del papel y la luz que se filtra por los ventanales. El silencio que reina, siendo interrumpido solo por el crujido de páginas que están siendo ojeadas por el resto de personas. El hecho de estar a su lado, compartiendo una de mis pasiones, que sin duda me hace sentirme inmensamente feliz.

—¿Tienes claro el libro que vas a elegir? —murmura, admirando uno de los estantes de libros de segunda mano.

—Sí, este —Agarro un ejemplar de segunda mano de *El Principito*, y ella me mira extrañada.

—¿Con todos los libros que hay eliges ese?

—Has dicho que podía elegir el que yo quisiera, ¿no? —Asiente con la cabeza—. Pues quiero este.

—¿Y no prefieres alguna edición especial?

—He dicho que quiero este, no seas molesta.

—Vale, pues dámelo. Voy a pagar.

***

—¿Vas a decirme por qué has escogido este libro? —Lo saca de la bolsa.

—Porque es especial para mí. —Sus grandes ojos me miran expectantes, esperando que le cuente más—. Era el libro favorito de mi hermana. Teníamos una pequeña biblioteca en casa con cientos y cientos de libros, pero ella siempre escogía este, y me hacía leérselo una y otra vez.

—Entonces no sé si he hecho bien en llevarte allí o no, no sé si te he provocado un mal recuerdo —musita cabizbaja.

—Ha sido un regalo genial —respondo, agarrándola por la barbilla y obligándola a subir la cabeza para que nuestras miradas queden en contacto de nuevo—. Muchas gracias.

—¿Volverás a leérselo?

Un nudo se forma en mi garganta.

—Creo que ya es un poco mayor, aunque en mi mente siga siendo mi hermana pequeñita. Pero ojalá algún día pueda volver a hacerlo.

—¿Por qué no la llamas?

—¿Por qué haces tantas preguntas?

—Alguien me dijo que no podía huir siempre de mi pasado, pero tú estás haciendo exactamente lo mismo. No sé qué te pasó, pero estoy segura de que tu hermana te quiere y te echa de menos.

—No tienes ni idea —suspiro.

—Quizás si empiezas a enfrentarte a tu pasado, te des cuenta de que ya no puede hacerte nada, porque se ha quedado atrás. El problema es si te quedas tú ahí con él.

—¿Por qué empiezas a hablar como si fueses coach? —pregunto y se ríe.

—Solo es un consejo de amiga.

—¿Se supone que somos amigos?

—¿No es eso lo que somos?

—No es precisamente lo que quiero ser.

—Pero es lo que somos.

—¿Me acabas de mandar a la *friendzone*? Porque hasta ahora, nunca nadie lo había hecho.

—Puede ser. —Me mira divertida—. ¿Vamos a por un helado?

—¿No crees que hace frío para tomar un helado? Nos podemos volver a enfermar.

—¿Y qué? La vida está para disfrutarla —dice, imitando las palabras que un día le dije, y empezando a bajar los escalones de dos en dos—. ¡El último que llegue paga los helados! —chilla antes de echar a correr.

CAPÍTULO 36

Janelle

Me despierto más temprano de lo que debería, lo cierto es que estoy muy nerviosa, tal y como esperaba. No sé me dan muy bien los eventos sociales, ni la gente en general. Además, sé que en la boda de Aria tendré que cruzarme con antiguos amigos, y eso me remueve un poco por dentro. Aunque de verdad que estoy intentando no pensarlo demasiado.

Me levanto de la cama sin hacer mucho ruido, ya que mis dos primas siguen dormidas, y me voy directa al cuarto de baño.

Me encuentro con la puerta entornada y la luz encendida, por lo que doy por hecho que alguien está dentro, y dado que son solo las seis de la mañana, hay muy pocas opciones que barajar.

Decido golpear con los nudillos antes de entrar.

—¿Está ocupado? —pregunto, sintiéndome idiota justo después, porque obviamente lo está. De hecho, estoy escuchando una respiración al otro lado de la puerta.

—Sí —contesta Eric desde el otro lado—. Pero ya he terminado, tranquila. Puedes entrar.

Abre la puerta y hago el amago de dar un paso para entrar, pero me quedo completamente prendada de lo que tengo frente a mí. El chico que tan perdida me tiene —sin su pelo largo que tanto odiaba y a la vez tan loca me volvía—, me está sonriendo al otro lado de la puerta.

Eric se ha cortado el pelo.

Y está guapísimo.

—¿Eric? —pregunto confundida. Quizás estoy todavía demasiado dormida y esto es solo un sueño. Miro bien de nuevo su pelo, corto pero lo suficientemente largo si quisiera enredar mis dedos en él, y además, todavía le asoman algunos rizos.

Simplemente perfecto.

El corazón se me acelera porque por un momento la imagen de otra persona llega a mi mente, pero intento borrarla lo antes posible y mentalizarme de que Eric no es Brad, y que nunca lo será.

—El mismo —responde con esa sonrisa que hace que me flaqueen las piernas.

—No, el mismo no. ¿Qué te has hecho?

—Llevas casi dos meses diciéndome que soy un vagabundo. Al menos podrías decirme que estoy guapo, ¿no? Ha sido un gran esfuerzo para mí separarme de mi bebé.

—¿Tu bebé? —pregunto también con una ceja alzada.

—Sí, mi pelo. ¿Sabes cuánto me había costado dejarlo crecer?

—¿Tu pelo de señora?

—Mi pelo de hombre sexy.

—No te hacía ver sexy, Eric —contesto poniendo los ojos en blanco y ahora sí entrando en el interior del baño. Se gira y me mira.

Sí, sí que le hacía ver sexy. Pero no pienso subirle el ego jamás.

—¿Ah no? ¿Y ahora?

—Ahora tampoco. —Abro el grifo y me echo agua en la cara, todavía sintiendo su mirada clavada en mi cuerpo, lo que hace que mi pulso se acelere y me ponga todavía más nerviosa.

—¿Sabes lo que es realmente sexy? —pregunta mirándome de arriba abajo cuando me he terminado de secar la cara con una toalla.

—¿El qué?

—Tú, con ese pijama de conejitos —responde de forma burlona, y noto mis mejillas sonrojarse otra vez.

Maldita sea, tendría que haberme cambiado el pijama antes de salir de la habitación.

—Al menos yo voy con ropa por la casa —le debato como puedo, intentando ocultar la maldita vergüenza que siento ahora mismo. No sé cómo puedo gustarle si siempre me ve con estas pintas, de verdad —. Hay niños y mujeres en esta casa, y tú te paseas por ahí sin camiseta siempre —musito, intentando no bajar la mirada de su cara. Hasta ahora había funcionado, pero cuando Eric empieza a reírse y

veo como su pecho se mueve, no puedo evitar bajar la mirada y fijarme en su torso tan perfectamente trabajado.

—¿Es que alguno se va a asustar por ver un cuerpo perfectamente esculpido? —pregunta de brazos cruzados, haciendo que sus pectorales se suban un poco y sus brazos se endurezcan, y yo vuelvo a mirarle a los ojos, intentando no desconcentrarme—. ¿O es que estás celosa de que alguna de tus primas me vea? —Se acerca a mí.

—¿Por qué debería tener celos de ti, Eric Brown? Tampoco eres la gran cosa —digo sin apartar mi mirada de la suya. Sonríe, y se le marcan los hoyuelos que tanto me encantan.

—No soy la gran cosa, pero te gusto.

—¿Siempre has sido así de vanidoso?

—No me hace falta ser vanidoso, solo veo que tu cuerpo reacciona de la misma manera que el mío cuando estamos juntos.

Da un paso más hacia mí.

—¿Con asco? —pregunto lo más serena que puedo. Él niega con la cabeza riendo.

—No, precisamente con asco no.

—Tienes treinta segundos para salir del baño.

—¿Y si no lo hago? —Toma un mechón de mi pelo, que está todo alborotado después de haber dormido plácidamente, y lo pasa por detrás de mi oreja. Se vuelve a acercar a mí, y puedo sentir no solo su respiración acelerada, sino también los latidos de su corazón.

—Te daré una patada ahí abajo y te dejaré sin poder usar tu maldita cosa de por vida —le amenazo, pero solo hace que se empiece a reír con más fuerza.

—En ese caso, tendré que irme —suelta con una sonrisa burlona—. Creo que ninguno de los dos queremos que eso ocurra.

Ahora mismo le vuelvo a odiar, lo juro. Pero lo hago aún más cuando antes de irse, me da un beso en la frente y siento miles de mariposas revolotear por mi estómago.

—Idiota —susurro cuando cierra la puerta del baño.

Me miro al espejo con el corazón acelerado.

Siento en el estómago miles de mariposas, que hasta ahora habían estado enjauladas, escaparse y revolotear por todo mi ser, haciéndome estremecer ante la sensación de sentir algo de nuevo, de sentirme tan viva.

Observo el brillo de mis ojos, y no puedo evitar verlo a él a través de ellos, porque ya no puedo ver a nadie más.

Me llevo la mano al pecho y lo noto latir con fuerza, como hacía tanto tiempo que no lo había sentido; porque llevaba años sin notar nada en mi interior.

Justo cuando pensaba que mi corazón estaba completamente roto, que no era capaz de reunir de nuevo todas sus piezas para conseguir reconstruirlo, que no sería capaz de amar a nadie, porque ni siquiera había aprendido a quererme a mí misma…

Justo en ese momento en que todo era un caos en mi interior, nada tenía sentido y lo que menos deseaba era complicarme la vida aún más al compartirla con alguien, llegó él a romper todos mis esquemas con sus ojos verde bosque; sus bromas sin sentido, su forma de cuidarme y de verme como si fuese única en el mundo para él, a pesar de que podría tener a cualquier chica que quisiera, y la capacidad de ver en mí más allá de mi coraza y de aceptarme con mis defectos, mis inseguridades, mi pasado… Su capacidad de hacerme sentir segura y, después de tantos años, viva, libre y feliz.

Llevaba años vacía y ahora vuelvo a sentirme llena.

Rompo a llorar cuando lo comprendo: Me he enamorado de Eric Brown.

Eric

Me siento realmente raro sin mi pelo, pero creo que me hacía falta ya un buen corte, y la verdad es que no me veo nada mal con mi nuevo look.

Me echo un vistazo rápido en el espejo. Llevo un traje negro, camisa blanca y una corbata roja. Hacía bastante tiempo que no me

ponía un traje porque no estoy cómodo con ellos; me recuerdan a mi padre. Pero hoy necesito vestirme formal, así que Liam me acompañó a buscar uno que, según él, me queda perfecto.

—¿Qué tal? —pregunto volviéndome hacia Bruno, que también se está vistiendo, pero para ir a entrenar.

—Estás muy guapo, te queda genial —contesta sonriente mientras se coloca la sudadera—. Mi prima se va a caer muerta cuando te vea. Aunque la pena es que habrá muchos galanes por allí, como no seas rápido, igual…

—Respeta a tus mayores —le interrumpo dándole una colleja.

—Idiota —dice riendo—. Lo decía en broma.

—¿Y tú? ¿No vas a salir con la chica esa molesta y gritona del partido o qué? —pregunto mientras me ajusto bien la corbata.

—No. —Niega con la cabeza—. He decidido que paso de relaciones por el momento.

—Nadie ha dicho que tenga que ser una relación.

—Tengo que centrarme en el fútbol, no puedo tener ninguna distracción. Demasiado tengo con tener que estudiar e intentar llevar una vida social para no morir en el intento.

—Bueno, haces bien. Pero disfruta y no te vuelvas un niño molesto.

—Quiero ser el mejor en lo mío, al igual que tú en lo tuyo. Solo que tú has sido embaucado por los encantos de mi prima.

—Y tú algún día lo serás por los de alguna chica que te volverá más idiota de lo que eres, y entonces podré recordar esta conversación para reírme de ti.

—¿Ahora quién es el molesto? —Me da un golpe en el hombro al pasar por mi lado para abrir la puerta—. Disfruta y cuida de mi prima, es una orden.

—Tú no me das órdenes, renacuajo molesto —contesto. Le agarro por la cintura pegándolo a mí, y con la otra mano empiezo a removerle el pelo para molestarlo. Se retuerce a mi lado e intenta zafarse de mi agarre dándome codazos, y aunque el tío es bastante alto y fuerte, yo lo soy más, así que no lo consigue. Seguimos así unos

cuantos segundos más, hasta que veo una figura que conozco ya a la perfección frente a mí, y suelto a su primo antes de que me mate.

—¿Qué? ¿Te ha comido la lengua el gato? —me susurra el idiota de Bruno y le doy un codazo en las costillas, haciendo que se queje y a la vez deje de hablar—. Estás preciosa, primita —Pasa por su lado y le da un beso en la mejilla antes de bajar las escaleras y dejarnos solos.

—Estás muy guapo —balbucea después de unos segundos de silencio en los que, por primera vez, no sé qué decir.

Me quedo sin palabras. Está espectacular.

Lleva un vestido rojo sencillo, de tirantes y tela de seda. Ajustado por todo el cuerpo menos por la espalda, que cuando da una pequeña vuelta sobre sí misma, veo que está completamente descubierta, y que además, la tela tiene una abertura en su pierna derecha. Parece una obra de arte hecha a conciencia y medida.

¿Cómo no puede ser capaz de ver lo preciosa que es?

—Estás increíble, Janelle —consigo decir, sin poder desviar los ojos de su maldito vestido, que se entalla a su cuerpo y sus curvas a la perfección.

—Gracias —responde con las mejillas sonrojadas—. No sabía si elegir este vestido o no. ¿Parezco una niña de doce años? —Vuelve a dar una vuelta sobre sí misma para enseñarme cómo le queda el vestido, y tengo que agarrarme a la pared que tengo al lado con todo el disimulo posible, porque siento que me falta el aire y que me voy a caer en cualquier momento. Me sobra la corbata, el traje y la vida ahora mismo.

—No, sin duda que no —Trago saliva.

—Como siempre dices que…

—Olvídate de las cosas que te haya dicho para molestarte. —Me acerco a ella y la agarro por la cintura, sintiendo de nuevo su cuerpo junto al mío—. Solo eran bromas para hacerte enfadar. Eres la mujer más increíble que he visto nunca—Agacha la cabeza y se la levanto—. Tanto por dentro como por fuera. Mírate, estás hermosa.

—Tú también. —Me sonríe.

—Nadie va a poder mirar a la novia teniéndote a ti cerca, Janelle.

—No digas eso. —Me da un manotazo en el brazo—. ¿Nos vamos ya?

—Sí.

Bajamos la escalera y nos encontramos con Lilianne, Tiffany y Daphne.

—Dios mío. —Lilianne se lleva las manos a la boca de forma exagerada— ¡Estáis guapísimos!

—Gracias, tía Lilianne —contesta Janelle algo tensa a mi lado. Se suele poner nerviosa cuando le hacen cumplidos porque nunca se los cree.

—Estás muy guapa —la alaba Daphne—. Y no es por nada, pero el maquillaje ha quedado brutal. —Janelle pone los ojos en blanco, y ella sonríe—. Aunque tú siempre estás preciosa. —Se dan un pequeño abrazo—. Y tú, estás irreconocible, pero tremendamente guapo, Eric —me dice en esta ocasión a mí.

—Le recordaré tus palabras a Liam más tarde —le sonrío guiñándole un ojo—. ¿Tú no nos dices nada, Tiffany?

—Sí que tengo algo para decir, pero prefiero decírtelo en privado.

Janelle resopla y sale de la casa dando un pequeño portazo.

Lilianne y Daphne nos dejan solos.

—¿Y? ¿Qué quieres? ¿Un autógrafo?

—Muy gracioso, Eric Brown —contesta acercándose a mí de brazos cruzados—. Disfruta mientras puedas, porque dentro de poco estarás llorando por cada esquina de Francia. Una pena, ¿no?

—¿Y por qué tendría que llorar?

—¿Crees que mi prima querrá estar contigo cuando descubra quién eres realmente, y lo que hiciste?

CAPÍTULO 37

Eric

El sitio donde se celebra la boda es realmente precioso. Es un enorme jardín, que está decorado con flores y guirnaldas de luces por todas partes. Hay bastantes invitados que parlotean entre ellos mientras esperan a que los novios aparezcan.

Pese al barullo; el sonido del agua, que corre por la enorme fuente que hay en el centro, y la música clásica que suena de fondo, se complementan a la perfección, creando una atmósfera mágica. Los colores que predominan son el verde musgo y el dorado, y la decoración es muy rústica. Y no sé si lo he dicho, pero hay muchas flores.

La boda transcurre con normalidad. Los novios se han dado el sí quiero, y ahora se están echando algunas fotos, mientras los invitados estamos tomando un pequeño cóctel antes de empezar con el banquete.

Janelle está bastante nerviosa a mi lado.

—No bebas demasiado, ya sabes lo que pasa luego —murmuro cuando coge la segunda copa.

—¿Qué? —Me mira con cara de pocos amigos y se lo empieza a beber.

—Luego no te quejes cuando me supliques que me case contigo. —Entrecierra los ojos y niega con la cabeza. Es preciosa—. Pero tranquila, algún día nos casaremos —susurro, y noto cómo se tensa.

Deja la copa sobre la mesa que tenemos al lado, y me mira.

—Luego soy yo la que bebe de más —se queja—. Ni en tus mejores sueños, Eric Brown. —Vuelve a llevarse la copa a los labios para beber de nuevo.

—En mis sueños pasan muchas cosas, Janelle —musito, haciendo que se atragante en cuanto el líquido hace contacto con su garganta

—. No me refería a esa clase de cosas. —Le paso una servilleta para que se limpie las gotas de bebida que acaba de escupir, y me dedica una mirada fulminante.

—¿Janelle? —pregunta un chico acercándose a mi chica.

—Adolfe —lo saluda sonriente.

—Qué sorpresa, no te esperaba por aquí —dice antes de abrazarla.

—Sí, ha sido una sorpresa para mí también —murmura jugueteando con sus dedos.

—Yo soy Eric. —Les interrumpo, plantándome entre medio de ambos con una sonrisa.

—Yo Adolfe —me responde, mirando a Janelle con una ceja alzada —, amigo de Janelle.

—Qué bien.

—¿Janelle? —la llama ahora una chica antes de abrazarla con fuerza— ¡Qué alegría verte, cariño!

—¡Janelle! ¿Eres tú? No me lo creo —dice otra. Y en cuestión de segundos, Janelle está rodeada de algunos de sus antiguos amigos. Y aunque me mantengo separado, puedo ver desde aquí lo tensa que está y cómo le suda la frente. No para de juguetear con sus dedos y apretar los puños con fuerza. Cuando ya lleva un rato de charla y veo lo pálida que está, decido intervenir.

—Janelle, ¿puedes venir un momento? —digo agarrándola por la cintura y tirando de ella hacia mí. Ella asiente, se despide de sus antiguos amigos y me sigue—. ¿Estás bien? —pregunto cuando estamos lo suficientemente alejados de todo el mundo.

—No —confiesa—. Necesitaba salir de ahí.

—Lo sé —contesto—. Voy a darte un abrazo.

—Vale.

—Tranquila. Si necesitas que salgamos un poco y luego volvamos solo tienes que pedírmelo, ¿vale? —La envuelvo entre mis brazos.

—Creo que voy a salir yo a dar una vuelta, necesito despejarme. —Se separa de mi cuerpo, y noto un pequeño vacío cuando lo hace—. Demasiadas emociones.

—Está bien, estaré cerca de la entrada. No te alejes demasiado.

—No. Volveré enseguida.

Paso mi mano por su mejilla y ella me dedica una mirada tierna que me derrite por completo.

Quiero besarla.

Necesito besarla.

¿Crees que mi prima querrá estar contigo cuando descubra quién eres realmente y lo que hiciste?

La dejo ir y me maldigo a mí mismo, porque nunca seré suficiente para un corazón como el suyo.

Janelle

Estamos en un sitio al aire libre, pero me sentía completamente encerrada. Me estaba ahogando en mis propios pensamientos mientras mis antiguos amigos no paraban de hacerme preguntas y hablar sin parar, mientras que yo solo deseaba desaparecer, y como siempre, Eric lo notó y me salvó de ellos.

Estoy dando un pequeño paseo por las afueras de la finca. Eric me ha prestado su chaqueta porque hace frío, y el contraste de estar con tanta gente pese a estar en un jardín, al salir se nota bastante.

Observo el cielo.

Ya es de noche, pero no se ve ni una sola estrella. El sitio está bastante despejado, solo están los coches de los invitados aparcados y no se oye nada más que el sonido de la brisa y las hojas de los árboles moverse a mi alrededor.

Estoy a punto de volver al interior cuando vibra mi móvil.

Había decidido no mirar nada de redes sociales ni ningún tipo de notificación hasta que terminase la boda, porque realmente quería disfrutar el momento, pero tengo una mala sensación en el cuerpo y quiero asegurarme de que todos estén bien.

Desbloqueo el teléfono, y me encuentro con un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido:

Estás preciosa esta noche, muñeca. Ya sabes que
me encanta cómo te queda el rojo. ¿Es que lo has hecho
a propósito para provocarme?

Muñeca.

Sólo una persona me llamaba así y desapareció hace años.

Miro a mi alrededor intentando encontrarle, pero no veo a nadie.

Vuelvo a mirar el teléfono con las manos temblorosas, y niego con la cabeza. No puede ser, él no está aquí.

—Eres lo mejor que me ha pasado, muñequita.

—¿Por qué siempre me llamas muñeca? —pregunté contra su pecho, sintiéndome completamente feliz al estar a su lado.

—Porque eres tan preciosa como una muñeca. La tía más preciosa que he visto en mi vida. Me has vuelto loco, ¿lo sabes? Pero no podría vivir sin ti. Así que nunca me dejarás, ¿lo entiendes? —Me agarró del mentón y yo solo asentí, porque no quería dejarle jamás —. No podría vivir sin ti.

—Pues no lo hagas. No quiero que esto acabe nunca —le abracé con más fuerza.

—Nunca te dejaré. Incluso cuando no estemos juntos. Tú siempre serás mía —me dijo. Y aunque no entendí sus palabras, sonreí, completamente ilusionada por tener a un chico que me amase tanto. Porque algo tan intenso y capaz de desgarrarte tanto el interior, no podía ser otra cosa que no fuese amor.

***

—Estoy embarazada —por fin conseguí decir, temiendo cuál sería su reacción.

Hoy se veía bastante alterado, pero ya había pasado algo de tiempo, y no podía esperar más tiempo para compartirlo con él.

—¿Qué?

—Pues que estoy embarazada, vamos a ser papás…

—Estás loca si piensas que me vas a encasquetar a un hijo. Eres una niñata y una guarra.

—¿Qué? ¿Qué dices Brad?

—Digo que eres una guarra, una estúpida, y una idiota por pensar que me iba a quedar contigo y esa cosa que llevas dentro.

—Brad… ¿Por qué me hablas así? —Rompí a llorar—. Mira tus ojos… tus pulsaciones… tu forma de hablar… ¿Otra vez has vuelto a beber y a tomar esa porquería?

—Qué sabrás tú lo que hago o lo que dejo de hacer.

—Brad, por favor, relájate.

—Entonces iré a relajarme como he estado haciendo todo este tiempo con tu prima, muñeca.

—¿Qué? —pregunté con los ojos cristalizados, sin poder creer todo lo que estaba ocurriendo. Todo esto debía ser parte de una pesadilla.

—Te he estado engañando todo este tiempo con Tiffany. Ella es mucho más mujer que tú, que solo eres una niña que no sabe nada de la vida, y que a la primera de cambio se queda embarazada —pronunció con asco.

—Brad… —sollocé, intentando acercarme a él—. ¿Pero qué estás diciendo?

—¡Ni me toques si no quieres que te cruce la cara!

—Por favor, escúchame. —Intenté acercarme a él, pero Brad, completamente fuera de sí, me dio una fuerte bofetada, haciendo que cayese al suelo entre lágrimas, asustada y sin entender por qué el chico que tanto quería y que me prometió que siempre estaría a mi lado, me trataba así.

—¡Vete! ¡Vete antes de que haga una locura! —gritó señalando la puerta, con los ojos completamente fuera de sí y la respiración más que acelerada, haciendo que, completamente asustada, me levantase del suelo y saliese corriendo de aquella casa en la que tantos momentos habíamos compartido.

***

—Perdóname por lo de ayer, muñeca. Estaba muy nervioso, no sabía lo que hacía —Acarició con suavidad la mejilla que horas antes él mismo había golpeado.

—No me toques… —susurré cabizbaja, apartando su mano de mi rostro.

—Perdóname, por favor. Sabes que no puedo vivir sin ti. ¿Es que quieres que haga una locura? Porque si me dejas, te juro que lo haré. Eres lo único que me mantiene vivo, Janelle. Sabes que te amo con locura, perdóname por ponerme tan nervioso a veces, pero es que me sacas de mis casillas, nena.

Negué con la cabeza. No era la primera vez que Brad me amenazaba con cometer una locura, ni la primera vez que se hacía daño cuando intentaba dejarle.

—Perdóname tú por haberme quedado embarazada, ya sé que soy muy pequeña, que tienes tus cosas y que no te gustan los niños, pero ha pasado y ahora solo nos queda hacernos cargo.

—Janelle… —empezó a tensarse—. No hables en plural e inclúyete tú sola. Sabes perfectamente que no pienso implicarme en esas cosas ni hacerme cargo de lo que lleves dentro.

—No puedes estar hablando en serio. Es un bebé, no tiene culpa de nada. Es el fruto de nuestro amor…

—¿Amor? ¿Qué amor? Nunca ha habido amor. Cuando te conocí, te advertí que no te enamorases de mí.

—No digas eso, Brad —dije entre lágrimas.

—Me voy, estoy harto de ti. Y deja de llorar y hacerte la víctima. Dios mío, eres solo una niñata malcriada y necesitada de cariño.

—No. No puedes irte ¡Yo te amo!

—Pero yo a ti no. Ya no quiero estar contigo.

—¿Y todo lo que hemos vivido qué ha sido? ¿Una mentira?

—Eras mi muñequita, Janelle. Solo un juguete con el que entretenerme en el tiempo que estuviese aquí. Ni siquiera puedo contar las chicas con las que me he estado acostando mientras tú estabas saltando de felicidad como una estúpida.

—¿Te acostaste de verdad con mi prima?

—Todo este tiempo, muñeca —Me acarició el rostro con la mano y enseguida se la aparté.

—¡No me llames así!

—Ni se te ocurra decirme lo que tengo que hacer nunca más. —Volvió a agarrarme la mejilla y esta vez me dio una bofetada con fuerza—. No eres nadie sin mí —escupió, antes de lanzar mi cuerpo al suelo—. Y si no eres mía, nunca serás de nadie más. —Empezó a darme patadas y golpes en medio de la calle. Yo solo me cubría la barriga y lloraba con fuerza, soltando algún que otro grito de desesperación mientras él descargaba en mí toda su frustración. Mi cuerpo se retorcía de dolor mientras rogaba que todo terminara. De repente, me dio un golpe más fuerte de lo normal en la cabeza, y justo cuando la oscuridad empezaba a envolverme, escuché unas voces desconocidas antes de que mis ojos se cerraran.

***

—¿Dónde está? —Fue lo primero que pregunté nada más abrir los ojos en el hospital—. ¿Dónde está Brad?

—Se ha ido, cariño —contestó la tía Lilianne—. Ya no va a poder hacerte más daño.

—¿Dónde está? —volví a preguntar—. Necesito verle.

—Necesitas descansar —me contestó—. Mira cómo te ha dejado. —Acarició mi piel llena de moratones.

—Me lo merecía.

—¿Cómo puedes decir eso, Janelle?

—Déjame sola.

—Janelle…

—¡Déjame sola!

—El bebé está bien —dijo antes de salir—. Nos lo han contado los médicos. Y está a salvo, igual que tú.

—No me importa el bebé, ni tampoco me importo yo. Brad se ha ido por mi culpa.

—Cariño…

—¡Vete! —grité, agarrando con fuerza las sábanas de la cama de hospital en la que me encontraba, y cerrando mis manos en un puño.

Y entonces me sentí vacía. Él se había ido, y no me había dejado nada.

CAPÍTULO 38

Janelle

Vuelvo al interior de la finca con las piernas temblándome como un flan. Veo a Eric esperándome cerca de la puerta, tal y como me había prometido, y entonces, logro soltar todo el aire que estaba conteniendo.

Prácticamente corro hasta él y me engancho en su cuello con fuerza, haciéndole tambalear hacia atrás antes de agarrarme por la cintura.

—¿Qué pasa? —pregunta, mientras me corresponde el abrazo y acaricia mi espalda desnuda bajo la tela de su chaqueta, haciéndome estremecer. Se me eriza cada vello de la piel.

—¿Podemos irnos? —susurro sin separarme de sus brazos, el lugar donde ahora mismo me siento más segura.

—¿Ya? Está a punto de empezar el banquete.

—Necesito salir de aquí. Por favor.

—Vámonos.

Nos despedimos de los novios, y salimos de la finca justo después. Pensaba que Aria se enfadaría conmigo, pero parece haber entendido con tan solo una mirada que necesito salir de aquí.

Eric ha alquilado un coche, así que me siento mucho más segura que si tuviésemos que pedirle a alguien que nos llevara. Doy un vistazo rápido antes de subirme al coche y cierro con fuerza la puerta. Me pongo el cinturón, y vuelvo a observar por la ventanilla por si hay algo extraño fuera, pero no encuentro nada.

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? —Pone una mano en mi muslo que está al descubierto y me sobresalto, no solo por estar sumida en mis pensamientos, sino también por el contacto de su piel con la mía.

Niego con la cabeza y le dedico una pequeña sonrisa de lado. Lo que menos me apetece ahora es preocuparle ni que se armase un escándalo en casa.

—¿Podemos irnos?

—¿A dónde quieres ir?

—¿Cómo sabes que no quiero ir a casa? —Alzo una ceja. Se quita la corbata casi de un solo movimiento, como si tuviese práctica en ello. Se deja los dos primeros botones de la camisa desabrochados, y vuelve a mirarme.

—Empiezo a conocerte —sonríe—. ¿Y bien? ¿Dónde quiere la señorita que la lleve?

—A cualquier sitio que esté lejos de aquí.

—Vale, pues vamos a cenar porque me muero de hambre. —Pone una dirección en el GPS de su teléfono, y me mira—. ¿Preparada para una noche mágica junto al chico de tus sueños?

—Arranca antes de que me arrepienta —contesto, apoyando la cabeza en la ventana.

***

Cenamos en un bonito restaurante con las vistas de París de fondo. La mesa está decorada con velas y flores frescas. La música que suena de fondo es suave y clásica, perfecta para una cena tranquila como la que estamos teniendo.

Después de este rato junto a Eric, me siento más tranquila, y gracias a que me ha estado haciendo reír prácticamente todo el tiempo, apenas he estado pensando en el mensaje amenazante que he recibido horas antes.

—Janelle, tengo algo importante que decirte —titubea.

Frunzo el ceño al ver el semblante de Eric

—¿Qué pasa?

—Me gustas, me gustas mucho. Hacía tiempo que no sentía por nadie lo que estoy empezando a sentir por ti. —Las palabras salen de su boca como una ráfaga de viento, sorprendiéndome por completo

—. Desde que te conocí, me has cambiado a mejor. Me encanta todo de ti.

Intento hablar, pero creo que me he quedado muda por un momento, porque las palabras no logran salir de mi boca, y los fuertes latidos de mi corazón me están empezando a poner nerviosa, tanto que hasta Eric creo que los puede empezar a notar desde el otro lado de la mesa.

—Dime algo.

—Yo también.

—¿Tú también qué?

—Que tú a mí también —respondo rápido, nerviosa, y sin recordar cómo se hacen estas cosas tan cursis—. Tú también me gustas mucho, supongo.

—¿Supones?

—Sí.

—¿En serio?

—Sí. Tengo miedo, pero sí. Cuando te conocí, lo que menos se me pasó por la cabeza fue que algún día estaría delante tuya, con las vistas de París de fondo, abriendo nuestros corazones y expresando nuestros sentimientos, porque ni siquiera recordaba tenerlos. Pero llegaste y pusiste mi mundo patas arriba, y mi corazón también —digo rápidamente, con el deseo de no tener que volver a repetirlo nunca más, pero lo suficientemente lento como para que Eric capte cada una de mis palabras.

—Janelle… ¿Quieres… estar conmigo, ser mi novia?

—Yo… Yo… —repito nerviosa como una idiota, sin saber qué decir. Estoy bloqueada—. Quiero irme, por favor. ¿Podemos irnos?

—Lo siento. No quería…

—No digas nada —le interrumpo—. ¿Puedo esperarte en el coche?

—Sí, claro —contesta cabizbajo—. Toma las llaves.

Salgo corriendo del restaurante.

Soy una completa idiota. Pero una idiota que está muerta de miedo.

Miedo de decir que sí, de arriesgar, de volver a ser dañada. Tengo miedo de amar, y hasta ahora no me había dado cuenta de que ya es tarde para evadir esos temores, porque ya estoy enamorada del chico que nunca deja de molestarme y que hace el caos de mi vida mucho más bonito desde entonces.

Me doy cuenta de que he dejado todas mis cosas en el restaurante, así que me giro con la intención de volver a recogerlas, pero enseguida me choco con la figura de un chico que ya empiezo a conocer demasiado bien.

—Eric, lo siento mucho —murmuro cabizbaja, sin ser capaz de alzar la mirada para no encontrarme con esos ojos que son capaces de romperme y volver a reconstruirme con tan solo un cruce de miradas—. Ha sido todo precioso, pero creo que algo de lo que he comido me ha sentado mal, y quiero irme a casa.

—Algo como la pregunta de si quieres ser mi novia, ¿no?

—Tengo que ir a por mi móvil para llamar a mi prima, quiero irme a casa.

—¿Estás loca? Yo te he traído hasta aquí, yo te llevaré a casa.

—Eric, deja de entretenerme, he dejado todas mis cosas arriba y debo cogerlas antes de que alguien me las robe.

—Toma —Extiende su mano y veo que tiene todas mis cosas. Las tenía escondidas tras su espalda.

—Gracias.

—Déjame llevarte a casa, por favor.

—Está bien.

El trayecto hasta casa es tranquilo a la vez que incómodo; Eric con la mirada fija en la carretera, y yo sumida en mis pensamientos, mirando por la ventana.

No es hasta que salgo del coche que siento que todo lo que he comido se me está revolviendo en el estómago hasta el punto de necesitar con rapidez un baño para vomitar.

—Pues ya hemos llegado. De verdad que lo siento mucho, no quería… —Antes de que pueda terminar la frase, le interrumpo

vomitando en la acera, justo al lado de donde ha aparcado el coche—. ¿Estás vomitando?

—No, estoy escupiéndole al suelo. ¿Tú qué crees? —contesto como puedo, mirándole de reojo.

—¿Te ayudo?

—¡Cómo me vas a ayudar a vomitar! —chillo, antes de volver a echar lo que me queda de cena en el estómago al suelo.

—Te ayudaré —murmura. Siento cómo me agarra el pelo mientras termino de echar todo, y ahora mismo no puedo sentirme más patética ni más avergonzada—. Ven, entremos en casa. —Me extiende la mano—. Te prepararé una manzanilla.

—No es necesario. Apártate, no quiero que me veas así. Qué asco.

—Quiero estar contigo en las buenas y en las malas, Janelle. Si tengo que tirarme toda la noche limpiando este asqueroso vómito que tan mal huele, lo haré.

—Eso ha sido asqueroso.

—Pero bonito, ¿a que sí? Ven anda. Te ayudaré a entrar en casa. —Vuelve a extenderme su mano, y esta vez la acepto, dando un pequeño salto desde donde me encuentro hasta la parte del suelo donde está pisando Eric, con cuidado de no resbalarme con el vómito.

Lo primero que hago nada más entrar en casa es correr hacia el baño para lavarme los dientes y poder desahogarme llorando.

¿Por qué no puedo decirle que sí? ¿Por qué no puedo ser una chica normal, y volver a tener una relación?

Me seco el agua que se me ha quedado en los labios con una pequeña toalla, salgo del baño, y me dirijo a mi habitación.

Me quito los zapatos y los tiro por el suelo sin mucho ánimo, y justo después, me tiro en plancha en mi cama y rompo a llorar sobre la almohada.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Daphne desde su cama, haciendo una pausa en la pantalla en la que está viendo una película—. ¿Ha habido beso? —sigue preguntando—. ¿Te ha pedido ya que seas su novia? —Me hace llorar aún más—. ¡Me tienes que contar todo! —

exclama, dejando la habitación en un completo silencio que se rompe con un fuerte sollozo de mi parte—. ¿Estás riéndote o llorando?

—Riendo.

—¡Mentira! Pero si estás moqueando. —Se levanta de su cama y se sienta a mi lado—. ¿Qué ha pasado, y por qué hueles como si te hubiese cagado una vaca encima?

—Algo me ha sentado mal en la cena.

—Algo como Eric pidiéndote que seas su novia, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Ha estado preparándose mucho tiempo para ello. Sabe lo complicada que eres, y no sabía cómo pedírtelo para que le dijeras que sí. Me estuvo pidiendo ayuda, Janelle. Este chico te quiere. No sabía que iba a ser justo hoy, pero me lo imaginaba.

—Es tan perfecto que parece de mentira, Daph. No comete ni un fallo, siempre está ahí para mí. Me quiere, me cuida, me hace rabiar..., me hace reír como una niña y actuar como una mujer... me hace sentir especial. Me consiente, me hace mejorar como persona, me hace sentir completa cuando estoy con él. Pero no me creo que haya llegado alguien así a mi vida. Sé que dentro de poco se cansará de mí y se irá con otra. ¿Qué tengo yo que no tengan otras chicas?

—Su corazón. Eres la única que has sabido enamorarle —contesta mi prima, y parece completamente convencida.

—Me cuesta creerlo, aunque tenga miles de razones para hacerlo. Me da miedo que me vuelvan a hacer lo mismo.

—No puedes seguir viviendo así, Janelle. Tienes que salir adelante. Tienes miles de motivos en tu presente para ser feliz y labrarte un futuro, pero siempre buscas uno de tu pasado para lamentarte. El pasado es pasado, cariño. Te ha hecho crecer y madurar. También llorar. Pero, sobre todo, aprender. No puedes anclarte a eso y no vivir. Eres muy joven para estar así. ¡Vive! Vive, y déjate llevar por tu corazón. —Me acaricia la mejilla y, como siempre, sus palabras me reconfortan. Tan pequeña y madura a la vez—. No todas las personas son iguales ni todas las personas se van a ir de tu vida. En el pasado te rodeaste de personas que no eran reales, que no supieron quererte

ni valorarte en ningún sentido, y ahora tienes que encontrar personas que merezcan la pena porque, aunque hay pocas, todavía las hay. Que hayas vivido una experiencia mala no significa que todas vayan a ser igual, ni que tengas que vivir toda tu vida anclada a ese sufrimiento.

—Pero tengo miedo —sollozo, y ella me abraza.

—Deja ya el miedo. Llevas más de 4 años con miedo, y esto te impide ser tú misma, vivir y disfrutar de la vida, que tantas cosas buenas tiene. Janelle, disfruta y déjate amar, Haz lo que sientas y sé feliz. El tiempo pasa muy rápido, y a veces, es demasiado tarde para coger ese tren que te puede cambiar la vida —dice todavía abrazándome.

—Llevas razón, Daphne. Llevas toda la razón.

—No, no quiero que me digas que tengo razón. Quiero que lo hagas. No sabes cuando puede ser la última vez que lo veas, y si luego te arrepentirás de no haberte dejado llevar.

—Pensé que jamás sería capaz de enamorarme.

—Pero lo has hecho —contrarresta mi prima.

—Pero se siente diferente. No lo siento con la misma intensidad que sentía con Brad, y no sé si está bien o no.

—Es que no tienes que sentir lo mismo —me dice—. Ningún amor es igual, ni te enamoras de la misma manera. Además, lo que tú viviste con Brad no era amor, Janelle.

—¿Y esto sí?

—Solo el tiempo lo dirá.

—Gracias.

***

Después de darme una ducha y ponerme el pijama, salgo hacia el porche de casa, donde Eric está sentado en uno de los escalones, con la mirada perdida en la nada. Las únicas vistas que se ven desde esa perspectiva son las del resto de casas de la urbanización, así que tampoco tiene mucho más por mirar.

—Hola —le saludo sentándome a su lado—. ¿Puedo sentarme contigo?

—Ya estás sentada.

—Idiota. —Hago el amago de levantarme, pero Eric me agarra de la muñeca para frenarme.

—Era broma. No sé cómo haces para tener la capacidad de enfadarte por todo y a la vez ser tan adorable.

—Vaya, qué cosas más bonitas me dices.

—¿Estás mejor? —pregunta cambiando de tema.

—Sí, muchas gracias. Y siento mucho haber estropeado la cena.

—No la has estropeado. La cena estaba buena. La que has vomitado eres tú, no yo.

—Ya sabes a lo que me refiero.

—Sí, lo sé —contesta mirando de nuevo al suelo, supongo que sin saber muy bien qué más decir.

Se hace un silencio que pudiera parecer incómodo, pero a su lado el silencio es tranquilidad y calma, y me hace sentir en paz.

—Sí —digo después de unos minutos callados.

—¿Sí qué?

—Que sí quiero.

—¿Que si quieres qué? —pregunta inclinándose hacia mí, y se me acelera el corazón incluso más que cuando he conseguido decirle que sí.

—Este chico es tonto —digo para mí misma en voz alta, y pongo los ojos en blanco—. Que sí, que quiero ser tu novia.

—¿De verdad?

—Sí —contesto riendo al ver su cara de sorpresa.

—No lo dices muy convencida… ¿Estás segura? Puedo esperar, de verdad. Te lo volveré a pedir cuando estés preparada, si quieres.

—Lo estoy, pero me vienen recuerdos del pasado y no quiero que me hagas lo mismo.

—Janelle, todos tenemos un pasado. No pienses que eres la única que lo ha pasado mal. Pero es parte de la vida, y de nuestro aprendizaje. No puedes pensar así o nunca volverás a ser feliz con

alguien, y perderás a gente que te quiera de verdad por tus inseguridades —me dice, y le escucho con atención—. Hace tiempo te dije que no sé cómo eran los chicos con los que has estado, pero que yo no soy así. Me gustas de verdad, y te prometo que voy a juntar esos pedazos rotos de tu corazón, y hacer que lata más fuerte que nunca —promete, y juro que cumple su palabra, porque mi corazón late con más fuerza de lo que lo ha hecho nunca—. No voy a dejarte sola, Janelle, pero tienes que centrarte en mí y no en el pasado. Confía en mí —me pide mirándome a los ojos fijamente, haciendo que me pierda en el brillo de su mirada, y en todas las sensaciones nuevas que le provoca a mi cuerpo tenerle tan cerca.

—Bésame.

—¿Qué? —pregunta atónito.

—Quiero que me beses, Eric Brown.

Pero al ver que tarda más segundos de los que mis labios están dispuestos a esperar, soy yo la que da el paso. Acorto nuestra distancia y en un rápido movimiento, uno nuestros labios en un cálido y tierno beso. Siento que todas las mariposas, que durante tantos años he tenido encerradas, salen por fin y para siempre de su jaula para ser libres.

Porque ya no necesito esconderlas más.

Porque por fin puedo volver a amar.

Nuestros labios se mueven completamente sincronizados pidiendo más del otro, y se siente como si hubiesen sido creados para esto. Siento el calor abrasar mis mejillas y un cosquilleo por todo mi cuerpo, mientras le agarro por el cuello y acaricio su nuca sin separar nuestros labios.

No me besa de forma salvaje ni con dureza, como hasta ahora había estado acostumbrada, sino que lo hace con delicadeza y cuidado.

Con cada roce, me envuelve una sensación de ternura que nunca había experimentado. Nunca había sentido una conexión así.

—Definitivamente quiero ser tu novia, Eric Brown —afirmo después separarme de sus labios, con la frente pegada a la suya.

Vuelve a darme un pequeño beso antes de repartir otros tantos por toda mi cara, haciéndome reír.

Segundos después nos fundimos en un abrazo, y de nuevo, me siento en el lugar más seguro y cálido del mundo, ese en el que puedo arroparme cada vez que quiera sentirme como en casa.

—Podría quedarme abrazado a ti toda la vida, pero creo que deberíamos irnos ya a dormir. Tienes que descansar para tu sorpresa de mañana —murmura antes de darme un beso en la cabeza.

—¿Mi sorpresa de mañana? ¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo, dejará de ser una sorpresa. Anda, vamos, mañana será otro día. —Se levanta del frío suelo del porche, y me extiende la mano para ayudarme a levantarme. La acepto y juntos entramos al interior de la casa.

CAPÍTULO 39

Janelle

Vuelvo a entrar en mi habitación. Tiffany no está, y Daphne ya está durmiendo.

Me acuesto en la cama con cuidado de no hacer ruido y despertar a Daph, cuando mi móvil empieza a vibrar.

Eric Odioso Brown:
¿Debería grabarte como novia o algo así?
Eric Odioso Brown:
No quiero irme a dormir, por si mañana me despierto y todo esto ha sido un sueño.

Janelle:
No ha sido un sueño. Pero ahora, duerme.

Eric Odioso Brown:
¿Te he dicho alguna vez, que tengo una novia muy amable y simpática?
Eric Odioso Brown:
Deberías conocerla, es pura dulzura.

Janelle:
Y yo un novio odioso e insoportable.

Eric Odioso Brown:
Algún encanto tendrá ese novio tuyo. Aparte de suerte.

Janelle:
Pues tenía un pelo largo que le hacía parecer un vikingo sexy, pero ahora se lo ha cortado y ha perdido todo su encanto :(

Eric Odioso Brown:
Mañana mismo me compro una peluca.

Janelle:
¿Rosa? Harías muy feliz a Sophie.

Eric Odioso Brown:
Solo si tú te vuelves a poner ese pijama tan adorable de conejitos.

Janelle:
Eres insoportable.

Eric Odioso Brown:
¿Sabes? Bruno no está.
Eric Odioso Brown:
¿Te he dicho alguna vez que no me gusta dormir solo?

Janelle:
Qué pena. Este es un claro ejemplo de lo dura que es

la vida.

Eric Odioso Brown:
¿Vienes?

Janelle:
¿Es que quieres ser asesinado esta noche por mi tío con su escopeta?

Eric Odioso Brown:
No son precisamente los planes que tengo para esta noche.

Janelle:
¿Y qué planes tienes?

Eric Odioso Brown:
Dormir abrazado a mi novia.

Me faltan piernas para ir corriendo como una idiota a su habitación, obviamente con mucho cuidado de que nadie me escuche y se monte un buen número a esta hora de la noche. Ni siquiera pego en la puerta, directamente la abro, y me encuentro con un Eric sonriente que me espera sentado en la cama.

—Solo vamos a dormir —le aviso cuando me estoy metiendo en la cama junto a él, que no deja de sonreír, y eso me pone aún más nerviosa.

—Solo dormir, entendido —responde con las manos en alto sobre su pecho.

Se recuesta sobre la almohada, con una mano detrás de su cabeza y la otra abrazando mi cuerpo, que descansa sobre el suyo. Entrelazo mi pierna con la suya, y apoyo mi cabeza sobre su pecho, escuchando el constante latido de su corazón. Cierro los ojos y me dejo llevar por la sensación de paz que me invade, una calma que no había sentido en mucho tiempo.

***

—Buenos días —susurra con voz ronca. Inhalo el olor que desprende todavía el perfume amaderado que se puso ayer, mezclado con el aroma natural de su cuerpo. Me acurruco en sus brazos, buscando el calor que me proporciona su cuerpo.

—¿Qué hora es? —articulo como puedo. Todavía estoy demasiado dormida y no soy persona.

—Las siete y media. Llevo viéndote dormir y roncar una hora y media —dice sonriente cuando levanto la cabeza para mirarle.

—¿Las siete y media? ¡Ya estarán todos despiertos! Tengo que irme antes de que me pillen.

Intento levantarme, pero me agarra con fuerza contra él y me abraza.

—Bruno ha pasado hace un rato a saludar —murmura como si nada—. Está en la ducha, me ha dicho que está todo despejado.

—Qué vergüenza. —Escondo mi cabeza en su pecho, y lo noto reír —. Necesito volver a mi habitación.

—Te dejaré escapar solo por esta vez —contesta. Me da un pequeño beso en los labios, antes de dejar que me levante de la cama y salga con cuidado.

Al entrar en mi habitación, me encuentro con una Daphne sonriente.

—Buenos días, dormilona —me saluda.

—Buenos días —sonrío cabizbaja.

—Qué pronto te has levantado, ¿no?

—Sí. Muy temprano. Tanto que estabas todavía durmiendo.

—Ya.

—¿Vas a salir? ¿Qué haces tan temprano levantada?

—Hoy es el último día de Liam aquí antes de que vuelva a irse por trabajo, así que vamos a ir a dar una vuelta. Por cierto, Janelle…

—¿Sí?

—Sé que no has dormido aquí. Estaba despierta cuando te fuiste — dice, antes de empezar a hacerme cosquillas.

***

Después de darme una ducha, vuelvo a mi habitación para vestirme con unos pantalones, un jersey rojo, y unos botines.

Me dejo el pelo suelto, y me pongo un poco de máscara de pestañas acompañado de un labial nude.

Meto todas las cosas que necesito en el bolso, y frunzo el ceño al ver que junto a mi mesita de noche hay un ramo de flores, que hasta ahora no me había dado cuenta de que estaba en la habitación.

Corro hasta la mesita de noche con el corazón latiéndome con fuerza. Con las manos temblorosas, levanto el enorme ramo de flores y compruebo que son peonías rosas, mis favoritas.

Sonrío al embriagarme del aroma que desprenden, hasta que mi atención se centra en la flor que está en medio de las demás. Una flor blanca que contrarresta con el color rosado de las otras, acompañada de un sobre que saco con cuidado.

Lo abro y me encuentro con una nota escrita a mano.

“Flores para la flor más bella.

No, mentira. No te diré algo tan típico

y horrendo. Sin embargo, si quieres saber

el significado de por qué hay 21 peonias rosas y una blanca, sigue las notas que te llevarán a tu destino.

Te espero, mi petite”.

Dolor en la cara de tanto sonreír, eso es lo que siento después de releer una y otra vez la nota que ha escrito Eric, y de observar las flores como una maldita quinceañera. Me recreo unos cuantos segundos en el suave y fresco olor de las peonías antes de empezar a buscar por toda la habitación una nueva nota.

Encuentro un sobre en los pies de mi cama, y me vuelvo a preguntar cómo he sido tan estúpida de no verlo antes.

"Aquí fue nuestro primer beso, entre la

fiebre y las ganas de dejarnos llevar por lo

que empezábamos a sentir. Pronto

encontrarás otra carta que te ayudará a

empezar el recorrido".

Es imposible que pueda sonreír más de lo que lo estoy haciendo ahora mismo, realmente imposible.

Siento un cosquilleo por todo el cuerpo, y estoy nerviosa, pero a la vez emocionada por seguir encontrando notitas y, sobre todo, por llegar hasta él.

Salgo de mi habitación, y después de un rato buscando por el pasillo, veo otro sobre en la escalera.

"Me gusta mirarte cuando no te das cuenta y

quedarme embobado como un tonto. Te

prometo que podría hacerlo toda la vida. Si

quieres la siguiente nota, piensa dónde

te miré por segunda vez y esta te llevará a la

primera”.

Frunzo el ceño cuando leo la nota, ya que es algo liosa y no la llego a entender muy bien, pero no puedo perder tiempo. Sé que nos vimos por primera vez en el autobús, pero ¿dónde había sido la segunda?

Piensa Janelle, piensa.

¡En la puerta de casa!

Bajo las escaleras con tanta rapidez que no sé cómo no me caigo rodando, pero finalmente llego sana y salva a la planta de abajo y, después de revisar que no haya nadie a mi alrededor merodeando, abro la puerta y echo un vistazo, pero no encuentro ninguna nota en algún sitio aparentemente visible.

Salgo a echar otro vistazo afuera, y cuando vuelvo, veo un pequeño papel que sobresale por debajo del felpudo.

Sonrío de forma instantánea.

“¿Se puede saber qué haces en la puerta de

mi casa, psicópata asqueroso? Admito que tu

molesto carácter desde un principio me

cautivó. Así que tendrás que volver al

principio, donde nos vimos por primera vez

P.D. Ahí te dejo una entrada de autobús.

P.D.2 Hermosa”.

Subo de nuevo a por el bolso y una chaqueta, y vuelvo a bajar lo más rápido que puedo. Creo que nunca he corrido tanto en mi vida, y me doy cuenta cuando llego a la parada de autobuses en un tiempo récord para cualquier persona.

Me subo en el primero que llega, y el conductor me mira con una sonrisa.

—Janelle, ¿verdad? —pregunta el conductor de autobús en cuanto me da mi pase.

—Sí.

—Toma, esto es para ti. —Me entrega un pequeño sobre del mismo color lila que todos los que había encontrado hasta ahora.

—Muchas gracias.

“Toma asiento y disfruta del trayecto. Ya

te falta poco para llegar a tu destino.

Sé lista y piensa un poco en aquella primera

vez y encontrarás la siguiente nota”.

Leo la nota un par de veces intentando descifrar lo que Eric intenta decirme, pero tengo que tomar asiento antes de que arranque el autobús, que parece estar a punto de hacerlo. Sonrío cuando veo vacío el último asiento, y me viene a la mente la disputa que tuvimos por él la primera vez que nos vimos, y entonces sé que ese es mi siguiente destino.

Doy algunos pasos hasta el sitio y encuentro otro sobre en el suelo.

“Aquí me viste cara de chino británico

por primera vez y te engañé haciéndote

creer que no sabía hablar francés (que como

has podido comprobar, es un francés

perfecto, completamente sexy y seductor).

Por cierto, te espero en un sitio famoso de

Francia. Vas a parar cerca, pero tendrás que

encontrarme frente a la cafetería.

No tardes mucho porque ya echo de menos molestarte”.

¿La cafetería?

¿Qué cafetería?

Después de más de una hora de trayecto, el autobús para al final de un parque, y es cuando me estoy bajando, cuando logro adivinar a qué cafetería se refiere.

Estoy frente al Ponts des Arts, el puente que ha sido tan famoso en Francia por ser el rinconcito donde millones de parejas han sellado su amor con un candado, y donde yo misma lo hice hace años con el chico que me rompió el corazón.

También donde Eric dijo que jamás sería capaz de hacer algo tan absurdo por alguien.

Doy unos pasos más, y me encuentro una nota pegada a una farola.

“Espero que mi petite encuentre esto y si no

eres mi petite, vuelve a pegar esta carta en la

farola.

Ve hasta la siguiente farola”.

Busco con la mirada la siguiente farola, y veo otro nuevo sobre.

Lo cojo con las manos temblorosas y un nudo lleno de emociones en la garganta, y saco la nota que hay en su interior para leer lo que ha escrito esta vez.

“Parejas felices que se aman de por vida y

sellan su amor con un candado.

¿Hay algo más estúpido?

Un tío que se enamore hasta el punto de

hacer ñoñadas imposibles después de decir eso”.

Doy los pasos que me ha indicado Eric, sintiendo como las piernas me tiemblan como un flan, y que estoy a punto de morir de amor en cualquier momento, si es que esto es posible.

Ha recordado que el número veintidós es mi número especial, y me ha preparado la sorpresa más bonita que me habían hecho nunca, teniendo en cuenta que jamás nadie había hecho ni la mitad de todo lo que ha hecho Eric por mí.

Doy veintidós pasos, y veo a mi chico parado en medio del Ponts des Arts, acelerando aún más mi corazón y, sintiéndome después de tanto tiempo, la chica más viva, feliz y afortunada del mundo.

—Eres un completo idiota. —Me abalanzo sobre sus brazos—. Me has hecho pasar mucha vergüenza.

—Te queda una nota, espera.

Saca la última nota de su bolsillo, y la pega en mi frente, haciéndome soltar una pequeña carcajada.

Me la despego y la leo ante su atenta mirada.

“¡Buuu!

Me encontraste”.

—Idiota —le digo riendo—. ¿Qué es todo esto?

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado —confieso con un ligero dolor en las mejillas de tanto sonreír—. Nunca habían hecho algo así por mí.

—Aún no he acabado. ¿Te gustaron las flores?

—¡Sí! ¿Cómo sabías que eran mis favoritas?

—Daphne.

Se encoge de hombros de forma despreocupada, y no puedo evitar fijarme en lo guapo que está.

—¿Por qué 21 rosas y una sola blanca?

—Bueno, lo asemejo a lo que has conseguido —empieza a explicarme, aunque esta vez noto que no me mira directamente a los ojos, sino que va mirando a nuestro alrededor con nerviosismo—. Las flores rosas serían el resto de chicas, y la blanca serías tú. Entre todas las chicas que hay, y que pudiese haber elegido, te escogí a ti y renuncié a las demás. Ante mis ojos, eres la única que destacas.

—Es precioso —le contesto, con los ojos llenos de lágrimas —. Millones de gracias, no me merezco tanto.

—Ni se te ocurra llorar. —Seca mis lágrimas con la yema de sus dedos, y pasa la mano delicadamente por mi rostro, acariciándolo con tanta dulzura que siento mi corazón arder y recomponerse al mismo tiempo.

—Es de felicidad. Nunca habían hecho algo así por mí. No estoy acostumbrada a que me demuestren que me quieren, o que valgo la pena.

—Pues ve acostumbrándote porque pienso hacerte sentir única, querida y especial todo el tiempo que me dejes hacerlo.

Lo abrazo con fuerza, y deseo que el tiempo se pare en este momento, para que podamos quedarnos juntos para siempre y que esta felicidad nunca se acabe.

Me separo de su agarre sólo para atraer sus labios a los míos, y darle un pequeño beso, sin importarme las personas que pasan por nuestro alrededor; porque en este momento solo estamos él y yo, y no importa nada más.

—Tengo algo para ti —dice cuando nos separamos.

—¿Más? —Asiente con la cabeza.

—Sé que te dije que esto era una tontería. —Se rasca la nuca con nerviosismo—. Pero creo que lo hice porque tenía envidia de las parejas felices que cerraban su candado, y no tener a alguien que me amase tanto como para hacerlo.

—Eric…

—Déjame terminar.

—Vale, sigue.

—Estoy enamorado de ti. No voy a mentir en que lo estaré toda la vida. Ojalá así sea, prometo intentarlo. Pero de momento sé que mientras haya amor, lo intentaré una y otra vez. No me rendiré, por más complicado que sea aguantar tu carácter o las pruebas que nos vengan. Te amo, y quiero cerrar este candado… —Me muestra un pequeño candado que llevaba guardado en el bolsillo de su abrigo—, como símbolo de nuestro amor y que, como un día tú misma me dijiste, nada ni nadie podrá romperlo, porque la llave de nuestros corazones las tendremos nosotros. Seremos los únicos que podremos romper nuestro vínculo, o por el contrario, hacer más fuerte el acero que cubre nuestro candado, donde a partir de hoy se queda grabada nuestra historia, nuestro amor y las ganas que tengo de que nunca encuentres la llave que pueda romperme. Quiero estar contigo y que seamos invencibles, que juntos seamos uno y que te dejes amar. Prometo que este candado sí valdrá la pena cerrarlo, que no te arrepentirás de estar conmigo.

—Eres increíble. —Es lo único que logro decir entre sollozos, mientras le abrazo de nuevo—. No me dejes, ahora que te he encontrado, no me dejes.

—No lo haré —contesta, dándome un pequeño beso en la punta de la nariz.

Grabamos nuestras iniciales, y cerramos el candado, tirando la llave para que pueda perderse quién sabe dónde, eso es lo que menos nos importa ahora mismo.

Y aunque ya había hecho esto antes, esta vez es diferente.

Porque esta vez es real, y será para siempre.

—¿Tienes hambre?

—Mucha —le respondo.

—Vamos a desayunar, novia. —Me pasa un brazo por la cintura, y comenzamos a caminar hacia la cafetería que está al final del puente, en la misma donde desayunamos la primera vez que estuvimos aquí.

—Qué bonito y patético suena dicho por ti.

—Mi novia molesta —murmura sonriente.

—Mi novio idiota. —Le doy un pequeño codazo antes de seguir caminando unida a él.

—Pero un idiota que te encanta.

—Porque eres un idiota encantador.

—Ha tenido que ser una sorpresa increíble para que me hagas un cumplido —dice, abriendo la puerta de la cafetería para que entremos—. Las damas primero —murmura con una sonrisa, y me señala el interior del local con la cabeza.

—Entonces ya puedes entrar —me burlo. Pone los ojos en blanco, y le doy un beso en la comisura de los labios antes de entrar en la cafetería.

CAPÍTULO 40

Eric

Llevamos saliendo unos días, y siento que estoy viviendo en un sueño.

Reconozco que, aunque me paso el día diciéndole que disfrute, soy el primero que lo está viviendo con miedo de despertar en cualquier momento, y que todo esto acabe.

De momento Janelle no ha querido que contemos que estamos saliendo, así que lo llevamos en secreto, como dos adolescentes, y la verdad es que, el colarse por la noche en su habitación para besarla, o rozarle la mano sin que sus tíos nos vean cuando estamos cenando, tiene su chispa.Aunque yo no tendría problema en decirlo, entiendo que ella tiene sus tiempos, y voy a respetarlos.

Voy bastante adelantado con la escritura de mi libro, así que hemos quedado esta tarde para tener una cita juntos cuando ella vuelva a Chartres, después de su cita con la psicóloga.

Aunque no me ha querido dar muchos detalles, sé que está haciendo terapia de nuevo, y lo cierto es que se notan todos los cambios que está haciendo.

No puedo estar más orgulloso de ella.

—Eric Brown. —Escucho una voz ronca, y que parece algo enfadada, en mi espalda cuando estoy a punto de salir de la casa. Me giro y, efectivamente, me encuentro con un Henri que no parece nada, pero nada amigable.

—Henri, me alegro de verte —le sonrío.

—Vamos a mi despacho.

Una vez dentro, se sienta en su silla de cuero y me mira con los codos apoyados en su escritorio. Y por la forma en la que me está

mirando, empiezo a ver toda mi vida pasar.

No me dejo intimidar por cualquier persona, pero con este hombre es diferente. Tiene una escopeta que amenaza con sacar como si fuera un juguete todo el tiempo. Incluso el día que conoció a Liam, no dudó en sacarla y amenazarle con usarla si hacía daño a su preciosa hija. No tengo ninguna duda de que puede volver a hacerlo en cualquier momento.

—Han pasado dos meses, Eric Brown. ¿Dónde narices está la firma de mi contrato?

El maldito contrato, es verdad.

—Hablaré con mi padre hoy mismo —respondo, en apariencia tranquilo, aunque por dentro estoy hecho un manojo de nervios.

—¿Igual que hace dos semanas? ¿O que hace un mes? —Enarca una ceja—. Déjame preguntarte, ¿me ves cara de idiota?

—No, señor.

—Bien, porque no lo soy —responde con tranquilidad—. Quiero la firma de tu padre hoy mismo, o habrá serias consecuencias para todos.

—¿Me está amenazando, señor?

—Te estoy advirtiendo de lo que va a pasar si tu padre no firma el maldito contrato en… —Mira el reloj de muñeca que lleva puesto—, menos de seis horas.

—Hablaré con él, no se preocupe. Lo firmará.

—Muy bien. Como sabes, el trato ha terminado, y debes irte de aquí —sigue diciendo.

—Lo sé.

—¿Has pensado qué vas a hacer?

—Voy a quedarme por aquí una temporada, señor. Buscaré una casa.

—¿Por algún motivo en especial? —pregunta con una sonrisa irónica.

—Me ha gustado Francia más de lo que esperaba.

—¿Solo Francia? —Juguetea con un bolígrafo dándole vueltas.

—También su sobrina —me atrevo a decir.

—Ya, eso ya lo sabía. —Me dirige una mirada amenazante, y trago saliva. Se levanta de su silla, y camina hacia mí—. No me importa de quién seas hijo. Si le haces daño a mi sobrina, te mataré.

Suelto una pequeña carcajada nerviosa.

—No soy un hombre que suela bromear —murmura, sentándose de nuevo en su silla.

—No tengo pensado hacerle daño a su sobrina, pero no creo que sea necesario amenazarme. No creo que a mi padre le guste saber que está a punto de firmar un contrato con un matón.

—¿Me estás amenazando, Eric Brown?

—Le estoy advirtiendo, señor —respondo, intentando parecer lo menos intimidado posible—. Y si no necesita nada más, tengo planes. Llamaré a mi padre y me iré.

—Bien.

—Pase un buen día —mascullo antes de salir de su despacho.

Suelto todo el aire que estaba conteniendo dentro de la sala, y me apoyo contra la pared. ¿Este señor acaba de amenazarme de verdad con matarme? No sé mucho sobre Henri, ni siquiera a qué se dedica, o por qué parece tan siniestro, pero no parecía estar bromeando y ni siquiera ha titubeado al soltar su supuesta advertencia.

***

—¿Eric?

—Sí, soy yo. —Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué siempre me saluda dudando de quién soy? ¿Es que no me tiene agendado?

—Hijo, qué sorpresa. ¿Necesitas algo?

—Necesito que firmes ya el contrato con Henri.

—¿Ya has terminado tu aventura por allí? —Suelta una pequeña carcajada—. ¿Ya me dejas continuar con mi trabajo? Muy generoso por tu parte.

—No estoy para bromas, papá. Firma. Ya.

—No me digas lo que tengo que hacer. ¿Y si ya no quiero firmar?

—Papá… —Mi voz suena dura y molesta, y le oigo suspirar al otro lado de la línea.

—Solo lo haré si vuelves —me dice.

—Papá, no puedo volver ahora. Estoy terminando mi libro.

Y me he enamorado de la niña molesta.

—Pues lo terminas aquí, con tu familia. Vuelve a casa si quieres que firme ese contrato. Me lo prometiste.

—Iré, pero solo a haceros una visita —suspiro—. Pero volveré a Chartres, quiero quedarme aquí una temporada.

—¿Y qué se te ha perdido ahora en Chartres? No me digas que… —suelta una risa—. ¿Es esa chica? ¿La sobrina de Henri?

—Se llama Janelle —mascullo entre dientes.

—Nunca te había visto en serio con una chica, ni siquiera te aprendías sus nombres —dice en tono burlón.

—No hables como si me conocieras de algo.

—Eric, soy tu padre.

—Firma el contrato, tienes cinco horas. Si no lo haces, no volverás a verme el pelo en la vida.

—Está bien —suspira—. Pero no te quedes en ningún hotel, vuelve a casa.

—No prometo nada —digo a regañadientes, antes de colgar la llamada. No me había dado cuenta de la fuerza que estaba ejerciendo contra el teléfono, hasta que cuelgo y veo que mi mano está blanca como la nieve. Con un grito ahogado, descargo mi frustración dando una patada a un contenedor de basura.

Las lágrimas me nublan la vista. Me las seco con brusquedad antes de caminar hacia el destino en el que había quedado con mi chica. Solo ella puede ser capaz de alegrarme el día.

***

Estamos en el *Parc des Bord de L'Eure*, y tengo que admitir que es un parque precioso. El aire puro y el aroma a hierba recién cortada inundan nuestras fosas nasales. Los árboles nos envuelven en una sombra que nos cubre de los rayos de sol que se cuelan entre sus hojas.

La tarde empieza a caer, pintando el cielo de rosa, naranja y morado.

He traído una pequeña manta y la he colocado en el suelo para poder sentarnos sin mancharnos. También, he cogido algunas cosas por el camino para picar, porque sabía que Janelle tendría hambre.

—¿Cómo sabías que tenía hambre? —pregunta, llevándose un trozo de sándwich a la boca.

—Siempre tienes hambre, Janelle.

—¿Y tú no comes? —pregunta prácticamente con la boca llena.

—No tengo mucha hambre. —Me tumbo de espaldas sobre la manta, y ella se acerca a mi cuerpo, quedando ahora sentada junto a mí.

—¿Estás bien?

—Una mañana larga —contesto—. ¿Cómo te ha ido la sesión?

—Bien. —Sonríe—. La verdad es que se me hace bastante difícil ir a las sesiones, pero una vez que salgo, me siento mucho mejor. Aún me queda mucho por trabajar; acabamos de empezar después de muchos años, pero estoy dispuesta a hacerlo y sanar por fin.

—Y lo estás consiguiendo. —Extiendo mi brazo, y con mi mano le acaricio la mejilla—. Lo estás haciendo muy bien.

—Gracias —responde antes de meterse otro trozo de sándwich en la boca.

—Tengo algo que decirte. —Me mira con sus ojos cafés bien abiertos, y siento un pellizco en mi estómago—. Tengo que irme a Londres una temporada, no será mucho, solo una pequeña visita.

Sus ojos, hasta ahora brillantes, me miran confusos.

—Pensaba que no querías ver a tu familia.

—Y no quiero, pero hice un trato con mi padre, y tengo que ir a verlos si no quiero estar en problemas.

—Pero tú no vivías con tus padres, y odiabas su estilo de vida —razona, arrastrando las palabras con lentitud, como si intentara entenderlo mientras lo va diciendo.

—Y así es. —Me paso las manos por la cara, exasperado—. Créeme, no me fascina la idea de tener que hacerles una visita. Pero hice un

trato con mi padre para que firmase un contrato con tu tío, y a cambio él me dejó quedarme en vuestra casa. —Sus ojos y su boca se abren ligeramente en sorpresa, pero me asiente como respuesta. Creo que empieza a entender la situación, así que me acomodo, quedando sentado frente a ella, y continúo hablando—. Si no vuelvo a casa, mi padre no firmará y tu tío me matará después de echarme.

—Entiendo —dice cabizbaja—. Pero no quiero separarme de ti, no ahora.

—Prometo volver pronto. —Agarro su barbilla con mis manos, y en un suave movimiento, levanto su cabeza, obligándola a mirarme de nuevo—. Y cuando vuelva, no volveré a separarme de ti. Pienso quedarme aquí una buena temporada.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y cómo sé que será así?

—Porque yo siempre cumplo lo que prometo, cariño. Confía en mí.

—Lo hago —dice después de unos segundos callada—. Confío en ti.

***

—Yo también tengo que contarte algo —susurra Janelle cuando entramos en su habitación. Cierro la puerta y la sigo hasta su cama, donde nos sentamos uno frente al otro.

—¿Qué pasa?

—Llevo unos días recibiendo unos mensajes muy extraños. De Brad.

—¿Brad?

—Mi ex, el padre de Sophie.

Sé quién es el maldito Brad.

—¿Qué te ha dicho?

—Pues creo que me está siguiendo.

—¿Por qué piensas eso?

No estoy loco, sabía que alguien nos había estado siguiendo. ¿Había sido ese malnacido?

—Me envía mensajes desde la noche de la boda de Aria, dándome datos sobre mí o mi entorno, describe perfectamente lo que estoy haciendo… No quiero alarmar a mis tíos, pero la verdad es que…, tengo miedo.

Voy a matar a ese tal Brad.

—Tranquila —intento calmarla mientras acaricio su espalda, y dejo que suelte todo lo que lleva tantos días reprimiendo para sí misma—. ¿Tienes alguna foto, por si lo veo por la calle o puedo buscar información por internet?

—Sí, tengo algunas guardadas. Espera. —Se limpia las lágrimas que han caído por sus mejillas, y se levanta de la cama.

Se pone de rodillas en el suelo, y busca entre las cajas que tiene guardadas bajo su cama, hasta que encuentra una marrón que parece bastante desgastada.

—Aquí hay bastantes fotos de mi niñez y adolescencia —me informa, y asiento.

Abre la caja y rebusca entre las fotografías.

La veo contener algún que otro sollozo mientras se sumerge entre tantas cosas de su pasado, hasta que encuentra la foto de Brad que buscaba.

Suspira con pena y me extiende la foto. La tomo enseguida, pero sin dejar de mirar los ojos de mi chica.

Me sobresalto al ver la foto que tengo entre mis manos y por poco no la lanzo al suelo por el impacto.

No puede ser.

Este no puede ser Brad.

—¿Qué te pasa Eric? ¿Le conoces?

¿Qué puedo decirle? Ni si quiera sé si me he vuelto loco, y es por eso que estoy viendo la cara de mi hermano en la foto en la que se supone que tiene que estar el idiota que le rompió el corazón a la chica más maravillosa que conozco.

Es imposible, según me contó Janelle, esto pasó hace cinco años y Brad…, murió hace mucho más.

Y al chico que reconozco en la foto es a mi hermano Ethan, no a mi hermano muerto, Brad.

—¡Eric! Te estoy hablando. ¿Le conoces?

—No —respondo rápidamente, con nerviosismo.

—¿Y por qué se te ha quedado esa cara? —pregunta con el ceño fruncido.

—Pues a ver cariño… —me tomo unos segundos para intentar buscar las palabras adecuadas—, porque es el chico que te destrozó la vida… ¿Cómo quieres que lo mire?

—Con cara de no tener ni idea de quién es.

—No tengo ni idea de quién es, Janelle.

—¿Me lo prometes? —me mira dubitativa.

¿Cómo podría decirle que el chico de la foto es mi hermano Ethan?

Conociendo a Janelle, me culparía sin haber tenido yo culpa alguna, y no puedo permitir eso, mucho menos ahora que, por fin, hemos superado la barrera que estaba empeñada en ponerse, y he conquistado su corazón.

Ya se lo contaré cuando vuelva de Londres. Primero, tengo que conseguir hablar con Ethan y que me explique todo esto.

—Te lo prometo —vuelvo a mentir, y por dentro, siento una punzada por cada una de las mentiras que voy soltando por la boca, sabiendo que acabaré destrozando a Janelle, pero temiendo hacerlo de cualquier forma.

Janelle me sonríe sin mostrar los dientes, y corre a estrecharme entre sus brazos.

Janelle

—Gracias —digo respirando contra su cuello, absorbiendo el aroma de su ahora corto cabello.

—¿Gracias por qué? —pregunta, acariciando mi espalda.

—Por ser imbécil y dejar que te estafaran. Y gracias a la casualidad, por traerte hasta la puerta de mi casa, para hacer el caos de mi vida mucho más bonito —pronuncio, sintiéndome la persona más cursi del universo, pero la más feliz del mundo.

—Te quiero. —Es lo único que pronuncia Eric antes de estampar sus labios contra los míos, haciendo que de nuevo las mariposas revoloteen por mi estómago y me envíen millones de cosquilleos por todo el cuerpo. Sus labios son suaves y cálidos, y me besa con dulzura a la vez que, con deseo, y eso me gusta. Podría estar entre sus brazos y entre sus labios toda la vida y creo que no me cansaría, porque a día de hoy, siempre me deja con ganas de más.

—Esta noche ponte guapa, tenemos una cita —dice en cuanto nos separamos, con las respiraciones agitadas.

Puedo ver en sus ojos el mismo brillo que sé que tengo en los míos, justo antes de darle un pequeño beso en la punta de su nariz.

—Yo siempre estoy guapa —bromeo sonriente.

—Bueno, recién levantada y con el mal humor que te caracteriza el resto del día, no mucho.

—¡Idiota! —suelto una carcajada antes de darle un pequeño golpe en el hombro, haciéndole reír a él también.

—Es broma.

—Como siempre, estropeando momentos bonitos —le saco la lengua en forma de burla—. Anda, sal de mi cuarto. Ya me pensaré eso de acudir a tu cita.

—Te estaré esperando. Y no me importará hacerlo toda una vida si es necesario.

—¿Toda una vida? —Enarco una ceja, y vuelve a estampar sus labios contra los míos, esta vez con algo menos de delicadeza.

—Bueno, si es un poquito menos, mejor —sonríe.

—Lo pensaré.

—Déjame la foto —dice, quitándomela prácticamente de las manos, sin dejarme siquiera pensarlo o darle una respuesta—. Voy a investigar dónde está el chico. Tú no te preocupes por nada, ¿vale?

—Vale, confío en ti —Vuelvo a atrapar sus labios y esta vez, tiro de su labio inferior y le muerdo suavemente, recibiendo por su parte, un pequeño jadeo cuando nos separamos.

Eric

—Liam —digo, en cuanto escucho su respiración al otro lado de la línea y sé que ha contestado mi llamada.

—¿Qué pasa tío? Tu voz no suena bien.

—¿Sigues aquí o ya te has ido?

—Ya estoy en Londres, ¿por qué?

—Mierda —mascullo entre dientes, mientras arrugo la fotografía que tengo en mis manos.

—¿Ha pasado algo?

—Ha pasado que el maldito ex psicópata de Janelle la está acosando, y al parecer ha vuelto.

—Vaya.

—Espera, hay más.

—Adelante —me dice—, soy todo oídos.

—Tengo una foto del idiota al que hay que matar.

—Perfecto —murmura—. ¿Quién es el idiota?

—Mi hermano.

CAPÍTULO 41

Eric

Vuelvo a mirar la fotografía arrugada que tengo entre mis manos, y no puedo creerlo.

Doy vueltas de una esquina a otra de la habitación, y me siento ahogado. Siento que voy a quedarme sin respiración en cualquier momento.

Brad y Ethan eran gemelos. Pero Brad murió hace diez años, por lo que no coincide en el tiempo en el que transcurre toda la historia de Janelle y ese tal Brad. Sin embargo, aquí estoy, con una foto de mi hermano entre mis manos, deseando matarle.

De nuevo.

Distrito nº5

Miré la nota que había sobre el escritorio de Ethan.

Otra vez estaba en problemas.

Tenía que decírselo a Brad para que hiciera algo antes de que fuese demasiado tarde. Un día se metería en un lío tan gordo que no volvería a casa, y mamá no sería capaz de soportarlo.

Volví a mirar con nerviosismo el papel que tenía entre mis manos con el nombre del sitio al que me estaba dirigiendo en un taxi.

No podía decirle nada a mis padres, ellos ni siquiera sabían que su hijo había salido a estas horas de casa. Ese territorio tenía fama por ser uno de los más peligrosos de la ciudad. Allí abundaban las drogas, el alcohol y las carreras ilegales. Solo esperaba que mi hermano no estuviese metido en ninguna de aquellas cosas.

Le pagué al taxista, que en varias ocasiones me preguntó si estaba seguro de querer salir, y finalmente decidí hacerlo, aunque por dentro estuviese lleno de miedo.

Pero antes debía llamar a alguien; alguien que siempre nos ayudaba cuando había problemas, y más si se trataba de Ethan.

—¿Qué pasa hermanito?

—Brad —dije en un hilo de voz.

—¿Estás bien? ¿Dónde estás? ¿No estás en casa?

—No —contesté —. He venido a buscar a Ethan.

—¿Otra vez? ¿En qué lío se ha metido ahora?

—Creo que en uno muy gordo.

—¿En casa de qué amigo está esta vez?

—Pues… en ninguna casa, Brad —dije, observando mi oscuro alrededor.

—¿Dónde está?

—Distrito número cinco.

—¿Qué? —chilló al otro lado de la línea—. ¿Cómo se te ocurre ir ahí? ¿Sabes lo peligroso que es ese sitio? ¡Vuelve aquí ahora mismo!

—No puedo dejar a Ethan aquí solo.

—Sabes perfectamente que Ethan no está ahí solo, pero tú sí. ¿Cómo has llegado? Vuelve aquí ahora mismo.

—No puedo dejar que se meta en más problemas; mamá está muy mal.

—Eric, por favor. Eres solo un crío. Deja de preocuparte por los demás y vuelve a casa ahora mismo. Él sabrá lo que hace.

—Puede pasarle algo malo —contesté.

Porque a pesar de lo cruel y despiadado que era Ethan conmigo y con todo el mundo, era mi hermano. Y mi madre no soportaría que siguiera yendo por mal camino. Eso empeoraría aún más su enfermedad.

—Está bien, vamos a hacer una cosa —me dijo—. Tú vuelves a casa ahora mismo, y yo iré a buscarle, ¿trato?

—Tra…

—Eh, tú, el bajito con cara de haberse cagado encima —me interrumpió una voz tras de mí, haciendo que por el impacto mi teléfono cayera al suelo. Me pensé dos veces si girarme y hacerle caso, o correr con todas mis fuerzas, pero dado que no era bueno en los deportes y mucho menos corriendo, me giré para encontrarme al tipo más alto y lleno de tatuajes que había visto en toda mi vida, lo cual me hizo asustarme aún más.

—¿Qué queréis de mí? —pregunté, sintiéndome ridículo al escuchar lo bajita que había sonado mi voz.

—Qué quieres tú de nosotros puede ser la pregunta. ¿Qué haces en nuestro territorio?

—Solo he venido a buscar algo, no quiero molestar a nadie.

—Has venido a denunciarnos, ¿pequeña nenaza? —Me agarró de los hombros, y me obligó a caminar hasta cruzar un oscuro callejón.

—No, yo solo… —Me paré en seco al ver como aquel hombre gigante se iba acercando cada vez más a mí, ante las risas de sus amigos, que estaban apoyados en sus coches tomando quién sabe qué cosas.

—Suéltalo Rulls, es mi hermano.

—¿Esta nenaza es tu hermano? —preguntó, antes de soltar una carcajada.

—Si, así que déjalo tranquilo, por favor.

—¿Le conoces? —dije, más asustado y sorprendido aún de lo que ya estaba. ¿Por qué mi hermano conocía tan bien a toda esta gente? Ethan ignoró mi pregunta, y volvió a hablar con el señor gigante.

—¿Y cómo sé que no va a decir nada?

—Yo me encargaré de eso, tranquilo.

—Está bien. Ya sabes, si quieres seguir consiguiendo la mercancía, tienes que traernos el dinero a tiempo.

—El dinero no es un problema para mí, pero quiero probar mercancía nueva.

—Olvídate de eso por el momento, Brown.

—Entonces, olvídate del dinero de la familia Brown.

—Sabes que, si algo quieres, algo tienes que darme a cambio —dijo sin apartar la mirada de nosotros. Dio un sorbo a un vaso con alguna bebida que le había ofrecido uno de sus colegas, y volvió a mirarnos con dureza. Quizás Brad llevaba razón y no había sido buena idea venir hasta aquí—. Esta noche hay una carrera, y el ganador conseguirá un traspaso importante de mercancía.

—Está bien, yo jugaré y ganaré en tu nombre —dijo mi hermano.

—No, tú no —contestó con una sonrisa—. Lo hará él —me señaló con la mirada, y me estremecí.

—Déjalo fuera de esto.

—Se ha metido en mi territorio, Brown. No voy a dejarlo pasar.

—Yo jugaré la carrera y la ganaré. Sabes que soy bueno en lo que hago.

—Y yo he dicho que lo hará el nenazas de tu hermano. Preparaos, la carrera empieza en media hora. —Fue lo último que dijo antes de desaparecer con sus amigos y dejarme a solas con mi hermano.

—¿Qué acaba de pasar? —pregunté, ante la oscura mirada de Ethan.

—¿Eres consciente del lío en el que nos acabas de meter, pedazo de inútil?

—¿Puedes explicarme qué es esto que acaba de pasar? ¿Qué hacías aquí con esta gente? ¿De qué mercancía hablaba, y por qué hay que jugar una carrera? —pregunté con nerviosismo, ignorando su última pregunta.

—Eh, para —me interrumpió—. Eso son demasiadas preguntas, y ya sabes que no me gusta demasiado interactuar con las personas.

—Está bien, interactuaré ahora con mamá y papá a ver qué les parece.

—Ni se te ocurra decirles nada de esto.

—Entonces dime qué está pasando.

—Esos tipos me venden droga y la compro con el dinero de papá. Ah, y también a veces juego por ellos carreras ilegales —arrastró sus palabras antes de llevarse la mano a la cabeza y hacer una mueca de dolor.

—¡Que haces qué!

—Me dijiste que te lo contase, ¿no?

—¿Pero tú estás mal de la cabeza? ¿Se puede saber en qué momento se te ocurrió esa horrible idea? Ahora mismo quiero que me prometas que nunca más vas a volver a hacer eso, ni a volver a ese sitio —le dije esperando una respuesta, pero lo único que obtuve de su parte, fue una carcajada.

—¿Y tú quien te crees que eres?

—Soy tu hermano, y me preocupo por ti.

—Pues deja de hacerlo, y de actuar como si fuésemos una familia feliz, porque no lo somos. Ahora déjame vivir tranquilo y afrontar mis problemas como me dé la real gana.

—Eres mi hermano…

—¡Deja de decir eso! —gritó, interrumpiéndome.

—No quiero que seas mi hermano, no quiero que existas, ¡métete eso en la cabeza! De haber sabido que serías mi hermano, nunca hubiese nacido, ¿lo entiendes? —me dijo, provocándome el llanto con cada una de sus crueles palabras, y la dureza con las que las expresó. No sonaron a palabras que dices cuando estás enfadado, sino a unas que dices cuando de verdad sientes eso. Y eso fue justo lo que más me dolió.

—Ethan…

—Cállate, ahora tengo que pensar en cómo arreglar el lío en el que me acabas de meter.

Pese a la dureza de sus palabras y la tranquilidad que intentaba transmitir, su cuerpo se tambaleaba para los lados, capaz de mantenerse en pie.

—¿Yo te he metido a ti en un lío? Déjalo, ya sé que estás bien. Me voy a casa.

—No puedes irte a casa.

—Me voy a casa ahora mismo.

—Vas a jugar una maldita carrera, Eric.

—Soy menor de edad, no pienso coger un coche para que tus camellos ganen su carrera. ¿Quieres que me mate?

—Sería una buena opción —contestó—. Pero lo que necesito es que ganes. —Sacó de su bolsillo una bolsa de plástico con unas pastillas en su interior, que no tardó demasiado en tragar sin necesidad de acompañarlas con ningún tipo de líquido.

—¿Qué estás tomando ahora?

—Algo que me hará sentirme bien —contestó—. Y tú también lo tomarás para poder ganar.

—No pienso tomar nada de lo que me des. Me voy a casa.

Me di la vuelta, y comencé a caminar con nerviosismo entre la oscuridad del callejón por el que me había traído ese tal Rulls, pero paré en seco cuando sentí un cuerpo acorralarme contra la pared.

—Te he dicho que te vas a subir a ese maldito coche y vas a jugar esa carrera. ¿Tienes idea de lo peligroso que es ese tío? —negué con la cabeza—. Pues no quieras saberlo.

—¿Y qué quieres que haga? —pregunté, con lágrimas en los ojos.

—Tómate esto —contestó con dureza, dándome una bolsa con un par de pastillas—. Y súbete al maldito coche. Seguirás todas las indicaciones que te diga, yo iré contigo. Solo asegúrate de ganar.

Sus oscuras pupilas dilatadas me hicieron estremecer, y solo asentí.

Nos hicieron pasar a la zona de carreras. Había varios coches, y muchos chicos llenos de tatuajes que me doblaban la edad y la altura, preparándose para subirse a los coches mientras que yo estaba muerto de miedo.

—Tómate las malditas pastillas —musitó Ethan, haciéndome estremecer.

Hice el amago de tomármelas, me metí las pastillas en la boca y le acepté la bebida que me ofreció, pero en cuanto se giró, las escupí. Si algo tenía claro es que no pensaba meterme nada de esa porquería en el cuerpo.

Esta noche iba a morir, pero lo haría limpio.

Ethan no paraba de temblar, y las gotas de sudor caían por su frente sin parar. Estaba muy acelerado y pese a que apenas conseguía mantenerse en pie por sí mismo, no paraba de moverse

de un lado a otro. Tuve miedo cuando me clavó su oscura mirada; cada vez parecía más fuera de sí. Le había visto colocado algunas veces, pero jamás de esta forma, y tenía mucho miedo, tanto del ambiente en el que me encontraba como de estar al lado de un hermano al que no reconocía en absoluto.

—Vamos, súbete al coche —me ordenó. Con el cuerpo temblando de miedo, me subí al coche, sin tener ni idea de lo que tenía que hacer, y sin poder dejar de llorar—. Deja de llorar, o no responderé por mis actos.

Dio un golpe a la guantera, y me sobresalté.

Me indicó cómo se usaba el coche y todo lo que tenía que hacer para ganar, pero yo solo podía prestar atención a su estado. Aquel no era mi hermano, y eso me daba aún más miedo que toda esta situación.

—A la de tres, arranca.

Pero justo cuando mis manos temblorosas estaban agarrando con cierta torpeza el volante, y estaba a punto de acelerar para empezar la carrera como el resto de los participantes, un cuerpo se estampó contra el capó del coche, y me sobresalté.

—¡No lo hagas! —Escuché la voz de mi hermano Brad, y sentí que podía volver a respirar.

—¿Qué hace éste aquí? —preguntó Ethan mirándome enfurecido.

—Baja del coche, Eric —ordenó Brad, mi otro hermano mayor.

—Bien, lo haremos más divertido —murmuró Ethan. De repente sacó una pistola y me apuntó con ella en la sien—. Me has hecho perder la partida, así que quiero algo a cambio. —Su voz sonaba áspera y dura, y su respiración demasiado agitada—. Arranca y mátalo —me ordenó.

Le miré atónito sin poder creer lo que me estaba ordenando.

—¿Qué estás diciendo?

—Que lo mates de una vez. Arranca y mátalo.

—Tranquilízate, por favor.

—Ethan, tranquilo. He venido a por vosotros, para irnos a casa.

—¿A casa? ¿Qué casa? ¿En la que todos os adoran menos a mí? Os odio a todos, no voy a volver a esa maldita casa de locos.

—Ethan, vamos, eres nuestro hermano. Nos duele ver lo que estás haciendo.

Brad intentó acercarse a nosotros, pero Ethan negó con la cabeza.

—Si das un paso más le vuelo la cabeza a tu querido hermanito. A él si lo quieres, ¿verdad?

—A ti también te quiero.

—¿Sabes lo que ha sido para mí ser siempre tu sombra? Somos gemelos. Siempre nos han comparado en todo. Tú siempre has sido el mejor, y yo solo un inútil.

—Eso no es cierto —le corrigió mi hermano—. Todos te queremos. ¿Crees que si no te quisiera estaría aquí? He venido a por ti.

—¡Mentira! Has venido a por él. —Me dio un pequeño golpe en la cabeza con la pistola.

—Baja eso, por favor —suplicó Brad. Yo no podía hacer otra cosa que llorar—. Vámonos antes de que te arrepientas de algo. No eres tú ahora mismo. ¿Qué te has tomado?

—Ha tomado de todo —conseguí decir.

—Tú cállate, mocoso —me amenazó.

—Vamos, Ethan.

—¿Sabes? Siempre he querido saber qué se sentiría por un día al ser como tú. El chico perfecto de la familia Brown al que todos adoran —le confesó a Brad—. Tus padres están orgullosos de ti, tienes buenos amigos, buenas notas y un buen futuro por delante, tus hermanos te quieren y yo…

—Tú también puedes tener ese buen futuro —le interrumpió Brad —. Y a ti también te queremos. Todos te queremos, Ethan.

—¡No! ¡Basta! ¡Callaos!

De repente, se llevó las manos a la cabeza y empezó a gritar, mientras su cuerpo temblaba de forma descontrolada. Y cuando pensaba que se calmaría y me dejaría salir del coche, apretó mi pierna con tanta fuerza que me hizo pisar el acelerador. Y por más

que yo intentara hacer la fuerza contraria para no hacerlo, me llevé a Brad por delante.

—¡No! ¡Ethan! ¡No!

Ambos salimos del coche y nos encontramos con el cuerpo de mi hermano en el suelo, lleno de sangre. Me arrodillé frente a él, y llevé mi mano a su cuello para comprobar si tenía pulso.

Suspiré aliviado cuando lo noté latir, aunque muy levemente.

Pum. Pum. Pum.

Tres disparos directos al pecho de Brad, que le mataron al instante.

—¿Qué has hecho? —pregunté entre lágrimas, aún sin creer nada de lo que acababa de pasar—. Ethan —sollocé—, has matado a Brad.

—No —contestó—. Yo soy Brad. —Llevé mi mirada hasta él, y juro que fue la cosa más oscura y aterradora que vi jamás—. Y tú acabas de matar a nuestro hermano.

CAPÍTULO 42

Janelle

—¿Qué vestido me pongo? —pregunto, enseñándole a Daphne las dos opciones que tengo en mente para la cita de hoy.

—Ninguno —niega con la cabeza, horrorizada—. Vas a una cita con tu novio, ¿te lo tengo que recordar? —Daphne es la única a la que le he confiado que Eric y yo estamos saliendo juntos—. ¿Por qué no te pones esa falda nueva que te compraste con unas medias?

—No sé si me quedará bien —contesto, echándome un vistazo en el espejo.

—Vamos, pruébatela.

—Vale, pero si no me queda bien, me pongo uno de estos dos vestidos.

Me pruebo la falda que dice mi prima con una camiseta de canalé y unas medias, y también los dos vestidos que había seleccionado en un principio, desfilando para Daphne como si fuese toda una supermodelo por toda la habitación.

Finalmente, me pongo el conjunto que Daphne había escogido, y lo acompaño con unos botines y un bolso a juego, a parte de un abrigo de paño.

Me trenzo los dos primeros mechones de pelo y los ato en la parte de atrás, dejando el resto de mechones caer por mi espalda.

—Ven, te voy a maquillar —dice mi prima, acercándose a su tocador, donde tiene todo su maquillaje.

—Sabes que no me gusta maquillarme mucho.

—Hoy es una ocasión especial, tienes una cita. Así que déjame hacer mi magia —contesta, y empieza a preparar todos los productos

que va a utilizar sobre el tocador—. Te maquillaré natural, lo justo para resaltar tu belleza por sí sola, ¿vale?

—Vale, pero como me vea muy cargada me lo quitaré —le advierto —. No quiero que piense que he estado horas arreglándome para él.

Me sienta en su silla y empieza a aplicarme la prebase de maquillaje cuando por fin me atrevo a hablar.

—Me ha dicho que me quiere —suelto con rapidez, haciendo que pare de golpe y me mire con los ojos abiertos como platos.

—¿Y tú qué le has dicho? —pregunta curiosa, mientras coge otro producto de los que ha preparado en el tocador.

—Pues me puse cursi, pero no le dije que también le quiero, él lo sabe. Y yo también lo sabía, pero me lo ha dicho de una forma muy real, no sé. Estoy confundida. —Me paso las manos por la cara, y suspiro.

—Janelle, tú quieres a Eric, ¿verdad?

—Sí —contesto.

—¿Estás enamorada de él? —pregunta.

Lo estoy. ¿Pero estoy preparada para admitirlo?

—Yo…

—Lo estás —responde por mí, llevándose ambas manos a la boca—. Te has enamorado del vikingo buenorro.

—Un respeto, que ahora es mi novio —le digo en tono de broma, intentando quitarle seriedad al asunto.

—Tú sabes mejor que nadie cuánto te ha costado llegar hasta aquí. Has sufrido mucho y la vida te ha recompensado con un chico maravilloso. No desperdicies esta oportunidad, Janelle. No dejes que tus miedos te impidan volver a vivir.

—Tengo miedo, Daph.

—Lo sé, pero es parte del proceso. Es normal que lo tengas, pero no podemos anclarnos al pasado, cielo. La vida son etapas que debemos disfrutar al máximo con las personas que nos acompañan y nos hacen crecer, y saber pasar a la siguiente etapa sin mirar la anterior, porque ya se terminó. Y solo las personas que tengan que estar en tu vida te acompañarán de etapa en etapa. Las que no, serán

simples estrellas fugaces que pasan por nuestra vida para que aprendamos algo, aunque simplemente sea el tipo de personas que no queremos ser.

—Llevas razón y es algo que estoy tratando mucho con Amelie. Pero es que tengo tanto miedo a sufrir de nuevo —suspiro.

—¿Sabes? A veces, el miedo a sufrir es peor que el propio sufrimiento.

***

—¿A dónde vamos? —pregunto en cuanto me subo al coche que ha alquilado Eric para esta noche.

—¿Así es como saludas a tu novio? —Me mira con una ceja alzada. Pongo los ojos en blanco, y me inclino hacia él para darle un pequeño beso en los labios—. Así mejor.

—¿Entonces? ¿A dónde vamos?

—Es una sorpresa —contesta, mientras arranca el coche y nos pone rumbo a donde sea que vayamos.

—No me gustan las sorpresas —me quejo desde mi asiento.

—Lo sé, por eso te la he preparado. —Veo que sonríe sin apartar la vista de la carretera.

—Tengo el peor novio del mundo.

—Ya veremos si dices eso al final de la noche.

—Vale. —Me acomodo en mi asiento—. ¿No podemos poner música? Me pone nerviosa no saber qué sorpresa me has preparado.

—No me gusta escuchar música en el coche, estoy tenso cuando conduzco, sólo quiero concentrarme y llegar pronto —se limita a contestar de forma algo más fría de lo habitual. Pero noto cómo se tensa en su asiento y aprieta el volante con fuerza.

—¿Por qué?

—No hagas tantas preguntas, ya casi llegamos —me dice.

Consigo apartar la mirada de mi chico cuando aparca el coche en doble fila frente a una casa que conozco demasiado bien.

La casa de Pauline.

—¿Qué hacemos aquí?

—Sé que llevas días sin ver a Sophie, y te he traído a verla. —Se encoge de hombros antes de quitarse el cinturón de seguridad y me mira, haciendo que me recorra por todo el cuerpo un escalofrío ante su calidez.

—¿En serio? Vaya, es la mejor sorpresa que me podrías haber dado —sonrío.

—Anda, sal del coche antes que pase un policía y me multe un coche que ni siquiera es mío.

Ambos salimos del coche, y caminamos hasta la casa de Pauline, quien en cuanto escucha el timbre, abre enseguida la puerta con una gran sonrisa.

—Janelle, cariño —me saluda con un pequeño y corto abrazo y, seguidamente, hace lo mismo con Eric, regalándole una sonrisa cómplice al final—. Hay alguien que os está esperando. —Se aparta un poco del ángulo en el que está, y entonces podemos ver a un pequeño cuerpecito aparecer en escena.

—¡Sophie! —chillo sonriente, y enseguida la pequeña se lanza a mis brazos.

—¡Janelle! —responde entusiasmada.

—Te he echado de menos, pequeña.

—Yo a ti también. ¿Por qué no has venido a verme?

—He estado ocupada, cielo, pero gracias a Eric hoy he podido venir a darte un gran abrazo. Y estoy muy feliz —digo esto último mirando a Eric, que en todo momento nos mira sonriente.

—Eric me gusta, aunque con el pelo largo está más guapo.

—Pero bueno, que te estoy escuchando —le dice Eric, haciéndole algunas cosquillas en la tripa a Sophie, que suelta un montón de carcajadas. El sonido de su risa me llena el corazón—. ¿Tú no tenías algo para Janelle? —La niña se queda callada durante algunos segundos, hasta que sonríe, seguramente al acordarse de qué se trata.

—Ah, sí —murmura antes de volver a meterse en la casa.

—¿A dónde va? —pregunto.

—A por tu sorpresa.

—¿Más sorpresas?

—Cariño, esto solo acaba de empezar —dice Eric, pasándome un brazo por los hombros y depositando un pequeño beso en mi frente.

Sophie vuelve a salir, esta vez con una hoja entre sus manos.

—Janelle, probablemente esto para ti no tenga ningún sentido, pero quiero que sepas que no solo te quise ayer, sino que te quiero hoy, y te querré hasta que me dejes estar contigo. Y si la vida se lleva el amor, prometo enamorarte una y otra vez, hasta que nos olvidemos de por qué dejamos de hacerlo. Nunca antes me había enamorado —carraspea y coge aire antes de continuar—, pero esto que siento es real y no te quiero con la locura del momento, sino que te quiero de verdad, y haré hasta lo imposible porque te lo creas. Te lo pedí ayer, te lo pido hoy y te lo pediré todos los días de mi vida…

Eric le hace un gesto con la cabeza a Sophie para que haga su parte, mientras yo sigo conmocionada por todo lo que está haciendo por mí. El cuerpo me tiembla como un flan y tengo los ojos nublados por las lágrimas que amenazan con salir.

—Toma —dice la pequeña. Me entrega sonriente y orgullosa un dibujo que ha hecho ella misma, en el cual aparecemos los tres y un corazón en el centro del papel con un gran letrero donde pone —esta vez escrito con la letra de Eric— *¿Quieres ser mi novia y futura compañera de vida hoy, mañana y siempre?*

—¡Eric! —grito con lágrimas de alegría en los ojos—. ¡Qué bonito! —exclamo, mirando una y otra vez el papel que tengo entre mis manos, y a los pequeños ojos marrones que me miran expectantes desde abajo. Y luego miro a los verdes que me observan desde mi derecha, esperando una respuesta. Sin poder contenerme, me abalanzo sobre él y lo abrazo con todas mis fuerzas, sellando el momento con un pequeño beso en los labios.

—¿Entonces? ¿Qué dices?

—Sí —contesto llena de felicidad.

—¡Bieen! —chilla Sophie emocionada, y empieza a dar saltos. Nos da un gran abrazo y, en este momento, no puedo sentirme más plena. Eric me hace sentir querida, valorada y amada como jamás nadie lo

había hecho, pero que también incluya en cada detalle a Sophie, y la cuide y quiera tanto, hace que mi corazón solo rebose de amor por él.

—Quiero que lleves esto, es un pequeño detalle para que recuerdes esta noche.

Saca del bolsillo de su chaqueta una caja. La abro, y me encuentro con un colgante de plata con forma de corazón al que también le cuelga un pequeño candado de plata. Lo cojo temblorosa, y lo observo de cerca, viendo que en la parte trasera del corazón hay un grabado.

"aujourd'hui demain et toujours"

"hoy, mañana y siempre"

—Increíble —es lo único que consigo articular, de entre todas las palabras y frases bonitas que le podría haber dicho en un momento como este, mientras Eric me coloca el colgante. Me da un beso en la nuca cuando termina de abrocharlo, y me recorre un escalofrío por toda la columna.

—Tú sí que eres increíble.

—Estoy tan feliz —dice Pauline, y puedo ver que está llorando—. Te mereces esto y mucho más —sigue diciendo antes de fundirnos en un gran abrazo, al que por supuesto, también se une Sophie.

Miro a mi chico cuando nos subimos al coche, y suspiro con tranquilidad, sintiéndome en paz y en calma después de mucho tiempo de tempestad. Por fin, me siento feliz después de tanto sufrimiento. Y estoy segura de que nada ni nadie puede destruir esto, ni siquiera las grietas de mi pasado que siempre amenazan con volver a aparecer.

CAPÍTULO 43

Eric

Cenamos en un sitio precioso, donde tenemos una vista privilegiada de la Torre Eiffel y del resto de la ciudad parisina que, a mis ojos, parece brillar con más intensidad esta noche. La luz de las velas le da a la velada un toque más romántico, y el sonido del piano que tenemos de fondo, crea un ambiente tranquilo.

Durante toda la cena, compartimos miradas cómplices y caricias, y nos abrimos aún más el uno con el otro, hablando sobre nuestros pasados, pensamientos y emociones, dejando pasar las horas como si fuesen segundos.

Insisto en pagar la cuenta, aunque eso nos lleva una pequeña disputa, y salimos del restaurante cogidos de la mano.

—El día de hoy ha sido tan perfecto que no quiero volver a casa —dice con voz suave, cuando la brisa de la noche acaricia nuestros rostros.

—No tenemos por qué volver —respondo, y enseguida me mira—. He reservado una habitación en el hotel de este mismo restaurante. No sabía si querrías quedarte o no, así que no te dije nada —le cuento con algo de nerviosismo, pero ella solo me mira con una ceja alzada —. Pero si quieres podemos volver a casa —me encojo de hombros.

—¿Has reservado una habitación de hotel para los dos?

—Sí.

—¿Planeas acostarte conmigo, Eric Brown? —me pregunta con tranquilidad. Trago saliva, y siento como el calor sube hasta mis mejillas.

—No.

—Vale. Te recordaré eso más tarde —murmura, antes de enlazar nuestras manos y tirar de mí hacia el hotel.

—¿Quieres que vayamos? —pregunto atónito, siguiéndole el paso.

—Te he dicho que no quiero volver a casa.

***

Hacemos el check-in para entrar a nuestra habitación, y aunque en parte ella también ha tomado la iniciativa e intenta parecer tranquila, sé que está nerviosa. Aunque no sé si tanto como yo.

Sé perfectamente lo que va a suceder ahora. Y aunque he estado con muchas mujeres, creo que nunca había estado más tenso.

—Habitación 522 —murmura cuando estamos frente a la puerta—. ¿Esto también lo has planeado?

—No, esto ha sido casualidad —contesto.

—Espero que cuando entremos no esté todo lleno de pétalos, y haya un cisne hecho con las toallas en la cama, por favor.

Tarde.

—¿En serio? —pregunta riendo cuando entra a la habitación, y ve que, efectivamente, todo está lleno de pétalos, y que en la cama hay un cisne que han hecho con las toallas. Nos miramos, y cuando pienso que mi vida no puede ser más vergonzosa y patética, mi chica empieza a reír a carcajadas.

—No te rías. Quería hacer esto romántico —digo cerrando la puerta.

—¿Esta es tu idea del romanticismo, Eric Brown? —Sus dedos acarician mi nuca. Mi cuerpo reacciona más rápido de lo que esperaba a su cercanía.

—Pensaba que ya te había quedado claro lo romántico que puedo ser —me quejo—. Pero tengo toda la vida para demostrártelo —le doy un pequeño beso en la nariz.

—Lo que eres es un cursi —me reprocha—. Para no querer acostarte conmigo, te has tomado muchas molestias en dejar bonita la habitación, eh —bromea cerca de mis labios, y me estremezco al tenerla tan cerca. ¿Dónde se ha quedado la Janelle tímida?

—Bueno, he hecho lo que he podido —susurro con voz ronca, deslizando mis manos por su espalda. Con un movimiento suave

pero firme, la agarro por detrás de los muslos y la elevo, envolviendo sus piernas alrededor de mi cintura.

La acomodo con suavidad sobre el colchón de la cama, dejándome unos segundos para admirar la delicadeza de sus facciones. Me acerco a ella, y paso la yema de uno de mis dedos por su rostro, intentando memorizar cada detalle. Sus ojos brillan casi más que la luna esta noche, y me veo reflejado en su mirada, que refleja expectación, deseo y nerviosismo.

Es preciosa.

Una obra de arte.

Nuestros labios se encuentran en un beso lento y profundo, que poco a poco se va intensificando, llenando el aire de la electricidad que desprendemos. Mis manos, ansiosas, recorren todo su cuerpo, sintiendo cómo se estremece con cada caricia. Deslizo mis manos por el interior de su camiseta, acariciando su estómago, y la voy subiendo poco a poco. Su piel se eriza ante mi roce como respuesta, mientras que mis dedos arden por el contacto.

—¿Estás segura? —pregunto, sin dejar de repartir besos húmedos por todo su cuello.

—Lo estoy.

Mi corazón late con fuerza al escuchar su respuesta.

Entre besos y caricias, nos desprendemos de toda la ropa, dejándola tirada por el suelo. Mis dedos se deslizan por su piel, suave como la seda, y mis labios trazan un camino imaginario por todo su cuerpo, intentando reparar cada lugar en el que alguna vez le hicieron daño.

Acaricio su pelo mientras admiro su rostro una vez más, ligeramente sonrojado. Vuelvo a besarla, pero esta vez con más intensidad, antes de dejarnos llevar por completo hasta volvernos uno solo, dejando pasar el tiempo, mientras amamos cada centímetro de nuestra piel.

***

—¿Vas a seguir mirándome mucho rato?

Está tumbada a mi lado, apenas cubierta por una sábana que se desliza por sus curvas. No puedo dejar de mirar lo preciosa que es, y aún no me creo la suerte que tengo de que sea toda mía.

—¿No puedo?

—Sí, pero es muy rarito.

—Pero te gusta, ¿a que sí?

—Sí.

—Janelle…

—¿Mhm?

—Cuando te dije que te quería, te lo dije en serio —afirmo contra su pelo, y noto cómo enseguida se tensa—. Ha pasado poco tiempo, pero te quiero —confieso—. Y no hace falta que me contestes lo mismo, estoy dispuesto a esperar el tiempo que sea necesario para que tú estés preparada para quererme.

—Ya lo estoy —responde—. Ya estoy preparada para quererte. —Levanta la cabeza y nuestros ojos vuelven a encontrarse—. De hecho… —se acomoda, sentándose frente a mí—. Te quiero —confiesa, completamente sonrojada.

—Yo te quiero más. —Vuelvo a atraer su cuerpo hacia el mío y la tumbo sobre mi pecho, abrazándola con fuerza.

—Definitivamente, eres un cursi, Eric Brown.

—Pero un cursi que te encanta —respondo con una sonrisa de idiota en la cara.

—Para qué negarlo, tienes tus encantos.

Acaricia mi pecho, y me estremezco con el roce de sus dedos. Bosteza por cuarta vez en un periodo demasiado corto de tiempo, así que la acomodo sobre mí, y le doy un beso en la coronilla de su cabeza.

—Descansa anda, estoy despierto hasta que te duermas.

—Recuerda que eres tú al que no le gusta dormir solo, yo superé esa fase a los siete años —dice antes de volver a bostezar.

—¿Tienes que ser molesta incluso cuando estás muerta de sueño? Solo cierra los ojos y duérmete.

—Idiota —Es lo último que dice antes de quedarse dormida sobre mi pecho.

Admiro la forma en la que se aferra a mi cuerpo mientras duerme, y la seguridad con la que lo hace. Pero la sonrisa se me borra rápido de la cara cuando recuerdo que no debería confiar en mí, y que no me merezco que lo haga.

CAPÍTULO 44

Janelle

Me despierto en medio de la noche muriéndome de sed. No me acuerdo qué es lo que comimos anoche, pero tengo una sed terrible. Me levanto de la cama con cuidado de no despertar a Eric, que duerme como un bebé.

Aún no me creo todo lo que está pasando y todo lo que me hizo sentir anoche. Fue tan especial. Todavía tengo a las mariposas de mi estómago completamente descontroladas.

Cojo una botella del minibar, y prácticamente me la bebo de un tirón.

Antes de volver a la cama, decido mirar mi teléfono por si tengo algún mensaje de Daph, que es a la única que he avisado de que no íbamos a dormir en casa —lo cual la ha emocionado bastante—, pero para mi sorpresa, vuelvo a encontrarme con un mensaje de un número desconocido.

Número desconocido:
Tengo a tu hija.

Número desconocido:
Te adjunto la dirección en la que estoy con la pequeña.
Es igual de fastidiosa que tú. Y, por cierto, no esperaba
haber creado una hija tan guapa.

Me estremezco al leer el mensaje, y niego con la cabeza repetidas veces, deseando que todo sea una broma de mal gusto.

Eric

—¡No! —grita Janelle tan fuerte que hace que me despierte sobresaltado.

—¿Qué te pasa? —pregunto, levantándome de la cama con rapidez.

—Brad —contesta mirándome a los ojos, y puedo ver que los tiene rojos y llenos de lágrimas—. Sophie —solloza contra mi pecho cuando la abrazo.

—¿Qué pasa con Sophie? No me asustes —Acaricio su espalda. Se separa de mi abrazo, y vuelve a mirarme para partirme el corazón en mil pedazos. No soporto verla en este estado.

—Brad —vuelve a decir entre lágrimas.

—Vale, sí, Brad. ¿Qué pasa con él? —Agarro su cara con mis manos para que deje de negar con la cabeza, y consigo que me mire a los ojos.

—Tiene a Sophie —reacciona por fin, y a mí se me hiela la sangre al escucharla.

—¿Qué? No puede ser. Estuvimos con ella hace unas horas.

—Mira. —Me pasa su móvil, y enseguida leo el mensaje que le ha mandado el desgraciado de mi hermano hace tan solo unos minutos.

—Este imbécil se las va a ver conmigo —sentencio, apretando el móvil con fuerza—. Te acompañaré.

—Quiero ir sola.

—Me da igual lo que quieras, iré contigo. No pienso dejaros solas, y no hay más que hablar. Es peligroso.

—Está bien.

Nos vestimos a toda prisa, mientras que los sollozos de Janelle retumban por toda la habitación.

Conduzco lo más rápido que puedo hasta la dirección del mensaje, con cuidado de no exceder el límite de velocidad, ni de chocar con ningún árbol cuando nos adentramos en un bosque.

—¿Quieres dejar de mover así la pierna? Esto está oscuro, no se ve nada, y me estás poniendo nervioso.

—¿Crees que yo no estoy nerviosa? ¡Estoy atacada! —chilla y se pasa las manos por la cara—. Ese engendro tiene a mi hija.

Y a mi sobrina.

—Lo sé, pero tranquilízate o será peor.

—No creo que la situación pueda ser peor.

—No se ve nada, Janelle. Vamos a estrellarnos contra un maldito árbol como siga conduciendo.

—Para el coche y vamos andando.

—Puede ser peligroso.

—Pues quédate dentro del coche, pero yo me voy. —Abre la puerta con el coche aún en marcha.

—Para, te vas a hacer daño. —Freno de golpe, y Janelle sale del coche. Envío un mensaje pidiendo ayuda y envío nuestra ubicación antes de salir también.

—¿Tienes una linterna? —pregunto cuando salgo también del coche. Cruzo el camino y me coloco junto a ella. El sitio parece peligroso y no quiero que esté sola.

—No, no suelo llevar un kit de emergencias en el bolso por si algún psicópata secuestra a mi hija —contesta, a la vez que comienza a caminar.

—Pues deberías llevarlo para facilitar situaciones como estas.

—Eric, no es momento para tonterías. Usaremos la linterna del móvil, mejor eso que nada.

Confiando en la tenue luz que proporciona la linterna de su móvil, seguimos caminando con cuidado, ella un par de pasos por delante, mientras yo vigilo los posibles peligros que hay a nuestro alrededor.

La noche es bastante fría, y por cómo se eriza la piel de mi chica, veo que tampoco pasa desapercibido para ella, así que me quito la chaqueta y se la paso por los hombros. Ella se limita a contestarme con una sonrisa de lado antes de seguir caminando.

—Gracias.

—Todo va a estar bien. —Paso un brazo por sus hombros, y deposito un pequeño beso en su cabeza.

—Eso espero. Gracias por estar aquí conmigo.

—Nunca te dejaré sola —prometo, aunque no sé por cuánto tiempo podré cumplir mi promesa.

—Mira, ahí se ve algo a lo lejos. —Me señala una cabaña de madera que, tan solo por su fachada extremadamente descuidada, parece abandonada.

Corremos con todas nuestras fuerzas hasta la cabaña, y una vez que estamos frente a la puerta, veo a Janelle respirar con dificultad. Pero cuando pienso que se va a derrumbar a mi lado, pega con los nudillos sobre la puerta.

—¿Qué haces pegando en la puerta?

—¿Qué? ¿Y si no es aquí, y despertamos a alguien? ¿Qué piensas, entrar así porque sí como en las películas?

Me encojo de hombros como respuesta.

La puerta se abre y enseguida vemos una oscura silueta, que se funde con la penumbra de la habitación. Esa silueta, aterradora a la vez que familiar para mí, me hiela la sangre.

Janelle

La puerta se abre por completo y la persona que tenemos enfrente se encarga de encender la luz. Noto como mi cuerpo empieza a temblar al ver de nuevo un rostro cuyos rasgos tengo aprendidos de memoria, y unos ojos color verde musgo que esconden mucha más oscuridad de la que recordaba.

La última vez que vi a Brad estaba completamente fuera de sí, y esta vez parece bastante más tranquilo, pese a que sus pupilas vuelven a estar dilatadas mientras nos sonríe con malicia.

—Os estaba esperando.

—¿Dónde está Sophie? —es lo primero que digo al entrar en la casa, chocándome con el cuerpo del chico que me destrozó la vida.

—Tranquila, pequeña fiera.

Se da la vuelta y camina hacia mí dando pequeños pasos.

Trago con fuerza al ser consciente de que lo tengo frente a mí después de tanto tiempo.

—¿Dónde está Sophie?

—Antes de nada. Los móviles. —Extiende su mano para que se lo entreguemos. Yo enseguida se lo doy, pero Eric parece estar dudando

en hacerlo.

—¿Y tú? ¿Qué narices estás esperando? —se dirige a Eric.

—Dejé el móvil en el coche. A menos que utilice señales de humo, no tengo cómo llamar a la policía.

—No te creo —espeta, mirándole fijamente a los ojos con el ceño fruncido.

—Regístrame si quieres. —Pone sus manos en alto con una pequeña sonrisa de lado, y Brad vuelve a sonreír.

—Tomad asiento —nos dice, señalando con la mirada el sofá que hay cerca de la puerta, que está completamente destrozado, como prácticamente toda la casa—. Cuánto tiempo hermanito, ¿cómo has estado? —sonríe. ¿Ha dicho hermanito? Mi cuerpo se estremece ante la idea, pero antes de que pueda pensar nada con claridad, Brad sigue hablando—. ¿Nuevo look? —vuelve a preguntar. Eric sigue paralizado, y yo solo quiero que me diga donde está Sophie. Y que luego Eric me explique qué está pasando.

—Eres un desgraciado. —Es lo único que le contesta.

—¿Así le hablas a tu hermano mayor?

—¿Qué está diciendo, Eric? —pregunto en un hilo de voz. Él cierra los ojos con fuerza y sacude la cabeza.

—Somos hermanos, ¿no te lo había contado? —Se apoya en la pared con los brazos cruzados y una sonrisa triunfante en el rostro, y yo cada vez tengo más ganas de vomitar.

—¿Qué?

—Todo esto tiene una explicación —balbucea Eric.

—Y la única explicación es que Eric ha estado jugando todo este tiempo contigo como hice yo. Qué malotes somos en la familia Brown, eh —suelta una carcajada que llena toda la cabaña y me hace estremecer.

Tiene que estar mintiendo. Esto es solo un juego de Brad.

—¡Eso es mentira! Yo jamás jugaría contigo —me dice Eric mirándome a los ojos, pero esta vez cuando lo miro, veo los mismos ojos de Brad.

—Está mintiendo al igual que mintió al decirte que no me conocía cuando vio mi foto.

—¿Cómo narices sabes eso? —pregunta Eric atónito.

Y de nuevo, siento los pedazos de mi corazón romperse.

—Porque la asquerosa de su prima me ha estado ayudando todo este tiempo.

—¿Qué buscas ahora? Ya me destrozaste la vida —digo entre lágrimas. Solo quiero salir de aquí y que esta pesadilla acabe—. Devuélveme a mi hija, y déjame en paz.

—Tu hija está en su casa, muñequita. —Mi cuerpo comienza a temblar de forma automática al oír que vuelve a llamarme así—. No la quiero para nada, la detesto. Me da tanto asco como tú. Tan solo quería asegurarme de que vinierais a mi encuentro.

—Eres un desgraciado —Eric se abalanza sobre él, pero cuando está a punto de darle un puñetazo, Brad lo frena.

—No me hagas matarte primero. —Esboza una sonrisa retorcida, y esto solo hace que Eric finalmente le dé un puñetazo en la nariz. La respuesta de Brad es inmediata: un fuerte golpe que hace tambalear a Eric. Los dos chicos se enzarzan en una pelea que parece no tener fin, haciendo tambalear los muebles, y llenando la habitación de gruñidos, jadeos y sangre.

Esquivo a los dos chicos y echo un vistazo rápido al resto de la casa, asegurándome de que realmente Sophie no esté aquí.

Cuando vuelvo a la sala, se me forma un nudo en la garganta. Eric está tumbado en el suelo, con la cara llena de sangre y con Brad sentado a horcajadas sobre su cuerpo, descargando sobre él un puñetazo tras otro.

—¡Para! ¡Por favor! —grito entre lágrimas—. Haré lo que quieras, Brad.

—Lo único que quiero es verte sufrir antes de morir —masculla, antes de darle otro puñetazo a Eric.

—¿Por qué? Yo lo único que hice fue amarte, Brad —titubeo, intentando tranquilizarle. No sé si esto volverá a funcionar después de tanto tiempo, pero tengo que intentarlo. Parece que sí funciona,

porque deja de estampar su furia contra Eric, y se levanta del suelo, con las manos y la camisa llena de sangre.

—Me has mentido, muñeca. Me prometiste muchas cosas que no has cumplido y tendré que castigarte por eso. —Se acerca a mí. Siento que el corazón se me va a salir del pecho de un momento a otro, necesito que esto acabe—. ¿Por qué lloras, muñequita? —Me estremezco cuando pasa una mano sobre mi mejilla y la acaricia. Quiero escupirle, pero mi cuerpo está tan paralizado, que ni siquiera puedo hacer eso—. Si no contestas, seguiré pegándole hasta que le mate, ¿eso quieres?

—No —respondo rápidamente negando con la cabeza.

—¿Por qué te importa tanto? —pregunta alzando la voz—. ¿Te has enamorado de él? —Vuelve a bajar el tono de voz y acariciarme la mejilla.

No puedo dejar de temblar.

—Por favor, deja que se vaya, no le hagas daño. Haré lo que quieras.

—¿Te ha tocado? —pregunta, agarrándome de las caderas—. ¿Ha tocado lo que es mío?

—No soy tuya, Brad.

Me sorprendo al oírme capaz de articular palabra.

—Siempre serás mía, muñeca. Nadie puede mirarte ni tocarte, solo yo. Y no puedes amar a nadie más, porque tu corazón me pertenece. Tú me perteneces. —Niego con la cabeza—. Y sabes que no soy un chico de muchas palabras, así que voy a demostrártelo como mejor he sabido hacer siempre. Intenta subirme la camiseta, y rápidamente niego con la cabeza, intentando zafarme de su agarre.

—¿Te ha contado lo que hizo? —Señala a Eric con la cabeza, y veo cómo su cuerpo todavía sigue tirado en el suelo—. Es un asesino, mató a nuestro hermano.

—¿Qué estás diciendo Brad?

—Oh, cariño, no me llamo Brad. A él le mató Eric hace tiempo. Mi nombre es Ethan.

—¿Qué?

—Deberías de saber lo mucho que me aburren las palabras, y lo nervioso que me pone que hagas tantas preguntas. —Aprieta mis caderas con fuerza—. ¿Quieres que pierda los nervios? —Niego con la cabeza sin dejar de llorar—. Pues entonces deja de llorar, y cállate la boca.

Se desabrocha el cinturón. Se lo quita de en un rápido movimiento, y trago fuerte al verle de nuevo completamente ido. Empieza a repartirme besos por el cuello, mientras intento empujarle y apartarlo de mi cuerpo.

De repente, la puerta de la cabaña se abre, y veo a varios policías entrar apuntando con sus armas. No entiendo nada, pero por fin puedo respirar.

—¿Qué has hecho? —pregunta enfurecido.

—Ethan Brown, por fin volvemos a vernos. —La voz ronca del policía resuena por toda la sala. Sin soltar su arma, que apunta hacia el chico que tengo frente a mí, da algunos pasos lentamente, acercándose a nosotros.

Brad —o Ethan, ya no lo sé—, se empieza a poner nervioso. Tiene los ojos rojos, y las pupilas dilatadas. Empieza a tambalearse, y su pecho se mueve de forma acelerada. Lleva una mano hasta la zona baja de su espalda, y en un rápido movimiento, saca una pistola que tenía escondida.

—Señor Bernard, qué alegría verle. Tiene usted mejor aspecto que la última vez que nos vimos. Se conserva como el vino. Tiene que contarme cómo lo hace. —Carga su pistola y apunta directamente al policía, que suelta un gruñido. Algunos de sus hombres caminan con cuidado hacia nuestra dirección, sin bajar sus armas.

En un hábil movimiento, Ethan empuja mi espalda contra su pecho y me apunta con la pistola en la cabeza.

—Si dais un paso más, la mato. Si disparáis, la mato. Y si me seguís tocando las narices, os mato y luego la mato a ella también. ¿Os queda claro u os tengo que hacer un dibujito?

—No hagas las cosas más difíciles y suelta a la chica. Sabes que te tengo ganas, muchacho. Llevo muchos años deseando que llegara

este maravilloso momento.

—Una pena que seas tan inútil que hayas tenido que llegar a viejo para verme otra vez, ¿no? Por cierto, ¿cuándo te jubilas?

—En cuanto acabe contigo —gruñe el policía antes de disparar hacia el brazo de Ethan, con el que me tiene sujeta. Aprovecho que se ha tambaleado para darle un codazo en el costado y apartarme por completo de él. Pero el chico no se da por vencido, y lanza un disparo al aire. Por suerte, su cuerpo tiembla tanto que no ha conseguido apuntar correctamente hacia su objetivo.

—¡Suelta el arma! —grita Bernard. Mi cuerpo tiembla de miedo e incertidumbre, y pese a que estoy en medio de lo que puede llegar a ser una masacre, no puedo apartar la mirada del cuerpo de Eric, que está tirado en el suelo.

Ethan vuelve a apuntarme con la pistola, ignorando al resto de hombres que están apuntándole a él.

—Todo es culpa de esta tía, por entrometerse en mi vida e intentar ser parte de ella. Soy un monstruo y nadie merece quererme, solo morir —masculla sin dejar de apuntarme con el arma, con las manos temblorosas.

—¡Suelta el arma, Brown! —vuelve a gritar el policía.

Observo los movimientos de todos los hombres que hay en la sala.

Uno de ellos, está parado detrás de Ethan, apuntándole directamente a la cabeza. Me hace un gesto con la cabeza y asiento levemente.

—¿Estás preparada para tu castigo, muñequita? —Es lo último que dice antes de que el policía le dispare en la cabeza y su cuerpo se tambalee hasta caer al suelo.

Doy un grito agudo y me sobresalto al sentir una mano sobre mi hombro. Cuando me giro para ver de quién se trata, respiro aliviada al ver que es una policía.

—¿Estás bien, cariño? —pregunta, y niego con la cabeza.

—Él está herido —balbuceo, fijando mi atención en Eric.

—Tranquila, enseguida llegará la ambulancia. Le hemos tomado el pulso y está vivo.

Suspiro aliviada, aunque no sé si debería estarlo o no.

—Tenemos que tomarte declaración. ¿Crees que estás preparada ahora mismo para acompañarnos? —me pregunta de la forma más amable posible.

—No lo sé.

Las lágrimas caen por mis mejillas con fuerza cuando veo a los médicos aparecer en escena e intentar despertar a Eric.

Se lo llevan en una camilla.

Me estremezco al observar a mi alrededor; todo está lleno de sangre.

Todo está pasando demasiado rápido, y para cuando me doy cuenta, estoy subida en un coche de policía.

Por mi mente las imágenes pasan demasiado deprisa, al igual que los recuerdos. Intento borrarlos rápidamente, pero se me hace imposible.

¿Eric es hermano de Brad?

¿Me ha estado mintiendo todo este tiempo?

No tengo ni idea de si un corazón roto puede volver a romperse, pero es lo más parecido a lo que estoy sintiendo ahora mismo.

—¿Podemos ir al hospital y que me tomen declaración allí? Necesito estar con él ahora mismo… Por favor —le digo a la policía cuando se sube al coche.

CAPÍTULO 45

Janelle

—Janelle —murmura Eric en un hilo de voz, cuando se despierta en la cama del hospital. Dentro de lo que cabe, está bien y todo ha quedado en un susto, pero aun así, tiene que pasar la noche aquí.

Y es en este momento cuando me pregunto por qué soy así, porque tengo que seguir preocupándome por una persona que me ha mentido y me ha hecho daño. Pero aquí estoy, sin poder parar de llorar, muerta de miedo ante la idea de que al chico que tanto amo le pueda pasar algo.

—Janelle, estás aquí —vuelve a decir. Mueve una de sus manos para agarrar la mía, pero en un movimiento casi instantáneo, la aparto.

—No me toques.

—Janelle, déjame explicártelo todo.

—¿Es tu hermano? —pregunto con los ojos cerrados. Solo quiero que me diga que todo es mentira, y terminar de despertarme de esta pesadilla. Pero su silencio solo me hace romperme un poquito más.

—Es tu hermano —afirmo—. Brad es tu hermano.

—Se llama Ethan —responde sin mirarme a la cara.

—¿Ahora sí quieres contármelo? ¿Ya te has cansado de jugar?

—Se llama Ethan —repite, ignorando mis palabras—. Brad era su hermano gemelo y murió hace años.

Una lágrima recorre mi mejilla, pero la limpio enseguida. No puedo permitirme seguir haciéndolo frente a él.

—¿Lo sabías todo? —Vuelve a quedarse callado—. Solo has estado jugando conmigo.

—Eso no es verdad —responde—. No he jugado contigo y jamás lo haría.

—¿Cómo podría creerte cuando me has mentido? ¿Cómo podría volver a mirarte de la misma forma?

—Tenía miedo —dice casi en un susurro, después de unos cuantos segundos de silencio—. Me enteré cuando me enseñaste la foto —empieza a contarme—. Me quedé paralizado, no me lo esperaba para nada, ni tampoco entendía de qué iba la cosa, porque Brad llevaba muerto mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Tenía miedo —repite—. No quería que le vieras reflejado en mí, ni que pensaras que soy como él.

—Pero al final lo has acabado siendo —escupo—. Me has mentido y me has roto el corazón, igual que hizo él.

—No digas eso. —Su mirada me transmite arrepentimiento y tristeza, pero no puede ablandarme, no puedo ser la misma Janelle que lo perdona todo con tal de no perder a una persona que no ha tenido reparo en hacer algo que sabía que le podría costar el perderme a mí—. Yo no soy como él.

—Eres peor.

—Janelle, por favor…

—Eric, ¿qué pasó con el verdadero Brad? —pregunto, y su rostro se empalidece.

—Murió.

—Eso ya lo has dicho —murmuro—. Brad… Ethan —me corrijo—, dijo que tú le mataste.

—¿Desde cuándo crees en las cosas que escupe por su boca?

—Desde que te has colocado en su misma posición, y también escupes mentiras por la tuya.

—Janelle, estás siendo muy dura conmigo.

—Ni se te ocurra darle la vuelta al asunto como siempre hacía él para hacerme sentir mal a mí —digo mirándolo fijamente, intentando que no se me note que por dentro estoy hecha un flan—. ¿Qué esperabas? ¿Que corriera a tus brazos como si nada hubiese pasado?

—Estás aquí después de todo —dice en un hilo de voz.

—Solo he venido para que tuvieras el coraje de decirme la verdad a la cara —le aseguro—. ¿Qué pasó con tu hermano?

—¡Murió por mi culpa! —chilla—. Pero yo no le maté, lo hizo Ethan. Él estaba metido en líos y yo solo quería que mi familia estuviese en paz, que mi madre estuviese bien y no volviese a caer enferma —se le quiebra la voz y comienza a llorar mientras sigue hablando. Quiero abrazarle, pero no lo hago—. Un día le seguí y vi que estaba metido en carreras ilegales, en drogas, alcohol..., lo de siempre, pero esta vez con gente muy peligrosa. Además, me enteré que estaba comprando y vendiendo la droga. Yo era solo un crío y tenía miedo, así que llamé a Brad, él siempre nos sacaba de todos los líos —solloza—. Me obligaron a subirme a un maldito coche para hacer una carrera ilegal. Ethan estaba súper colocado, y aun así, no paraba de beber y meterse cosas, y yo estaba muy asustado. Brad apareció y después de un rato discutiendo, Ethan me apretó con fuerza la pierna para que acelerase el coche y... y... lo mató. Fue mi culpa porque yo le llamé. —Me doy cuenta de que estoy llorando con él—. Pero yo no le maté, lo hizo él —acaba diciendo entre lágrimas—. Siento no haberte contado mis traumas —Hace un amago de una pequeña sonrisa, y niego con la cabeza.

—Yo tampoco te conté toda mi historia al completo, aunque tú ya te encargaste de descubrirla mediante Aria, ¿verdad?

—Solo quería ayudarte.

—Bonita forma de hacerlo —espeto—. Siento mucho lo que te pasó, y que tuvieras ese tipo de familia, además de un hermano psicópata, pero no puedo olvidarme de que me has mentido mirándome a los ojos.

—Janelle...

—¿Todo ha sido un juego? ¿Eso he sido para ti, un maldito juego?

—No —contesta—. Todo lo que hemos vivido ha sido real, tienes que creerme.

—Quiero creerte —le digo—, pero no puedo hacerlo ahora mismo.

—Janelle, por favor... No sé qué decir, solo te pido una oportunidad. Todo esto es culpa mía, pero...

—No —le interrumpo—. La culpa es mía. Te di la oportunidad de sanar mi corazón roto cuando la única que de verdad debía hacerlo era yo.

—Te quiero con cada una de tus piezas rotas —susurra, y me estremezco al oírle. Otra lágrima cae por mi mejilla, pero ni siquiera me molesto en apartarla.

—Quizás no sea la única que está rota y necesita recomponerse —le digo entre lágrimas—. Creo que nos hará bien a los dos tomar distancia y estar un tiempo separados. Al fin y al cabo, te ibas a ir a Londres, así que es el momento perfecto para hacerlo.

—No puedo irme así, no sin que me perdones.

—Necesito tiempo para pensar —digo antes de levantarme—. Ya he tomado la declaración, en un rato vendrán a tomar la tuya. Gracias por enviar un mensaje y pedir auxilio. No sé qué sería nosotros ahora mismo si no lo hubieras hecho. Ah, al parecer llevaban tiempo buscando a tu hermano —le cuento—. Él… Él ha muerto. Ahora te dejo tranquilo. Quiero ir a casa a descansar.

—No te vayas. —Me agarra la mano y me estremezco al sentir el contacto de su piel.

—Tengo que irme, Eric. Dame tiempo para pensar, por favor. No quiero hacer nada de lo que me arrepienta, pero tampoco puedo volver a tus brazos y hacer como si nada hubiera pasado, no ahora.

—Lo entiendo —responde—. Puedo darte todo el tiempo que necesites —dice en un susurro—. Solo quiero que sepas que, aunque he sido un idiota por no contártelo, todo lo que hemos vivido ha sido verdad. Jamás podría mentir en algo tan grande como lo que me haces sentir.

—Necesito irme —le interrumpo, porque realmente necesito hacerlo antes de ablandarme—. Hablaremos pronto.

—Te quiero, Janelle. Y no hay nada más real que esto que siento.

—¿De verdad me quieres?

—Sí que te quiero —responde—. Te quiero hoy, mañana y siempre.

CAPÍTULO 46

Eric

—Venga, cambia esa cara Brownie —me dice Liam, sentándose a mi lado en el sofá de la habitación de hotel en la que estoy alojado en Londres.

¿Pero cómo podría hacerlo? Llevo siete días sin saber nada de Janelle.

—No estoy para bromas —respondo—. ¿Te ha dicho algo Daphne?

—No, tío. ¿Por qué no la llamas tú directamente?

—Porque no quiere hablar conmigo —suspiro—. El último día antes de coger el avión fui a buscarla a su casa y no quiso salir.

—Lo que me sorprende es que su tío no te matara con la escopeta.

—Deja de bromear, idiota.

—Pues este idiota te tiene una sorpresa —sonríe.

—¿Qué has hecho ya? —pregunto, casi en un suspiro.

—Ser el mejor amigo del mundo —contesta orgulloso.

—A ver, sorpréndeme…

Alguien llama a la puerta y mi amigo vuelve a sonreír. Se levanta del sofá y camina hasta la puerta. Me dedica otra sonrisa y un guiño antes de abrirla, para dejarme ver a la persona que más quiero en el mundo.

—¿Bella? —pregunto sorprendido, levantándome rápidamente del sofá.

—¡Eric! —grita entre lágrimas, antes de lanzarse a mis brazos.

La abrazo con fuerza mientras inhalo su aroma a flores y vainilla, el mismo que intenté memorizar cuando me fui de casa hace años. La última vez que la vi era solo una niña, y ahora es toda una mujer.

—¿Cómo has crecido tanto? —pregunto tras separarnos de nuestro abrazo, y empiezo a inspeccionarla, haciendo que sonría levemente.

—¿Quizás porque me abandonaste, y no has visto cómo he ido creciendo con los años?

—Bella, yo…

—Tranquilo, no quiero hablar de eso ahora —me interrumpe—. Pero ten por seguro que en cuanto consiga dejar de llorar y recomponerme un poco, pienso darte una buena paliza. Se te van a quitar las ganas de volver a dejarme sola, te lo prometo —me amenaza, mirándome desafiante, y no puedo evitar sonreír. Pese a lo mal que me siento ahora mismo, estoy feliz de tenerla cerca de nuevo. Me pasa una mano por la mejilla, y siento que me derrito al ver sus ojos tristes inspeccionar cada rincón de mi rostro—. Te he echado tantísimo de menos. Lo único que me ha dado fuerzas para seguir adelante era saber que algún día volveríamos a vernos.

—Yo nunca quise dejarte sola, pero tuve que irme. Y temía ser una mala influencia para ti.

—Eres la mejor persona que conozco, mi persona favorita. —Siento mis ojos aguarse de nuevo—. Te he necesitado tanto estos años… —murmura cabizbaja—. Ha sido muy difícil enfrentarme a todo sin ti, pero sabía que volverías —me sonríe y, me parte el corazón en mil pedacitos—. ¿Sabes una cosa?

—¿Qué cosa? —Acaricio su pelo con la yema de mis dedos mientras admiro sus preciosos ojos verdes y su carita de ángel, que está más demacrada de lo que imaginaba. Tan solo con ver su aspecto, sé que no está bien, que ha vuelto a recaer.

—Te odio mucho por haberte ido. Pero sabía que en algún momento volveríamos a abrazarnos. Ni un solo día he dejado de esperarte.

Vuelvo a abrazarla con fuerza, esta vez permitiéndome llorar sobre los hombros de mi hermana pequeña, que tanto ha sufrido en mi ausencia, y sintiéndome la peor persona del planeta por haberla abandonado cuando más me necesitaba.

Me rompo entre lágrimas, gritos ahogados y sollozos, quedando completamente vulnerable ante ella. Llevo siendo fuerte demasiado tiempo y, aunque no quiera admitirlo en voz alta, está bien no estar bien todo el tiempo.

Y yo ahora mismo, no estoy bien.

—Estamos juntos de nuevo —susurra, acariciando con suavidad mi espalda, mientras dejo salir todo el dolor acumulado de mi interior—. Solo prométeme que no me dejarás sola de nuevo.

—No lo haré.

—Me vais a hacer llorar —murmura mi amigo acercándose a nosotros—. Os quiero mucho. —Nos abraza con fuerza.

—Gracias por traerla —le susurro en medio del abrazo, y lo noto asentir con la cabeza.

—Te dije que soy el mejor amigo del mundo.

—Lo eres.

Janelle

Salgo de la consulta de Amelie sintiéndome mucho mejor que cuando entré, y después de casi dos meses, sonrío.

Estoy haciendo muchos avances después de mucho tiempo, y lo mejor es que los estoy haciendo por mí misma.

Es cierto que Eric me ha enseñado muchas cosas, lo principal y que más hondo me ha llegado: aprender a superar el pasado y disfrutar el presente. También me ha enseñado lo que es el amor, y lo que es ser amada, valorada y respetada realmente por alguien.

Pero la lección más importante que me dejó antes de marcharse es que la única persona que tiene el poder y el derecho de recomponer los pedazos rotos de mi corazón soy yo misma, y que no tengo que cederle esa responsabilidad a nadie más.

Me siento orgullosa de haberme convertido en una persona más independiente.

Es cierto que le necesito, y que sin él siento un vacío muy grande en mi vida y en mi corazón. Pero estoy aprendiendo a gestionarlo, y a

saber disfrutar de la soledad sin verme sumergida en una profunda tristeza.

Pese a que le echo de menos, no he dejado que eso me impida seguir con mi vida, mis obligaciones y aspiraciones, como hubiese hecho años atrás.

Estoy aprendiendo a no depender de nadie porque si lo hago, entonces cuando esa persona se vaya, no me quedará nada, y volveré a estar hundida como lo estuve años atrás. Y no, no puedo permitirme caer de nuevo.

Tengo que aprender a soltar, pero también a agarrar con fuerza a las personas que valen la pena. Debo apreciar mi soledad para poder valorar de verdad su compañía, y aprender a quererme antes de dejar que nadie más lo haga.

La sesión con Amelie me ha sentado tan bien y me ha dado tantas fuerzas, que después de dos meses, me siento preparada para hablar con él.

Ha estado enviándome mensajes durante todo este tiempo, preocupándose por mí cada día, e incluso enviándome flores prácticamente a diario. Pero necesitaba este tiempo para mí antes de poder volver a hablar con él de un nosotros. Necesitaba soltar de una vez por todas todo el dolor que llevaba en mis espaldas desde hace tantos años. Y aunque todavía no lo he hecho del todo, me siento orgullosa de ir avanzando, de no rendirme.

He vuelto a vivir una experiencia muy traumática, y además, la persona de la que me he enamorado y a la que le había entregado todo mi corazón, me mintió. Y, por si eso fuera poco, también se acabó marchando. Pero en lugar de derrumbarme, me siento más fuerte.

Ya no soy la Janelle de quince años a la que le destrozaron la vida, y tengo que despegarme de esos recuerdos, dejar de ser la víctima de mi propia historia.

Además, vivo mucho más tranquila desde que sé que Ethan no tiene ninguna posibilidad de volver a hacernos daño. Y mucho más, desde que conseguí perdonarle y soltarle por fin.

Sigo caminando por el parque. Los árboles están floreciendo y el sol filtra sus rayos a través de las hojas. El canto de los pájaros crea una hermosa melodía que me acompaña mientras admiro el paisaje.

Janelle:
¿Cómo estás? ¿Podemos hablar?

Pulso enviar y me sorprende lo rápido que me llega su mensaje como respuesta.

Eric Odioso Brown:
¿Estás bien? ¿Ha pasado algo? ¿Sophie está bien?

Janelle:
Estoy bien, y Sophie también. Solo quería saber cómo estás tú.

Eric Odioso Brown:
Estoy bien. ¿Estás comiendo? ¿Y bebiendo agua? ¿Sigues echando fotos? ¿Cómo está tu familia? ¿Me odian? ¿Me odias tú?

Janelle:
Eso son demasiadas preguntas.

Eric Odioso Brown:
¿Me odias?

Janelle:
Nunca podría odiarte.

Eric Odioso Brown:
No me digas eso otra vez o me veré obligado a coger un

vuelo ahora mismo y plantarme en Chartres.

Janelle:
Bueno, mi tío si te odia un poco. Así que, si quieres arriesgarte a que saque la escopeta, puedes venir cuando quieras :)

Eric Odioso Brown:
No te haces una idea de lo mucho que te echo de menos.

Janelle:
Yo también te echo de menos.

Eric Odioso Brown:
¿Has estado bien después de todo lo que pasó? Necesito disculparme como es debido.

Janelle:
No quiero volver a hablar sobre lo que pasó ese día, por favor. Estoy bien.

Eric Odioso Brown:
¿Sigues yendo a terapia?

Janelle:
Como si no lo supieras. Sé que acosas a Daphne preguntándole por mí todo el tiempo.

Eric Odioso Brown:
Solo quiero asegurarme de que estés bien.

Janelle:
Lo estoy.

Eric Odioso Brown:
Perdóname. Nunca debí mentirte. También era un tema muy difícil de tratar para mí.

Janelle:
Lo sé. En este tiempo he conseguido entenderlo.

Eric Odioso Brown:
También estoy yendo a terapia. Tengo que sanar mis traumas, pero creo que lo voy a poder conseguir.

Janelle:
Lo harás. Si yo puedo hacerlo, tú también.

Eric Odioso Brown:
¿Podrás algún día perdonarme?

Janelle:
Ya estás perdonado.

Eric Odioso Brown:
¿Conseguiré algún día que me des otra oportunidad?

Janelle:
Depende.

Eric Odioso Brown:
¿De qué?

Janelle:
De lo que hagas para ganártela. Aún necesito que te

ganes mi confianza de nuevo, pero estoy dispuesta a ceder un poco.

Eric Odioso Brown:
Lo haré. Y prometo que nunca más te volveré a dar una razón para que dudes de lo nuestro.

Janelle:
Está bien, intentémoslo.

***

—Hoy he visto a tu primo —murmura Eric, desde el otro lado de la línea—. Hemos estado hablando un buen rato y ha sido bastante agradable.

—¿Le has visto feliz?

—¿Cómo no iba a estarlo? Le ha fichado justo el equipo en el que él quería jugar y va a tener la oportunidad de compaginarlo con una de las mejores universidades de la zona. Claro que estaba feliz, le he visto pletórico.

Bruno se fue hace tan solo unos días a Londres y ya le echamos mucho de menos. Pero queremos lo mejor para él y su futuro, y si este es el camino que él quiere elegir y que le hace feliz, todos le apoyaremos.

—¿Le ayudaste a buscar un buen apartamento en Londres?

—Sí, tranquila. He sido buen anfitrión —responde, y sé que está sonriendo al otro lado de la línea. Escucho unas voces de fondo y sé lo que viene a continuación—. Janelle, lo siento, tengo que colgar.

—No te preocupes —contesto sin mucho ánimo.

—Lo siento, de verdad. Tengo una reunión importante con mi agente editorial y ya voy tarde.

—No te preocupes —le repito.

—¿Hablaremos esta noche?

—He quedado en ir a cenar con Daphne y Aria, pero cuando vuelva, si estás libre podemos hablar.

—Vale, te esperaré. No bebas demasiado, ya sabes que tiendes a pedir matrimonio muy a la ligera cuando vas borracha.

—Lo intentaré —Me muerdo el labio, dudando en si es buena idea lo que estoy a punto de preguntar—. Eric, ¿cuándo volverás?

Aunque a estas alturas no tengo claro si va a volver o no.

—Ahora mismo no puedo volver, sabes que Bella ha recaído y me necesita a su lado. No puedo volver a dejarla sola, primero debo asegurarme de que esté mejor.

—Lo entiendo.

—Pero estaré de vuelta en cuanto menos te lo esperes. Yo también te echo mucho de menos, pero te prometo que la espera valdrá la pena.

—Eso espero —respondo.

—Tengo que colgar. Hablamos luego, te quiero.

—Yo también te quiero.

Me prometió que volvería pronto, pero está tardando demasiado en hacerlo.

Ha pasado mucho tiempo y a veces mi cabeza me juega malas pasadas, pienso que no va a volver y que lo que hemos tenido jamás va a volver a repetirse, porque ni siquiera es igual.

Al principio hablábamos a casi todas horas, abundaban los mensajes y las videollamadas y, por supuesto, las mil y una promesas de que volvería al mes siguiente.

Pero el tiempo ha pasado, y él todavía no ha vuelto, tan solo nos hemos visto en un par de ocasiones en las que abundaron los besos, las caricias, los te quiero y los abrazos eternos antes de las tristes despedidas.

Camino por las calles de Chartres echando alguna que otra fotografía, intentando plasmar sentimientos y emociones en cada una de ellas, para darles un significado propio.

Debo reconocer que, aunque llevo todo el día intentando distraerme y no pensarlo demasiado, me da miedo pensar en que Eric ya se haya cansado de mí.

En veintidós años he aprendido muchas cosas, y muchas de las grandes lecciones de mi vida vinieron acompañadas de él, de mi chico, de mi gran amor.

Por lo que jamás podré olvidarle. Eric Brown siempre ocupará un lugar especial en mi interior, ya sea tanto como la persona que robó mi corazón, como por ser la que lo reparó, y le dio sentido de nuevo a la vida completamente vacía que tenía.

Echo una última fotografía a unas aves que vuelan libres por el cielo azul. Sus alas, me recuerdan lo mucho que necesito soltar las ataduras y límites que yo misma me impongo, y empezar a desplegar mis propias alas, viviendo por fin en libertad de mí misma.

Miro a través de la pantalla de la cámara, y sonrío satisfecha con las fotos que he estado haciendo. Apago la cámara, y simplemente me dispongo a disfrutar del camino que me queda hasta llegar a casa.

CAPÍTULO 47

Janelle

Observo por última vez el candado que tiene grabado nuestros nombres y que cerramos juntos entre la gran multitud, sellando de aquella forma nuestro amor. Lo he estado guardando todo este tiempo.

Miro por última vez al resto de personas que cruzan por el *Pont des Arts* y, finalmente decido abrir la caja que tengo junto a mis pies y que alguien ha dejado para mí justo aquí.

Me han hecho venir hasta aquí prometiéndome una sorpresa, así que aquí estoy, temblando como un flan mientras comienzo a romper el papel de regalo con el que está envuelta la caja.

La abro y me encuentro con un libro.

Lo agarro entre mis manos, dejando caer la caja al suelo.

Es un libro de tamaño mediano. Está compuesto por muchísimas hojas y es bastante grueso. Su portada es en tonos pastel, con una foto de una chica de espaldas, con el pelo al viento y completamente alborotado, y un fondo que deja entrever que la historia está relacionada con Francia.

Y en el centro, hay un gran letrero con el título ***La chica que amaba con el corazón roto.*** Y justo debajo, su nombre: Eric Brown.

Las lágrimas comienzan a caer por mis mejillas. No sé reaccionar de otra forma hasta que abro el libro y paso unas cuantas hojas, encontrándome con el prefacio de la historia.

Ella no era como las demás. Oh, realmente no lo era. La forma en la que echaba su cabello hacia atrás cuando los mechones empezaban a estorbar por su cara.

La forma que tenía de caminar meciendo las caderas ligeramente hacia los lados, sin ser consciente de que se convertía en el centro de atención por esto.

El modo en que cruzaba sus brazos cada vez que cogía algún berrinche por alguna tontería.

La manera en que hacía un pequeño puchero con su labio inferior cada vez que quería conseguir algo.

Sus ojos te hipnotizaban, hasta el punto de atraparte con aquella mirada color café, que llegaba a hacerte sentir tantas cosas que nunca habías experimentado.

Sus labios se movían con delicadeza al hablar, dejándole pronunciar cada palabra correctamente, pero a la vez moviéndose de una forma irresistible para mí.

La fuerte melodía de su risa era capaz de trasladarte a otro planeta, y sus besos te hacían sentir que tocabas el cielo con la punta de tus dedos.

Ella era capaz de sacar el lado bueno de las personas, de hacerte sentir bien, de hacerte sentir libre.

Ella era inocente y juvenil como la primavera, cálida como el verano, entrañable como el otoño, pero también fría como el invierno.

Su apariencia era seria, introvertida, insegura de sí misma, callada y dura.

Pero su interior era débil, tan débil que los pedazos rotos de su interior podían romperse aún más en cualquier momento.

Era frágil, tan frágil como un vaso de cristal cayendo al suelo.

Era dulce, tanto como el gusto de un caramelo al saborearlo.

Y era fuerte. Tan fuerte, que amaba con el corazón roto.

Sujeto el libro con una de mis manos, y con la otra me seco todas las lágrimas que puedo. Vuelvo a agarrarlo bien y, al moverlo, una nota cae de su interior.

Esta copia de mi libro es para ti. Quiero que lo guardes bien y que lo leas una y otra vez, reviviendo nuestra historia y sintiendo cada una de las cosas que yo sentí por ti y no siempre pude demostrarte.

Y te preguntarás…

¿No podías encontrar un mejor sitio para dejarme mi regalo, que frente al candado que dejamos en el pont des Arts? No.

¿Y sabes por qué? Porque en aquel candado grabamos nuestros nombres, pero en el puente se quedó grabada nuestra historia. Felices veintidós, petite.

No puedo dejar de llorar, y aunque intento limpiar las lágrimas que caen sobre la portada del libro, es lo que menos me importa ahora mismo, porque necesito desahogarme y soltar todos los sentimientos encontrados.

Eric acaba de dedicarme su libro, que habla sobre mí y nuestra historia de amor, y no puedo sentirme más feliz y rota a la misma vez por no poder tener a mi chico cerca y comprobar que todo esto es una realidad, y que el amor que él ha plasmado en el libro sigue intacto.

—Niña molesta, deja de manchar la portada de mi libro con tus lágrimas —murmura una voz varonil, que conozco a la perfección, detrás de mí.

Me doy media vuelta para encontrarme con mi chico. Tiene el pelo largo de nuevo, una pequeña sonrisa tímida, y esa mirada esmeralda que me parece tan celestial.

Dejo caer el libro al suelo y me lanzo a abrazarle.

Y de nuevo, después de meses, me siento en casa.

—Eric —sollozo contra su pecho—. Estás aquí.

—Sí —sonríe—. Pero si me sigues abrazando tan fuerte, juro que me tendrá que venir a buscar una ambulancia por alguna costilla rota —dice haciéndome reír. Lo miro durante algunos segundos, acariciando los mechones largos de su cabello, para justo después unir nuestros labios en un beso en el que nos dejamos claro las ganas que teníamos de vernos.

En cuanto nos separamos, le doy una pequeña bofetada en la mejilla.

—¡Me dijiste que volverías pronto, y ha pasado mucho tiempo! ¡Eres un imbécil!

—Y tú la misma loca de siempre que tanto me encanta.

—Te he echado mucho de menos. Tenía miedo de que todo cambiase.

—Cariño, cuando un amor es de verdad, no importan los obstáculos pasados o presentes que se interpongan, ni la distancia que pueda haber de por medio. Cuando se ama de verdad, se arriesga hasta el final y jamás se acaban las ganas de seguir luchando.

—Prométeme que no volverás a irte.

—Janelle, mi amor, no volveré a irme jamás. Este tiempo sin ti ha sido el peor de mi vida. Cada día se hacía más largo que el anterior.

—¿Y por qué has tardado tanto?

—Necesitaba dejar todo listo antes de volver. Bella tuvo… muchos problemas y debía estar a su lado, no podía dejarla de nuevo sola. Además, estuve muy ocupado firmando tu libro cariño, porque sí, este libro es todo tuyo. Te lo dedico entero a ti, a quien me devolvió la inspiración y las ganas de escribir lo que realmente me gusta y me llena.

—Esta vez te lo han aceptado porque eres un gran escritor, y no sabes cuánto me alegro. Estoy tan feliz por ti.

—No solo eso, sino que está siendo todo un éxito. Te prometo que no volveremos a separarnos, cariño —me dice, antes de darme otro beso en los labios.

—Eso espero, porque esta vez no te dejare ir.

—Abre la primera página del libro, y lee la dedicatoria.

Obedezco y cojo el libro del suelo, ya que al abrazarle lo dejé caer.

—Léela en voz alta, por favor —dice sin dejar de mirarme. Dudo durante algunos segundos, porque no sé lo que me voy a encontrar, pero finalmente asiento con la cabeza antes de empezar a leer.

—Para ti, Janelle, por ser, no solo la protagonista de este libro, sino también de mi vida. Por ser mi inspiración y el amor de mi vida —consigo leer entre sollozos.

—Y ahora quiero que leas los agradecimientos, están en la última página. —Me agarra del mentón para alzar mi mirada cabizbaja, y deposita un beso en mi frente.

Tomo aire antes de empezar a leer.

—Mis únicos agradecimientos son para ti, Janelle, por haberme enseñado a amar y haberme inspirado a escribir esta historia. Da igual cuando leas esto, porque te amo hoy, mañana y siempre. *Cásate conmigo*.

EPÍLOGO

Janelle

—Eric, te he dicho que no me voy a casar contigo —le digo en broma, mientras coloco nuestras fotografías dentro de los nuevos marcos que hemos comprado. Desde que estamos prometidos, es una broma que suelo hacer para molestarle, y siempre me funciona.

Pone los ojos en blanco, y justo después me dedica una sonrisa de las que tanto me derriten por dentro.

Me quita el marco de las manos cuando ya está listo, y lo coloca junto a los demás, perfectamente ordenados y alineados, como a él le gusta.

—Y yo que te lo propondré cada día de tu vida a partir de ahora —contesta finalmente.

—¿Por qué esa obsesión con casarnos? ¿Sabes lo mal que lo pasaría después si nos separamos?

Y aunque ya he avanzado mucho en mi crecimiento personal, y esto a su vez, me ha ayudado a mejorar mucho como pareja, es inevitable que de vez en cuando haya algo de verdad y miedo escondido detrás de mis bromas.

—¿En serio? —pregunta antes de soltar una carcajada, apoyándose en el marco de la puerta de nuestra nueva habitación—. ¿En serio crees que te dejaré después de todo lo que he hecho por ti? —Da unos pasos hasta quedar frente a mí— ¿Después de haberte pedido matrimonio en la dedicatoria final de mi libro? —Alza una ceja y me agarra por la cintura—. ¿Sabes toda la gente que ha leído esa propuesta?

—También pueden leer en otro libro una separación de los protagonistas —me encojo de hombros, y me separo de su agarre.

—O quizás lean la historia de cómo el chico consiguió ganarse por completo el corazón de la chica, y ambos acabaron en el altar —debate, caminando de nuevo hacia mí, con una sonrisa triunfante en el rostro, como si ya pudiese ver que sus palabras se van a cumplir en realidad.Suelto una carcajada. Y aunque intento mantenerme seria para seguir con la broma, no puedo evitar sonreír como una tonta al ver la seguridad con la que siempre habla de nuestro futuro.

Siento mi pecho arder cuando le tengo tan solo a unos centímetros de mi boca, la verdad es que, a pesar del tiempo que llevamos juntos, me sigue poniendo igual de nerviosa tenerle tan cerca.

—¿Y ahora por qué sonríes? ¿Porque sabes que es verdad?

—Porque sigues siendo idiota —respondo sonriendo, y le rodeo el cuello con mis brazos, acortando la distancia entre ambos.

—Y tú sigues siendo una niña molesta. —Me da un pequeño beso en la frente, al que le sigue una serie de besos por toda mi cara hasta llegar a mis labios, donde se toma todo el tiempo del mundo para saborearlos.

Y así trascurren el resto de las horas, repartiéndonos diferentes muestras de cariño, jugando como niños, y amándonos como solo nosotros sabemos hacerlo, mientras terminamos de colocar los muebles de nuestra casa, en la que a partir de ahora compartiremos miles de momentos maravillosos y felices.

***

—No te olvides de esto —digo con la respiración entrecortada, cuando consigo que me suelte por unos segundos. Le doy el candado en el que grabamos nuestros nombres aquel día en el Ponts des Arts, y lo coge con una gran sonrisa.

—Me alegro de que todavía lo conserves —lo admira sonriente.

—¿Cómo no iba a hacerlo? —Acaricio el metal del candado con la yema de mis dedos a la misma vez que él—. Deberíamos tenerlo en algún sitio cerca de la ventana.

La ventana de nuestro dormitorio tiene como vista principal parte del *Ponts des Arts*, así que de una manera o de otra, siempre recordaremos nuestra historia allí.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan romántica? ¿Desde que vas a ser una señora Brown?

—¿Señora Brownie, dices? —Alzo una ceja, mirándolo divertida, y me fulmina con la mirada.

—Y por esta razón, no deberíamos pasar tiempo con el idiota de Liam.

—Me cae bien.

—Pero yo te caigo mejor.

—Bueno, después de este tiempo, me he acostumbrado a tus tonterías. Así que se podría decir que sí —me encojo de hombros.

—A mí todavía me cuesta adaptarme a lo molesta que eres, pero intento hacer el esfuerzo.

Le doy un manotazo en el brazo y sonríe.

—Eres un idiota.

—Pero un idiota que te encanta —contrarresta, y la verdad es que no puedo negarlo, es así.

—Y un idiota al que amo mucho —Vuelvo a pasar mis brazos por sus hombros, y fundo mis labios con los suyos en un beso delicado.

—Yo te amo mucho más.

—Gracias por aparecer en mi vida, Eric Brown. —Le doy un pequeño beso en la nariz—. Gracias por arreglar lo que no habías roto. —Y otro más.

—Gracias a ti por no darte por perdida, y por volver a vivir —Deposita un beso largo en mi frente—. Y por amarme a pesar de tener el corazón roto.

—Gracias a ti vuelve a latir de nuevo con más fuerza que nunca.

—¿Te casarás conmigo?

—¿Tengo otra opción?

—No.

—Entonces tendré que casarme contigo, Eric Brown.

—Te amo, mi petite.

—¿Me amas hoy?

—Te amo hoy, mañana y siempre.

Playlist

Falling - Harry Styles

Fall Into Me - Forest Blakk

The Heart Wants What It Wants -

Selena Gómez

Die With A Smile - Bruno Mars y Lady Gaga

Broken Strings - James Morrison

Photograph - Ed Sheeran

feelslikeimfallinginlove - Coldplay

Night Changes - One Direction

Fix You - Coldplay

Just the Way You Are - Bruno Mars

I Wanna Be Yours - Arctic Monkeys

Maybe - James Arthur

The Man Who Can’t Be Moved - The Script

If I Ain’t Got You - Alicia Keys

Rewrite The Stars - Anne-Marie y James Arthur

Walk with Me - Bella Thorne

Make You Feel My Love - Adele

AGRADECIMIENTOS

Nunca pensé que llegaría el momento de escribir esta parte del libro, pero después de muchos años, se ha hecho realidad. La pequeña Andrea de 8 años que empezó a escribir historias de misterio y que soñaba con ser escritora, está muy orgullosa y feliz ahora mismo.

Cuando era pequeña, escribía en el ordenador de mis padres y me sentía la niña más feliz del mundo cuando mi padre leía todas mis historias lleno de orgullo. Solo por ver su cara, merecía la pena seguir escribiendo a pesar de las inseguridades que empezaba a tener.

Así que, en primer lugar, quiero dar las gracias a mis padres. Por confiar siempre en mí, incluso cuando ni yo misma lo hacía. Gracias por apoyarme siempre en todo y ayudarme a alcanzar cada una de mis metas, y por jamás soltarme de la mano. En especial, gracias a ti papá, por ser mi mayor fan y ver tanto potencial en mí.

Gracias a Álvaro, mi gran amor, por leer mi historia, aunque no sea especialmente tu género favorito.

Gracias a mi super equipo de lectores beta: Daniel, Gema y Marco. También a Esther, mi querida amiga y correctora personal. Gracias por implicarte tanto con mi historia y ayudarme para que pudiera conseguir sacarla a la luz. Sin vosotros no lo hubiese logrado, os quiero mucho.

A Bea, por ayudarme a reconciliarme con la escritura. Esto también es gracias a ti.

A mis antiguas lectoras de wattpad. No sé si esto llegará a manos de alguna de vosotras, pero gracias.

A ti, que estás leyendo esto, mil gracias. Ojalá sigas acompañándome en el camino. Aún tengo muchas historias que contar.

Y, por último, me doy las gracias a mí misma. Por no rendirme, ni darme por perdida, por no dejar de luchar ni amar a pesar de tener el corazón roto.